VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO

AUSTRALIA

POR

EL CONDE DE BEAUVOIR

TRADUCCION DE LA UNDÉCIMA EDICION FRANCESA

POR

JAVIER GALVETE

J'étais là; telle chose m'advint.
LAFONTAINE

BIBLIOTECA PEROJO

MADRID
15, CALLE DE PIZARRO, 15

PARIS
19, RUE DE PROVENCE, 19

VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO

AUSTRALIA

POR

EL CONDE DE BEAUVOIR

TRADUCCION DE LA UNDÉCIMA EDICION FRANCESA

POR

JAVIER GALVETE

J'étais là ; telle chose m'advint.
LAFONTAINE.

BIBLIOTECA PROVINCIAL Y REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL - PALENCIA -

BIBLIOTECA PEROJO

MADRID
15, CALLE DE PIZARRO, 15

PARIS
19, RUE DE PROVENCE, 19

Es propiedad.

MADRID, 1878.—Tipografía-estereotipia Perojo.

PREFACIO.

« J'tais lá; telle chose m'advint. »
LAFONTAINE.

Si puedo esperar la benevolencia de mis lectores para el diario de mi viaje alrededor del mundo, es diciéndoles que tenía yo veinte años, recien cumplidos, cuando me dí á la mar para Australia, y que despues de haber visto tantos países en el espacio de 16.900 leguas como en magnífico panorama, arrostro á la edad de veintidos años los peligros de la publicacion.

Habia pensado escribir mi diario únicamente para mis padres: ese era el consuelo prometido de la ausencia. He consignado todo lo que he visto y aprendido durante mi largo viaje, ó mejor diré, que he consagrado á eso todo el tiempo que me permitian los accidentes de una vida agitada y presurosa. Todas las noches, despues de las fatigas del dia, trazaba de

BIBLIOTECA PROVINCIAL REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL PALENCIA

prisa mis notas, y cada correo que partia para Europa llevaba á los mios la relacion demasiado breve de mis movimientos.

Cuando contemplaba delante de mí aquel espacio infinito donde no podia verlos, ó cuando volvia atras los ojos, hácia los parajes donde sabía que estaban tristes por mi ausencia, era un rato de delicias, de aspiraciones elevadas, de reanimacion y fortalecimiento el que destinaba á trazar para ellos el diario de todos los instantes de mi vida jóven, activa, loca y entusiasta ó melancólica, tranquila y séria.

Pero ¿puedo esperar que estas líneas escritas de prisa, ora en la mesa oscilante de buque balanceando por el mar, ora sobre mis rodillas al terminarse un dia de caza, ora en alguna choza de caníbales, darán á los que las lean una pálida impresion de las inmensas alegrías, vivas emociones y deliciosas memorias de mi viaje?

He dejado mis recuerdos de hora por hora tales como se me presentaban bajo la línea ó cerca del polo Austral, confusos muchas veces y sin ilacion, cosa propia de los diarios, y únicamente he suprimido todo lo que, siendo personal, no podia interesar más que á mi familia. Vengo sencillamente, con la timidez, pero tambien con todo el ardimiento de la juventud, á referir lo que me ha sorprendido en la sucesion de grandes imágenes, hechos curiosos, aventuras, peli-

gros quizás, largas navegaciones y lejanos países.

Perdónenme, pues, lo que tenga de monótono este relato, aún abreviado, de mi primer viaje de tres meses; perdónenme el ardor demasiado loco en las cacerías por las interminables llanuras de Australia ó por los abrasadores junquerales de Java; perdónenme mis juicios sobre las constituciones políticas de las colonias australianas, ó bien los accesos de hilaridad que me han causado los harenes de los sultanes javaneses, las amazonas del rey de Siam ó el almuerzo en Pekin con el regente de la China.

Si en un rápido viaje he podido abarcar tantas cosas diferentes, no es por méritos mios, sino por excepcionales circunstancias, pues en esas lejanas y peligrosas peregrinaciones no volaba yo con mis propias alas. Tenía el honor de acompañar á un jóven príncipe que desde mi infancia se dignaba llamarme su amigo, y que, por su parte, habia ya corrido mucho los mares, primero como guardia, despues como subteniente de la marina de los Estados-Unidos de América, donde ganó sus grados mediante sólidos y brillantes estudios, y que despues de seis años de servicio en el mar queria dar la vuelta al mundo para instruirse y recrearse.

En el espacio de tres meses, tres jóvenes príncipes de la casa de Orleans partieron de Europa para ejercitar en lejanos viajes la actividad é inteligencia que

no podian consagrar al servicio de su patria:—el duque de Alençon, teniente del ejército español, á la gloriosa expedicion de Filipinas, donde mandaba la artillería é hizo valerosamente sus primeras armas;—el príncipe de Condé, á las Indias y Australia... donde la muerte ¡oh desgracia! le detuvo en los comienzos de una carrera que prometia ser muy bella;—el duque de Penthièrre, hijo del príncipe de Joinville, para dar la vuelta al mundo.

A ese último tuve yo la dicha de acompañar: en todas partes fué recibido y agasajado por personas generosas que, con cortesía y magnificencia extraordinaria, hacíanle los honores de la patria adoptiva. Si yo he podido recoger algunas espigas de cosecha que hubiera debido ser muy abundante, impórtame consignar aquí, ante todo, la expresion de la más viva gratitud para los que nos han recibido con cordialísima hospitalidad, y entre ellos hay nombres que por delicadeza callo, aunque diré una sola vez que son nombres franceses.

¡Tambien debo rendir homenaje á nuestros amigos de ultramar, en memoria de uno de nosotros que ya no existe!... En efecto, los buenos recuerdos de nuestros anhelados viajes van unidos con los más crueles dolores, y al regreso un fúnebre velo debia cubrir el brillante pasado que realizara todas las ilusiones de nuestra partida:—tócame el triste deber de traer á

Francia el ataud de M. Fauvel. Aquel hombre, teniente de navío, de corazon simpático y elevado, de instruccion muy sólida, que en siete años no se habia separado del príncipe y á quien queríamos como á un segundo padre, despues de compartir con nosotros todas las emociones y todos los peligros del viaje, en el cual era el alma, sucumbió veinte dias ántes de la vuelta á Europa, por efecto de las fiebres pestilentes de los pantanos tropicales.

Ahora que los lectores nos conocen á los tres, y que ven por narrador á un niño y por objeto la vuelta al mundo, pídoles su indulgencia para un sencillo *Diario de Viaje*.

SANDRICOURT, *Diciembre 1868*.

AUSTRALIA.

I.

PARTIDA.

Ya están hechos los preparativos: ha llegado la hora en que todos los anhelos de los tres viajeros desaparezcan entre las dolorosas emociones de la partida. Una triste ceremonia, la de los funerales de la reina Amalia, habia sido en aquella misma semana como la última y conmovedora escena de nuestra vida de Europa: el luto exterior y el luto de los corazones extiéndese como una lúgubre sombra sobre nuestras familias, que han acudido al muelle de Graverend y devoran con los ojos el buque que debe llevarnos al Océano Austral; corren sus lágrimas como para bendecir al leño que por espacio de seis mil leguas llevará á los viajeros entre tempestades, y que, sin embargo, no tendrá que correr todos los peligros

que temen los maternales corazones. Los que más sienten en semejante escena no quieren ni pueden describirla, aunque deja en el alma una impresion inextinguible.

Todos los nuestros subieron á bordo para ver en sus menores detalles el sitio que iba á ser durante tres meses nuestra morada, y, por decirlo así, como nuestro mundo. ¡Cómo se adhiere el corazon á las cosas materiales cuando están visiblemente unidas á los destinos de las personas amadas! ¡Cómo se desea ver esa cubierta que será el jardin de nuestra isla floreciente, esos camarotes que algunos llaman nuestros calabozos, esa cámara donde extenderemos nuestros mapas, y esos elevados mástiles que no quebrantarán los vientos! ¿Quién no comprenderá que despues de tanto ardor y hasta entusiasmo como nos habia causado la resolucion de un viaje alrededor del mundo, despues de tanta impaciencia por llegar á las primeras etapas de una expedicion cuyo plan estimulaba más y más nuestras jóvenes imaginaciones, quién no comprenderá que en aquella hora solemne en que fué preciso separarnos por largo tiempo..... quizás por última vez, de nuestros muy amados padres, nos faltasen las fuerzas y se deshicieran nuestros corazones en llanto?

Pero el tiempo es inexorable y á la una de la tarde, el 9 de Abril de 1866, levó anclas nuestro buque de velas, el *Omar-Bajá*, y dos remolcadores le condujeron rápidamente por entre las orillas del Támesis que cubria con su velo de luto un cielo sombrío y lluvioso.

II.

NUESTRA TRAVESÍA HASTA LAS INMEDIACIONES DE AUSTRALIA.

En el mar Oceano-Austral, 5 de Julio de 1866, 39°15' latitud Sur 137° longitud Este.

Hace ya cerca de tres meses que hemos cambiado nuestras últimas señales de despedida y que estamos en el mar: aún nos faltan tres ó cuatro dias para llegar á Australia, y quiero deciros muy rápidamente lo que ha sido nuestra larga travesía.

Durante los veinte primeros dias, luchamos sin cesar contra los vientos; apénas entramos en el canal de la Mancha cuando una fuerte brisa Sudoeste agitó el mar, obligándonos á bordear. Todas las mañanas veíamos las costas de Francia, todas las noches las luces de Inglaterra; al cabo de una semana, las costas de Bretaña desaparecieron poco á poco, confundiéndose con la línea del horizonte, y nos lanzamos atrevidamente al Océano Atlántico, ora sacudidos por los golpes caprichosos y violentos de la tempestad, ora mecidos por las anchas y lentas oleadas de la calma chicha.

En la noche del 1.° de Mayo, miéntras que la luna esparcia su viva luz sobre una mar enfurecida y las grandes sombras de las velas de popa se dibujaban

siniestramente sobre la vacilante blancura de las velas de proa, el buque se detuvo casi de repente: su velámen se hinchó en sentido inverso por el viento que en un segundo habia saltado de un extremo al opuesto: tuvimos un momento de terrible angustia y sólo nos salvamos por la energía del capitan, que es un excelente marino. Estamos cerca de Madera, y esa isla deliciosa con sus bosques de naranjos y geráneos es el punto donde cesan nuestros trabajos. Levántase una brisa blanda y suave; nuestras inquietas miradas buscan en el horizonte las Islas Canarias y el Pico de Tenerife se nos aparece en toda su majestad; todavía distamos de él 75 millas (129 kilómetros).

En este momento, la argentada masa de nieve brilla en todo su esplendor, pero á poco, los rayos del sol cesan de iluminar una á una las velas del buque, que sucesivamente palidecen; en cambio se concentran en la nevada cima, dando á su deslumbradora blancura un purísimo color sonrosado. En medio del crepúsculo nos envuelve no sé qué manto sombrío; pero todavía brilla el Pico. En su cumbre se nota un vivo carmin; multitud de nubecillas forman á su alrededor ligera aureola, y cuando el postrer rayo de sol va á morir en aquella nieve sonrosada, la brisa nocturna dispersa las nubes que en su huida parecen llevarse los últimos reflejos de la última claridad. Empújanlas los vientos hácia nosotros como un velo celestial de varios colores, y luego se apagan y se sumergen una á una en la noche que ya nos envuelve.

Desde allí entramos en la encantadora zona de los vientos alicios. No más tempestades; no más brisas contrarias; no más inquietudes; no más de esos mo-

mentos terribles y conmovedores de la navegacion con velas en que una maniobra mal hecha puede comprometerlo todo. El buque se pone de fiesta; se extiende el toldo sobre cubierta; se largan todas las velas; la temperatura, que no excede de 28° centígrados, nos hace convertir la cubierta en un verdadero salon donde colocamos nuestros libros é instrumentos de música.

En la soledad de los mares todo espectáculo nuevo ofrece nuevos encantos. Hé aquí á nuestro alrededor, encima de las olas, miriadas de *galeras*, deliciosos habitantes de los mares tropicales que despliegan una especie de abanico de mil facetas más transparentes que el cristal. La luz del sol hace centellear todos los colores del arco íris en esas pequeñas velas leves y brillantes que la brisa empuja sobre la espuma, y el buque, con su rápida marcha, introduce el desórden en esos batallones azules, anaranjados, color de rosa ó color de lila.

El 4 de Mayo pasamos el trópico de Cáncer. Todas las noches se traza nuestra estela sobre el mar fosforescente como un camino de mármol blanco, sembrado de innumerables estrellas brillantes, y los bordes del buque se iluminan por los millones de chispas eléctricas que las enloquecidas olas arremolinan ó dispersan, haciéndolas flotar á intervalos sobre el azul oscuro del mar. A veces hay grandes ráfagas de luz en la profundidad del agua; relámpagos que suben culebreando á la superficie, y ondas de flúido eléctrico que esparcen mágica luz, extendiéndose para vacilar, palidecer y morir. Pero lo que más me encanta, lo que ninguna funcion de magia podia reproducir es la

grande oleada que se estrella ruidosamente en el f
negro de la noche contra la proa, y cuya espuma
para caer en la cubierta formando lluvia de íg
perlas.

De dia tenemos peces volantes que se lanzan c
saetas fuera del agua. A semejanza de las golo
nas, apénas rozan la espuma de las olas, y de pr
se sumergen como una piedra que cae. Nada más
cioso que los azulados reflejos de sus alas vibra
la transparencia de sus cuerpecitos y la travesura de
movimientos; como locos, por un suelo mal ca
lado, se dejan caer en el buque para saltar en segu
en la sarten, y en vez de remojar sus alas argenti
en las ondas van á untarse en manteca sobre un b
fuego.

Al acercarnos á la línea esperamos encontrar las c
mas que ordinariamente separan las zonas de los
alicios. Sus colinas siempre temidas son la única so
bra del cuadro que presenta la navegacion por ta
parajes. Mediante una suavísima brisa que templa
ardores del sol, elevado ya en el cénit, bajamos du
ce y seguramente por un mar tranquilo. Todos est
mos alegres, pues se sabe que el alicio será fiel,
sabe adónde conducirá al buque; es un compañe
para semanas enteras; no morirá hasta esa zona fat
de calmas que es producida por el encuentro de l
dos alicios, uno del Nordeste y otro del Sudeste.

En cuanto á nosotros, por fortuna, léjos de estarn
inmóviles durante semanas enteras arrojando por l
tarde desde los bordes plumas que al dia siguiente s
encuentran en el mismo sitio, sólo nos hemos deteni
do un momento. Nos abandona un alicio, espera

mos: del E
masa de n
inunda co
lluvia, qu
viene la br
Esperanza
te que aho
Sur, cond
mo si fués
latitudes,
encontrar
por debajo
Australia.
¡Qué be
rientes de
uno segur
guiendo l
guiendo la
extraños r
ni en cinc
os mapas
El dia e
os. Ya qu
pasar un
eojo, sie
del mar. I
uventud
es. En cu
maniobra
hé la for
narinos t
udio de l

mos: del Ecuador sale á nuestro encuentro una gran masa de nubes, revienta sobre nuestras cabezas, nos inunda como si un rio cayese en cascada, y con esa lluvia, que con toda verdad podemos llamar tropical, viene la brisa regular que nace en el Cabo de Buena Esperanza y sopla sobre Santa Elena. El alicio Sudeste que ahora nos impele por una corriente hácia el Sur, condúcenos á lo largo de la tierra del Brasil como si fuésemos al Cabo de Hornos. Pero en las bajas latitudes, haciendo un recodo, estamos seguros de encontrar los vientos del Oeste que deben llevarnos por debajo del Cabo de Buena Esperanza hasta la Australia.

¡Qué bella cosa es haber logrado conocer las corrientes de la atmósfera y de las aguas, tanto que está uno seguro de llegar más pronto á un punto dado siguiendo los dos catetos de un triángulo recto que siguiendo la hipotenusa, y de hacer en tres meses por extraños rodeos el viaje á la Australia que no se haria ni en cinco si se tomara el trazado más derecho sobre los mapas!

El dia en que se pasa la línea es de clásicos regocijos. Ya que no se la enseñan á los novicios haciendo pasar un cabello por el cristal mayor de un largo anteojo, siempre hay ocasion de risa con el *bautismo del mar*. Por lo demas, la animacion, el trabajo y la juventud son los tres compañeros de los tres viajantes. En cuanto á mí, que presenciaba al principio las maniobras como lego en la materia, pronto aproveché la fortuna que se me ofrecia de viajar con dos marinos tan instruidos como mis compañeros, y el estudio de la teoría en los mapas y de la práctica sobre

BIBLIOTECA PROVINCIAL Y REGISTRO DE

cubierta me ha inspirado una verdadera pasion por la marinería. La constante alarma, el golpe de vista en la maniobra, la majestad del velámen inclinado por el viento, son otros tantos encantos, luégo que uno se inicia en esa ciencia que nuestro hermoso y rápido *clipper* inglés nos enseña. Hé ahí por qué ha preferido el duque de Penthierre un buque de vela, donde podia seguir los estudios de marino, á la vía de Suez, donde le tratan á uno como si fuera un fardo. El *Omar-Bajá* ganó la última regata que cuatro buques hicieron de Melbourne á Lóndres: *Steeple chase* de 6.000 leguas, con las inmensas olas por obstáculos. En 70 dias llegó á la metrópoli, miéntras que alguno de sus rivales empleó ciento ó más. Mide mil doscientas toneladas, lleva 42 hombres de tripulacion y contiene camarotes para 16 pasajeros; pero vamos muy á gusto, pues, fuera de nosotros tres y de Luis, el fiel y activo servidor del príncipe, la casualidad no nos ha dado más que dos compañeros de viaje, una jóven viuda y su novio, que quizás juzgan demasiado alborotadores á los franceses de á bordo, y cuyo idilio marítimo es curioso espectáculo cuando la brisa marítima nos transmite los ecos de sus dulces confidencias. Ellos no toman, como nosotros, el buen partido de reirse de estos alimentos desconocidos en tierra firme. Sopa, que es agua y pimienta, y salsas que son pimienta y agua; mucho bacalao por la mañana y mucho más por la tarde, con arenque por extraordinario y agua digna de un *aquarium:* tal es la base de la alimentacion. Afortunadamente hay leche en cajas (pues la vaca que llevamos es sólo para vista) y 10 carneros que saboreamos empezando por

la cabeza y acabando por la cola. En cuanto á las gallinas, generalmente vuelan demasiado alto, y ya hemos tirado algunas que quedaron muy desorientadas en medio de las olas.

Pero si todo es fijo y regular á bordo, todo es movible y cambiante á nuestro alrededor. A las *gaviotas* han sucedido los *rabo de junco*, lindos páiaros que llevan en la cola dos largas y sutiles plumas como dos juncos, y á los peces voladores los delfines, las doradas, que tienen los colores deslumbrantes del bronce abrillantado de oro, y los tiburones de tres metros, cuya pesca, despues de una larga lucha, causa general alegría á bordo. Encima de nuestras cabezas, en un cielo de admirable pureza, brillan nuevas estrellas: las constelaciones de la vieja Europa han ido bajando poco á poco; la Grande Osa, seguida de la Polar, ha desaparecido bajo la línea sombría del horizonte septentrional. Al pensar en los mios, en estas hermosas noches, en los mios, á quienes alumbra, y que tal vez la miran acordándose de mí á esta misma hora, le dije «adi s» como á una amiga, ¡que Dios sabe si volveré á ver!

A proa, la Cruz del Sur se levanta cada noche más alto en el firmamento, como para mostrarnos las tierras vecinas del Polo Austral; y ved ahí cómo un paso de brisa, hinchando las velas de nuestro buque, nos ha conducido en un mes tan léjos, que ya no estamos bajo el mismo cielo ni vemos brillar las mismas estrellas que vosotros.

Pasando la línea el 13 de Mayo, y el Capricornio el 21, seguimos la corriente de las costas del Brasil hasta el 30° de latitud Sur por 28° de longitud Oeste.

Desde este punto *hicimos rumbo al Este;* dejamos al Norte las rocas de Tristan de Acunha, y el 5 de Junio cortamos el meridiano del Cabo de Buena Esperanza, á 450 millas (208 leguas) al Sur. Ahora estamos más abajo del 42 paralelo, entre Africa y Australia, aprovechando las corrientes constantes y las grandes brisas del Oeste, que nos llevan rápidamente hácia Melbourne. Estoy aquí bajo la impresion poderosa de las grandes tempestades que se suceden para nosotros en el Océano Austral.

El huracan que viene del Oeste nos empuja con rapidez vertiginosa, y el espectáculo nos arrebata de admiracion. Nubes muy cargadas y muy bajas limitan el horizonte á una milla ó dos de distancia: con todos sus palos nuestro buque desaparece enteramente en el barranco formado por dos olas; espumosa y tan alta como él síguele una muralla de agua, dominándole sin cesar y amenazando desplomarse á cada minuto sobre la cubierta, empujada por ráfagas de una fuerza extraordinaria, que silban y zumban á la vez en la obra muerta. Nos hablamos en voz muy alta sin oirnos; nos agarramos á las cuerdas para que no nos arrastren las *olas verdes* que de vez en cuando barren la cubierta, paseando por ella una masa de agua de tres piés de altura. En la barra del timon están cuatro hombres, atados por la cintura con cuerdas, luchando, forcejeando y doblegándose á veces por un golpe demasiado duro del timon. A lo largo del puente se han tendido cuerdas, á las que se agarran los hombres con esfuerzo convulsivo para no ser arrebatados. El balance nos sacude con tan terribles sobresaltos, que áun los mismos marineros no pueden tenerse en

pié. Tenemos hasta 46° de amplitud de oscilacion; y bajo ese soplo espantoso, que los marinos llaman huracan y que hace 144 kilómetros por hora, nuestros mástiles se doblegan, miéntras que el casco cruge por todas partes al choque de las olas; y eso que no llevamos más que dos velas, un foque y pequeña gavia á medio rizo: todo lo demas va á palo seco, y áun así presenta una enorme resistencia al viento. Un rizo ménos, y todos nuestros palos vendrian abajo. Tan formidable fuerza nos empuja, que con esos pocos metros de trapo hacemos 278 millas (128 leguas) ¡en veinte horas!

Mas de mil metros separan las crestas de dos olas consecutivas. Adelantamos á las olas en rapidez; huimos de la que domina por un momento la cofa de nuestros palos, escalamos lentamente la que nos precede, y que há poco no podíamos ver como no fuese dirigiendo nuestras visuales por cima de los masteleros de juanete. Estábamos sumidos en un barranco: hétenos aquí durante algunos segundos suspendidos sobre una montaña que anda y tiembla al llevarnos. Ahora dominamos todas esas colinas regulares que se persiguen unas á otras. Cuando, por el contrario, descendemos, arrastrados por esa espantosa pendiente, no vemos nada del horizonte, y la ola que acabamos de pasar nos abriga por un instante del viento. En efecto, á tanta distancia, debajo del Cabo de Buena Esperanza y del Cabo de Hornos, y en este gran espacio circular que rodea el polo Sur, no hay ninguna tierra que detenga ó rompa esos ejércitos de olas, siguiendo en perpetuo movimiento, y en una misma direccion, las corrientes del mar y de los aires. ¿Dónde

nacen, dónde mueren esas olas que se ahondan en razon directa de la distancia recorrida, y cuyas crestas, al dar la vuelta al mundo Antártico, cuanto más se separan unas de otras, tanto más profundo hacen el abismo que las separa?

Un dia el viento nos cogia más de costado; á trescientos ó cuatrocientos metros de nosotros pasa un tres palos inglés; los que le tripulan son, exceptuando la gente de á bordo, los primeros séres humanos que vemos desde la salida del Támesis: nos saludamos por gestos, distinguimos las caras, pero cada grande oleada que llega de costado y se coloca entre él y nosotros, ocúltale enteramente á nuestros ojos con sus entenas, velas y elevados palos. Solamente á intervalos, cuando el mar nos levanta, vemos, ora su vientre forrado de chapas de cobre y que el agua pone en descubierto hasta la quilla, ora su cubierta que se nos presenta en direccion oblicua como la pendiente de una colina. Entónces nos damos cuenta de nuestra propia situacion. Por la tarde el sol aparece un momento al ponerse; alternativamente le vemos ó dejamos de verle, por el movimiento de las olas. La extremidad de nuestras entenas toca á menudo en el agua: dos veces en seis horas rompe el viento la pequeña gabia, cuyos pedazos, arrancándose de las *relingas*, golpean con estrépito las entenas, y sus golpes son tan violentos que los hombres amarrados en las gabias corren peligro de ser derribados sin poder dominarlos. A fuerza de hachazos cortan las *drisas*, y las velas vuelan delante de nosotros, arrebatadas como gigantescos cometas.

Correr más aprisa que el mar, á fin de que éste no

eche abajo las *portañolas* de popa é inunde la cámara ó, barriendo la cubierta de un golpe de proa á popa, rompa el tragaluz y las escotillas; soltar bastante trapo para *apoyarnos* sin romper nuestros palos, tales son las condiciones de nuestra seguridad relativa en este trastorno prodigioso de los elementos. Cada minuto ofrece una emocion, un peligro nuevo, y al contrario de lo que sucedió en el último viaje del *Omar-Bajá*, ningun hombre es arrebatado de sobre cubierta. Yo sigo apasionadamente las peripecias de nuestra lucha de ocho dias y siete noches, permaneciendo pocas horas en la cámara, que es inhabitable por los olores de las aguas de la bodega, y donde una lámpara, movida como un péndulo, nos guía apénas en la oscuridad á que estamos condenados durante todos los dias de esta semana. En efecto; la lumbrera ha sido forrada exteriormente con lienzos y tablas, á fin de que no se rompa cuando la cubre más de un metro de agua.

En una de esas tempestades resonó de repente el espantoso grito: *¡A man over bord!* (¡Hombre al agua!) En un violento balance cayó un marinero de la extremidad de la entena mayor: en su caida tropezó contra el *filarete*, y desapareció en las olas. Saltamos al bote colgado á estribor, cortamos las cuerdas que impiden botarlo al agua; pero lanzados á toda celeridad sobre una mar semejante, ni siquiera vemos al infeliz; no ha podido agarrarse al salvamento arrojado de popa; sin duda se habrá partido la cintura al caer y se habrá ido á pique. Nuestra angustia es mortal; la mar es tan fuerte, que cualquier lancha naufragará irremisiblemente, y el capitan prohibe echar el bote al agua; no quiere que ocho hombres vivos se expon-

gan á una muerte segura sólo por buscar un cadáver. Por desgracia, en la noche anterior las olas habian chocado tan fuertemente contra el costado del buque que habian roto las *trincas* del verdadero bote de salvamento, único que hubiera podido resistir al estado del mar; por la misma mañana habiamos tenido que ponerlo al abrigo en medio del puente para impedir que las olas nos arrebatasen ese único medio de salvacion.

Aquel pobre jóven tenía veintiun años y estaba acabando su tiempo de oficial de mar. Todavía me parece oirle cantar por las mañanas: ¡qué pocos instantes le han visto pasar de la vida á la muerte! Pero si tuvo tiempo para volver en sí y sostenerse en la superficie del agua, ¡qué pena para él ver el buque donde estaban sus compañeros, sentir que flaqueaban sus brazos y que el Océano empujaba sobre él olas que iban á sumergirle!

Pocos dias despues de esa catástrofe, tuvimos, por fin, una bonanza, y las aves marítimas, impulsadas por el hambre, se acercaron más al buque para registrar su estela. Sólo con suspender una bala de plomo colgante de un hilo de seda en la popa, los palomos del Cabo se enredan las alas en esas líneas casi invisibles. Las fragatas de pesado vuelo se dejan coger de noche en la obra muerta; pero los albatros, sobre todo, nos alborotan. Cuando se nos apareció en el horizonte el primer solitario de los mares australes, hubiéramosle tomado por una piragua que hendiese la espuma de las olas: poco á poco se fué aproximando; su cuerpo y alas son de una blancura deslumbradora; tiene los ojos color de rosa y un collar del mis-

mo color. ¡Es el ave más grande del mundo! Muchos siguieron á nuestro buque, y no dejaron de volar en voraz bandada alrededor de nosotros. Arrojamos un cebo en la punta de una cuerda de quinientos metros: en seguida el hambriento pájaro describe una lenta espiral y hace relumbrar al sol los sedosos reflejos de sus alas, que tienen más de quince piés de envergadura: colócase sobre la ola manteniendo, como las velas de una galera antigua, sus entenas medio replegadas, coge su presa, sumérgese perpendicularmente en cuanto siente el anzuelo, y necesitamos reunirnos muchos para traerlo á cubierta; yo me desollé en esa operacion las manos. Lo curioso es que esas aves, una vez cogidas, corren atontadas por la cubierta, sin poder tomar impulso para el vuelo, y se quedan cautivas sin que ninguna ligadura las sujete. Pero con quince piés de envergadura, ¡qué aletazos cuando agitan el aire! Creo, en verdad, que si uno de esos monstruos voladores se dejase caer sobre nuestras llanuras, pondria á no pocos campesinos en huida, y sin embargo, nada hubieran tenido que temer, porque esa ave gigantesca es tan estúpida como cobarde; una gaviota la acomete y le da caza, cosa que nos divierte mucho.

A pesar de la cuerda de coger albatros, mis manos sirven todavía, por fortuna, para manejar el sextante, y tengo una gran alegría en tomar diariamente *el punto*.

Léjos de la atmósfera viciada de una sala de estudio de colegio, donde la cosmografía y la trigonometría en los encerados me habian, lo confieso, fastidiado bastante, puedo aquí admirar todas las bellezas

de la teoría y ponerla en práctica. Conmovedor fué el momento en que por primera vez pude decirme, en medio de la soledad de los mares, teniendo el sextante en la mano: «En este dia y á esta hora estoy aqui, en el punto que señalo sobre el mapa.» ¡Y así se corre meses enteros por el Océano, determinando cada dia la posicion precisa del buque con el cielo por punto de mira!

¿Y no necesitamos tambien mucho buen humor para que nuestros dias, llenos de varias ocupaciones, no nos parezcan largos? ¡Es verdad que marchando derechos al Este, y haciendo á menudo cien leguas diarias contra la marcha aparente del sol, nuestros dias son de veintitres horas y media!

III.

DESEMBARCO EN MELBOURNE.

Primera vista de tierra.—Entrada en la bahía de Port-Philipp. —Noticia de la muerte del príncipe de Condé.—Desembarco.— Camino de hierro. —La ciudad. —Aborígenes ante la ópera.—El Museo.—Las cárceles.

En el mar, 7 de Junio de 1866.

Por fin, despues de haber visto ochenta y ocho veces salir el globo del sol de las olas delante de nosotros y sumergirse luego en ellas detrás, nos esperaba ayer la última emocion de nuestra travesía. «Si los cronómetros no han variado, si no nos hemos equivocado en nuestros cálculos, nos deciamos, esta noche veremos las luces de la costa australiana.» Los vigías están ansiosos en los topes; un silencio de espera y de júbilo reina en esta cubierta, donde todos los corazones palpitan, donde todos los ojos se esfuerzan por penetrar el horizonte. ¡Qué largas parecen esta vez las horas! A las nueve y media volvemos á tomar el punto de estima; si la brisa nos empuja siempre con la misma fuerza, sólo nos falta media hora para llegar al radio iluminado por el faro. ¡Oh, maravilla de la navegacion! ¡A la hora dicha, despues de tres meses

BIBLIOTECA NACIONAL Y REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL

pasados entre cielo y agua, un triple hurra, lanzado desde lo alto de los mástiles, anuncia que los vigías ven la luz del faro, ven la tierra! Es el Cabo Otway. Al punto subimos á las gavias para distinguir esas luces tan deseadas; veinte minutos despues sus rayos son visibles desde las toldillas. Una vez montado el Cabo, ponemos la proa á la bahía de Port-Philipp. Nada puede dar idea de la agitacion que reina á nuestro alrededor: los ecos de á bordo repiten nuestras alegres canciones, y esta noche nadie dormirá, tanta es la animacion, tanto el bullicio: la Providencia nos devuelve á la tierra; ya no se habla de dar las boqueadas; cada uno hace sus maletas y embarca sus sextantes. ¡Australia, Australia, héla ahí! Nuestros tres meses de navegacion se resúmen ahora como un hermoso sueño llevado á buen término, como el período de recogimiento y mutua expansion que debe ser preludio de la accion, y como una época deliciosa de intimidad y trabajo en que los dias reemplazaban á los dias, sin que apénas lo notásemos.

No bien amanece, ¡qué fecilidad poder asestar nuestros anteojos á las orillas que costeamos de léjos! Altos arenales cubiertos de un verde sombrío y de aspecto salvaje se desarrollan ante nosotros, y es una alegría indecible ver esta tierra que durante muchos años no habíamos pensado pisar, y que está separada de nuestra Europa por seis mil leguas; sondeando la profundidad de la bahía, evitando los bancos de la costa, aumentando los promontorios salientes, parecíanos repasar en pocas horas todas nuestras lecturas sobre los descubrimientos de los grandes navegantes por aquellos sitios, como quien despues de haber leido

los largos relatos de una guerra, visita sus campos de batalla.

Pero lo poco que todavía conocemos del dominio de la historia no hace sino animar más vivamente nuestra curiosidad en aquella hora solemne por ese continente cuya existencia ignorasen durante muchos siglos nuestros antepasados. Parece que entramos, no sólo en un mundo nuevo bajo el punto de vista geográfico, sino tambien en un nuevo mundo de pensamientos: esas montañas abruptas que muestran á lo léjos los caractéres de una naturaleza vírgen, contrastan con los faros, obra de la mano del hombre. Esta civilizacion naciente, en una tierra arrancada á la inercia ó á la barbarie, ¿no es todavía una masa envuelta en misterioso velo? ¡Cuántos secretos para nosotros que llegamos arrojados por el mar con todas nuestras ideas, toda nuestra atmósfera de Europa! ¡Es tan bueno llegar á un país sin preocupaciones ni presunciones; esperar la primera impresion y guardarla para ver si más tarde es corregida por una madura experiencia! Llegar jóven á una tierra jóven, es cosa que arrebata, es cosa que llenando el espíritu de curiosidad, contrasta con la vida del mar, donde el hombre adquiere mucha más por las reflexiones que por los espectáculos exteriores. ¡Ante nosotros está la tierra de las minas de oro, de los rebaños innumerables, de las ciudades nacidas ayer! Allí vamos á ejercer toda nuestra actividad de veinte años para gozar de todos los espectáculos... ¡Y sin embargo, la primera felicidad que espero encontrar allí, felicidad incomparable, objeto dia y noche de mis pensamientos, es leer vuestras cartas llegadas de Europa ántes que yo!

El júbilo es tan grande á bordo, que todo el mundo ha perdido un poco la cabeza. Seguimos la costa y toda la mañana corremos rápidamente ante una serie de montones de arena que se enlazan unos con otros. De repente ¡gran alboroto! ¡Hemos perdido el paso y vamos derechamente á los arrecifes! El paso queda á doce millas detrás de nosotros: necesitamos, pues, algunas horas para luchar contra viento y marea: piérdese toda esperanza de llegar al muelle en la misma noche: entre estas arenas bordeamos como hicimos há tres meses en el canal de la Mancha. Un sol magnífico ilumina en lo alto de las colinas espesos matorrales de color verde sombrío: entre bosques de una especie de pinos quitasoles, cuyas capas se abren como abanicos, en medio de rocas y de grandes masas de una vegetacion negruzca, vemos sembradas muchas casitas blancas con sus jardines, verdaderos *cottages* de la vieja Inglaterra.

A las tres y media franqueamos el paso: tiene sólo una milla de anchura, y su corriente es *como el rayo*. La *Sanidad*, con una fea bandera amarilla, viene á asegurarse de que no traemos el cólera ni la peste de los animales, y luego entramos á toda vela en la bahía de Port Philipp, gran estanque de cuatrocientas millas cuadradas, verdadero lago salvaje rodeado de un cinturon de arenales sombríos. Melbourne está en el fondo: muchos buques aparejan y salen saludándonos, y esperando, sin duda, escapar á los peligros que nosotros hemos corrido en el espacio de miles de leguas: otros echan anclas, y el ruido de sus cadenas que se desenrollan y el canto de sus marineros llegan hasta nosotros, y algunos duermen escalonados como

gigantescas boyas á lo largo del camino que nos conducirá á la ciudad. Pero el sol se pone sin que sus rayos hayan iluminado para nuestros ojos la extremidad de la bahía, y de repente cae la brisa y tenemos calma chicha. ¡Hétenos aquí parados en el momento de más viva exaltacion, á veinte leguas del término de nuestro viaje!

Pero ¡ay de mí! Antes que hubiéramos franqueado el paso y visto de cerca la tierra, la primera persona extraña que apareció á bordo desde nuestra partida, la primera voz nueva que oimos, la del piloto, nos notició la muerte reciente del príncipe de Condé. Lo que fué para nosotros tal golpe despues de tres meses pasados sin noticias de los nuestros, despues de tres meses en que habiamos alimentado la esperanza de reunirnos en esta tierra lejana con aquel príncipe de tan noble corazon y tan generosas aspiraciones, el dolor que nos causó aquella espantosa noticia, podeis pensarlo, vosotros á quien se ha sorprendido con los lacónicos horrores de un telegrama.

Pero ¡ cuánto más sangraba nuestro corazon viendo esa tierra en que ha espirado! La víspera nos regocijábamos pensando encontrarle allí, recorrer con él la Australia, partir luego para la China y el Japon! ¡ Pobre príncipe! ¡ muerto á los veinte años, léjos de su madre, á 6.000 leguas de su país, víctima de los nobles instintos que le habian llevado á buscar la instruccion en las comarcas más lejanas, poniendo á prueba con viril energía todas las fuerzas de su espíritu y de su cuerpo para responder á las bellas esperanzas que en él se fundaban por los frutos ya obtenidos!

¿Y podríamos olvidar nunca su gran piedad, la firmeza de su carácter y la elevacion de su sentido político? ¡Pobre príncipe, que sucumbió doblemente desterrado, arrancándole la muerte al ardor en que se consumia su alma por esa Francia que llevamos siempre con nosotros, y cuyo nombre queria él, como infatigable francés, hacer amar y admirar en todas partes, trabajando por ella áun entre los antípodas!

Si murió léjos de su familia, si habiendo nacido en el palacio de Saint-Cloud vino á espirar en las costas de donde Laperouse envió sus últimas noticias ántes de morir, y que Dumont D'Urville tocó yendo al polo Sur por órden de Luis Felipe, no creais, sin embargo, que murió sin que le llorasen en estos mismos lugares muchos corazones. ¡Se habia mostrado tan grande, tan afable, tan instruido, que toda una poblacion, inquieta durante su enfermedad, hizo de sus funerales un duelo público! El Tribunal Supremo y las Cámaras suspendieron sus trabajos; el Gobernador, los magistrados, todas las corporaciones del Estado, la oficialidad de mar y tierra, toda la colonia francesa y los oficiales de un buque de guerra nuestro que estaba en la rada acompañaron el entierro; se cerraron las tiendas; todos los buques del puerto cruzaron sus entenas; ondeaban á media asta sus pabellones, así como los de los edificios públicos. En aquel dia, Sidney todo entero, cuya voluntad habia ganado, quiso honrar su memoria.

Pero á nosotros... sus amigos, ¡qué tristeza nos ahogaba, pensando en él en el silencio de un mar de mármol, miéntras que la noche nos presentaba con

sombríos pensamientos una vista que el dia nos habia negado!

El resplandor de las luces de Melbourne, como el resplandor de nuestras grandes capitales, se destaca por la noche á lo léjos; el bullicio y tumulto de la ciudad sólo se perciben á intervalos; el silbido de las locomotoras y el ronco timbre de los buques de vapor que entran y salen son los únicos ruidos que nos arrancan á nuestras tristes meditaciones.

Así se prepara nuestra primera entrada en el continente australiano: ¡ toda la apariencia de la vida de un pueblo, todas las lágrimas por la muerte de un amigo! ¡ Y hemos dado media vuelta al mundo para no encontrar de *aquel* á quien tanto queríamos... ni siquiera un ataud!

8 de Julio. — Toda una noche, toda una mañana, toda una tarde de calma chicha nos retienen inmóviles en este gran lago, á la vista de la ciudad que tanto deseamos recorrer. ¡ Es, en verdad, el suplicio de Tántalo! Nuestro espíritu no está ya á bordo, y luégo, esta casa inmóvil, sin balance alguno, no es ya un buque. Con la noche viene un paso de brisa para llevarnos un poco más cerca del resplandor y abandonarnos en seguida. De nuevo salen de la bodega, con un estrépito atronador, los gruesos anillos de nuestras cadenas de anclas, y por una noche más, y por esta vez á cinco leguas del muelle, el ancla va á dormir en el fondo del agua, y nosotros, sin duda por última vez tambien, en esos cajones de anaquelería que nos han servido de camas durante tres meses.

Pero hé aquí un vago sonido á lo léjos: son golpes de remo en el mar; ese ruido regular y cadencioso va

aumentando por instantes; ¡son botes! ¡llegan al buque! ¿traerán indígenas armados de lanzas? No; en uno viene el carnicero, en otro el panadero, luégo un vendedor de verduras, despues un señor de la policía, todos con sombreros negros y vestidos como nosotros, vienen á procurarse la clientela del *Omar-Bajá*. Trábase conversacion, todo nos interesa. ¡Pues bien, si diéseis en medio de la *Sala de Pasos perdidos* del Palacio de Borbon en un dia de sesion borrascosa, no oiriais otras palabras! No nos hablan sino de *crísis política*, *crísis comercial*, *lucha de ambas Cámaras*, *disputas entre libre-cambistas y proteccionistas*, *apelacion al sufragio universal*... En fin, hemos llegado, segun parece, á este cabo del mundo en ocasion que la política apasiona en supremo grado los ánimos. Estos buenos australianos me parecen muy ardientes en sus discusiones, y si tales imágenes de las agitaciones de nuestra Europa nos sorprenden al principio, no podemos ménos de pensar en nuestros adentros: «¡Tanto mejor! De estas discusiones brotará quizás para nosotros la verdad respecto á los asuntos de este país, que nos es tan desconocido, y esta máquina civil y gubernamental se nos aparecerá en conjunto, puesto que todas sus ruedas van á ponerse en movimiento.»

9 de Julio.—Ya sólo falta un paso y estaremos en el puerto. Melbourne no está situado en la misma bahía, sino á dos ó tres millas de la ribera; su puerto es Sandridge, unido á la ciudad por un camino de hierro. Hétenos aquí en medio de unos cincuenta buques de altos palos, y alrededor de nosotros todo está tan animado como pudiera en el Havre ó en Marsella. Nuestros hombres están muy ocupados: suben

y bajan por las escalas como monos en bosque; largan y secan las velas á los templados rayos del sol de la mañana. Al entrar en el puerto el buque toma un otro aspecto; se le hace una nueva *toilette*, y cuando vemos ahora flotar como muertas esas velas que tan á menudo hemos visto hinchadas ó rotas por el viento, cuando vemos en reposo esas cuerdas tan agitadas há poco y esas entenas que se quebrantaban á impulsos de las ráfagas, pienso yo en la eterna historia del palomo viajero que seca al sol sus alas cansadas de lejanos vuelos, sacude el aire salvaje que le habian dado las intemperies de los más peligrosos parajes y oculta los huecos que han dejado las plumas perdidas.

Entónces nos rodean los botes cargados de fruta, verdura y carnes; pero muy luégo toman las cosas un un color más sério: ¡paso al bote de un buque de guerra! Un oficial viene á preguntarnos á qué hora desembarcaremos. Momentos despues llega otra lancha y sube á bordo el capitan de fragata que manda la *Victoria*. Despues de saludar al Príncipe, dícele «que el gobernador le manda para felicitarle por su llegada á la colonia y desea saber cuándo entrará en Malbourne, á fin de recibirle con los mayores honores, miéntras que la *Victoria* le saludará con veintiun cañonazos.» En verdad fué un instante de dulce alegría para el Príncipe aquel en que se vió tan bien acogido y festejado, desde sus primeros pasos y en memoria de su familia y de su padre; pero suplicó al capitan que le suspendieran los preparativos, pues á causa de su destierro y de su luto no podia aceptar tales honores. El bote partió como una flecha y nosotros espe-

ramos un remolcador, que se enganchó á nuestro pesado casco.

El capitan del remolcador sube á nuestro bordo y sus órdenes son repetidas por uno de esos grumetes de voz chillona, como los hay en todos los vapores del Támesis y del Paso de Calais; lentamente nos deslizamos por en medio de los buques anclados, y á las tres y media arribamos al muelle. ¡Ha llegado la hora, la hora de emocion y júbilo, la hora imaginada, soñada y esperada durante tres meses en que vamos á pisar tierra, despues de un trayecto de 6.380 leguas! (1)

Cierto, al desembarcar en Port-Philipp, me senté desde luégo admirado, viendo hasta qué punto está allí adelantada la civilizacion. Dos largos muelles de madera se adelantan formando ángulo recto por medio del puerto; á entrambos lados hay unos cuarenta buques de gran porte; hasta la extremidad de cada muelle llegan los rails del camino de hierro en cuatro filas: no cesan de pasar trenes; más de treinta gruas de vapor están en movimiento, unas tomando la carga del fondo de la bodega, otras llenando los buques vacíos con innumerables sacos de lana llegados de lo interior. Aquel conjunto de locomotoras que silban, de gruas que crugen, de vapores que calientan sus calderas, no os permite creer que estais en tierras tan próximas al polo Sur.

(1) Nuestra velocidad fué:

en Abril, de 73'28 cada dia, ó sean....	135 kil.
en Mayo, de 171'84.....	318
en Junio, de 182'57.....	338
en Julio, de 221'57.....	409

En este momento nos despedimos de nuestro *Omar-Bajá* y damos gracias á Dios que nos ha traido sanos y salvos al continente austral. Pero por un curioso contraste, dejamos tantos recuerdos en este buque, que dejarlo es como dejar á un amigo (1).

A las cuatro y cuarto pisamos tierra: despues de tres meses pasados sobre las tablas, nos sentíamos un poco aturdidos, y aparte de todas las ideas que hace nacer en el alma el sentimiento de tener, por fin, tierra bajo los piés, os aseguro que las piedras impresionan mucho á los recien desembarcados. Pasamos al lado del *Moravian*, hermano en construccion del *Omar-Bajá*, que acaba de llegar de Lóndres en setenta y tres dias, con sus palos rotos, su obra maestra arrancada y que ha tenido, durante ocho dias, tres piés de agua en la bodega. ¡Qué felices somos en no tener tales recuerdos!

Desde allí á la estacion no hay más que unos cien pasos; nos presentamos al despacho de billetes, nos contestan que el gobierno de la colonia de Victoria quiere pagar todos nuestros gastos por las líneas férreas miéntras permanezcamos aquí. ¡No es posible mayor amabilidad! En un cuarto de hora llegamos á Melbourne, tomamos un coche y vamos á *Scott's hotel*, que nos han recomendado como el mejor de la ciudad. Nos maravilla la mezcolanza de mozos empaquetados en sus cuellos postizos y sus corbatas blancas, y criados chinos que corren de acá para allá.

(1) El *Omar-Bajá* no debia proseguir largo tiempo su brillante carrera. El 22 de Abril de 1869 fué enteramente destruido por las llamas, en alta mar, entre las Azores y el Ecuador.

Al punto nos traen nuestras cartas y las devoramos con indecible júbilo. ¡Qué dulces sentimientos al abrirlas! ¡Con qué ansiedad nos acercamos los tres á la luz para leerlas, y cómo comunica cada uno á los demas las buenas noticias! ¡Tienen dos meses de fecha, y las primeras que nosotros enviemos no llegarán á Europa hasta cinco meses y medio despues de nuestra partida!

En seguida paseamos á nuestro alrededor miradas que nos devuelven con usura, si bien creian que llegariamos entre salvas de artillería y músicas militares. Durante la comida (¡y qué hermosa comida, con legumbres verdes!) nos traen un gran pliego en una gran bandeja: es del Melbourne-club, que nos ha nombrado socios por unanimidad. Otro pliego todavía más grande le sigue; es de la administracion del camino de hierro que nos envia pases libres para todas las líneas: un tercero es el nombramiento del *Union-club;* luego llegan á montones las tarjetas de todas las personas notables y funcionarios de la ciudad ¡qué lluvia! artículos de periódicos que nos anuncian en la edicion de la noche serenatas bajo las ventanas... ¡qué sé yo! Con esto, nos escapamos tan satisfechos de unos alimentos desconocidos durante noventa y un dias, servidos en mesa inmóvil, sin bacalao petrificado ni judías repetidísimas, como admirados de la magnificencia del hotel, verdadero *Meusice*, y conmovidos por la cordial acogida que nos dispensan. Fué una verdadera diversion para nosotros correr aquella noche por las grandes calles de Melbourne, Collins-Street y Bourkestreet, dos hermosas arterias paralelas, muy anchas, con aceras em-

baldosadas y luces de gas: son las calles Vivienne y Richelieu de aquí.

De un extremo á otro encontramos tiendas perfectamente surtidas, con escaparates que envidiarian todas nuestras ciudades de segundo órden de Francia y que nos cautivan como á un verdadero papanatas. Tantas veces me habian repetido que un par de botas costaba aquí 100 francos, que me admira encontrarlo todo á los mismos precios de por allá. Sí, es una sorpresa desembarcar en Melbourne; largas filas de coches de alquiler, como en Lóndres, teatros, tropel de gente que pasea, sillas y lujosas casas de muchos pisos, *policemen* irreprochables, *restaurants* abiertos, portadores ambulantes de anuncios, *squares* iluminados, todo tiene en esta ciudad, excepto la anchura de las calles, el más notable parecido con Inglaterra, y desde que hemos desembarcado me parece que el valor local de estos países consiste precisamente en no tenerlo, y que su colonia, al reves de lo que sucede por lo comun, se asemeja de un modo inaudito á la metrópoli. No sé si me equivoco, pero por esta primera ojeada de toda una ciudad, de todo un pueblo, me ocurre que habremos de indagar aquí en el órden moral y en el órden material, no las excentricidades que los viajeros, ávidos de cosas raras, quieren encontrar en todas partes, sino todo lo que hay de asombroso en esa fiel reproduccion del antiguo mundo, en una tierra que hace doscientos años era desconocida y hace treinta y tres vírgen todavía.

10 *de Julio*.—A pesar de mi sincera modestia, debo decíroslo, positivamente nadamos en grandezas: toda una ciudad cuida de nosotros: se disputan nuestras

personas y nuestras tarjetas. Perdonadme ese *nosotros* que escribo á semejanza de aquella ama de cura que decia: *Confesaremos y diremos misa mañana;* pero así es más cómodo y ya me entendereis. Pues bien; un príncipe es aquí alguien. En primer lugar, nunca habian visto á ninguno en la colonia; en segundo lugar, le agradecen mucho que haya arrostrado los peligros y fatigas de una navegacion de tres meses para venir á visitar los trabajos, inventos é instituciones de un grupo de hombres aislados en un continente que los mapas de hace cuarenta años llamaban todavía *terra australis incognita.* Así, un viajero como él, desconocido hasta ahora en estos sitios, se convierte del primer golpe en el gran acontecimiento del dia: mucho se alegra de ver cómo rivalizan todos en verdadera simpatía y espontánea cordialidad: ya no tenemos dificultades ni obstáculos: la hospitalidad inglesa, inspirándose sólo en los impulsos del corazon, y convirtiendo nuestros más leves deseos en realidades, se nos presenta desde el primer momento con todo su carácter clásico y leal.

Esta mañana fuimos á casa del gobernador interino, general Carrey; despues salimos de la ciudad ansiosos de ver campos y ansiosos de saber si la naturaleza del suelo sería tan inglesa como el aspecto de todo Melbourne. Pasando de la gran navegacion á la pequeña, tomamos una ligera falúa y remontamos el Jarra-Jarra, rio que atraviesa la ciudad de un extremo á otro. Es un rio, si se mira con anteojo de aumento, pues en realidad no admite sino pequeños faluchos, pero no importa, todo es nuevo en sus orillas para mí: higueras de Berbería, aloes, grandes

árboles de goma roja y azul, matorrales de arbustos desconocidos: así pasamos largas horas, siempre subiendo por el rio. Pero, en suma, cuanto más nos apartamos de la ciudad, más llano es el país; las orillas son verdes, pero uniformes y poco pintorescas; los eucaliptos, esparcidos con profusion, magníficos por sus troncos, tienen un follaje afilado y parecido al de los sauces llorones, que hace el efecto de miles de harapos cenicientos colgados verticalmente de las ramas, sin dar sombra contra los rayos del sol ni abrigo contra la lluvia.

Al volver á la ciudad, encontramos una agitacion prodigiosa: grandes cartelones encarnados anuncian que ha llegado el correo de Europa á Adelaida (la capital de Australia del Sur), y que se van á publicar los telegramas. El correo sólo llega aquí una vez al mes, y es preciso estar tan léjos para ver cómo desaparece la indiferencia cuotidiana de nuestros cuotidianos lectores, y cómo en su lugar hay una sobreexcitacion, una necesidad de noticias que apasiona todos los ánimos: pasan diez minutos, y salen á luz cartelones amarillos con fórmulas de sensacion:

¡Grandísima guerra en Europa!
¡Gigantescos armamentos!
¡Inmenso pánico monetario!
¡Se acabó el dinero, se acabó el crédito!

Esas noticias nos causan gran ansiedad; cinco minutos despues vemos un cartelon azul con muchísimos puntos de admiracion; la multitud lo rodea:

¡¡Carreras de Epson!!
¡¡Derby: Lord Cyon 1.º!!!!

BIBLIOTECA PROVINCIAL Y REGIONAL DE PALENCIA

Y al punto, entre los que han apostado, unos saltan de alegría, otros se retiran cariacontecidos con la conciencia y el porte del infeliz que acaba perder miles de libras esterlinas por una carrera de caballos verificada á miles de leguas de aquí. ¡No basta, pues, que haya en Epsom un vasto recinto para las pasiones del *Belling*; éstas toman el telégrafo, y pasando la línea, hacen perder á los buscadores de oro el metal todavía oculto en los senos de la tierra! ¡Y todo por caballos que nunca han visto ni verán jamás!

Allí estábamos, ávidos de noticias, en medio de aquella multitud inglesa que se agitaba y revolvia como en las calles de la City de Lóndres, cuando nuestros ojos se fijaron de repente en un espectáculo que contrastaba del modo más extraño con todas las ideas de fusil de aguja y de *derby* inglés, contenidos en los telegramas: pasó un grupo, un grupo fétido y horrible de hombres y mujeres con la piel más negra que la de los cocodrilos, cabellos crespos é inmundos, rostros deprimidos y bestiales. Son aborígenes. Harapos de viejísimos pantalones cubren á medias sus cuerpos repugnantes; un conjunto de botas gastadas bajo piernas desnudas, de trapos europeos que fueron quizás de colores escoceses y se han vuelto tan negros como el pellejo que tapan, de sombreros aplastados y rugosos, un desecho de guiñapos miserables en cuerpos raquíticos, endebles, innobles, más horribles que el de cualquier mono del mundo; tal es el aspecto de los antiguos poseedores de este continente, tal es la raza á la que, con razon ó sin ella, hemos venido á disputar este suelo, estrechándola cada dia más en los bosques.

Los unos, embriagados por el tabaco y licores fuertes, cosas á que no estarian acostumbrados, tropiezan en las paredes de esas magníficas casas construidas á la europea ó en los cristales de los escaparates que contienen los más hermosos artefactos de oro encontrados en los *placeres*, desconocidos tesoros que durante largo tiempo despreció esa raza negra, mendiga hoy, y que han dado á la raza blanca palacios y ciudades.

Otros, y particularmente las mujeres, van por medio de la calle, como si lo interrogasen todo, con la boca abierta, los brazos caidos, el aire atontado. Viendo de ese modo á los papanatas del desierto que acudian para contemplar las maravillas de una ciudad civilizada, preguntéme lo que pasaria en sus almas,—¡sus almas!—sí, sin duda la tienen, por repugnante que sea su envoltura. Los que tienen mechas de incultos cabellos blancos sobre un busto, brazos y piernas de ébano, pero de ébano sucio, esos ancianos enflaquecidos, cuyos miembros parecen cañas, quizás vinieran hace 34 años, cuando la tierra y la selva eran vírgenes, al sitio donde se levanta hoy una ciudad de 130.000 almas, alumbrada por luces de gas. ¿Quién sabe si cazarian al *opossum* en los árboles huecos aquí mismo donde la gente forma cola hoy sobre embaldosadas aceras para tomar billetes de ópera? ¡En ménos de la mitad de una vida humana, el silbido de la locomotora ha sucedido á los gritos agudos y salvajes de los papagayos, y en vez de los fuegos de antropófagos encendidos de altura en altura para indicar un banquete de carne humana, los hilos del telégrafo atraviesan campos cultivados y anuncian á toda una ciudad conmovida..... el resultado del Derby inglés.

Al darles limosna con monedas del cuño de la reina de Inglaterra, pensé en la serie de vicisitudes que les habian obligado á cambiar la vida nómada de las praderas, la vida libre de los bosques por el suelo de una ciudad donde el esplendor de los séres humanos les da á conocer su propia miseria que hasta entónces habian ignorado: involuntariamente recordé el famoso convenio celebrado en 1836 entre los primeros colonos y los naturales, en el cual cambiaron éstos 1.000 leguas cuadradas del territorio de Victoria por tres sacos de cuentas de vidrio, 10 libras de clavos, y cinco libras de harina.

11 de Julio.—No pidais á un hombre desembarcado anteayer cacerías curiosas ni descubrimientos de pepitas de oro: quisiera haceros ver á Melbourne, llevaros por el pensamiento á sus principales sitios y mostraros todo el lujo europeo que posee esta Australia que nosotros creíamos perdida y salvaje.

Hemos entrado en muchos bancos, verdaderas oficinas de la City, si se considera la multiplicacion de negocios y el número de empleados; verdaderos palacios por lo espaciosos, elegantemente construidos y esmerados en todos sus pormenores. En cuanto al Melbourne-Club, nada tiene que envidiar á los círculos de Paris. Todo en él demuestra un refinamiento exquisito. Allí se dan cita todos los hombres activos de la ciudad y todos los *squatters* que vienen de vez en cuando á descansar de la soledad de los bosques y reanimarse en la vida del mundo. Es, por lo tanto, una reunion muy afortunada para mí, y prometo sacar de todas las conversaciones cuanto pueda aprovecharme.

Para los ingleses, las instituciones de lujo vienen siempre despues de las grandes instituciones de utilidad pública.

Melbourne tiene una biblioteca que cuenta sólo 10 años de existencia y posee ya 41.000 volúmenes: ha costado 120.000 libras esterlinas á la colonia. Al visitarla nos admiró más el número de lectores que lo bien entendido de la construccion. Yo me figuraba al habitante de Australia horadando un pozo en las rocas auríferas ó lavando el oro á orillas de un solitario arroyo ó recorriendo á caballo praderas sin fin. Me ha sorprendido mucho encontrar en esa biblioteca á más de 400 hombres de la clase obrera guardando religioso silencio en los diferentes salones y estudiando libros prácticos, en los cuales buscan todo lo que la ciencia puede mejorar en las profesiones que ejercen. Los reciben con el vestido del taller, exigiendo sólo que escriban sus nombres en el registro de entrada.

Más científica que literaria, más utilitaria que teórica, esa biblioteca, que, segun su registro, tiene por término medio 500 lectores diarios, demuestra lo mucho que el gobierno de la colonia se esfuerza por moralizar mediante el trabajo á una poblacion todavía agitada por las pasiones aventureras y por la fiebre del oro, logrando que con no ménos ardimiento se dedique ahora á los estudios industriales. En la *Polytecnical-Hall* encontré casi el mismo público asistiendo en gran anfiteatro á las lecciones de física y química.

Me asombra esta rápida civilizacion y este acuerdo admirable para instruir al obrero. Me admiraba tambien al principio que el obrero tuviera tiempo para

esas lecciones; pero me dicen que no trabaja más que ocho horas diarias, y así tiene tiempo que dar al trabajo del espíritu despues que termina el trabajo del cuerpo.

Cuando preguntamos quién es el fundador, el gran promovedor, el presidente del Club, de la Biblioteca, de la *Polytecnical-Hall*, del Museo Nacional, de todas las instituciones políticas, científicas y benéficas de Melbourne, nos contestan nombrando á sir Redmundo Barry. Él en persona, afable y activo, nos ha mostrado detalladamente el Museo Nacional, donde se encuentra una reproduccion notable de la historia antigua y de la historia contemporánea de Australia.

Seis horas pasamos allí y nos prometimos volver á menudo. Es, sobre todo, un museo consagrado á la instruccion del obrero. Todo lo relativo á las minas de oro, desde la palangana de laton del primer *digger* hasta las máquinas de vapor más complicadas para triturar el cuarzo; todo lo que es arquitectura, máquinas agrícolas, máquinas de tejer é industrias de todas clases se encuentra allí perfectamente representado.

En cuanto al gabinete de historia natural, estoy seguro de que os encantaria. Por todo lo que veo, este país me parece tan extraño que no puedo pasar en silencio lo que hay de más notable en su superficie, es decir, la innumerable serie de los marsupiales. Desde el kanguru de ocho piés de alto hasta la rata ó el raton liliputiense, todos los mamíferos originarios de esta tierra, excepto uno sólo, la raza humana (¡sólo le faltaba eso!), tienen la bolsa como una especie de buzon de cartas en que meten á su progenie cuando

corren. ¿Os figurais toda esa gradacion, desde ocho piés á media pulgada, con 40 escalones diferentes de animales peludos, que tienen cuatro patas y corren sólo con dos, llevando, no las manos, sino los hijuelos, en el bolsillo? No tengo más idea sino poner desde esta noche ratoneras en mi cuarto y sobre todo ir á buscar á los grandes «kangurus» en las lejanas llanuras. ¡Buena caza les daremos, si Dios nos da vida! ¿Y quién sería el cazador cuyos instintos no despertase la coleccion única en el mundo de pájaros disecados de este museo: guacamayos color de rosa, cotorras omnicolores, cisnes negros, casoares, ornitorinquios con pelo de nutria y pico de pato?

El carácter más curioso de la fauna moderna de Australia es el aparente aislamiento y separacion de todos los tipos que habitan en las demas partes del mundo. Aquí los grupos genéricos son frecuentemente distintos del mismo género de animales que habitan latitudes semejantes, viven con los mismos medios y ejercen las mismas funciones esenciales, y esa distincion se funda en caractéres tan importantes que indican familias, razas y órdenes nuevos que no se encuentran en ninguna otra parte. Para el viajero que, como nosotros, no puede recorrer á la ventura la superficie de un país, visitar sus ciudades y atravesar sus bosques, este museo es una fuente viva donde debe buscar las descripciones de las entrañas de esta tierra y beber los informes más secretos que ocultaba á todos los ojos y que sabios tan profundos como atrevidos han sabido arrancarle.

Guiábanos en medio de tantas cosas curiosas el sabio profesor Mac-Coy, que iluminaba para nosotros con

vivas luces aquel dédalo bien ordenado. Nos hablaba de ese aislamiento de las razas vivas de Australia; él ha procurado remontarse por la historia de la tierra hasta la fecha de ese aislamiento, y ha combatido la opinion generalmente acreditada sobre la formacion del *Novísimo continente*. En las rocas *oolithicas* de Inglaterra se encontraron huesos y dientes que indicaban la existencia de animales marsupiales, ó sea provistos de bolsas, de la misma familia que los *perameles* de Australia: tales tipos no existen ahora individualmente más que en esta parte del mundo; los fósiles ingleses estaban englobados en miriadas de conchas marítimas del género tribonia, que sólo se encuentra hoy en las costas de Australia; por esto se formó la opinion general de que la fauna actual era la continuacion directa de la fauna que desapareció del resto de la superficie del mundo al terminarse el período *mesagoico*, de donde se partia para decir: «Australia es el país de formacion más antigua; se convirtió en tierra firme por cima del nivel del mar en un período durante el cual las formaciones *mesozoica* y *camozoica* se constituyeron en el globo.»

Pero M. Mac-Coy niega eso, pues gracias á sus penosas investigaciones en las minas más profundas y en las grietas de las montañas, se ha dado cuenta exacta de la época y del modo de formacion de las rocas que constituyen la corteza de esta tierra. «La capa de terreno sedentario, primera que cubre esa corteza de terrenos primitivos formados alrededor de la masa terrestre, todavía flúida é incandescente, posee, nos dijo, los mismos tipos específicos de vida animal que los que caracterizan esas capas tan anti-

guas en el país de Gales, en Suecia y en la América del Norte. Luégo vienen los terrenos idénticos á los de esos países, los esquistos y las rocas fosilíferas; el Canadá, Escocia y la provincia de Vitoria han vivido, pues, absolutamente la misma vida en aquellas remotas edades.»

En el período *paleozoico* superior, la primera apariencia de vegetacion terrestre se formó aquí exactamente sobre el mismo tipo que la de la misma época en el hemisferio Norte, y comparando así la historia natural de los antípodas, M. Mac-Coy ha encontrado la extraordinaria identidad de sus faunas marinas y de las producciones de la tierra firme, la cual surgió en Australia hácia la misma época que la mayor parte de la tierra firme en Europa y América.

En cuanto á las plantas, asociadas á los yacimientos hulleros de Nueva Gales del Sur y de Tasmania, presentan los mismos cambios que los observados en las creaciones geológicas correspondientes á las Indias, Alemania y América, y en cuanto al célebre *Tribonia*, que algunos consideran como clave de la cuestion, M. Mac-Coy no la ha encontrado en esa capa, pero ha visto una especie distinta que le permite suponer la presencia de yacimientos triásicos. Durante la época terciaria, que no pueden admitir los que creen que Australia es el continente más antiguo, la mayor parte del país estuvo cubierto por el mar como en Europa, pues todas las huellas de creaciones animales y vegetales anteriores fueron destruidas y reemplazadas por especies diferentes de animales y plantas que se acercan más á los que habitan hoy en la tierra australiana y en los mares vecinos. No es admisible, por lo tanto,

que Australia haya seguido una suerte distinta que el resto del mundo, permaneciendo emergente durante el período *oolithico*. En apoyo de esa idea vienen los fósiles, mostrando que aquí, como en América y Europa, las razas de animales que habitan el mundo fueron precedidas por las mismas particularidades anatómicas que las que hoy les son propias.

Al decirnos esto el sabio profesor, nos ponía delante de una pata de *dinormis*. ¡Oh que patas, amigos mios! Ella sola es tan grande como yo, y me parece que cinco piés y nueve pulgadas no es poco. Esa pata grandiosa y majestuosa que debió dar pasos y saltos de siete leguas, como dicen los cuentos de la infancia, procede de Nueva-Zelanda, y ya podeis suponer lo que sería el cuerpo que sobre ella se levantaba. El dinormis que se ha reconstruido teóricamente gracias á ese resto digno de su apetito de antropófago, era, segun parece, todo patas, pues no tenía álas. Ese antetipo ha dejado en Nueva-Zelanda un descendiente de todo punto semejante, pero liliputiense, el pequeño *kiviss* (*apteryx*), y como sucede con ese pájaro sin álas que los siglos han ido reduciendo á su más mínima expresion, como sucede con el perezoso de la América del Sur, precedido por el megatherio, ese mónstruo, cuya armazon ósea pesa muchos miles de kilógramos y es tan grande como una cabaña de cazador, Australia ha tenido para sus kangurus actuales un abuelo kanguru que presenta exactamente las mismas particularidades anatómicas, pero tan colosales, que da espanto cuando mira uno sus osamentas encadenadas á las paredes del Museo con un letrero que dice: *deprotodan*. Cerca del lago Tinbun se encontraron

esos mónstruos, en cuyas bolsas, cuando vivos, hubiera sin duda cabido toda una familia de ciudadanos como en un ómnibus; yo os confieso que me felicito mucho de que el período terciario haya suprimido esos huéspedes desagradables de los bosques que nos proponemos explorar.

Todos esos fósiles hicieron creer durante largo tiempo que los marsupiales eran los únicos cuadrúpedos nativos de Australia; el perro salvaje (*canis dingo*) no se reputaba indígena. Pero últimamente se descubrió en las cavernas negras del monte Macedon un fósil de perro salvaje, y entónces todos los sábios se pusieron de acuerdo.

Cosa curiosa; parece que en las materias duras que sujetaban las osamentas del kanguru gigante, felizmente sumergido, había venas ferruginosas y auríferas, lo cual indica la misma época para los depósitos de oro de Australia y Rusia.

El Museo está situado en una altura, y desde sus ventanas podíamos ver el lado opuesto de Hobson's Bay, de donde se han sacado yacimientos de mioceno que M. Mac-Coy nos hacía comparar con muestras de los mismos yacimientos de Paris. Aquel producto de suelo de la patria transportado á los antípodas, y por sus caractéres esenciales exactamente parecido al que teníamos casi bajo nuestros piés, conmovíame, lo confieso, más aún que la demostracion palpable de la ley de representacion de los centros específicos que desempeña un papel tan importante en la vida orgánica del globo. Ademas, aquí, como en Europa, las conchas actuales y las de los depósitos miocenos están separadas por muchos grados de latitud, mostrando

BIBLIOTECA PROVINCIAL REGISTRO DE LA PROPIEDAD

así el enfriamiento gradual de nuestro globo durante esos remotos períodos.

Tales son los motivos que tiene nuestro sabio guía para rechazar la opinion de una Australia salida de los mares ántes que los demas continentes ; tales son las identidades que nota de las capas de esta tierra con las nuestras; pero, entónces, ¿por qué es tan distinta su superficie de la de las otras comarcas? y, ¿por qué han encontrado los exploradores tantos desiertos de piedras, tantas llanuras privadas de tierra vegetal, tantas devastaciones causadas por incomprensibles cataclismos, miéntras que hay tambien tantas tierras fértiles? Unos creen en un archipiélago convertido en continente y cuyas partes áridas serían brazos de mar que han quedado en seco; otros quieren que Australia haya salido de golpe por una gigantesca erupcion del seno de las aguas donde estuvo sumergida más tiempo que las otras tierras, y explican su increible aspecto diciendo que no ha tenido tiempo todavía para dejar crecer los bosques bajo los cuales brotan los manantiales que de dia en dia van aumentando, ni para cubrirse con el limo engendrado por el curso del agua, ni para pulverizar por la accion del sol y del aire la costra compacta arrancada de súbito á los mares que todavía la rodean; el mínimo número de indígenas que habitaban su territorio inmenso en la época del descubrimiento, el aspecto de caos antediluviano del centro del continente, la escasez de rios, lo extraño de la vegetacion, la alternativa de sequías prodigiosas é inundaciones súbitas, parecen indicar que este suelo, lavado recientemente por el mar ó por grandes diluvios, no ha llegado todavía á su madurez,

y que el hombre se ha dado más prisa que debiera en ocuparlo.

Arrástrame demasiado léjos el recuerdo de lo que hoy he escuchado; pero si he tenido la fortuna de oir á un sabio disertar sobre las verdades más extrañas de la geología de un país, si me han cautivado sus palabras, ahora siento como un torbellino en mi espíritu, lleno de sus luces, y veo que ni mi memoria ni mi papel pueden trasmitiros un pálido reflejo.

He querido, pues, sacudir esta misma noche mi cerebro de toda la ciencia que lo sobrecargaba, y hemos ido á reirnos de todas veras en un lindo espectáculo, el skating room, sala de patinadores.

Es un hecho notable que los hombres alejados de su tierra natal tratan de renovar en el destierro todos los placeres de aquélla y de reproducir una imágen de la patria, no obstante los obstáculos causados por los más diversos climas. En Australia no hiela nunca; no importa, «patinaremos» han dicho los ingleses, y ved ahí sobre un gran entarimado, brillante como un espejo, más de 300 personas que corren con patines de ruedas; el ruido es infernal, pero el golpe de vista muy divertido. Los unos, experimentados y diestros, se deslizaban elegantemente; nada tan gracioso, en particular, como las ligeras y caprichosas evoluciones de las damas; los otros, aventurando sus piernas demasiado torpes, se tropiezan, se agarran y caen en todas direcciones; los brazos parecen aspas de molino; caen muchos juntos y se forma una deliciosa confusion. Siempre nos acordaremos de un gigantesco *Gentleman*, infatigable en sus caidas, que cada vez arrastraba con vigor grupos de patinadores

bastante imprudentes para acercarse á él; grandes, pequeños, gordos, flacos, sílfides, colosos, todos reian alegremente sin cuidarse del público que formaba coro.

12 de Julio.—A los ojos de muchas personas de Europa, Australia no es más que una colonia penitenciaria del Reino-Unido y un refugio de aventureros buscadores de oro. Sin duda imaginan que aquí codeamos á cada paso y tenemos por comensales á los asesinos y á toda especie de delincuentes; se pondera la habilidad de haberlos enviado á una tierra perdida, como si fuesen animales maléficos, y se considera que el color de *penado* es el color general de todo el mapa de Australia; pero esto es un grave error y no hay semejante estado de cosas.

La Nueva Gales del Sur y la Tasmania sufrieron ese azote desde 1788 hasta 1840; pero si la poblacion sana y pura de Sydney sólo pudo evitar aquella importacion pestilente rechazando en 1840 un buque cargado de *penados*, la colonia Victoria tuvo la dicha de no recibirlos nunca de la madre patria; tambien rechazó buques llenos de penados que las sociedades de Nueva Gales del Sur y de Tasmania expulsaban de su seno, y fuera de los desórdenes causados por la fiebre del oro, su historia es pura.

Os digo esto, no sólo porque no se encuentran *tales gentes* en las aceras de Melbourne, sino porque hemos ido á visitar *el único sitio* donde hay criminales en Victoria, las cárceles de Pentridge, situadas á cuatro leguas de Melbourne, donde están perfectamente secuestrados en celdas y rodeados de altos muros de granito. Esta visita nuestra á la cárcel parecia

una partida de placer, pues al principio sólo pensábamos en explorar los alrededores.

Partimos, en efecto, de Melbourne con la persona cuyo solo nombre resume para mí todo lo que hay de más amable en Victoria, con el capitan Standich, á quien iba yo recomendado por amigos de Europa, y á quien debo la más perfecta acogida en este lejano país. Desde nuestra llegada hemos pasado con él todo el tiempo que no ocupaba en sus funciones oficiales y le debemos todo lo que hemos visto.

La carretera que seguimos estaba orlada de eucaliptus y animada por una incesante circulacion. En casa del coronel Champ, director de la cárcel, al lado de los negros muros que desafian todo escalo, ha reunido á su alrededor todas las cosas alegres cuyo contraste podía hacer olvidar la triste vecindad: su hija, un lindo *cottage*, un parque esmerado lleno de flores y céspedes ingleses; ¡linda entrada de cárcel á fé mia! Luégo pasamos los umbrales y sentimos una impresion de frio: recorremos las galerías y celdas construidas segun los planos más recientes y admirablemente limpias, verdadera cárcel modelo. Cien guardianes armados de carabina circulan por allí; los corredores son como los rayos de luz que se escapan de su centro único, desde donde el ojo de un Cervero vigila todo y da la señal de alarma por medio de campanillas eléctricas. Cada celda posee una biblioteca donde figura en primera línea *the holy Bible*

Allí están todos los criminales de la colonia: son hoy 950, que es poco para una poblacion de 626.000 almas. Hemos visitado todos sus trabajos: este inmenso edificio carcelario, que puede contener cuádru

ple número de habitantes, ha sido construido por los mismos penados; la fiera ha forjado y clavado ella misma la reja de su jaula. Un gran muro exterior rodea los jardines destinados á sus trabajos agrícolas y á su subsistencia; despues vienen las escuelas, los talleres de carpintería, cerrajería, zapatería, tejidos de lana y lienzo en que todos trabajan. Sería sin duda aventurado afirmar que el trabajo solo ha moralizado mucho á estos delincuentes; pero los registros de la colonia consignan que muchos hombres salidos de la cárcel de Pentridge han tenido despues una conducta pacífica y honrada. Estos trabajos, que ocupan primero útilmente el tiempo de los presos y que les proporcionan una suma adecuada á su actividad, los acostumbran tambien al trabajo; salen de allí sabiendo escribir y calcular, practicando varios oficios que obtienen fuerte retribucion en la colonia, y las más veces vuelven á la vida libre para no causar en ella nuevas perturbaciones, pues tienen ya medios de vivir cómodamente. ¿No es, en efecto, la miseria, más bien que una perversidad instintiva, la causa primera de muchos crímenes? Ciertamente, esta obra está muy bien ordenada: toma á un hombre que ha delinquido porque ya no encontraba oro en la superficie del suelo, porque la fiebre de las riquezas perdidas le enloqueció en la miseria, y despues de una dura prueba le devuelve su parte de vida bajo el sol, cuando ya es capaz de ganarse nuevamente el oro por el trabajo de sus manos. Recorriendo los talleres reparamos en dos negros aborígenes, dos verdaderos niños realmente horrorosos, pero cuyas miradas están llenas de dulzura: sus dientes blanquísimos que deja ver una

boca abierta de oreja á oreja, contrastan tanto con lo negro de su piel, como la risa jovial y permanente que parece propia de las razas negras con el vestido de *trabajos á perpetuidad* que ha sido menester imponerlos. Tienen aspecto tan risueño que nos interesamos naturalmente por ellos. Comprenden las órdenes que el capataz les dá en inglés: para mostrarnos su destreza, arrojan largas picas á enormes distancias y alcanzan con ellas los guijarros que arrojamos al aire.—«¿Cuál ha sido su crímen? preguntamos al coronel.»—«El que más rie en este momento ha matado á tres marineros, nos respondió, y el otro á dos mujeres blancas.» Al punto se contiene nuestra compasion. «No los hemos condenado á muerte, continúa el coronel, porque son aborígenes, y nunca ahorcamos aquí á tales hombres cuyas creencias é instintos son tan diferentes de los nuestros que para ellos matar no es crímen; más bien los domesticamos por la dulzura que por la crueldad.»

Hermosas palabras, por cierto; un Gobierno que profesa tales principios, invadiendo en nombre de la civilizacion tierras ocupadas por razas bárbaras, merece la admiracion de Europa. Ese, por lo demas, no es un hecho aislado, y me citaron en los anales de la justicia de Lydney una sentencia que confirma lo mismo: un dia, cerca de la casa de un *squatter*, propietario de muchos miles de carneros en 150 leguas en el interior, se encontró una tribu entera despezada y medio consumida por un fuego reciente. ¿Era que alguna tribu rival había logrado sangrienta victoria? No: era que siete penados empleados en la custodia de los rebaños, siete hombres blancos habían come-

tido sin provocion ninguna aquel espantoso asesinato de pobres criaturas incapaces de defenderse. El tribunal de Sydney no vaciló en condenarlos á muerte y los ajustició, dando un gran ejemplo á las jóvenes generaciones de esta jóven colonia que deben tener compasion de los instintos de una raza feroz y obcecada á la que no deben arrancar con mano homicida la existencia despues de haberles arrancado la libertad y la tierra.

IV.

MONUMENTO ELEVADO Á BURKE.

Un bronce fundido en la colonia.—Hojas autógrafas del *diario* del explorador Burke.—Atraviesa la Australia de Sur á Norte. —Fatal equivocacion de sus compañeros.—A la vuelta muere de hambre.—Se descubren sus restos.

Un buen galope, que es mi aire favorito, nos lleva de vuelta á Melbourne. A cada instante veo cosas que todavía no os he descrito—hé aquí un monumento de bronce. ¡Un monumento! cosa rarísima, dicen, en las ciudades de América, porque no tienen más que cien ó doscientos años de existencia. ¡Y cuánto más admirable será en esta ciudad de Melbourne, donde hace quince años no había más que algunas cabañas de tablas y algunas tiendas!

Pues bien; en la cumbre de una colina, por la que pasa la arteria más populosa, destácase un elevado pedestal que sostiene un grupo de bronce, grupo esculpido, fundido y montado en la colonia y cuya ejecucion es perfecta. Representa tres hombres que se abrazan fraternalmente y cuyas miradas sondean lo infinito. Uno de ellos es el jefe: todo lo anuncia: su

postura heróica, su aire de autoridad. Y sin embargo, sus vestidos desgarrados, sus miembros de esqueleto, sus facciones demacradas, sus miradas moribundas, demuestran que espiran de cansancio y de hambre abandonados en medio del desierto.

¡Ese jefe es Burke: esos hombres son sus infortunados compañeros! Pero Burke, su solo nombre apénas conocido en Europa, llena aquí todas las imaginaciones y hace latir todos los corazones. ¡Ese nombre es hoy para Australia más que el de Coriolano para la antigua Roma, más que el de Bonaparte en Mesidor! ¡Qué poca cosa es el ruido que hicieron los descubrimientos de osados exploradores por el continente australiano, en comparacion con la gloria de Burke, que fué el primero en atravesar de parte á parte desde el Océano Austral hasta el Océano Pacífico! ¡Heróicos esfuerzos, constancia sobre humana, exploracion única en el mundo han hecho de Burke un grande hombre! ¡Pero su noble ambicion, una ambicion de descubrimientos que rayaba en fanatismo, no pudo gozar de su triunfo, y este monumento perpetúa la memoria del dia en que tuvo la única cosa que faltaba á su gloria, la consagracion de la desgracia!

Desde que hemos puesto los piés en esta tierra, no hay persona que no nos haya hablado largamente de él: muchas le han conocido con intimidad; participó en las pasiones, prosperidades y miserias de todos; contribuyó grandemente en los primeros trabajos que crearon aquí una nacion; era ambicioso; hé ahí su crímen. Pero figuraos qué viva está delante de mí su imágen cuando oigo narrar sus aventuras á todos sus amigos que ayer le exhortaban con sus últimos rue-

gos y cuyas lágrimas corren todavía al lamentarse hoy de no haber podido salvarle, y, sobre todo, cuando leo las hojas *autógrafas* de su *diario*, que se conservan aquí religiosamente, medio rotas, gastadas y mostrando las huellas de sus errantes expediciones; halláronlas en medio del desierto, allí donde las enterró ántes de perecer solitario en la abrasada arena.

Paréceme que le veo corriendo al Norte á traves del desierto, buscando el Océano y no encontrando más que un Océano de piedras calcinadas; muriéndose de hambre y teniendo que andar todavía 100 leguas para encontrar víveres; espirando por haber querido emprender una gran mision, y sintiendo, despues de haberla desempeñado noblemente, que quizás el mundo ignoraria su última obra. Lo confieso; tengo tan llena la cabeza de esos relatos, tan conmovido el corazon por esos infortunios, que á cada instante me refieren testigos oculares y que el mismo Burke describe de un modo patético en las notas de su *diario*, que quiero hablaros hoy de ese hombre y trazaros á rápidos rasgos la historia de su memorable y triste campaña.

Durante más de veinte años las colonias vecinas habían hecho repetidos esfuerzos para explorar el interior de Australia; en medio de aquel concurso de todas las energías en aventurero palenque, la de Victoria estaba como apartada, ora la atormentase febrilmente la explotacion del oro, ora la absorbiese el pacífico cuidado de sus rebaños. Pero en 1860, el donativo de 25.000 francos, hecho por un ciudadano deseoso de impulsar una tentativa por parte de su patria adoptiva, dió súbitamente á la gran colonia del oro

un nuevo empuje para un nuevo fin, y la expedicion que desde entónces proyectó ha eclipsado á las demas, tanto por la magnificencia de sus preparativos como por la grandeza de sus desastres finales; expedicion bautizada con sufrimientos, pagada con la vida de diez hombres, pero fecunda en admirables resultados.

El Gobierno de Victoria le dió por jefe al antiguo cadete de Woolwóch, al ex-oficial de húsares húngaros, O'Hara Burke, ya popular entre todos, valiente y franco, ávido de reputacion, despreciador del lucro, fogoso hasta el heroismo, entusiasta hasta la utopia. Pero el exceso de esas cualidades debía causar su pérdida y la de los suyos. Había ménos rabia aventurera, pero más calma, reflexion y ciencia en la cabeza de 26 años de su segundo, el jóven Wills, que debía ser el astrónomo indispensable para dirigir á la colonia por el mar de los desiertos, y cuya familia había perdido ya á uno de sus individuos en el *Erebo*, con Sir John Franklin, en la expedicion al Polo Norte, y estaba destinada á dar otro mártir para los descubrimientos del mundo en las arenas abrasadoras del Capricornio.

El 20 de Agosto de 1860 se pusieron en camino los atrevidos exploradores; eran 17, y con Burke á la cabeza marchaban entre las aclamaciones de todo un pueblo. Nunca había visto la poblacion de Melbourne espectáculo tan imponente: estababan orgullosos, tenían grandes cosas en el corazon, acompañábanles los votos de todos; el Gobierno habia dado 250.000 francos, los particulares 50.000; llevaban 27 camellos, traidos expresamente de la India, 27 caballos de los más robustos, bebidas y víveres para 15 meses.

Entre los *hurras* que lanzaba la multitud, entre las voces que les deseaban completo éxito, nadie pensó que la mayor parte de la aventurera cohorte marchaba á la muerte.

Hasta Murray el camino fué largo. Burke, demasiado duro consigo mismo, no tenía bastante consideracion con los demas: marchó ofendido y devorado por una pena del corazon, sin otra perspectiva que amargos sufrimientos, á pesar de la esperanza del triunfo; era demasiado fogoso, tenía demasiada ánsia de porvenir para poder mandar con cálculo. Tres de los suyos riñen con él, y le abandonan. En la frontera de las tierras recorridas por los rebaños los reemplazó mal; y la union, ya sin obstáculos, de la fogosa energía del jefe con la dócil dulzura de su segundo, causara toda la serie de sus horribles desgracias.

El camino que trazó al traves de ese continente inmenso puede dividirse en trece etapas principales: Menindie, á 600 kilómetros de Melbourne; Cooper's Creek á 600 kilómetros más al Norte, casi en el centro del continente; y, en fin, á más de 1.000 kilómetros del centro la costa del Océano Pacífico. Los comienzos son penosos; el exceso de bagajes y el exceso de víveres retardan cada dia el impaciente ardor. Todos los hombres son, sin embargo, sólidos *bushmen*, expresion australiana que no se traduce completamente por la de *hombre de los bosques*. No temer la lluvia ni el sol, acostarse en el fango, no tener otra ambicion que sondear el horizonte de las praderas ó los bosques sin fin, galopar á la ventura, llevar la barba de un patriarca y el traje de un bandido, descubrir tierras, ya produzcan oro ó hierba, bosques ó

piedras, pero descubrirlas ante todo y bautizarlas, tal es el *bushmen*. Pero esa vida de los bosques, que formaba hombres cien veces más duros para las fatigas y privaciones que las bestias de carga y los mismos camellos, dió á Burke compañeros que, acostumbrándose á lo infinito del desierto, se volvieron negligentes é inexactos.

El 19 de Octubre de 1860 dejó la mitad de su gente, animales y bagajes en Menindie, bajo el mando de Wright, *con órden expresa* de que se le reunieran, despues de un breve descanso, en Cooper's Creek, donde se formara su gran depósito central; y hasta fines de Enero de 1861 no se pone Wright en marcha para el punto de cita indicado por su jefe.

Los meses sucedian á los meses, y ninguna noticia de Burke llegaba á Melbourne. Se había convenido, sin embargo, expresamente que el jefe daría de vez en cuando noticias suyas, á fin de que el Comité instituido al efecto pudiera acudir en su auxilio. La idea de que aquellos desgraciados estaban perdidos y se morían de hambre en el desierto, conmovió todos los corazones. Melbourne entero, febrilmente agitado, organiza una contra-expedicion para buscar á los exploradores, y la confia al jóven Howitt.

Las otras colonias imitan su ejemplo: Mac Rinilay sale de Adelaida; Walker de la Tierra de la Reina; Landsborough aborda con un buque en el golfo de Carpentaria. Así esos cuatro destacamentos de hombres de corazon, equipados y pertrechados en pocos dias, esperan cortar en los repetidos círculos que describirán, partiendo del Norte, del Sur, del Sudoeste y del Nordeste, las huellas de los exploradores per-

didos. ¡Admirable impulso de una nacion generosa! Admirable union que si ya no probara la audaz constancia en las aventuras de la raza anglo-sajona, demostraría por lo ménos lo rápidas que son las comunicaciones en el litoral de aquella tierra casi tan grande como Europa, y cómo se incendia todo por una chispa eléctrica cuando se trata de una gran causa ó se necesitan hombres enérgicos. ¡Extraño contraste entre la actividad europea del litoral y lo absolutamente desconocido del interior de las tierras!

El jóven Howitt fué el explorador más feliz; pudo dar las grandes pero fatales noticias.—Marchando presuroso el 29 de Junio, ¡cuál no sería su sorpresa cuando al atravesar el rio Loddon encuentra de regreso á algunos compañeros de Burke! Era Brahe, uno de sus oficiales que había perdido cuatro hombres por el escorbuto y á quien seguía Wright, que había perdido tres. Hé aquí lo que contaban aquellos hombres de figuras lívidas y cuerpos enflaquecidos:

En dos meses Burke había atravesado felizmente los desiertos y praderas que separan á Menindie de Cooper's Creck, es decir, la mitad del trayecto total desde Melbourne al golfo de Carpentaria. Pero se encuentra allí en el mes de Enero sufriendo los horribles calores del estío; hombres y animales se debilitan y postran; el camino parece cerrado por todas partes; en vano espera el refuerzo de Wright y deplora un retardo que va á privarle de víveres y camellos; en vano Wills dirige un reconocimiento con tres camellos hasta 150 kilómetros al Norte para encontrar agua. ¡Ni una fuente, ni un oasis en los lejanos horizontes, ni un charco de agua estancada! Su compañero deja

BIBLIOTECA PROV.

escapar los camellos, y á pié, sin beber una gota de agua, bajo un sol de fuego y con 40 grados de calor, recorre de vuelta el largo camino hasta el campamento de Cooper's Creck.

Burke pensó con razon que en tales circunstancias debía aventurarse él mismo con la ménos gente posible en el desierto de piedra, dejando en el oasis de Cooper's Creek á todos los inválidos con sus víveres y ademas con todas las provisiones destinadas al regreso. Pone á Brahe el mando de aquel depósito con órden de esperarle tres meses lo ménos, y despues de ese límite, *tanto tiempo como los víveres se lo permitieran.* ¡Ah, si Wright que se quedó en la primera etapa de una campaña que debía costar tantos tormentos hubiera salido más pronto de su letargo, qué bien se hubieran evitado los desastres!

Entre tanto Burke, la energía en persona, prosiguió su obra; tomó consigo á Wills, su segundo, Gray, y King, antiguo soldado, seis camellos, un caballo y víveres para tres meses y partió á descubrir la costa del Océano Pacífico.

El 16 de Diciembre de 1860, los cuatro exploradores entrando en la parte más ardua y desconocida de su tarea, salieron del campamento del oasis: atraviesan el rio, llegan á la otra orilla, agitan todavía los brazos y gritan á sus compañeros: «¡esperadnos!»

¡Y sin embargo, Brahe y sus hombres, Wright y los suyos volvían sin él! Los primeros habían luchado largo tiempo en su campamento contra los sangrientos ataques de los aborígenes; el calor era espantoso; observaban continuamente el nivel del agua corrompida que era, sin embargo, su único recurso y ba-

jaba por momentos, y así esperaron cuatro meses!

Por fin muchos murieron; los sobrevivientes estaban consumidos por el escorbuto; las provisiones iban á faltar: Brahe, en último extremo, segun afirma, se decidió á dejar su puesto á fines de Abril. Creía que Burke habría muerto, y no obstante dejó algunas provisiones en el oasis.

Cuando volvía, al cabo de dos ó tres etapas, encontró á Wright con su gente. ¿Por qué serie de deplorables retardos llegaba éste con cuatro meses de retraso al punto de cita? Reunidos los dos hombres tuvieron como un último remordimiento: volvieron juntos á Cooper's Creek, no vieron ninguna huella de sus camaradas, y diciendo adios por última vez al desierto, donde sin duda habían perecido, tomaron la vuelta de Melbourne. Tales son los hechos salientes de esa lamentable historia; súpolos por ellos mismos el jóven Howitt al encontrarlos en Loddon. Al punto envió esas noticias á la ciudad, donde causaron la indignacion de todos, y por su parte continuó enérgicamente caminando hácia el Norte.

En mes y medio adelantó por una comarca que es muy diferente de las que vieron los primeros *pionniers*: allí donde otros habían encontrado ávidas arenas, encuentra valles inundados, y á traves de praderas sin fin, prosigue su camino hasta las cercanías de Cooper's Creek, ve escrita en la corteza de un árbol la palabra *dig*, que significa *escava*, y escavando en tierra encuentra la caja de hierro en que Brahe había dejado por escrito los motivos y las fechas de su partida y... juntamente con esos papeles ve los de Burke anunciando que ha cruzado el continente hasta el

Océano Pacífico y ha vuelto á Cooper's Creek. Hé aquí lo qeu refería el infortunado explorador en el fragmento de *Diario* que pudo escribir y que depositó al pié del árbol.

El 16 de Diciembre de 1860, había partido del oasis, con sus tres compañeros. Durante dos meses adelantó rápidamente descubriendo cada dia tierras más fértiles: una eterna pradera sucedía al desierto de piedras; los árboles les daban sombra; los arroyos agua pura. Los indígenas huian casi siempre espantados delante de ellos; dos ó tres veces, sin embargo, se dejaron coger y dieron á los viajeros pescado seco. Acá y acullá había lagunas de agua salada, colinas de arena roja, espacios devastados por no sé qué cataclismos extraordinarios, y cubiertos de piedras amontonadas. Pero bien pronto una alta cadena de montañas se dibujó con direccion al Norte; los llamó *Montes Standisch*, y á sus piés se desarrollaron bosques tan verdes y llanuras tan ricas en vegetacion, tan abundantes en agua, que puso á aquel país el nombre de *Tierra Prometida*.

Despues de las emociones de un descubrimiento incesante, de luchas contra los indígenas, contra las serpientes, contra nubes de ratas que les acometen de noche, encuéntranse rodeados de una vegetacion espesa que no pueden abrirse camino sino con el hacha; Burke y Wills dejan detras á sus dos compañeros, y se aventuran á pié, notando no sé qué emanaciones salinas en el aire; quebrantados por el cansancio, abatidos por el calor, luchan y adelantan hasta el 11 de Febrero; atraviesan las espesuras más impenetrables y pantanos donde se hunden hasta los hombros.

Ese dia encuentran un brazo de mar y se detienen rendidos; la marea con su flujo y reflujo inunda y descubre sucesivamente á sus ojos las salvajes riberas donde los venenosos paletúvoros extienden sus ramas bajo las mismas olas. ¡Ya no hay duda, no puede ser sino el Océano Pacífico! ¡Despues de seis meses de trabajo se sienten á pocos pasos del glorioso cumplimiento de su gran mision! ¡Quieren ver ese Océano! Empuñan las hachas, trepan, escalan los puntos más elevados de donde pueden dominar el horizonte; pero vuelven á caer destrozados en los pantanos fangosos de donde el mar se retiró por la mañana y á donde vuelve por la tarde con grave riesgo de sumergirlos. ¡Á toda costa quieren ver ese Océano que por poco les traga! Pero no alcanzan esa consoladora felicidad. ¡Moisés á lo ménos vió desde el monte Nebo la tierra de Canaan! Pero no, oyendo el lejano murmullo de ese mar, pero por más que hacen sobrehumanos esfuerzos, la vista de sus olas azules estaba reservada para otros que no habían merecido tanto verlas.

Sin embargo, en el fondo habían logrado su objeto, pero el espectro del hambre estaba allí en todo su horror ante sus ojos. Habían llevado víveres para doce semanas, estaban á mitad de camino, y apénas tenían para cinco. La angustia que les inspiraba esa escasez aumentaba de dia en dia, y la precipitacion que causaba en su marcha de regreso debía precipitar tambien, por lo excesiva, la muerte de sus animales y su propio aniquilamiento. Lluvias copiosísimas inundaron de tal modo los valles, que otra vez corrieron peligro de morir ahogados. El 6 de Marzo,

Burke estuvo á las puertas de la muerte por haber comido un pedazo de una gran serpiente que hizo cocer. El 20 empezaron á aligerar la carga de los camellos que ya no podían dar ni un paso, y quitaron á cada uno 60 libras de aquellas provisiones, cuya falta tanto les asustaba. ¡Así los buques invadidos por el agua arrojan al mar toda su carga por preciosa que sea! El 30 mataron á uno de sus camellos. El 10 de Abril mataron á Billy, el caballo favorito de Burke, con el que salió de Melbourne y que había resistido toda la campaña. El 11 tuvieron que parar un cuarto de hora esperando á Gray: el hambre les exaspera tanto, que aquellos dos hombres de corazon generoso tratan rudamente á su amigo... Es que habían reservado la harina para última extremidad y encontraron á Gray detras de un árbol comiéndosela. ¡Cómo debieron recordar los últimos sufrimientos mal comprendidos del desgraciado Gray, cuando pocos dias despues se encontraron ellos mismos agonizando!

Por fin, el 21 de Abril en la tarde llegaron al oasis; ya no eran más que esqueletos vivos; buscan con los ojos, llaman con la voz á sus camaradas, á quienes tantas veces habían dicho «esperadnos»: ¡el oasis está desierto; ni una voz humana les responde!... ¡cuántos pensamientos tristes debieron atravesar sus corazones en aquella hora solemne! Buscando desesperados, ven muy luégo escrita en el tronco de un árbol la palaba *dig*; algunas provisiones estaban en la caja de hierro juntas con los papeles de Brahe, explicando los motivos de la partida y fechados... ¡el mismo dia 21 de Abril por la mañana!

¡Así, despues de una carrera desesperada hasta el

Océano, y de un regreso más desesperado todavía, y despues de haber comido ó perdido todos sus camellos y caballos excepto dos; despues de haber hecho el descubrimiento más grande que pueda registrar la historia de Australia, llegan al oasis que tanto habían anhelado en medio de sus tormentos, y los hombres que los hubieran salvado, y con quienes contaban, acaban de partir!

¿Qué hacer? Rendidos hasta el punto de no poder andar y con dos animales medio muertos, ¿habrían de seguir por espacio de 600 kilómetros á una caravana bien montada y bien descansada, corriendo tras la salvacion, llevándola á pocas millas por delante y sin alcanzarla nunca? Sí, por cierto; esa hubiera sido la resolucion más juiciosa; fácil es decirlo cuando juzga los hechos despues de verificados quien no tiene la cabeza trastornada por muchos meses de sufrimientos. Pero Burke se acuerda de que á 150 kilómetros de allí, cerca del monte *Desesperacion*, había una *estacion* de carneros: esa, á lo ménos no huirá de él; y despues de dos dias de descanso arrastra consigo, mal de su grado, á Wills y King, llevando algunas provisiones.

Depositan en la caja de hierro el *diario* de su descubrimiento y de su regreso, deplorando el abandono de su segundo y anunciando su marcha hácia el monte *Desesperacion*.

Para colmo de infortunios, miéntras que Burke, arrastrándose apénas y postrado por el dolor, perdía de vista el oasis y se dirigía al Oeste, Brahe y Wrigt, que se habían encontrado, como recordareis, el 23 de Abril, volvieron á ese mismo oasis, movidos del re-

mordimiento, para ver si había vuelto álguien: tan ligeros como imprudentes, no pensaron en excavar la arena y registrar el escondrijo. ¡Allí hubieran encontrado el depósito de Burke fechado aquella misma mañana y el itinerario de su camino, y le hubieran salvado! Pero no; encuentran la superficie de la tierra en el mismo estado que cuando partieron, y vuelven á marchar hácia el Sudoeste.

Dos veces, pues, en la misma semana aquellos hombres que se buscaban, y cuyo encuentro hubiera puesto fin á los más atroces suplicios, habían estado sin saberlo muy cerca unos de otros en un radio de 14 millas solamente en medio de la inmensidad del desierto.

En aquella hora, Burke, Wills y King vagaban por el valle del Cooper, llevando las provisiones del escondrijo. Un camello cae de cansancio, lo matan y secan su carne al sol: al dia siguiente muere tambien el otro. Faltos ya de todos recursos, se arrastran hácia una tribu de aborígenes, cuyos feroces instintos ceden á semejante espectáculo; compadecidos, comparten con ellos su alimento, una especie de grano llamado *nardu*, que los viajeros mascan con mucho trabajo y no pueden digerir. ¡Y así viven hasta el 15 de Mayo!

De repente, despertándose las costumbres nómadas de los negros, huyen y no reaparecen. ¡Así, pues, aquellos cuyas hostilidades habían temido durante mucho tiempo los viajeros, y que á la sazon eran su único y providencial recurso, abandonábanlos sin motivo! Entónces la necesidad les mueve á proseguir su marcha hácia el monte *Desesperacion* y arrastrarse hasta el 24 de Mayo por una tierra arenosa y abrasa-

dora. No descubriendo nada en el horizonte, caen de cansancio y renuncian á esa última esperanza. ¡Verdaderamente les perseguía la desgracia, porque despues se han seguido sus huellas y se ha visto que, si hubieran marchado un dia más, hubieran encontrado la montaña... y se habían salvado!

El 27 de Mayo están de vuelta en Cooper's Creek, viviendo de *nardu*, cuya masticacion les cansa y cuyo jugo no les alimenta. «Vienen, escribieron, para ver de nuevo el oasis y morir,» y guardan en la caja la relacion en pocas líneas de su última tentativa. Por algunas palabras que de vez en cuando trazaban Wills ó Burke, depositándolas, como el testamento de sus últimas horas, en la caja de hierro al pié del árbol, sabemos cuánto tiempo duró aquella agonía.

Para ellos era como un consuelo escribir casi en la muerte fragmentos de frases destinados á sus conciudadanos, mostrando lo que habían sufrido como verdaderos mártires del amor de la ciencia y descubrimientos.

El 20 de Junio ya no les sostenía el *nardu* que masticaban; dos líneas de Wills de esa fecha dicen, «que es demasiado doloroso sentirse abandonados, y que por su parte ya no puede durar.» El 22 escribe, «que se tiende y hunde en la arena para no volverse á levantar; que en lo sucesivo King, que conserva más fuerzas, depositará sus últimas palabras en el escondrijo.» Esas últimas palabras están fechadas el 29 de Junio; son una carta á su padre llena de resignacion y dulzura; «mi muerte..., mi muerte es segura dentro de pocas horas, pero mi alma está tranquila.»

El jóven Howitt no encontró bajo el árbol de triste

memoria ninguna otra cosa que pudiera informarle acerca de la suerte de Wills. ¿Había muerto? ¿Estaba vivo? ¿Dónde podía hallarse su esqueleto, ya seco, ó su cuerpo agonizante todavía? Las últimas palabras de O'Hara Burke están fechadas un dia ántes que las de Wills; el 28 de Junio, aunque débil y moribundo, quería buscar á la tribu de negros, única esperanza de salvacion. Su despedida denotaba más energía, pero no ménos heróica resignacion; «King sobrevivirá, espero; ha mostrado grande alma; nuestra tarea está cumplida, hemos llegado los primeros á la costa del Océano..., pero hemos sido aban...;» esta última palabra no está acabada, no tuvo valor para escribirla.

Habían espirado, sin duda, él y los suyos y habían quedado sin sepultura, despues de cerrar la tumba donde guardaran sus escritos, que revelarían los misterios del continente y atestiguarían sus dolores sobrehumanos. Ningun otro vestigio se hallaba; cuando Howitt llegó al escondrijo estaba bien tapado con arena. Entre las huellas confusas y repetidas marcadas en el suelo, indicando innumerables idas y venidas del campamento al charco de agua, era imposible distinguir la última.

Howitt buscó en todas las direcciones circunvecinas, engañado siempre por huellas de camello, que despues de largos rodeos le llevaban de nuevo al oasis; pero, en fin, el 10 de Setiembre, entre las huellas de los piés desnudos de una tribu de naturales encuentra la de unos zapatos...; fué aquel un momento de ansiedad, y muy pronto, descubriendo en medio de los bosques los fuegos de los negros, llega de repente y ve á un desgraciado cubierto de harapos,

ó una sombra de sér humano, tan débil que no se podía tener de pié ni proferir una palabra, pero cuyos ojos centellantes denotaban una alegría loca.

¡Era un sobreviviente de la gran expedicion! ¡Era King, el soldado! Poco á poco recobra la palabra con las fuerzas, y puede referir lo ocurrido á los tres viajeros desde el dia en que cubrió de arena el escondrijo.

El 28 de Junio, Wills, agonizante, le suplicó que fuese á buscar á los naturales; en ello ponía toda esperanza de salvacion; confia á Burke su reloj y dos palabras de despedida para su padre, y los tres amigos, tan probados por comunes sufrimientos, se separan dolorosamente para no volverse á ver en este mundo. Al cabo de dos dias de marcha, Burke cae aniquilado, pidiendo á su compañero «que no le abandone hasta que muera,» y que deje despues sin sepultura su cadáver, bajo el sol de los desiertos en que había trazado el camino de su siglo y encontrado la muerte.

¡El 29 se postra por última vez en el suelo calcinado; hunde el rostro en la arena, mira la Cruz del Sur, que es la señal consoladora de los moribundos en el hemisferio austral, y sus grandes ojos se apagan, y muere estremeciéndose en el desierto!

El último sobreviviente, medio loco, vuelve á orillas del charco donde dejó al infortunado Wills..., que tambien había muerto; pero sin ningun amigo que cerrase sus ojos. King vagó solo por los bosques, llorando á sus dos jefes, hasta que al fin encontró á la tribu hospitalaria cuyos alimentos le sostuvieron más que á Wills y Burke. Guiado por él, Howitt en-

contró los dos esqueletos que los naturales habían cubierto con ramas en señal de respeto; al lado de Burke, á su derecha, estaba su revólver.

Howitt envolvió sus restos mortales en el *Union-Jack*, el pabellon nacional, el más digno sudario que se pueda dar á un valiente, y despues de haber recompensado á los naturales, tomó el camino de Melbourne, llevando el *Diario* y el *Testamento* de los exploradores.

El 9 de Diciembre del mismo año partió de nuevo para visitar aquellas tumbas solitarias, encargado por la colonia Victoria de recoger los restos de los dos héroes australianos; un año despues todos los habitantes de Melbourne recibían, vestidos de luto, á la triste comitiva; con funerales públicos de una magnificencia hasta entónces desconocida y con un monumento erigido en medio de la ciudad, quisieron honrar á aquellos hombres, muertos en la flor de la juventud y sacrificándose por sus conciudadanos. Pero, no; tales hombres no mueren por completo; á su audacia, desinterés, abnegacion y sufrimientos, debe Australia el maravilloso desarrollo de su energía y vida, de su prosperidad y esplendor. Por los cuatro puntos cardinales ha tenido osados exploradores que avanzaron hácia lo desconocido, sucumbiendo las más veces; pero dejando abierto un camino que tras ellos han seguido la vida y la riqueza.

En las naciones del antiguo continente, los soberanos ven sin escrúpulo perecer miles de soldados en las guerras que provocan; en este nuevo mundo, donde el desierto es el campo de batalla, donde el explorador es apóstol y soldado de la civilizacion, cuando 17

hombres están en peligro, un millon de habitantes se levanta lleno de ansiedad y hace por salvarlos cuanto puede la fuerza humana.

Pero si la muerte triunfó de esas viriles tentativas, la ciudad nacida ayer sabe á lo ménos honrar á sus grandes hombres; y nosotros, viajeros y extranjeros, llenos de admiracion por su historia ¿no debemos inclinarnos ante ese luto que todavía dura y saludar en ellos á los creadores de un imperio cuyos destinos futuros parecen tan augustos como extraordinarios son sus comienzos?

V.

MELBOURNE Y SUS ALREDEDORES.

Barrio europeo.—Barrio chino.—Caza de ciervo.—Cotorras y guacamayos.—Relatos de la Nueva Zelanda.—Un ex-zuavo nos socorre.

13 de Julio.—Hoy continuamos visitando á Melbourne; los establecimientos de beneficencia, las escuelas, los hospitales, las Cámaras, ¿qué sé yo? ¿Quién no se creería en Europa al recorrer las calles rectilíneas que conducen á esos edificios, y sobre todo al visitar los mismos edificios? Pero no, me equivoco: en nuestros países lo reducido del espacio, las construcciones antiguas, los emplazamientos irregulares, hacen que la ciencia de nuestra época no pueda sino mejorar lo que ya existía, aprovechándolo del mejor modo posible; aquí, desde los cimientos hasta la última piedra, el hombre ha tirado sus cuerdas sobre un suelo libre de todas trabas, ha podido crear su obra sobre los planos más perfectos, producto de los siglos, y que ahora aplica enteramente en un solo dia.

Pero todo en este mundo tiene los defectos de sus cualidades, y esta ciudad surge del suelo demasiado uniforme y se parece demasiado á nuestros nuevos

bulevares: faltan aquí el arte antiguo y la variedad pintoresca de algunos barrios viejos como los que M. Haussmann no ha podido restaurar en Paris. M. Haussmann se hubiera fastidiado mucho en esta tierra, porque ántes de construir no hubiera podido hacer ni la más mínima expropiacion ó demolicion.

El Parlamento, donde residen la Cámara Alta y la Cámara Baja, quiere ser un pequeño Parthenon; tiene carácter grandioso.

Siento mucho que la legislatura de este año haya terminado; en estas hermosas salas, dignas de los representantes de un pueblo libre, se dicen muchas verdades y se hacen pronto los negocios. En una sociedad que se extiende de repente sobre miles de leguas cuadradas, explotándolas rápidamente, registrando las entrañas de la tierra para extraer millones de lingotes de oro y cubriendo el suelo de ciudades, no es una *sine-cura* pertenecer al número de los que hacen y sancionan las leyes; una sala llena de *Parlamentary act and reports* demuestra que las Asambleas han trabajado aprisa.

Pasar del salon de conferencias que ha repetido, nos dicen, los ecos de muchas tempestades políticas á un barrio donde los ecos más disonantes y extraños llegan á nuestros oidos, requiere apénas algunos minutos. Hétenos aquí en el barrio de los chinos, esos celestiales *gentlemen*, como aquí los llaman, son hominicacos feísimos y se parecen todos unos á otros; cuando se ha visto á uno es como si hubiéramos visto á 500; amarillos como zumo de tabaco, chillones como cotorras, olorosos como cloacas, disfrazados de *dandies* y *fashionables* europeos, ocultan la larga cola

de cabellos bajo el cuello del chaleco, destruyendo así todos sus encantos. Por lo demas ¿á quién agradarían? El Gobierno, que se ha visto obligado á contener durante muchos años la invasion de inmigrantes chinos, se contenta ahora con imponerles un tributo y prohibir de un modo terminante la entrada á sus dulces compañeras: ¡chinos pase, dice, pero chinas, jamás! Quizá hago mal en ojear tan pronto ese gazapo: se trata de una cuestion candente; su aparicion ha espantado á los unos y escandalizado á los otros.

Los dorados reclamos del descubrimiento de las minas de Australia llegaron, aunque tarde, al Imperio del Medio, arrancando á las pagodas miles de chinos que atravesaron el Océano cargados por todo capital con el saco de arroz que les sirve de alimento durante la travesía, é inundaron los *placeres*.

Codicioso, trabajador infatigable, sobrio como un ermitaño *Jhon Chinaman*, con paciencia, tenacidad, chupando como un insecto, lograba maravillosamente apropiarse la riqueza del país, y una vez hecho su Agosto, se volvía al hemisferio Norte.

¿Y que ha hecho la naciente colonia? Ha impuesto á todo chino que desembarca una capitacion de 250 francos; no ha permitido en los buques que llegan de China más que un *celestial* por cada diez toneladas de mercancías, y luego que se hallan en los *placeres*, cobra á cada uno 12 francos y medio de contribucion. Esto era restringir á toda prisa la inmigracion, pero tambien suscitar una verdadera borrasca política.

Si la raza blanca, decían los unos, ha conseguido, despues de innumerables peligros y gastos enormes, plantar su pabellon en la tierra austral; si su coloniza-

cion pastoral ha transformado las sabanas en fértiles praderas que se semejan á los condados de Inglaterra; si hombres como Burke, Sturs, Lando, Corongh y Leichardt se han sacrificado para abrirla á la civilizacion; si esa raza ha hecho caminos, ha abierto puertos, construido ciudades y ferro-carriles, creado una magnífica organizacion social, mercantil y política, y fundado para sí una segunda patria, á 6.000 leguas de la tierra natal, ¿es justo que el dia en que empieza á poner la gallina de los huevos de oro, vengan miles de muñecos, de raza inferior, que no tienen las mismas ideas ni las mismas costumbres, y trayendo consigo su pestilente cargamento de vicios, pongan mano sobre el tesoro y se lo disputen orgullosamente á la raza blanca? ¿Qué ley de igualdad humana obliga á los colonos que han descubierto y roturado una tierra, que se fijan en ella y la cultivan, á dejar que extranjeros les arrebaten sus riquezas llevándoselas á un mundo semi-bárbaro?

Australia es como una gran carrera abierta á toda la raza blanca, sin distincion de nacionalidades. Que el elemento chino aprovece á las poblaciones tagalas de Filipinas y á las razas malayas de Java y Polinesia, convenidos; porque allí produce una raza mestiza de hombres inteligentes, mejor constituidos y más industriosos.

Pero en Australia, gracias al clima vivificante y á una vida que engendra la fuerza, la raza anglo-sajona adquiere su mayor desarrollo en una tierra vírgen; nace una nacion y piensa en el porvenir; pero la riqueza pronto adquirida del minero chino forma demasiado contraste con la miseria de la irlandesa emi-

grada y recien llegada á la colonia. ¿Veis á todos esos hombres amarillos, raquíticos, con ojos torcidos, chata nariz y piel de tiburon, convertirse en afortunados maridos de las blancas hijas de Eryn y afortunados padres de una juventud australiana, juventud bastarda y abigarrada, decaida y envilecida, que habla un lenguaje semi-asiático, entre iglesias, pagodas y juncos de vapor, veis, digo, el efecto de todo eso cuando se trata de construir máquinas y sostener el impulso civilizador de los actuales *pionniers*?

¡No, no es esa la generacion que necesita una jóven colonia! ¡Hartos ejemplos de *irlando-chinos* se han necesitado para que las Cámaras tomasen la resolucion de contener esos torrentes de orientales que se llevaba el oro y dejaba en Australia un pecado original que no se borrará en cientos de años! En cuanto á permitir que las mujeres chinas penetren en esta tierra, ¿no sería, nos dicen los viajeros que conocen á fondo el Celeste Imperio, traer doble racion de la más grande podredumbre física y moral que existe bajo el manto de los cielos?

Sin embargo, las cosas sólo se han extremado para con *esas damas*. En cuanto á las restricciones de la inmigracion de hombres, los 6.000 habitantes de este barrio y sus 80.000 compatriotas esparcidos por los *placeres* y por los huertos prueban que ganan bastante para pagar los impuestos: ninguno ha sido expulsado; cada año llegan algunos nuevos, pero felizmente en corto número. Por huir del impuesto imaginarán desembarcar en Sydney ó en Adelaida y dirigirse por tierra á las minas de oro, andando 200 leguas á pié; pero las colonias vecinas han imitado á Victoria.

Pero no creais que no tienen celosos defensores. Para ellos esas leyes restrictivas no son sino la aplicacion de la fábula del Lobo y el Cordero: no es así como se ejerce la hospitalidad propia de la raza anglosajona, sino una tiranía egoista que deshonra á esta tierra de la libertad, y la raza más ilustrada no debe excluir de la abundante cosecha á los desgraciados individuos de una raza pobre que quiere recoger algunas espigas.

Ya lo veis, no soy de los que, no escuchando más que una campana, no oyen más que un son: hemos tenido la fortuna de visitar ese barrio con dos hombres amables é instruidos; un *chinófilo* y un *chinófobo*; pero á mí este último me ha convencido, y lo que ante todo me importa es ver pura de toda mancha á esta poblacion; es ver á esos hombres infelices, á esas familias atormentadas que han tenido valor para abandonar su patria—ya sea Inglaterra, Francia ó Alemania,—para venir á buscar, no diré la fortuna, pero el pan de cada dia en tan lejano país, ejerciendo los pacíficos trabajos del campo ó el laborioso rebusco del oro, sin que la gente viciada de Asia, cuyo pabellon no se ha mostrado nunca en estos mares á la hora del peligro, de los duros trabajos y de los descubrimientos y que hasta son incapaces de venir aquí en sus propios juncos, lleguen á la hora de recoger, no habiendo estado á la hora de sembrar.

Excepto para los chinos, no hay país tan liberal y hospitalario como la colonia Victoria. Ya sea el inmigrante frances, italiano ó americano, se le conceden los mismos derechos y la misma independencia que á los ingleses. Estos últimos forman aquí los 19 vige-

simos de la poblacion ; despues figuran los alemanes. En cuanto á nosotros, los franceses, sostenemos en Australia dignamente nuestra reputacion de cocineros, peluqueros y sastres. ¡Sólo por esas profesiones conocen aquí el nombre frances! ¿Cómo es, nos dicen, que nunca viene ningun capitalista de vuestro país, ningun hombre de posicion? Ved, sin embargo, á las personas más distinguidas de Inglaterra, que no nos desprecian.

La bandera tricolor goza aquí, no obstante, de mucho prestigio, no porque la vean ondear en la popa de los buques del puerto, sino porque cada correo de Europa trae ese no sé qué fogoso y brillante que caracteriza á nuestra nacion.—Sí, se tiene en Australia alta idea de Francia, y esto nos llena de júbilo. En cambio, hé aquí á los hombres políticos y responsables de esta tierra libre, libre hasta lo ilimitado, en sus votos, en su prensa, en sus Cámaras, en sus reuniones, que nos preguntan lo que significa eso de las candidaturas oficiales, de los ministros no responsables, de los avisos primeros y últimos, de la supresion de periódicos, de la prision preventiva, de las prohibiciones de *meetings*. En resúmen, toda nuestra nueva letanía, el *De profundis* de nuestras libertades, es como hebreo para ellos: lo comprendo, y sólo con argumentos chinos podría contestarles.

14 *de Julio.*—Hoy, que el barómetro permanece tranquilo, salgo por la mañana á una *cacería de carrera (chasse à courre)* cacería de ciervos, para la que el capitan Standich me ha dado un magnífico caballo.—El *Meet* está á siete millas de Melbourne, y viendo el aspecto de todo el camino no podía creer que estaba

en un país recien salido del estado salvaje : parecíame ir á Epson, á los *Surrey Stag Hounds*, al ver aquella carretera animada por tantos faetones y *drags* de tantos caballos. Nos juntamos más de 150 jinetes á la partida: ¡casacas encarnadas! ¡amazonas! ¡y á cazar ciervos recien llegados del Reino-Unido! En verdad, donde quiera que se establezcan los ingleses, ya sea en Gibraltar, en el cabo de Buena-Esperanza ó en Australia, llevarán consigo todas las costumbres y placeres de la patria.

Tienen sus *Criket Matches* y sus *Stag and Kanguroo Hounds*, y muchos propietarios de los *shires* les envidiarían la eleccion de la traílla, la destreza de los caballos y el porte de los jinetes, que se dicen, no sin razon, los primeros *steeple chasers* del mundo.— Hétenos aquí lanzados: galopada espantosa por praderas, campos de trigo y lagunas ; la cacería lleva un empuje infernal; los obstáculos se suceden sin que pueda uno respirar; no hay fin ¡Dios mio! y es cosa de temblar. Los obstáculos de Irlanda que he visto de cerca no tienen comparacion con éstos; la abundancia de bosques los produce. Explicaré como son : entre dos fosos muy próximos hay una alta barrera fija compuesta de tres y cuatro gruesas vigas de un pié de ancho y de alto, cortadas en forma rectangular, puestas á intervalos y clavadas á verdaderos troncos de árboles. Un regimiento de caballería que cargase contra ellas no podría romperlas: es preciso saltar ágilmente esos obstáculos ó estrellarse. Confieso, pues, que rara vez he tenido tan buena oportunidad para sentir los latidos de mi corazon; mi buena estrella, que me sigue á todos los hemisferios, me ha permitido correr

vientre á tierra durante hora y media por entre esos lindos obstáculos sin romperme nada. No ha sucecido lo mismo al ciervo que se ha roto una pata en el fondo de un barranco, á donde los *casacas encarnadas* llegaron bajando una terrible cuesta.

El montero mayor tuvo la amabilidad de convidarme por la noche á la comida del *hunt* en el *club*, donde todo estaba servido con el lujo que podeis imaginar en los afortunados en la tierra del oro; fué una verdadera comida de cacería inglesa, chispeante, de buen humor. ¡ De cuántos asuntos hemos tratado: desde Paris, sus espectáculos y sus beldades, hasta las sabanas, los kangurus y el Polo Sur! Entre otras cosas, se hizo relacion del *Cricket-Match* de hace dos años: los *once* de Australia combatieron en campo cerrado contra los *once* de Inglaterra que se habían embarcado y atravesado 6.000 leguas para venir á jugar aquí una partida de *critcket*. Esto, en verdad, es demasiado. Una vez ganada la partida, los *once* de Inglaterra, despues de haber sido cordialmente agasajados por los vencidos, volvieron por el Cabo de Hornos, como si hubieran hecho la cosa más natural del mundo, con un billete de ida y vuelta para las Antípodas.

15 de Julio, domingo.—Todas las campanas, desde por la mañana, repicaban alegremente y los himnos sagrados de la vieja Europa nos llegaban al corazon. No sólo estaba enteramente llena la nave de la iglesia católica, sino que muchos fieles se ponían de rodillas fuera de las puertas. Hay gran número de católicos en Melbourne; el obispo dirige actualmente los trabajos de una catedral medio terminada ya y para la que han votado las Cámaras, segun nos dicen, grue-

sas sumas de subvencion. La cuestion de los cultos en esta tierra de la libertad debe ser muy interesante; voy á pedir informes, y en cuanto los obtenga os los enviaré.

¿Qué cosa hay más triste que un domingo en una ciudad inglesa? Las calles principales están desiertas; se oiría el vuelo de una mosca. Solo el viento silba en los hermosos árboles de *Fitz-Roy-Gardens*, bosque de Boulogne de esta ciudad, donde el otro dia nos cautivó, en pleno invierno, un concierto al aire libre. ¡Ah! ¿dónde están nuestros alegres domingos de Francia?

16 de Julio.— Un buen caballo y un buen carricoche, escopeta, botas y municiones; ya estamos aviados, y ántes de amanecer partimos el príncipe y yo para ir á 11 leguas de distancia á un bosque que nos dicen lleno de loros. ¡¡Oir una OBERTURA de loros es un sueño mágico para mí!! Esta noche no he dormido pensando en ello. La carretera es tres veces más ancha que las nuestras y se dirige recta al Norte, flanqueada por espacios semi-terraplenados que sirven para los viajes de rebaños; el suelo es rojizo y el camino bueno. Hé aquí 200 bueyes que vienen á nuestro encuentro, proceden del interior, y servirán para abastecimiento de Melbourne, sus arrabales y los buques de la rada. Tres hombres á caballo los guían: la luenga barba de esos conductores, cosa que me parece nacional en Australia, su elevada estatura, sus grandes botas y sus sombreros de fieltro puntiagudos, les dan aire de feroces bandidos. Por las praderas entrecortadas de bosques galopan rebaños de caballos: todos son de raza inglesa y abundan aquí prodigiosa-

mente, tanto, que encontramos á cuatro ó cinco leñadores que van á su trabajo bien montados: uno lleva el hacha, otro la guadaña, el tercero una sierra y el cuarto una marmita.

Al medio dia llegamos á una aldea que nos han indicado. La llaman Dandenoug: cuatro casas de madera, ni más ni ménos. A toda prisa cargamos nuestras escopetas, reclutamos á un honrado *Iriehman*, muy rubicundo, y padre de ocho hijos, y obtenemos que nos guie por bosques y praderas para matar loros sin montar en uno de sus caballos, cosa que le admira mucho. *Ir á pié* le parecía vulgar áun en cacería de tiro...

Siguióse una excursion llena de emociones por las praderas y bosques de ese valle salvaje. He visto allí los árboles de goma roja en todo su esplendor y me han llenado de admiracion: jamás había contemplado en Europa tales troncos ni tales ramas.

Todo lo que el bosque tiene de salvaje cuando termina en inmensas praderas naturales; en barrancos con helechos arborescentes tres veces más altos que un hombre; en verdes hierbas donde pacen sus ganados, innumerables rebaños de bueyes y caballos, entre árboles seculares arrancados y amontonados por las tormentas; troncos podridos por la raíz y amenazando caerse, y señales de hogueras que los indígenas han encendido á sus piés, ¡ah, no puedo expresarlo! es un conjunto de vegetacion magnífica que me pone delirante. ¡Estoy encantado! Nos encaramamos en las rocas, pasamos arroyos por cima de troncos de árboles, corremos como locos detras de deliciosas cotorras. Sin nuestro jóven irlandés, nos habríamos

perdido cien veces. ¡Pero qué lindo es ver volar esas bandadas de cotorras que lanzan agudos gritos! ¡Qué admirables colores! ¡Veinte, treinta, cincuenta vuelan de una vez y desaparecen como dardos! De repente se oye á lo léjos un bullicio espantoso : acudimos en seguida. Trescientos papagayos se disputaban en el suelo las simientes que componen su comida; estaban á media legua de nosotros. Jamás podreis imaginar lo que eran los gritos ensordecedores de aquel congreso de papagayos, la mitad de los cuales hacía centinela miéntras que los demas picoteaban en el césped: una marcha sábia y envolvente, á cuatro piés y á rastra por medio de la espesura de las hierbas y rocas, nos costó mucho trabajo; nuestros tiros, sin embargo, hirieron á un papagayo que, sacudiendo su cresta, llamó á los demas en su auxilio. Siguióse un alboroto general de la banda chillona, que se levantó á cinco tiros de escopeta por cima de nuestras cabezas, cantando con furia el himno fúnebre de nuestra magnífica víctima.

La noche llegó demasiado pronto; volvimos á una de las cuatro casas de madera que parecen perdidas bajo los grandes árboles: una de ellas es una venta, donde una pobre mujer nos hace un guiso, y comemos alegremente. Despues de comer tengo la fortuna de dar con un libro de los más curiosos: son las impresiones de viaje de un australiano por Europa. El buen hombre, al desembarcar en Francia, describe los naturales, los campos y las poblaciones, como nosotros describimos la China. Hay en todo ello una buena dosis de originalidad. ¡Qué larga noche! ¿Será que me persiguen los gritos de los papagayos, ó será

BIBLIOTECA PROVI... PIEDAD INTELECT...

que los padres de un bicho muerto por haberse paseado alrededor del guiso al terminarse la comida vengan en mí su muerte?

Al siguiente dia brillaban todavía las estrellas cuando ya estábamos en el fondo de los bosques y con agua hasta la rodilla. Los señores guacamayos rojos, escarlata, celestes, verdes, anaranjados y de color de lila se despiertan á los primeros rayos del sol; pero son intratables y se marchan tan aprisa como la última sombra de la noche. Hay tantas miriadas de ellos gritando por todas partes; hay árboles tan cargados de cotorras atigradas y de verdaderos gorriones verdes, apretados como racimos, que tambien hoy hemos podido hacer una caza cuyas alegrías me han trastornado la cabeza; por la noche llevamos á Melbourne el más lindo trofeo que se pueda ver, y de que se hubiera sacado una deliciosa acuarela. ¡Ochenta y cinco aves entre todo! Grullas azules, papagayos blancos, guacamayos y cotorras de colores brillantes. Es cosa extraña que «*leur ramage ressemble si peu á leur plumage.*» Miéntras que en Europa resuenan los bosques con el canto armonioso de los pájaros, y el ruiseñor nos cautiva ántes de la aurora, aquí los gritos más agudos y discordantes forman una música salvaje. Pero tambien para consolarlos les ha dado la naturaleza las más deslumbradoras galas.

18 de Julio.—Dia oficial: visitas al obispo, al alcalde, á los cónsules; esta noche tenemos gran comida en casa del gobernador brigadier general Carrey *the luckiest man of the army*, que ha llegado esta misma mañana de una excursion de seis meses por el interior; los ministros estaban allí, así como los altos

funcionarios de la colonia y tambien muchas damas en traje de gran lujo, entre los uniformes rojos con galones dorados del Estado mayor.—Esta es realmente nuestra primera vuelta al mundo civilizado: despues de tres meses de vida marítima y solitaria que dan al ánimo no sé qué timidez, parecíame salir muy aturdido de un sueño; sólo quien conozca las grandes soledades del mar puede comprender lo que tiene esa expresion de nuevo y de extraño. Pero muy pronto las conversaciones se animan en aquel salon y el interes ya no cesa. Al punto me sorprende todo lo que nos refieren los oficiales que vuelven de Nueva-Zelanda, donde han hecho largas campañas. El general ha mandado allí con gloria, y muchas acuarelas, hechas entre dos combates, nos dan á conocer los sitios de las islas de Eaheinomawe y la de Tavia-Poanamoo.—El último que ha llegado de aquellos lugares es un jóven militar de bizarro porte, el coronel Yupper, que ha venido á la comida, aunque hace un mes se rompió una pierna en cacería de carrera; dos meses ántes se había roto tambien la misma pierna, y por consiguiente era un caso de reincidencia. Ya veis que las caidas de caballo figuran en Australia entre las probabilidades de muerte ántes que las flechas de los salvajes. Me ha referido las cosas más curiosas de Nueva-Zelanda; me ha mostrado en los trofeos de la sala de armas hachas de piedra, lanzas envenenadas y trajes completos de señoras y señoritas, es decir, collares y zarcillos; los shaoris son, segun parece, hombres magníficos, guerreros de corazon, ágiles en su carrera, accesibles en los sentimientos de honor, y muy aficionados á las chuletas humanas; un prisio-

nero es para ellos como un asado; poseen el arte de la cocina, y con piedras calcinadas forman una hornilla económica; la *entrecóte* humana se cuece entre dos capas de plantas aromáticas.—No nos brindan todavía con tales fiestas; primero nos ofrecen bailes brillantísimos, pero los rehusamos por el luto.

22 *de Julio.*—Hétenos aquí de regreso de una nueva expedicion de caza: el capitan Standisch nos ha llevado á Snapper-Point; es el cabo extremo que cierra la bahía de Port-Philipp por el lado del Este y la separa del Océano Austral: hemos andado, ora costeando la playa, ora al traves de grandes bosques salvajes, ora, en fin, por las rocas que dominan el mar. Una fea serpiente, un viejo marinero que estaba ya aquí en 1840 (que es la época merovingia de la colonia) y que para consolarse de las riquezas perdidas en el suelo, caza fieras y muchas lindísimas cotorras, fueron nuestros encuentros durante todo el dia que empleamos para llegar al cabo. Allí un honrado insular que posee una docena de lebreles de Escocia, encarnizados contra el kanguru, nos acompañó al siguiente dia por el bosque, donde por cierto sería muy fácil perderse galopando entre los troncos de árboles y las altas hierbas. Habíamos convenido que quien hiciese tres disparos de rewolver daria la señal de pedir socorro á los otros.

Hemos seguido vientre á tierra á la traílla de lebreles; pero se metieron tan rápidamente por la espesura y por una especie de junquerales que hasta despues de muertos no hemos visto los tres kangurus pequeños levantados por los perros. Son atrozmente peligrosas esta galopadas que proporcionan un placer

desconocido, semejante á una especie de embriaguez.

Quisiera uno hundirse cada vez más en estos bosques sin fin, cuyos velos misteriosos se desgarran á cada salto del galope.

Cuando volvimos á la aldehuela, los colonos, viéndonos apasionados por la caza, nos anuncian una gran noticia: «A dos leguas de aquí hay un estanque perdido en los bosques, y desde hace ocho dias, al amanecer se levantan de él bandadas de cisnes negros que vuelven para pasar la noche.» Decirnos esto era como arrimar una mecha á la pólvora; á las cuatro de la mañana del 21, con oscuridad completa, nos encaminamos por un arenal peñascoso hácia el barranco designado; al acercarnos aumentan nuestras precauciones: silencio, andar sobre la punta de los piés, latidos de corazon, y todo esto en un terreno antidiluviano. Recorremos las dos leguas, se marcha la noche, aparece la aurora, brilla el sol..... pero ni sombra de *cisnes* negros. Nos habían dado un *canard* de los que no se matan.

De regreso, uno de nuestros caballos estuvo á punto de hacernos dar una pirueta de 300 piés desde lo alto de un sendero que domina el mar; acometido de terror pánico retrocedía y el abismo estaba á 10 metros de nosotros.

Un hombre acude en nuestro auxilio; de un solo brinco se agarra valientemente al caballo que amenazaba ahogarse; su puño de acero le sacude con violencia; lucha y se desahoga lanzando un sonoro juramento: ¡era un frances! Antiguo soldado de África, cubierto el rostro y pecho de cicatrices, háblanos muy luégo de sus campañas: «he hecho la guerra sie-

te años bajo la bandera tricolor y ocho veces me han herido. Despues he pasado al servicio de Abd-el-kader, pero en vista de que no me daban como á él el gran cordon de la Legion de Honor, he venido aquí á escarbar la tierra en busca de oro.»—¡Fué en verdad un encuentro curioso!

VI.

LAS MINAS DE ORO.

Extraño aspecto de Ballarat.—Un lingote de 184.000 francos.—Un teatro en las minas.—Explotacion de los filones de cuarzo aurífero.—Pozos abiertos en las arenas de aluvion.—Pajitas de oro en la superficie.—Puerto de Geelong.—Devastaciones de los conejos importados.

23 *de Julio.*—Tambien nosotros partimos para las minas de oro que están á 150 kilómetros de Melbourne. Este camino que ha conducido á tantas ilusiones y á tantas riquezas, que miles de hombres pasaron por primera vez descalzos, con una tienda de campaña y un asador por todo capital, y volvieron á pasar con sacos llenos de polvo de oro que el trabajo de sus manos había ganado, este camino, al término del cual tantos jugadores vieron el fin de su fortuna y tantos infelices el de su miseria, tiene escritas en cada uno de sus guardacantones las fechas más conmovedoras de la historia de Australia.

Hay una línea férrea que enlaza á Melbourne con Ballarat, y en cuatro horas va uno de la ciudad mercantil á la ciudad aurífera. Atravesamos, pues, con la rapidez del vapor las fértiles praderas que rodean á Melbourne como un verde cinturon, luégo los bos-

ques de eucaliptos, cuyos ecos despiertan cada dia la locomotora. De vez en cuando cruzamos los recodos del camino antiguo, todavía polvoroso, pero ya desierto. Nuestros compañeros nos refieren los recuerdos que tiene para ellos. El 10 de Junio de 1851, se descubrió la primera parcela de oro en el lecho de un arroyo tributario del Loddon; el 20 de Julio en el monte Alejandro; el 8 de Setiembre en Ballarat; 20.000 personas en un mes, 105.000 en un año se lanzaron anhelantes por ese camino hácia las afortunadas colinas, donde bastaba escarbar para recoger tesoros. ¿Quién puede imaginar lo que sería el aspecto del camino cuando una multitud ansiosa corría en busca del oro?

Pero de súbito despierta nuestra atencion un cambio asombroso en la naturaleza que se desarrolla á nuestra vista. Disípase la densa sombra de los bosques; muere la verdura de los prados; hay sobre el terreno troncos inmensos de árboles sembrados por mano del hombre; la llanura está sembrada, labrada, atormentada; es un dédalo de trabajo, un caos de minas infernales, y acá y acullá, en aquel conjunto vertiginoso, grandes chimeneas vomitan el vapor correspondiendo á las convulsiones de las máquinas; suenan campanas, crugen las ruedas de hierro, aspiran el agua fangosa bombas gigantescas y se agita un hormiguero humano. Esto es Ballarat. La explotacion del oro ha formado aquí un valle de aspecto simbólico. No conozco nada que pueda sorprender en más alto grado la imaginacion del que no se haya figurado nunca lo que puede inventar el hombre en sus febriles trabajos para arrancar el oro á las entra-

ñas de la tierra. Esto es Ballarat, donde un pobre obrero sintió cierto dia clavarse su azadon en una masa sólida; era un lingote de oro de 2.600 onzas de peso y valor de 260.000 florines. En este valle y en estas colinas atormentadas han recogido los hombres una cosecha de oro igual á sus devastaciones, cerca de 4.000 millones de francos.

Aquí no hubo durante muchos años, más que un campamento inmenso; los arrabales se componen todavía de tiendas esparcidas, donde vivaquean los recien llegados, pero la ciudad, propiamente dicha, es la imágen de Melbourne; es una ciudad que cuenta 30.000 almas, y de trece á catorce años de existencia; tiene hermosas casas y hermosas calles; de dia está llena de carruajes, de noche alumbrada por gas; posee clubs, teatros, bibliotecas, bancos; el minero enriquecido se pasea por ella pacíficamente; no más rewólvers, no más ataques nocturnos, no más escenas sangrientas en las mesas de juego. Acá y acullá numerosos grupos de hombres cubiertos de lodo y chorreando sudor salen de debajo de tierra para tomar sus comidas; son los mineros empleados por las grandes compañías; las galerías que abren á 400 piés de profundidad se extienden bajo toda la superficie de la ciudad. Se han construido centenares de casas lo más cerca posible de las venas auríferas; pero no nos admiraría que fuere menester destruir muy pronto toda la ciudad para seguir sus numerosos filones en que reposan sus cimientos y que despues de haber sido causa de su nacimiento, causarían tambien su muerte.

Todos aquí nos refieren el extraño espectáculo que

presentaba Ballarat, hace diez años, cuando la fiebre del oro llegó á su paroxismo, y cuando se encontraban reunidos todos los mineros que despues se han diseminado por los innumerables centros de minas consecutivamente descubiertos; los repartos de oro se encontraban en la superficie del suelo mezclados con una arcilla que lavaban á lo largo de los arroyos; grupos de hombres acudían de un valle á otro en cuanto tenían noticia de nuevos tesoros, y con el azadon en una mano y el rewólver en la otra, iban á reconocer el polvo aurífero. Algunos ganaban 700 ó 800 francos ántes de almorzar; pero el almuerzo les costaba 100 francos.

Un zapatero me refiere que pasaba la mañana escarbando el suelo y lavando el oro; así solía encontrar 300 ó 400 francos en pocas horas. Luégo se ponia á hacer zapatos y los colgaba de una estaca delante de su tienda. Llegaban en seguida grupos de mineros con el cinturon lleno de oro, pero con los piés descalzos; se ponían las botas *á subasta:* cada uno sacaba del bolsillo puñados de polvo de oro, y todavía ganaba el hábil artesano otros 400 ó 500 francos.

Por la noche, los que tenían la cabeza un poco caliente, reuníanse bajo cualquier tienda ó al abrigo de algunas tablas clavadas en desórden; allí, á la luz de una tétrica antorcha, se jugaba con frenesí; el polvo de oro, apénas lavado, era la moneda corriente; los mineros arrojaban sus puestas á puñados, y los gananciosos reunían en una noche todo el fruto de muchas horas de trabajo.

Los más juiciosos, los enriquecidos de la víspera, guardaban sus miles de francos en sus cintos é iban

silenciosos á dormir bajo una tienda estrecha en algun barranco del valle.—¡Un semi-millonario durmiendo en el fango y bajo la lona! A veces tenía que pasar la noche sin dormir, puesto el dedo en el gatillo del rewólver, y disparando contra los merodeadores que conocían sus riquezas.

Como me encuentro aquí con muchas personas que han llevado durante años ese género de vida, que me enseñan los cáuces de arroyos donde hicieron los mejores descubrimientos de lingotes ó pajitas, paréceme que al oirlos veo todas las peripecias, agitaciones y arrebatos de aquel tiempo en que todo era vértigo. El oro tiene algo de fascinador que hace comprender los desórdenes y escenas sangrientas de esos miles de jugadores ébrios que acumulaban tesoros á porfía.

La primera cosa que he visto en Ballarat es un lingote encontrado recientemente por un simple minero y comprado por un banquero que nos recibió con mucha afabilidad. Ese lingote de oro puro pesa 1.840 onzas (184.000 francos). Es un bloque atormentado y anguloso; conserva las señales de los golpes de azadon del feliz mortal que lo descubrió; el instrumento se conserva y guarda tambien religiosamente, como aquellas espadas que terminaban con gloria su carrera. Pues bien, ¿lo creeriais? ese hombre está consumido hoy; en pocos meses lo ha jugado todo y todo lo ha perdido; trabaja al servicio de las grandes compañías con un modesto salario, y si en adelante descubre otro tesoro no será para él.

En aquella misma casa de banca vimos entrar sacos de pepitas de oro que los mozos amontonaban en arcas; otros fundían las pepitas al fuego, y sudando,

entre las cacerolas llenas de oro hirviente, quitaban con una cuchara la espuma impura que salía á la superficie; otros, en fin, pasaban de balanza en balanza las barras del precioso metal, fundidas en moldes oblongos y acuñadas á un extremo; sentir en la mano 12.000, 20.000 francos en una sola pieza y pasarlos, como nuestros albañiles se pasan los ladrillos, tal es la constante ocupacion de esos obreros.

Antes de anochecer hemos visitado la ciudad china, cuyos olores nauseabundos nos rechazaban al principio; allí el espectáculo era muy pintoresco. Los chinos de aquí estaban disfrazados de europeos, lo que les da aspecto de monos vestidos de hombres: se cuadran como verdaderos *dandies*, fumando grandes cigarros y alborotando las calles con sus agudos gritos; tienen tambien sus bancos indicados por muestras carmesíes, donde cada noche, despues de haber espigado, como Rut la Moabita en los campos del rico Booz, van á depositar lo que han descubierto en tierras ya veinte veces lavadas: *son los traperos de los placeres.*

Esta noche, funcion de teatro: representaban los *Piratas de las sabanas;* el patio lleno de mineros que salían en traje de trabajo de las galerías subterráneas era á mis ojos más increible que el escenario; aquel público febril con sus grandes botas y sus camisas de franela encarnadas aplaudía frenéticamente á una niña, á una jóven y linda actriz italiana, cuya timidez contrastaba singularmente con los espectadores rudos y feroces, hombres de los bosques y semi-salvajes.

24 de Julio.— Salimos muy temprano con varios ingenieros y propietarios de minas; debemos visitar

con ellos los tres géneros de explotacion: *el trabajo de filones de cuarzo*; *el trabajo de aluvion* y *el trabajo en la superficie de la tierra*.

Una gran colina domina á Ballarat: llámase Black-Hill, la Colonia Negra, aunque es muy blanca; una de sus crestas está enteramente cortada: la mano del hombre ha cernido todas sus parcelas y en pocos años la ha transportado poco á poco á 200 metros de su primera posicion; en Blanck-Hill han hecho, como si fuese en una torta, cortes de 60 metros de alto, y grandes perforaciones la atraviesan de parte á parte. Despues de escalar las ramblas sucesivas de cuarzo triturado que han extraido del seno de la colina, llegamos á la entrada de las galerías que la perforan interiormente en todos sentidos.

Cada uno lleva una vela en la mano, y tiene que marchar bajo bóvedas en una atmósfera húmeda, viciada y sofocante. Puestos los piés en el lazo de una maroma, descendemos á grandes profundidades, y poco á poco nos acostumbramos á la vista del abismo; verdaderamente, cuando uno se hunde en estas galerías y pozos casi imagina estar en el infierno: la oscuridad, el olor de la pólvora, el ronco trueno de los barrenos que estallan, los hombres encorvados, medio desnudos, sudorosos, trabajando en la roca sonora á la luz de una antorcha, todo tiene un aspecto extraordinario. Pero si esto es el infierno, será el infierno de los ricos. El oro brilla á nuestros ojos en venas centellantes, incrustadas en el cuarzo que los mineros hacen saltar con pólvora. Luégo que se descubre una vena, se siguen obstinadamente sus desviaciones: varía en espesor desde media pulgada hasta 25 piés, y en

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL

riqueza desde 500 francos hasta 25.000 por metro cúbico; pero su direccion es constante; es esclava del Meridiano magnético, y se hunde en lo interior de la tierra casi siempre con una inclinacion de 11°.

Hemos seguido en sus menores detalles esos filones auríferos: el más rico no tenía más que dos piés cuadrados de seccion; pero el ingeniero nos dice que está dando hace dos dias 225 onzas, 22.500 francos por tonelada, que es, segun parece, una cosa fenomenal. Hubiéramos debido adivinarlo por el aspecto alegre en todas las fisonomías. En aquella mina, unos 15 obreros torturaban el filon sin dejar perder ni una parcela. El cuarzo, reducido á pedazos de mediano tamaño, era arrojado con palas en carretillas de un metro cúbico que rodaban sobre rails hasta el orificio. Tal es el primer trabajo: las carretillas llegan de todas partes á su punto céntrico, bajo un gran cobertizo de madera; el fango, los guijarros, el cuarzo y el oro que contienen, en mescolanza indescriptible, forman un monton y esperan las series de operaciones de donde saldrá el oro puro.

La mina del *Black-Hill* es, segun nos dicen, *una de las primeras de* AUSTRALIA, y todo se hace tan aprisa y tan en grande que hemos seguido á un metro cúbico de cuarzo aurífero desde que el barreno lo hizo saltar hasta que el oro fué arrancado enteramente á las materias que le tenían prisionero.

El gran cobertizo de madera abriga las maquinarias de vapor destinadas á triturar el cuarzo. Al efecto una máquina de vapor pone en movimiento 60 grandes mazas de hierro, cada una de las cuales pesa 1.000 kilógramos, levantándolas á tres piés de altura y de-

jándolas caer con todo su peso 60 ó 70 veces por minuto. La maza ó *bocarte* es un cubo de hierro batido, sujeto á un largo eje y que entra fácilmente en una fuerte caja de hierro fija sobre sólidas bases. En esas 60 cajas, cuyo fondo tiene una espesa capa de mercurio, van echando poco á poco paletadas de cuarzo aurífero; mientras que la maza tritura el cuarzo con sus redoblados golpes, una violenta corriente de agua llega á cada caja por orificios abiertos en una de las paredes laterales. La pared opuesta está formada de fuertes telas metálicas que no dejan pasar sino á las materias perfectamente pulverizadas. Forman éstas una arena blanquecina donde la vista distingue apénas el oro del ágata, de la arcilla ó del hierro. Esa arena se escurre de las cajas de hierro por 60 conductos inclinados y barridos por una corriente constante. Esos conductos tienen ocho metros de largo: en la extension del primer metro tienen por la parte superior seis tablillas de madera horizontales y perpendiculares á la corriente de agua en las que se detienen por su propio peso las pajitas de oro puro. Los tres metros siguientes están provistos de 18 tablitas de tres centímetros de alto que contienen cada una un depósito de mercurio; en fin, los cuatro últimos metros están formados de finas mantas de lana. Antes de llegar á la extremidad inferior de cada conductor, la arena de cuarzo aurífero triturado suelta todas las parcelas de oro que contenía. Cada depósito de mercurio, sobre el cual se deslizan las partes heterogéneas como sobre un espejo, retiene, por el contrario, el oro, que se amalgama inmediatamente. Las mantas de lana sólo sirven como una especie de barrera de seguridad

destinada á detener las pajitas que gracias á una corriente demasiado fuerte ó á una saturacion no observada del mercurio hubiera podido escapar á las barreras de los cuatro primeros metros.

Hé ahí, pues, el oro amalgamado con el mercurio. Recoger esa amalgama, saturarla apretándola en un saco de piel de dromedario, y llevarla á un fuego muy activo es negocio de pocos minutos; y entónces llega el momento precioso: el de separar el oro del mercurio. Como puesto al fuego el mercurio se volatiliza, y el oro se funde, echan la preciosa mezcla en el receptáculo de un alambique; el mercurio se marcha convertido en vapor para ir á condensarse de nuevo en una habitacion; el oro queda en el fondo de la cacerola. ¡Oh, afortunada cacerola! ¡Cuántos millones han pasado por ella! De esta sola montaña se han extraido ya más de 22.000.000 de francos, y, sin embargo, las galerías horizontales sólo tienen 460 piés de largo. El terreno cedido á la Compañía es un bloque rectangular cuya superficie exterior tiene doce hectáreas catorce centiáreas, y en el cual puede ahondar hasta los antípodas, si le parece; no paga más de 750 francos anuales al Gobierno. Pronto no pesará ninguna clase de contribucion sobre las minas.

Por término medio, comprendiendo máquinas, salarios, contribuciones, vigilancias, herramientas y amortizacion, cuesta aquí 8 francos 75 céntimos cada tonelada de cuarzo extraida del filon subterráneo, y 16 francos 25 céntimos elevada á la superficie de la tierra y puesta en la máquina de triturar.

Cada maza requiere un caballo de vapor en la máquina, y tritura, poco más ó ménos, 2.234 kilógra-

mos de cuarzo en veinticuatro horas. En doce meses las 60 mazas han triturado 55.204 toneladas de cuarzo, que han dado 2.059.600, que son 39 francos por tonelada. El oro se recoge en las proporciones siguientes :

En la primera parte del conducto . . . 66,08 por 100
En los depósitos de mercurio. . . . . 22,95 »
En las mantas. . . . . 10,97 »

La cantidad de agua necesaria para lavar de continuo las cajas de hierro y los conductos, es de 56 litros por caja y por minuto, sumando 51.850 litros por dia. La gran desgracia es que el agua escasea. En cuanto al mercurio, se necesitan 20 kilógramos para cargar una caja y su conducto. Si el oro está en granos gruesos, la amalgama dará las dos terceras partes de su peso en oro. Si el oro está en granos medianos, habrá una libra de metal por cada libra de mercurio. Si el oro está en moléculas, la amalgama sólo produce una tercera parte de oro puro.

Tales son las notas que he podido tomar con lapiz en Black-Hill, escuchando á los ingenieros, miéntras que mi cabeza estaba enloquecida por el estrépito infernal que formaban al caer sobre el cuarzo aquellos 60.000 kilógramos de hierro, formando un conjunto de 3.600 choques espantosos por minuto, y miéntras que mis ojos contemplaban los brillantes reflejos del oro arrancado al fango.

La explotacion del oro en el cuarzo es la más dispendiosa, pero tambien la más segura; una vez descubierto su filon en alguna montaña, el minero puede

seguirle confiadamente. Los sabios han reconocido que ese oro es de creacion más reciente que las rocas que lo contienen: se debe á esas conmociones que en la historia de los trastornos geológicos han quebrantado á menudo las rocas existentes. Estaba entónces en formacion la cabeza del mundo; hacíanse grietas, y por ellas se lanzaban ténues chorros del metal que estaba en fusion en el centro de nuestro planeta; despues de lo cual el horno subterráneo se apagaba, las ligeras corrientes de vapores de agua y oro, azufre y hierro se detenían, y la cohesion encerraba para siempre grandes tesoros en las más duras formaciones de rocas.

Hay en estos momentos en Australia 2.029 filones en explotacion; extiéndense bajo una superficie de 2.036 kilómetros cuadrados; y la última estadística de la Direccion de Minas señala en 3.110.328 toneladas de cuarzo, 64 francos 25 céntimos de oro por tonelada. Tal es el término medio de siete años desde 1859 hasta 1865 para todas las minas de cuarzo del continente australiano (en 1860 era de 96 francos 30 céntimos); pero si tomamos, por ejemplo, una parte de ese territorio, veremos que un espacio de 36.838 hectáreas ha producido la suma enorme de 2.319.680.900 francos, es decir, 61.900 francos por hectárea; que tal Compañía en Rorang trituró largo tiempo cuarzo á razon de 10.400 por tonelada; que tal otra en Rangaróo-Platt encontró un filon donde hubo hasta 9 kilógramos de oro por 1.000 de cuarzo.

Quiero tambien citaros esa mina de Castlemain, que ha producido durante un mes 26.600 francos por tonelada de *cuarzo;* tenía una máquina de 18 ca-

ballos, poniendo en movimiento 18 mazas que trituraban 150 toneladas, lo cual daba el producto de 3.900.000 francos por semana. Las costas de instalacion y compra de máquinas habían ascendido á 450.000 francos; los salarios de sus 120 obreros llegaron á 24.000 francos por mes; la contribucion que pagaba al Gobierno era de 4.000 francos, y los gastos diversos de transporte, inspeccion, mercurio, etc., se evaluaban en 100.000 francos; de modo que cuando al fin de mes dió el director sus cuentas, oyeron los accionistas el siguiente balance:

Producto.....	15.000.000	francos.
Gastos.....	580.000	»
Beneficio neto.....	14.420.000	»

Tambien podría entrar en análogos pormenores respecto al pozo de la *Miseria*, que dió durante siete meses un producto de 200.000 francos diarios, y al de Wrhoó, cuyo filon tenía 270 piés de grueso y daba 11.000 francos por tonelada. Podría citaros todos los puntos donde algunos mortales afortunados encontraron millones en pocos dias; pero si os hablase tambien del crecido número de los que, sin descubrir *ni un amarillo grano de oro*, han ahondado hasta 500 ó 600 piés de profundidad en las rocas, pozos que les costaban 400 y 500.000 francos, os admiraríais de ver cuántos hombres se arruinan allí donde otros se hacen millonarios.

Como en todas las cosas, hay en las minas de cuarzo fortuna y desgracia: no se debe juzgar ni por los ejemplos brillantes ni por los desastres que nos pre-

sentan; ahí están las estadísticas y nos dicen que esas minas han producido:

En 1863.....	49.549.900	francos.
En 1864.....	50.301.800	»
En 1865	45.000.000	»

Hoy cuentan 17.730 mineros y 522 máquinas de vapor, formando un total de 9.070 caballos.

Pero esto es todavía poca cosa en comparacion de las riquezas que nos citan en las minas de aluvion. Al salir del cobertizo lleno de oro de Black-Hill marchamos á los terrenos arenosos situados al Sur de Ballarat, á traves de un dédalo increible de montes artificiales y valles abiertos ayer y terrenos trastornados que nos hacían recordar aquel versículo: *Montes exaltaverunt sicut arietes, et collis sicut agni ovium.* Hétenos aquí en la mina de aluvion, llamada *Albion*, delante de un enorme agujero, que penetra hasta 319 piés bajo tierra y deja salir vapores calientes y apestados; una máquina, oculta cerca de allí en una casita de tablas, hace girar rápidamente, con infernal ruido, una cadena sin fin que saca del fondo del pozo y vierte fuera de su boca grandes toneles de hierro batido llenos de lodo amarillento.

Empezábamos á saber por nuestra primer visita que no hay nada en el mundo más sucio que una mina de oro, por lo cual aceptamos con gusto botas y trajes completos de minero, aunque exhalan á diez pasos un perfume de cristiano-chino y como de macho cabrío que haría bailar á las cabras. Pusimos los piés en un anillo de hierro, nos agarramos febril-

mente á la cadena (el corazon me palpita un poco) y ¡zas!... bajamos hasta 300 piés de profundidad con la rapidez de un paquete tirado desde un quinto piso. Es una de esas sensaciones angustiosas como la de recibir de pronto un cubo de agua hirviendo; es un verdadero experimento de las leyes de la caida de los cuerpos. En el fondo de aquel agujero el calor es sofocante: abrasadoras corrientes de agua se cruzan en las encrucijadas de sus galerías; éstas se extienden por todos lados bajo las superficies del suelo como si innumerables conejos hubieran abierto innumerables madrigueras. El agua nos llega á las rodillas; nos enfangamos en la arcilla pegajosa; andamos encorvados y á veces á gatas, llevando, ora en la mano, ora en el sombrero, una vela que se derrite y apaga, dando lugar á que tropecemos de cabeza en las puntas de las rocas. Siempre con los piés metidos en el anillo de una cuerda que un cilindro de manubrio enrosca ó desenrosca, no cesamos de subir ó bajar por angostos pozos cuyas paredes rozan nuestros hombros, y durante dos horas recorremos sin aliento todas las sinuosidades de aquel laberinto subterráneo.

Pero en medio de aquel fango, á traves de los vapores sofocantes de aquel agua caliente, el oro que brilla en las paredes, en las galerías, fascina las miradas. Aquí tenemos delante de nosotros á derecha é izquierda, pequeñas masas que parecen incrustadas. En una especie de nido hay diez, veinte, treinta lingotes acumulados por la naturaleza. ¿No se diria que la gallina de los huevos de oro está en este subterráneo? Maravillábame ver en todo el largo de las galerías el polvo y granos de oro que la azada de los mineros

hacía caer bajo nuestros piés: las carretillas, deslizándose sobre los rails, elevaban el fango aurífero á una galería central, donde eran tiradas por caballos hasta el pozo de la cadena sin fin. No podía darse aspecto más triste que el de los pobres caballos que tiraban de aquellas carretillas á 300 piés bajo tierra: están condenados á la oscuridad hasta que mueran, y sus cuadras son subterráneos. Para hacerlos entrar por ese pozo de un metro cuadrado, ha sido menester, segun parece, atarles como un salchichon, ponerles perpendiculares sobre el cuarto trasero, atarles á la cadena y bajarlos como un fardo hasta el fondo.

Nuestro largo paseo bajo tierra nos ha dado á conocer la disposicion de las venas de oro. Aquí no están, como en el cuarzo, regularmente dispuestas de Norte á Sur, ni se hunden en tierra siguiendo un ángulo dado. Antes por el contrario, esos regueros de arena aurífera parecen esparcidos por el suelo como los hilos de una gigantesca telaraña: el capricho es su única ley; diríase que están sembradas por el incierto curso de muchos errantes arroyuelos.

Y en efecto; esas venas no son más que los cauces de arroyos que han dejado de existir. Allá abajo, en el fondo de ese abismo, donde estamos como enterrados, han corrido arroyos que lavaban las formaciones de esquisto y acarreaban el oro. Luego se formó encima de ellas una capa de arcilla, arena y rocas, y un nuevo arroyo, corriendo sobre esa roca, depositó en ella su lecho de oro; en fin, una capa de tierra semejante á la anterior, formóse tambien sobre este último. Así en la corteza de la tierra está repartido el oro como de piso en piso, y la vena más rica será siempre

la del curso de agua más antiguo. Aquí, para llegar al yacimiento más próximo de la superficie, se han atravesado las siguientes capas sucesivas:

Tierra de la superficie.....	2	piés.
Basalto.....	10	»
Arcilla.....	91	»
Basalto.....	79	»
Arcilla.....	46	»
Basalto.....	45	»
Arcilla negra.....	12	»
Arcilla parda.....	16	»
Cascajo.....	7	»
Oro y arena.....	11	»
	319	

Para llegar á esos yacimientos antiguos, es preciso cavar la tierra á la ventura; nada indica su existencia; á veces se necesita ahondar hasta 500 piés un pozo que cuesta 130 á 140.000 francos, y se llega al triste resultado de pasar algunas veces sin saberlo á dos ó tres pies de la arena aurífera. Hay una compañía que hizo siete pozos seguidos sin encontrar nada.

Pero una vez que se descubre el lecho de oro de un arroyo seco, los mineros lo registran con encarnizamiento, lo siguen paso á paso, y no pierden ni una molécula. Ese trabajo es muy delicado é interesante, pues si el arroyo ha formado algun delta y se ha dividido en hilos de agua divergentes; si ha tenido sus cascadas y cataratas, es muy fácil perderle de vista; de ahí resultan esas galerías irregulares y tortuosas que ora suben á pico, ora descienden en espiral y están

todas aisladas en un cascajo esmaltado de brillantes pajizos.

Subimos á la superficie del suelo juntamente con una masa enorme de lodo aurífero. Cuatro filones semejantes á los de el *Rond-Point* de los Campos-Elíseos están destinados á recibirlo. Los *pudding engines*, rastrillos de hierro en direcciones opuestas, son movidos por una máquina de vapor, miéntras que una corriente de agua atraviesa los pilones y arrastra consigo todos los portes ligeros de la arena: las pajitas de oro detenidas por su peso específico caen al fondo de los filones, donde forman muy luégo un espeso depósito. Sin embargo, quedan siempre mezcladas con las pajitas de oro muchas moléculas de arena de roca. Entónces los obreros cortan la corriente de agua, vacían los pilones con palos y arrojan el precioso depósito en el *slnice*, gran receptáculo de madera con fondo inclinado, que forma una tabla rugosa por donde pasa con rapidez una nueva corriente de agua. Ese conducto tiene 130 metros de largo. Diez obreros agitaban y hacían pasar de un extremo al otro la arena mezclada de oro; despues de una hora de esperar, vemos el *slnice* enteramente libre de guijarros y arena: un capataz cerró entónces el caño de agua y con un simple cepillo recogió todas las pajitas detenidas por las asperezas de las tablas, exactamente como se recogen las migajas de pan en el mantel de una mesa. Todas esas moléculas brillantes, mezcladas todavía con partículas de arena, pasaron en manos de un obrero á una palangana de estaño donde las hizo oscilar ligeramente sumergiéndolas en agua pura. Hubo un momento de viva conmocion:

como se desvanece una nube sombría, desaparecieron las últimas tintas de la arcilla y la arena, y quedó sólo el oro salido de los aparatos más sencillos, pero brillando en toda su pureza, en ligeras y frágiles pajitas.

Por mi parte, todos aquellos lingotes, todas aquellas pajitas, me parecieron cosa maravillosa: en seguida los pesaron; pero no había más que 60 onzas (6.000 francos); ¡triste y mísero resultado, segun parece! Eso han producido durante veinticuatro horas de trabajo 100 obreros pagados á 10 francos cada ocho horas; 300 carretillas de un metro cúbico, una máquina de 30 caballos de vapor y 15 caballos naturales.

El término medio del producto de cada semana asciende, segun nos dicen, á 60.000 francos, y á veces suben los gastos de explotacion hasta 42.000

Al lado está el pozo de Waterloo; el inspector de las minas declara que desde hace doce meses el valor del oro obtenido es de 675.000 francos y los gastos suben á 146,000.

Más léjos visitamos el pozo, bastante curioso, abierto á mitad de camino entre las minas de la *Torre Redonda* y de la *Chaqueta Encarnada:* ambas compañías tabajaban á 400 piés bajo tierra: los dos respectivos filones no tardaron en encontrarse y confundirse; hubo un pleito, y el tribunal de minas, haciendo copropietarias á las dos compañías, se encargó de la explotacion por cuenta comun. El trabajo duró diez y ocho semanas, se extrajeron 250.000 toneladas de arena, y produjeron 800.000 francos; los gastos no habían pasado de 250.000.

BIBLIOTECA PROVINCIAL Y REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL - PALENCIA

El *Aluvion* ocupa en las estadísticas de Victoria un puesto más importante que el cuarzo, pues cuenta:

4.631 máquinas = 19.000 caballos de vapor.
65.481 mineros.
5.835 *sluices.*

Ese género de explotacion representa en los registros del Estado:

En 1863..... 113.356.000 francos.
» 1864..... 104.183.000 »
» 1865..... 109.038.000 »

En resúmen, despues de los primeros momentos de estupefaccion que inspira la nota de esas masas de oro extraidas del lodo ante nuestros ojos, despues de la primera fascinacion que nos hace comprender la fiebre del oro, debo decir que me ha sorprendido la poca perfeccion de las máquinas y de los medios empleados. Todos esos hombres están tan acostumbrados á manejar paletadas de arena aurífera, á encontrar el oro en todas partes y siempre, que no se cuidan de tratar minuciosamente el mineral, aunque han ido á buscarle á tanta profundidad bajo tierra: dirígense á lo más urgente; toman de la tierra lo que les ofrece con mayor facilidad, y no se cuidan de todo lo que pierden. Son como segadores que temiendo la tormenta se dan prisa á salvar lo principal de la cosecha y se dicen: «tanto mejor para los que espigan.»

Ved ahí, en efecto, á los que espigan. Son los simples *diggers*: hoy hemos visto centenares de ellos;

juntamente las avanzadas y los rezagados del gran ejército de las minas. Europeos indóciles ó aventureros, chinos vagabundos y miserables llevan á hombros todo su material y marchan, ora por los valles inexplorados, ora por los montones que forman los detritus de las grandes minas, probando fortuna ellos solos: tienen una especie de cuna de madera cubierta de un enrejado que sirve para separar los guijarros: con una mano hacen oscilar continuamente la cuna; con la otra vierten agua en el aparato: el agua arrastra la arena y disuelve la arcilla y sólo queda la arena más menuda mezclada con los lingotes y pajitas de oro. Al cabo de una hora ó dos recogen en el fondo de la cuna todo lo que el agua no se ha llevado, lo ponen en la antigua y clásica palangana de lata y van al arrollo más próximo á *lavar* polvo de oro. Nada tan bonito como el movimiento del vaiven que imprimen á las pequeñas ondas agitadas en la preciosa palangana: con avidez siguen sus ojos la ligera nube de brillantes pajitas de oro que poco á poco se va condensando en el centro, gracias á su peso, miéntras que las últimas ondas que contienen arena y arcilla saltan afuera y desaparecen. El término medio de ese trabajo, nos dice el inspector de minas, varía de 12 á 19 francos de beneficio diario. De vez en cuando el solitario aventurero encuentra en la arena ya 20 veces barrida y cernida lingotes de 60 á 100 francos; muchos gustan de ese trabajo, en que el capricho guía y la independencia absoluta seduce á esos séres nómadas, que duermen bajo un árbol ó en alguna gruta sombría esperando siempre descubrir para ellos solos un rico tesoro.

Tal era la vida que llevaban todos los mineros durante los cinco ó seis primeros años siguientes al descubrimiento del oro. Con sus manos han cernido todas las superficies de estas llanuras que á la sazon estaban cubiertas de una verdadera cosecha del precioso metal; casi todos los dias encontraba cada uno algun lingote importante; aquello era semejante al juego con sus tentaciones y con sus pasiones abrasadoras. Pero áun hoy, ¡cuánto más me seduciria la vida de esos hombres de los bosques, aunque penosa y miserable, que la condicion de los 17.000 mineros empleados por las grandes compañías! Es, en efecto, cosa curiosa pensar que en esta Australia, donde la mano de obra cuesta tan cara, donde cada carpintero y cada herrero gana de 18 á 33 francos diarios, al minero de oro se le paga solamente 11 francos 25 céntimos; es el oficio ménos retribuido aquí. Es verdad que el minero recibe de la compañía un terreno inmediato á la mina para construir en él su casa y cultivar un jardin, que en el caso de enfermedad ó miseria su familia es asistida y socorrida á expensas de los patrones; pero miéntras el *digger* goza solo cuando descubre un lingote de 30 francos, el minero asalariado sufre á menudo el terrible tormento de encontrar debajo de su azadon en el pozo de la compañía lingotes de 100 y 150.000 francos, y no cobran más que sus 11 francos 25 céntimos.

En fin, hay una tercera clase de mineros: ésta forma grupos de cinco y seis hombres que se asocian y lavan en comun la arena de los valles; su trabajo consiste en construir un largo conducto de madera que es el *slnice*. Traen algun caño de agua de la montaña

hasta su terreno, y cada uno echa allí su carretilla de arena; dos ó tres agitan con horquillas la masa que la corriente lava, y todas las tardes cepillan el fondo del conducto y reparten el polvo de oro. Hemos visto un grupo de cuatro que nos dijeron que la escasa cantidad de cuatro granos (60 centígramos) por carretada les proporcionaba una ganancia suficiente; por término medio lavaban una tonelada cada cuatro minutos. En otro sitio, cinco mineros, despues de levantar una capa de tierra negra de 11 piés, hallaron un suelo tan rico que durante mucho tiempo ganó cada uno de ellos 400 francos por semana.

En resúmen, todas esas clases de explotacion han producido desde 1851 la suma enorme de 3.800.000.000 de francos, y hay felices mortales que han descubierto 100 ó 200.000 francos de un golpe.

Hé aquí los nombres y valores de algunos de los más famosos lingotes:

El Sarah Sands.....	280.000 francos.
El Welcome.....	268.000
El Blanche Barkly.....	184.000

Un pedazo de oro encontrado por un niño indígena entre los *detritus* de una gran mina, 122.000.

Despues he visto una lista de 150 que varía entre 10.000 y 80.000 francos, y por último, otra de 98, que forman un total de 3.621.000.

¡Qué golpes de fortuna! ¡Qué emociones tan delirantes, y qué de recuerdos despiertan esos tesoros febrilmente arrancados á un suelo que hacía siglos los ocultaba! ¡Y cómo me alegro de haber recorrido hoy

esos terrenos tan trabajados en que cada uno desprendía el oro de la roca ó de la arena, de haber bajado hasta los profundos pozos y de haber lavado á orillas de un arroyo algunas paletadas de arena aurífera, y desprendido á 600 piés bajo tierra dos ó tres guijarros en que brillan venas de oro! Gran fortuna ha sido para mí hacer esa excursion, muy molesta, pero tambien muy curiosa, con los propietarios de las principales minas y con dos ingenieros del gobierno.

Como era natural, el Estado se declaró propietario del suelo. Al principio concedió á cada minero una superficie de ocho piés cuadrados donde le permitía cavar mediante una licencia de 37 francos y 50 céntimos por mes: ademas puso una contribucion de 4 francos 40 céntimos por cada onza de oro (100 francos) que saliese de la colonia. En aquellos tiempos de fiebre en que partidas de mineros recien desembarcados recorrían los *placeres*, se esforzó en mantener el órden, pero no siempre lo conseguía sin efusion de sangre. Se organizaron numerosos destacamentos de una admirable policía á caballo, que registraba los campos ocupados por los mineros, exigía á todos la presentacion de sus licencias y obligaba á cada uno á encerrarse en sus ocho piés cuadrados: se castigaba á los delincuentes con multa de 1.000 francos.

Hoy basta el pago de 6 francos 25 céntimos anuales para que el minero tenga su propiedad asegurada contra todo ataque. El impuesto sobre la exportacion se ha pagado á 1 franco 90 céntimos por onza de oro y quedará enteramente abolido en el año próximo. Así se ha operado una gran revolucion económica: caen los impuestos y la explotacion verdaderamente

productiva pasa de mano de los particulares á las grandes compañías: el gobierno les arrienda á largos plazos los terrenos explotables y todos solicitan la inspeccion y apoyo del Estado. Cada distrito tiene su tribunal de minas cuyos jueces son nombrados por el gobierno, y para las apelaciones hay el *Mining Board*, compuesto de 10 individuos elegidos por todos los mineros inscriptos.

Así está todo ordenado ahora: lo que hace quince años era furor y casi locura, ha entrado ya en los elementos regulares de la prosperidad colonial. Sólo la especulacion conserva sus azares: es una bolsa en juego constante. En el diario de hoy veo la cotizacion de acciones que se vendían en la primera semana de Julio á razon de 15 francos 65 céntimos cada una y que ahora dan 75 francos por semana; la compañía está haciendo por fin su agosto. Hé aquí otra mina, la *Warrana*, donde se han encontrado esta semana 6.000 onzas de oro (60.000 francos), en un terreno de 7 metros cúbicos. En cuanto á mí, fuera de mis gratos recuerdos, no saco más que los tres guijarros por valor de 50 francos de oro, á lo sumo, y con ellos me contento aunque no crezcan ni se multipliquen por el camino.

Terminada la excursion de Ballarat, marchamos el 25 á Geslonng, pequeño puerto en la bahia de Port-Philip, de aspecto pintoresco y gracioso: allí nos prometen, en vez de mucho oro, mucha caza. Ante todo tenemos que darla á manadas de pulgas que nos acometen con encarnizamiento: ese animal sociable abunda de un modo increible en la quinta parte del mundo. El 26 salimos temprano para Barnon-Park,

gran posesion de los alrededores, donde matamos multitud de loros y conejos. El propietario, Mr. Austin, tuvo hace diez años la feliz idea de importar esos últimos animales de Inglaterra, y han provocado tal hormiguero de descendientes, que el mismo Mr. Austin daría ahora muchos lingotes porque lo libraran de esos roedores que devastan sus 30.000 acres ó 12.140 hectáreas de terreno. ¿Qué os parece eso de 30.000 acres? Tal es la modesta propiedad de un hombre que desembarcó aquí con zuecos hace veintinueve años. Mucho me complacía oir á ese honrado anciano referir su historia; instalarse en medio de los salvajes en este lindo sitio de verdes colonias; disparar contra los negros que le acometían y contra los kangurus, miéntras guardaba sus carneros; ver prosperar su rebaño tan rápidamente que á los seis años pidió al gobierno que le asegurase sus bienes contra la invasion de nuevos colonos: tales son los principios del *squatter*. Despues el gobierno le arrienda durante quince años, á razon de 1 franco 25 céntimos el acre, esta *suma* de 30.000 acres; sus carneros, que prosperan tanto como los conejos, le dan tres millones de francos en algunos años, y acaba por comprar la tierra al precio de 150.000 francos; actualmente posee 200 caballos de pura sangre con gran número de yeguas, cuya cifra no recuerdo, y 37.000 carneros. Todos esos animales se pasean á la ventura por inmensas praderas sombreadas con árboles de goma sosa y goma azul.

VII.

JUICIO DE LAS INSTITUCIONES POLÍTICAS Y SOCIALES.

Elementos de la colonia.—Self-Government.—Sufragio universal.—Parlamentos y ministros.

29 de Julio de 1866.—Hétenos aquí de vuelta en Melbourne y lleno todavía el ánimo con los recuerdos de las minas; pero es preciso que os hable tambien, no ya de los hechos materiales que nos han sorprendido tanto, sino de todo el conjunto patrio y social de este país en que hemos desembarcado hace dos semanas.

Ciertamente, el viajero que llega aquí despues de noventa y un dias de navegacion se queda al principio maravillado de todo, y lo que contempla le predispone al entusiasmo. Pero su espíritu no percibe todavía los pormenores y se necesita algun tiempo de residencia para juzgar las cosas y aprovechar lo que refieren las personas importantes del país. Por esto no os he dicho nada en mi primera carta del gobierno y estado social de Victoria. Lo que entónces me sorprendía y lo que aún hoy despierta mi admiracion,

es la grandeza y desarrollo de esta colonia; es ser una ciudad de 130,000 almas, una sociedad constituida, un gobierno ordenado, funcionando por la libertad más completa y nacido de esa misma libertad, y todo un conjunto de monumentos grandiosos y útiles, de servicios públicos, caminos de hierro y telégrafos, hospitales y asilos que revelan desde luégo el poder mercantil de Inglatera, combinado con el espíritu progresivo norte-americano. Nos encontramos aquí con una civilizacion práctica de las más avanzadas que sólo tiene semejante en algunas capitales de Europa y presenta un asombroso contraste entre las brillantes creaciones de esta jóven ciudad y la rutina de tantos gobiernos del antiguo mundo.

Reflexionad que todo esto sucede en el sitio donde dos colonos solamente, Badman y Sams, desembarcaron en 1835 con 400 carneros en medio de las tribus salvajes del Yarra-Jarra; que durante diez y seis años sus imitadores se diseminan por el interior, haciendo pacer sus rebaños siempre crecientes en las praderas, que bastaba descubrir para poseer; que en 1850 un gran descubrimiento llamó á un torrente de inmigrantes y entre ellos á muchos aventureros de varios países, y que, sin embargo, esta colonia, emancipándose en la misma fecha de las cargas y procedimiento de la antigua provincia de Nueva Gales del Sur, supo hacer el órden con el desórden, y dominando elementos tan heterogéneos, organizarse tan unida y tan próspera, que el viajero se queda estupefacto á primera vista.

Es realmente un hermoso espectáculo; se respira aquí un aire vivificante. ¡Ah! la libertad es madre de

todas las cosas bellas, y estas colonias independientes entre sí se administran ellas mismas ; el gobierno de la reina de Inglaterra les ha ofrecido generosamente la facultad de redactar sus propias constituciones y leyes ; en vez de acrecer sus cargas públicas con una administracion militar, léjos de gobernarlos como á un regimiento ó como á una tripulacion, léjos de imponer decretos de desconfianza ó despotismo á los que desembarcan buscando fortuna y exigir para toda cosa el apoyo ó consentimiento del Estado, los ha declarado y dejado *libres* desde el primer momento, libres en toda la plenitud de la palabra.

Se han convertido en verdaderos Estados que tienen sus Cámaras, su sistema electoral (bien distinto del de la metrópoli), votando ellas mismas sus presupuestos, leyes é instituciones de todas clases, y llegando tan de prisa á tanta seguridad, que casi es cosa de preguntarles si una *hada* ha presidido á la formacion de elementos tan diversos.

Las hadas de Australia son el oro y los rebaños; esos dos pesos de naturaleza tan contraria, producen el equilibrio que vemos tan bien establecido en la balanza.

La fiebre del oro ha traido olas de poblacion. Durante el primer período, cada uno se arrojaba sobre el metal con que se adquieren todos los goces, y hubo un verdadero trastorno social. Parecía que así como los mineros cavando las colinas, llenando los valles nivelaban el suelo, así tambien la sociedad, que iba inundando aquel país, estaba excesivamente nivelada.

Hasta entónces la colonia Victoria, al reves de las

antiguas colonias penales de Australia, había tenido principios lentos, pero favorables. Formada poco á poco con hombres de audacia y corazon y de una posicion social relativamente elevada; habiendo rechazado siempre con energía la introduccion del elemento penal, presentaba en la época de su independencia, salvo una condicion, las mejores probabilidades de civilizacion que se hayan dado en país alguno desde la constitucion de los Estados-Unidos de América. Era una pequeña Inglaterra que se formaba sobre el modelo de la madre patria con ideas más liberales. Bien es verdad que si tenía *squaters* ricos, influyentes y caballeros, que daban tono á aquella sociedad superior como colonia, faltábanle brazos para multiplicar sus productos y sus productos carecian de consumidores. El oro se los dió; cada semana llegaban 90.000 hombres.

La gran mayoría estaba compuesta de aventureros, mas, ¿qué importa? aquel gran movimiento creaba la vida social, mercantil y política, y la fiebre del oro, cualesquiera que fuesen al principio sus desastrosos resultados, debía engendrar en el dolor una sociedad cuyo desarrollo ha sido prodigioso. Al consignarlo siente uno la fiebre que lo acompañaba. Pero no se infringen impunemente las leyes naturales, y un crecimiento anómalo, artificial, está condenado fatalmente á un estado enfermizo ó á excesos generales. Hombres vulgares se encontraron de repente, por los rendimientos de las minas ó de los terrenos, en posesion de enormes fortunas, y lo mejor de las ganancias de los *diggers*, pasando por manos de los *publicanos* (taberneros), enriquecía y remontaba hasta la cúspide

á esa escoria de la poblacion. Entónces las escenas sangrientas de Ballarat y los motines contra la policía pusieron en peligro á un gobierno demasiado débil para resistir á semejante efervescencia. La autoridad, sin embargo, reforzada por toda la parte sana del pueblo, quedó victoriosa; se hizo la reaccion; si ántes fué un grupo de hombres, ahora era un pueblo entero el que, aleccionado por los peligros de la víspera, y queriendo asegurar la prosperidad del porvenir, constituyó su gobierno sobre las bases de la igualdad, la seguridad y la justicia. Aquel gobierno debía ser fuerte, puesto que los mismos á quienes debían mandar fueron los primeros en sancionarla, y se mostró justo, puesto que todos los ciudadanos debían tomar parte en los negocios públicos. De ahí resultó naturalmente el elemento democrático en todas partes, llevado quizás al extremo en sus consecuencias; pero sosteniéndose á pesar de sus vicios originales, á pesar de los extravíos y faltas en que algunas veces ha incurrido. Este gobierno, cuando peca, tiene por excusa que la mayoría de los ciudadanos lo quiso así, y cuando acierta, cuando verifica las maravillas de la colonizacion de que somos testigos, cada uno puede tomar su parte de gloria, porque aquí es éste el *self-government*.

Véanse las consecuencias del descubrimiento del oro; de todos los países del mundo acudieron más de 90.000 inmigrantes cada año hasta 1855 y 30.000 despues, atraidos por el rumor de las riquezas de las minas. Pero el oro hubiera matado á Australia, como mató á España, si no hubiera habido en esta tierra hombres que conocieran que la verdadera riqueza del

país no estaba únicamente en las minas, que éstas sólo eran la *creacion*, por decirlo así, y que al lado de la cosecha de oro había una industria no ménos lucrativa y basada, no en la casualidad ó fortuna del jugador, sino en un elemento de produccion progresiva, no agotable como el oro, sino renaciente todos los años y cada vez con más prosperidad. Esta industria es la *cria en ganados* en las inmensas praderas que posee la colonia Victoria. Hé ahí el punto fundamental del imperio australiano; hé ahí la idea que ha movido á un grupo de hombres perseverantes á desprenderse ó permanecer apartados de la multitud de mineros y á desterrarse en las praderas para criar rebaños cuyo número parecerá increible á los que no los hayan visto; pues encontramos en una parte 20.000 bueyes, en otra 150.000 carneros. Y puede decirse que la época del descubrimiento del oro ha sido la del nacimiento de esta colonia; pues el dia en que los *squatters* pusieron manos á la obra fué el dia de la salvacion de esta tierra. Los primeros establecimientos ántes de 1851 eran poca cosa en comparacion del desarrollo que adquirió pocos años despues este ramo de la riqueza, cuyas condiciones fueron transformadas por miles de inmigrantes, establecidos desde entónces, que formaban ciudades, cultivaban cereales y formaban al lado de la colonia pastoral el complemento necesario de la colonia agrícola y manufacturera.

La mayoría, pues, desertó de las minas para ir á los campos. Aunque hayan producido desde su orígen unos 3.800.000.000 de francos, no hay, sin embargo, en explotacion más que la vigésima parte de

los terrenos señalados como auríferos. Si desde 1854 su producto va disminuyendo gradualmente, y si en el año pasado llegó apénas á la mitad de la cifra de aquella otra época, podeis creer que es á causa de una traslacion de la riqueza, que por lo mismo ha crecido en el décuplo y en provecho de una clase media, formada entre los mineros y los *squatters*, que constituye la mayoría de la poblacion.

En su seno ha surgido un espíritu democrático de oposicion á los *squatters*, que representan, en efecto, la aristocracia de la tierra, y cuya influencia, penosa á la muchedumbre, aunque protege la industria madre de la colonia, creo que ha sido combatida áun por los mismos gobernadores. Contra ellos fueron dirigidos los primeros golpes: era la lucha del pequeño cultivo contra el grande, del parcelamiento contra la unidad, de los *land-jobbers* contra el elemento estable y conservador del país. Pues bien; francamente, si en los comienzos les han favorecido las circunstancias en gran manera, asegurándoles rápidas y crecidas fortunas, en cambio han tenido que arrostrar grandes peligros, estableciéndose en lo interior en medio de los aborígenes enemigos. Pero ahora que han triunfado, ahora que la civilizacion se extiende á largos pasos por la colonia, se juzga que sus terrenos son demasiado extensos y sus fortunas demasiado fáciles. Nadie recuerda su noble audacia, su perseverancia, lo que han hecho por confirmar la prosperidad de la colonia, y el elemento nuevo les hace una guerra á todo trance.

Mucho nos interesa presenciar esa contienda política, hacer hablar á los hombres de los diversos par-

tidos, ver cómo han cambiado los papeles de cada uno en pocos años. Hace doce no más, quien decía *minero*, decía casi millonario, y el *squatter* estaba perdido en el *busch*, en medio de sus rebaños; despues el *squatter* ha tenido un consumo constante para sus productos: el consumo de carne en la colonia, y, sobre todo, la exportacion de lanas. El minero, por el contrario, se cansa en cavar el suelo; y ahora son muy pocos los que ganan 600 francos diarios como en los buenos tiempos. Hoy, pues, toda la riqueza está de parte de los *squatters*.

Esos elementos contrarios se hallan frente á frente: el sufragio universal es la arena en que luchan. El conjunto del gobierno parece una monarquía constitucional cuyo rey es el gobernador nombrado por la metrópoli. Casi creo que es una república con una especie de presidente.

La reina nombra por siete años al gobernador, que cobra 250.000 fs. anuales para representar dignamente el poder ejecutivo de que está revestido; acepta los ministros que le imponen las mayorías de las Cámaras; rechaza los que desaprueba: es la mano digna y conciliadora que escribe; la nacion dicta por la voz de sus dos Asambleas.

Las dos Asambleas son: Primero, la Cámara-Baja ó *Assembly*. Compónese de 78 individuos nombrados por cinco años y por sufragio universal. Las únicas condiciones necesarias para ser elector y elegible, son tener 21 años y residir dos meses ántes de la votacion en el distrito donde cada cual esté domiciliado. Desde el 23 de Noviembre de 1867 es necesario ademas para ejercer el derecho de sufragio saber leer y escribir.

La votacion se verifica en escrutinio secreto. Esa Cámara es convocada por *mensaje* del gobernador; puede ser suspendida ó disuelta, pero la Constitucion no permite que transcurra más de un año entre el fin y el comienzo de dos legislaturas. Tiene el derecho de iniciativa para las leyes y el presupuesto y, en una palabra, todas las prerogativas de la Cámara de los Comunes de Inglaterra. Mediante la *libertad ilimitada* de reuniones y de imprenta, y mediante la ausencia de toda presion administrativa, representa del modo más inmediato y directo á los ciudadanos. Gracias á ella, la mayoría de 626.000 habitantes de la colonia sólo paga las contribuciones que consiente, sólo subvenciona los trabajos que considera útiles; si mantiene una administracion es para pedirle apoyo y no órdenes, y siempre ve empleadas las rentas públicas, así como las fuentes orgánicas de sus riquezas, en sus verdaderos intereses.

2.° La Cámara alta ó *Conneil*, representa el elemento conservador: es nombrada por los propietarios y *capacidades*. Componese de 30 individuos elegidos por las seis grandes circunscripciones de Victoria, no puede ser disuelta pero se renueva gradualmente por elecciones parciales que cada dos años proveen seis plazas. Los electores llamados á nombrar esa Cámara deben tener 25.000 francos en propiedades ó 2.500 francos de rentas. Esas cifras que parecerían enormes en Europa, se extienden aquí más de lo que podeis imaginar. Figuraos que un hombre asalariado, aunque sólo sea como pastor, gana él sólo la mitad de esa última suma.

Tambien votan para el *Conneil* dos graduandos de

BIBLIOTECA PROVINCIAL PALENCIA

universidades, los médicos, abogados, jueces, etc. Sin necesidad de revolucion se ha conseguido el derecho de las capacidades.

En fin, los ministros, órganos designados, esenciales y ante todo responsables de ese conjunto de ruedas parlamentarias, se comprometen por juramento á retirarse el dia en que no tengan el apoyo y confianza de la Cámara.

Es verdaderamente interesante ver puesta en práctica la pura democracia en esta tierra jóven, y abierta para todos la vida política, limpia de las preocupaciones y obstáculos del antiguo mundo: la democracia está aquí abandonada á sí misma; hace todo lo que es capaz de hacer: nada ha tenido que destruir y ha debido crearlo todo; no hay quizas en el mundo en estos tiempos país donde el experimento sea más excesivo y concluyente. Diríase que la raza anglo-sajona ha dejado al otro lado de la Línea todo lo que la ligaba en Europa para emprender aquí resueltamente el camino del progreso. Esta grande osadía ha engendrado maravillas: ha hecho una Europa libre y próspera en el hemisferio Sur: ha creado, no ya una colonia, sino un mundo nuevo, que surge en pocos años completamente ilustrado, liberal y próspero. Más tarde os hablaré de los pormenores; pero he querido enviaros mi primera impresion, que es tan sincera como imprevista. Mi admiracion, aunque inmensa, no es ciega. Veo, en efecto, al lado de resultados prodigiosos, las imperfecciones, si no necesarias, unidas casi siempre fatalmente á toda obra humana.

Ante todo hay en el crecimiento una suspension que salta á la vista. Nos asombraban los inauditos

gastos de la construccion simultánea de tantos edificios grandiosos; cuando les hemos examinado de cerca, hemos visto que ni uno solo estaba enteramente acabado. Miéntras duró la fiebre de construcciones, cuando se encontraba un tesoro, todo el mundo lo creía inagotable; evidentemente han pasado por esa embriaguez y sólo se han despertado cuando la caja estaba ya vacía.

Pero hay algo más grave: hace un año que tambien se ha impuesto una limitacion á la riqueza pública, que hasta entónces había progresado admirablemente. Hay en la colonia un partido proteccionista, y ese partido triunfa. Habiéndose mezclado en la contienda política el último gobierno como *gobierno* de *partido*, tuvo que abandonar su puesto inmediatamente. Consultado el sufragio universal, envió á la Cámara Baja una mayoría proteccionista: de donde resultó una lluvia de tarifas sobre las importaciones y una disminucion radical de los impuestos sobre las exportaciones. Explicaré el orígen del conflicto.

El agotamiento de los *diggins* en la superficie, detuvo casi repentinamente la inmigracion. Sin embargo, por una cláusula tan sabia como previsora, que consagraba la mitad del producto de la venta de tierras á favorecer la emigracion europea, afluyeron de nuevo los brazos, y otra vez aumentó el producto de las minas. Esto no convenía á la democracia, que echaba de ménos los salarios fabulosos de 1851, y deducía que cuanto más escasearan los brazos, tanto más elevados serían los jornales. Bajo la influencia de esa idea se suprimió de los presupuestos el auxilio á los inmigrantes, y hé ahí cómo, teniendo campos de

oro casi ilimitados que explotar, decrece gradualmente el producto de las minas. No sé en verdad de qué se quejan los obreros, ganan de 18 á 23 francos diarios sin trabajar más que ocho horas, y personas competentes me han dicho que pueden vivir muy bien, comiendo carne y teniendo buen alojamiento por 5 francos diarios si son solteros, y 8 si no tienen una familia muy crecida.

Pero lanzada por esa pendiente de egoismo y fortalecida por el éxito, la multitud no se detuvo. Dirigida por las ideas nuevas de hombres sistemáticos y por industriales extranjeros muy presurosos en hacer fortuna, quiso aumentar tambien el tipo de los salarios, quiso imponer á todos los objetos manufacturados derechos protectores á su importacion á la colonia. Pero poner en frente de la industria europea una industria local en estado de infancia en medio de una poblacion diseminada, con la mano de obra carísima, con el carbon colonial á 47 francos y el carbon inglés á 90 francos en tonelada, era (y demasiado tarde se ha conocido) aumentar el precio de los artículos en un 20 por 100, alejar de Melbourne á los bupues que tenían allí el depósito de sus cargamentos para las otras colonias, consumir los ahorros, paralizar los trabajos y, en una palabra, matar la gallina de los huevos de oro en vez de dejarla poner. Los obreros fueron las primeras víctimas; la experiencia les alucinó y empezó una reaccion. La libertad tiene de admirable que, áun en sus extravíos, se puede recuperar el recto camino más pronto que se perdió. El país va á ser consultado y todo hace creer que las nuevas Cámaras restablecerán la ma-

ravillosa prosperidad de los catorce primeros años.

Tales son las impresiones generales que me ha dado el espectáculo de la grandeza y prosperidad, y tambien de las faltas de la colonia Victoria. Solamente el juego de sus constituciones parlamentarias, que es historia antigua para todo espíritu liberal, puede formar una gran colonia, y en este terreno nuevo es cosa que apasiona el seguir á un pueblo de hombres que *ha desembarcado—creado—y prosperado.*

VIII.

VIAJE AL INTERIOR.

Bendigo.—Marcha con brújula por las praderas.—El Murray.—Caza de cisnes, de pelícanos y de pavos salvajes.—Duelo con un viejo kanguroo.—El avestruz de Australia.—Los negros.—Una *station* de bueyes.

La política que es constantemente el objeto de las conversaciones de la ciudad, me ha arrastrado tambien. Más adelante os daré algunas cifras. Miéntras tanto no quiero pensar más que en la colonia pastoral, porque los establecimientos de los *squatters* perdidos en el interior del país deben ser muy interesantes.

Uno de los grandes *squatters* de la colonia á quien conocimos en Melbourne-Club, ha dispuesto en nuestro obsequio un viaje que nos promete placer é interes; quiere llevarnos á su *station* situada á orillas del Murray en medio del desierto de las praderas, al fin de los terrenos que recorren los rebaños.

3o de Julio.—¡En marcha! Comenzamos por embarcarnos en el camino de hierro que nos lleva de Melbourne á Bendigo, puntos separados por una dis-

tancia de 50 leguas. Durante la travesía no hemos visto más que praderas sin fin, é innumerables abreños. Bendigo es el punto central de una localidad minera, fiel imágen de Ballarat, donde hay gran número de chinos. Nos han hecho ver todos los pozos y las galerías auríferas.

31 de Julio.—Ha llegado el instante dichosísimo de comenzar nuestra pequeña expedicion; hoy por la mañana hemos dicho adios á la ciudad y al camino de hierro. Mr. Kapel nos lleva á las praderas al príncipe y á mí. Para estos viajes por el interior no se conoce en Australia más que una sola especie de vehículos: el *buggy* americano, especie de caja encaramada sobre grandes ruedas estrechísimas; con él basta para todo. No doy crédito á mis propios ojos cuando pienso en lo que son los caminos de aquel país; todavía me conceptúo muy dichoso recordándolo. Tiraban de nuestro ligero carricoche cuatro caballos cogidos con lazo en las praderas y que sólo obedecían á la voz de sus conductores. En la delantera del *buggy* iban nuestro huésped y su negro aullando para dirigir las bestias, que evitaban admirablemente tropezar en los troncos de árboles de que estaba alfombrado el camino cuando recorríamos los bosques. Nosotros nos acurrucábamos detras con nuestros fusiles y municiones; así debíamos andar en dos dias 60 leguas.

Partimos muy de mañana. Durante cinco horas atravesamos bosques magníficos en los cuales pájaros vistosísimos revoloteaban alrededor de nuestras cabezas. Poco á poco fué desapareciendo el camino;

avanzábamos por una especie de desierto de praderas, atravesando una llanura verde en la que se veían algunos grupos de árboles, grandes rebaños paciendo aquí y allá y admirables efectos de espejismo. A falta de toda ruta, sendero ó camino, la brújula era nuestro guía. Frecuentemente venían á impedir ó á hacer difícil que continuáramos en una direccion cualquiera, arroyos demasiado caudalosos puestos á nuestro paso. Todo lo salvábamos alegremente y á escape. Nuestro huésped nos refería que á menudo las grandes lluvias aumentan de tal manera el líquido caudal de esos arroyos, que se ha visto precisado muchas veces á abandonar en mitad del campo su carruaje y á montar á caballo con su negro, vadeando los arroyos á nado y volviendo de allí á poco tiempo, terminadas las lluvias á recoger su vehículo, su *buggy*.

Nada hay tan grandioso como esos espacios infinitos en que el espíritu se siente tan apartado de todo sér humano. La llanura es tan extensa y uniforme que parece un mar de verdura; sólo allá á léjos rompen las crestas del monte Esperanza la monotonía del paisaje. De vez en cuando aparece á nuestros ojos un rebaño de bueyes errantes que merced al espejismo revisten proporciones gigantescas; este fenómeno nos los ofrece á alguna distancia reproducidos centenares de veces, con la cabeza hácia abajo y los piés por el aire. Hay momentos en que creemos ver un lago en lontananza y reflejándose en el limpio espejo de sus aguas el perfil de la ribera y la imágen de los árboles que la bordan. Ilusion; pura ilusion. Tratamos de llegar hasta el lago y el lago huye. Lo que más me admira es la destreza con que nuestros caballos evitan

encontrarse con un pedrusco siquiera y que nosotros no hayamos visto ninguno. Lo único que vemos es el césped, el césped tapizando de una manera uniforme vastísimas extensiones de terreno.

A la puesta del sol hemos corrido 30 leguas y nos detenemos en un bosquecillo cerca de una charca poblada de ánades salvajes. Nuestro huésped prepara el lugar en que descansaremos durante la noche; nosotros trabamos los caballos, encendemos fuego y condimentamos una cena frugal. Despues de comerla nos envolvemos en nuestros capotes y nos dormimos al raso sobre la húmeda hierba en compañía de un verdadero ejército de insectos de las praderas, que por cierto apetecen demasiado la carne blanca.

1.° *de Agosto de 1866.*—Nuestros caballos están preparados ya para la jornada; consultamos la brújula y seguimos caminando hácia el Noroeste. El paisaje nos recuerda el camino que hacíamos ayer. Siempre la misma llanura verde y los mismos grandes rebaños que pasan á nuestra vista. La parada del dia se hace hoy á orillas del Loddon, cerca del lugar en que el jóven Howitt encontró á los infortunados compañeros de Burcke. Vemos á gran distancia siete casoars, avestruces de Australia, que corren á escape próximos á un bosque; para tocarles hubiera sido necesario un cañon rayado, y nosotros no disponemos más que de nuestros anteojos.

En el momento en que el sol se pone, y despues de haber atravesado gran número de arroyos, llegamos al *Murray*, que es el rio mayor de Australia; su her-

mosa y caudalosísima corriente camina rápida bajo la sombra de grandes y corpulentos árboles que parecen dominar toda la llanura. A la orilla opuesta del Murray está la *station* de Mr. Kapel. Entre dos árboles, situado cada cual á una orilla del rio, hay atada una cuerda. Quitamos las ruedas á nuestro buggy y colocamos la caja sobre una especie de ponton de madera en el cual entramos nosotros. Hénos ya cogidos á la cuerda empujando el ponton á través de las aguas y seguidos por los cuatro caballos que atraviesan á nado la corriente. Quisiera saber pintar para dibujaros el pintoresco episodio de nuestro paso del Murray, y á nuestros caballos que luchan y vencen el curso de las aguas, logrando ganar gallardamente la orilla opuesta.

Aquí está la casa de Mr. Kapel, que es una verdadera cabaña de madera, dividida en tres compartimientos. Su techo es de corteza de eucaliptus; las enredaderas espesísimas que la cercan le dan un aspecto salvaje. Hace ya trece años que nuestro huésped habita esa cabaña; es un mozo encantador, todavía muy jóven, que ha venido á estas tierras á hacer su fortuna; vive solo, con un amigo de la niñez, que comparte su destierro voluntario, en medio de las praderas y de los rebaños. Ha dado ya cima á su obra y fin á su objeto, y volverá millonario á Inglaterra dentro de seis meses.

Posee en un espacio inmenso de praderas, millares de vacas y bueyes y centenares de caballos; ha rodeado su dominio de barreras, y con quince hombres puestos á sus órdenes, tiene todo el auxilio que necesita para guardar sus ganados y enviarles á Melbour-

ne. Encontramos allí á su viejo amigo, un verdadero *hombre de los bosques*, con barba de gigante. Todos manifiestan alegría por nuestra llegada; confían en que haremos buenas partidas de caza, y despues de una animada conversacion al amor de la lumbre y de una opípara comida con carne de buey, manteca y queso, cada uno va á dormir al cuarto que le han destinado. Aquí todo es rústico. El viento sopla con tal fuerza en la cabaña, que no se necesita tanto para hacer andar una chalupa. Las ratas hacen grandes *steeple-chases* en nuestras alcobas, y á pesar de que he cerrado la puerta, mil pájaros que sólo circulan por aquí de noche entran en mi alcoba por el placer de revolotear alrededor de la luz que me alumbra; pero el aire es tan sano, tan puro, que no debe perderse inútilmente el tiempo en buscar un preservativo contra el fresco de la noche; yo sólo pienso en acabar mi diario.

5 de Agosto.—Hace cuatro dias que estamos aquí, y ya hemos corrido en el espacio á que alcanzan dos ó tres leguas á la redonda los lugares inmediatos á esta bella mansion. Salimos todos los dias ántes de levantarse el sol, bien armados y provistos de municiones, para no volver á la casa hasta la caida de la tarde á devorar un pedazo de carne y lavar nuestros fusiles. Lo primero que hacemos al entrar en los bosques es disparar sobre los loros verdes y color de rosa, y sobre las cotorras multicolores é inseparables, escarlata ó azul de cielo que se lanzan rápidas como el rayo sobre la copa de los árboles de goma. Las cotorras vuelan como nuestros alcones; son *un tiro* difícil, pero

que tiene muchos encantos. ¡Cuántas docenas han perecido á nuestras manos! ¡Cómo nos seducían nuestras carreras y nuestros golpes repetidos sobre los grandes árboles! Pero poco á poco, viendo que hay tantos animales maravillosos de estas especies como gorriones en nuestro país, nos ha sido preciso respetarlos. Hemos hecho abundante cosecha de crestas y de alas deslumbradoras destinadas á los bazares de Europa.

Desde ese momento abandonamos el bosque y seguimos la orilla del Murray, sobre cuyas aguas se elevan como torbellinos verdaderas nubes de patos salvajes. Si no hemos contado más de un millar en la primera mañana, renuncio á referiros mis aventuras de caza. En su vuelo semejan una nube cuya sombra hacen pasar los rayos solares sobre la superficie de un lago. Empezamos por ver mil de ellos sin poder tirar á uno solo. Una mitad está alerta y la otra no duerme. Nos consolamos introduciéndonos con maña y discrecion por las enredaderas hasta llegar á una pequeña ensenada natural, de la que partían cantos extraños que á larga distancia nos impresionaban. Era una banda de cisnes negros. Levantaron el vuelo irguiendo el cuello y batiendo majestuosamente las alas. Tres cayeron al agua. Por mi parte conseguí apoderarme de uno. Esta adquisicion hizo llegar al límite mi alegría.

Nuestros mejores tiros los hacíamos siempre por la madrugada á la suave claridad de las estrellas. Ibamos á la descubierta por las orillas del rio. El primer dia encontramos los cisnes; el segundo pelícanos que dormían sobre un pié con el pecho lleno de pescados. Matamos dos pelícanos. Ayer acribillamos á tiros una

verdadera nube de grullas azules y grullas blancas; pero en vano. Nunca hemos visto tantas, pero nunca tampoco nos ha sido más indispensable un verdadero plan de ataque. En dos mañanas hemos cazado treinta y cinco de esos bellos pájaros que forman reunidos el más raro conjunto de colores que se podría imaginar. Algunos tienen una especie de hermoso collar rojo; otros una especie de penacho fino como de plumas de marabut; otros un pico de medio pié de largo y una pulgada de ancho, aplastado y guarnecido de pequeños dientes. Admirados por haber muerto un número tan considerable de esos hermosos pájaros tuvimos necesidad de volver á la cabaña para procurarnos algun medio de llevárnoslos. Sirve á nuestro huésped un pequeño negro de diez años, que es el *factotum* del oasis y cuya *toilette*, modestísima, está reducida á un par de botas. A un ligero y casi imperceptible signo del amo, el negro ensilló el poney y partieron á galope. En breves instantes llegó á la pradera, donde pastaban algunos caballos, lanzó sobre ellos rápidamente su lazo de cuerda y nos trajo uno. Desde entónces no teníamos ya necesidad de correr á la ventura, guiados por el sol y la brújula; el caballo y el negrito nos guiarían cargados con la caza que hiciéramos.

Despues de los pájaros acuáticos llegó el turno á los pavos salvajes que ó viven aislados y solitarios ó recorren las praderas en grupos de doce ó quince; estos pavos llevan siempre la cabeza erguida, miran de reojo y son los animales más malignos que he conocido jamás. Dimos principio á nuestra persecucion echando tras un grupo de diez y siete; corrimos sin llegar á alcanzarlos más de tres horas. Cansados ya de fati-

garnos en balde, apelamos á la astucia; el negro fué á buscar un caballo viejo y dócil ó una vaca pacienzuda y obediente. Caminábamos con lentitud trazando círculos sobre el terreno, ocultándonos siempre detras del animal que nos servía de máscara. Así llegamos á colocarnos en un punto inmediato al que ocupaba un pavo muy grande que no nos veía y que permaneció quieto; dos ó tres disparos de nuestras escopetas, cargadas con perdigones gruesos, lo echaron por tierra; así conseguimos matar cuatro ó cinco. Era una caza dificilísima; pero con táctica, paciencia y ojo certero conseguía divertirme en estas abundantísimas batidas.

En nuestra breve campaña de cuatro dias, de que sólo cito aquí algunos episodios, hemos hecho un fuego infernal y han sucumbido á nuestros tiros cerca de ciento veinte piezas. ¿No es esta una bella cacería? ¿Por qué lamentarnos de haber perseguido en balde algun hermoso animal que corre aún? Hemos arriesgado, en efecto, más de una bala sobre rebaños de dos ó trescientos kanguroos tan grandes como hombres y que corrían medio kilómetro delante de nosotros. No logramos que cayera ninguno. A una distancia todavía mayor se nos aparecieron un momento cinco *casobares*; esta tarde, además, despues de haber visto caer á nuestro lado multitud de piezas para las que basta una buena carga de perdigones, hemos tenido que consagrarnos apresuradamente á fundir balas, y desde hoy nos dedicaremos con frecuencia á los grandes animales, á la caza mayor.

Cuando hemos vuelto á la cabaña sentíamos hambre. A pesar de que la lluvia nos había calado hasta

los huesos, nos pusimos á limpiar nuestros fusiles. Pensé entónces que cuando una diversion cualquiera ocasiona tales fatigas no merece el nombre de fiesta; pero es necesario que nuestras armas estén en un estado irreprochable para que podamos matar muchas piezas. ¡Cuántas emociones y en qué poco tiempo! ¡Qué tiros tan afortunados y qué cazas tan delirantes! ¿Las haremos alguna vez iguales? Estas ideas avivaban en nuestro ánimo el propósito de guardar algunos restos de esos bellos pájaros para traerlos á Europa, y desde el primer dia no descuidamos hacerlo. Les abríamos el vientre, les quitábamos la carne, aderezábamos la piel y los rellenábamos de arsénico y jabon. Pero había tantos que no nos bastaban las manos para estas preparaciones. Afortunadamente nuestro huésped conoce á un antiguo boyero que es maestro en ellas y que sabe como pocos preparar las pieles. Lo ha mandado buscar y seguramente, merced á sus buenos oficios, podremos llevar á Europa un verdadero museo de historia natural.

Quisiera permanecer todavía mucho tiempo en esta humilde cabaña. Aunque estamos en invierno aquí no hace frio alguno; disfrutamos de una temperatura parecida á la que se goza en Francia á principios del mes de Mayo. A nuestra llegada las comidas eran sencillísimas, se reducían á carne de buey diversamente condimentada; no había pena en gastar mucha, porque nuestro huésped posee más de doce mil bueyes. Pero la caza nos ha ofrecido despues opíparos y abundantes festines; pavo salvaje de una carne exquisita, *flanqueado* con loros asados y que alternan con cangrejos y bacalaos del Murray, pescados por los ne-

gros; ese era nuestro magnífico diario. Vivimos en esta calma no interrumpida de las praderas una vida salvaje, matando los más bellos pájaros del mundo, olvidados de las ciudades y de la civilizacion; nuestro huésped querría que le acompañáramos seis meses. No es cazador, pero se interesa por nuestras expediciones y permanece en la casa «cuidando de la cena.» Es un hombre amable, inteligente y jovial, á quien su larga permanencia en estas soledades ha dado una originalidad de espíritu y una cordialidad tan franca que en poco tiempo se ha hecho dueño de nuestros corazones y señor de nuestros afectos.

6 de Agosto.—Hemos quemado tanta pólvora en estos alrededores que la mayor parte de las bandadas de pájaros que los visitaban han desaparecido. Hoy por la mañana nos ha llevado Kapel hácia el NE. á una cabaña, situada á siete leguas de aquí, que es centro de otro *run* donde pacen tambien sus ganados. Allá vamos por tres dias bien armados, sin más equipaje que pólvora y balas. Montados en buenos caballos cogidos ayer al lazo, galopamos alegremente por la llanura disparando de vez en cuando nuestros fusiles. Estos caballos, á quienes la brida sujeta y obliga singularmente, galopan un poco á la ventura, sin herraduras en los cascos ni avena en el vientre; cuando se sienten poseidos de súbitos deseos por unirse á los rebaños nómadas de sus hermanos, nada hay que los detenga, y como los borricos de nuestros campos ierguen la cabeza y relinchan locamente; saltando con una fuerza increible siguen su camino y

pasan por cima de la maleza y de los troncos de árboles. Estos paseos vagabundos y estos galopes un poco númidas me encantan; áun despues de una de esas carreras involuntarias conseguíamos que nos llevaran nuestras monturas cerca del huésped que nos guiaba á traves de un verdadero dédalo de arroyos, lagos, bosques y praderas.

El sol de medio día es muy caluroso en estas llanuras, áun en los bosques, porque en estos—debo decirlo tambien,—la sombra es completamente desconocida. El dia anterior no nos preservaron ni un solo instante de la lluvia los árboles de goma, cuyas hojas son muy estrechas y afiladas y caen perpendicularmente á la tierra como las del sauce lloron; pero en desquite abren paso, con una facilidad que maravilla, á los rayos del sol. Hace ocho dias—lo recuerdo como curiosidad—no hemos visto otra especie de árboles que ésta. Esto es digno de admiracion; pero tiene gran monotonía. Durante el camino hemos hecho fuego sobre pájaros hermosísimos, los *native companions*; grullas azules con collar y toca escarlata, de tres piés y medio de estatura y que andan magistralmente, como si contaran sus propios pasos. Herida mortalmente una de ellas, nos ha hecho emprender en su persecucion una carrera desenfrenada, que ha durado más de una hora, y la hemos alcanzado gracias á un inmenso pánico de que somos causa. Delante de nosotros huyen más de cuatro mil bueyes. Conforme encontrábamos á nuestro paso los rebaños de centenares de ellos, espantábales la carrera que seguíamos y con la cabeza baja y levantada la cola, procuraban salvarse; muy pronto los huidos formaron

BIBLIOTECA PROVINCIAL Y REGIONAL

un solo rebaño, cuya carrera desordenada nos hacía reir extraordinariamente. En medio de la pradera, á orilla de los rios y de los arroyos, yacían los blancos esqueletos de los desventurados animales que vinieron en la sequía de los dos años últimos á beber las postreras gotas de un agua cenagosa y pestilente.

Hénos aquí en una nueva choza; el lugar se llama *Noo-rong*. Aquí habita un *over-seer*, un hombre de los bosques que vive á sueldo de nuestro huésped y que está él solo encargado de guardar cuatro mil bueyes. La morada de este hombre es apacible y rústica, en ella vienen á hacerle compañía los insectos de las praderas; en sus inmediaciones hay un pequeño lago. Es la hora en que el sol se pone; sobre la llanura se dibujan largas hileras de bueyes que avanzan hácia nosotros y vienen lentamente á beber, pasando por encima de verdaderas montañas de esqueletos amontonados á orillas del agua; sobre nuestras cabezas vuelan algunas águilas: una de ellas nos arrebata en el momento de caer un ánade plateado que acabábamos de matar.

Al otro lado de la cabaña, rodeada de árboles, está el *paddock*, recinto dividido en gran número de dependencias, que ocupa una vasta extension de terreno y que se destina á los bueyes y á los caballos enfermos. Tal es el aspecto modesto y salvaje de esas habitaciones, perdidas en el interior de las praderas. Allí siente uno alrededor de sí mismo de un modo más vivo el infinito... De noche lo único que se siente son los formidables escuadrones de hormigas. El príncipe y yo estábamos envueltos en una sola manta, que escogieron las hormigas blancas y las hormigas

rojas para librar terrible batalla. Nosotros, por nuestra parte, combatímos esos ejércitos con el humo de nuestras pipas, pero había momentos en que estos impertinentes animalitos nos volvían locos.

El gentil negrillo de que ántes he hablado, muy de madrugada el dia 7 de Agosto, nos cogió cuatro caballos, montamos en ellos y fuimos á hacer un reconocimiento por los alrededores. Kapel, siempre tan atento y tan excelente amigo, nos dirigía; su buen amigo Harrison nos acompañaba tambien. Este último descendió á galope á una torrentera ó barranca inmediata y subió al mismo paso al otro lado cogido al cuello de su cabalgadura. Nada tan curioso, por otra parte, como oir los diálogos de nuestros compañeros.

—¡Oh! ¡qué descubrimiento! decía uno: reconoced esa yegua seguida de otra grande y de un potro pequeñísimo.

—Sí, pardiez, es *Jenny;* hace tres años que no la habíamos visto, tres años que anda errante por los bosques.

Un poco más léjos era yo no sé qué toro famoso el animal que tras una larga desaparicion descubría su dueño.

Repentinamente, despues de caminar mucho tiempo por una extensa y verde llanura, esmaltada de pequeños bosques, vinimos á dar con un grupo de quince ó veinte kanguroos de la especie más grande y unos doscientos de los más pequeños. Para emprender la fuga comenzaron por amparar en su seno á sus hijos precipitadamente. De estos pequeñuelos que tienen dos piés de estatura no quiero hablaros;

encontramos en nuestras excursiones verdaderos hormigueros y matamos tantos como conejos en Francia. Nos ofrecen un doble placer, porque son un tiro fácil y un bocado exquisito. Desde luégo, pues, nos dirigimos contra los grandes, entre los que había uno bellísimo. Nos decidimos á cazarlo persiguiéndolo hasta que se rindiera y sin valernos de los perros; el placer de esta caza consiste en reventar el caballo ó la pieza que se persigue. Al cabo de diez minutos y despues de haber dado muchas vueltas, el animal atravesó un bosque en que lo perdimos. Pero al poco rato desembocó por el lado opuesto; todos habían quedado detras, yo solo lo perseguía, gracias á mis espuelas que llevaba materialmente hundidas en los ijares del caballo y sin poder sacarlas de allí; pero á pesar de esto me separaba del kanguroo una distancia de más de cien metros. Poco á poco conseguí llegar á su lado. Entónces comprendí que había cometido una verdadera insensatez aventurándome solo y sin armas en este paseo, porque estábamos prevenidos por nuestro huésped de que el kanguroo es un animal extremadamente peligroso que puede estando solidamente apoyado ahogar en un instante á un hombre entre sus brazos. Cuatro grandes lebreles que tenía el año pasado Mr. Kapel fueron destrozados por las garras de un viejo kanguroo. Por último, el animal jadeante cayó en tierra reventado; por mi parte confieso que ya no me era posible obligar á mi caballo á que diera un paso. El animal, sin embargo, se levantó, apoyóse en un gran árbol; sus ojos brillaban con una singular expresion de ferocidad y agitaba convulso sus grandes brazos: ¡me esperaba! Por dicha llegaba

el príncipe en aquel momento y traía armas; puso con ellas fin á nuestro duelo, alojando una bala en el corazon del animal. ¡Juzgad cuánta no sería la dicha que nos animaba en aquel instante!

Nuestro kanguroo era soberbio; su piel era semejante á la de una zorra, pesaba ciento cuarenta libras, y medía, desde la cabeza al extremo de la cola, *ocho piés y tres pulgadas*; corría únicamente apoyado en las patas traseras y con el cuerpo inclinado hácia adelante, levantando enhiesta su voluminosa cola á manera de balancin.

Al regresar á la cabaña quitamos á nuestros caballos la silla y las riendas, abandonándolos sin más cuidados á la vida libre y nómada de las praderas; para estos caballos, que sólo viven de hierbas, había sido el dia una buena jornada de *Steeple-chase;* al dia siguiente tomaríamos otros más frescos. Aquí admira mucho ver á los naturales de la vieja Europa cabalgar sin torpeza y lanzar sin cuidado al galope sus caballos, no curándose de detenerlos ante los arroyos y los troncos de árboles que sembrados doquier dificultan la marcha por las praderas.

8 de Agosto.—Hoy, á pesar de la lluvia torrencial que ha convertido las praderas en pantanos, quiero provocar yo sólo á duelo singularísimo á un viejo kanguroo. Tengo mi rewolver y estoy lleno de coraje. Marcho con Kapel; escogemos un *oldman* de pelo rojo que parece hermosísimo y que corre con el vientre rozando el suelo; la carrera es más dura que la del dia anterior, porque los caballos se deslizan hor-

riblemente sobre el terreno; durante media hora el kanguroo nos adelanta, pronto cae reventado el caballo de mi compañero Kapel, que no ha perdido su animacion á pesar de este contratiempo, pues rodando por el suelo me grita: «*¡Kill my horse! Kill him, but kill the kangaroo!*» (¡Matad mi caballo, matadle, pero matad al kanguroo!) Redoblo el galope del mio, y despues de tres cuartos de hora de una carrera desenfrenada (estaba hecho un loco), consigo adelantar á la bestia en el momento mismo en que desesperaba de alcanzarla, porque mi caballo empezaba á flaquear como si se encontrara al término de su carrera. Estaba á veinte pasos del kanguroo, que se volvió para arrojarse sobre mí. Yo, sin dejar el galope y algo conmovido, disparé mi rewolver sobre él, hiriéndole en uno de sus brazos. La herida le hizo vacilar un poco, pero volvió de nuevo contra mí. La primera bala le había dejado manco, le alojé la segunda en el costado haciéndole caer en tierra, la tercera lo mató. Un último tiro puso fin á los movimientos espantosos que hacía ya moribundo á mis piés.

No puedo deciros cuán conmovedores son una vertiginosa carrerra pistola en mano, y la lucha de habilidad y de táctica que manteneis con la fiera, despues de la angustiosa duda que largo tiempo os embarga acerca de quién perecerá ántes, si el kanguroo ó el caballo. La bala que mató al animal le había herido en un costado, atravesándole el cuerpo y apareciendo al otro. El final de la caza, sobre todo, es capaz de apasionar á cualquiera; la fiera, cuando van á rematarla, se defiende vigorosamente y se revuelve en todos sentidos, extendiendo sus largos brazos arma-

dos de enormes garras; sus ojos, sobre todo, que en el descanso y la calma parecen dulcísimos, revelan un salvajismo aterrador. ¡Yo solo, perdido en medio de la pradera, gozaba de todas estas emociones! ¡Cuán dichoso hubiera sido en compartir ese placer con vosotros! Para regresar á la cabaña y encontrar el camino que debía seguir hasta llegar á ella, tuve que volver piés atras en mi carrera, buscando las huellas señaladas de un modo visible sobre el césped. Llegué al cabo. Aparejamos un carro con ruedas de yanta ancha, y vinimos á recoger mi presa. Le quitamos la piel, que os conservo cuidadosamente; en ella vereis aún sus terribles garras y los agujeros que han hecho los disparos de mi rewolver.

Continúa la lluvia torrencial. Tenemos que marcharnos inmediatamente porque la inundacion empieza. Los arroyos que hemos pasado á nado han crecido ya un metro; mañana por la mañana llevarán una cantidad de agua tres veces mayor, y si nos descuidamos sólo una hora, quedamos bloqueados durante un mes. Hasta muy entrada la noche no llegamos á Gorm de vuelta; la lluvia había cesado algunas horas ántes. Despejado el horizonte, la clara luz de la luna vino en nuestro auxilio, favoreciendo el paso de los que ayer eran arroyuelos y hoy son verdaderos rios. Me encuentro muy fatigado para poder referiros los pormenores y peripecias de este accidentado regreso; pero creed que el hallarnos sanos y salvos en casa, tanto como á nuestra energía, lo debemos á la de nuestros excelentes caballos.

11 de Agosto.—Durante tres dias hemos hecho con extraordinario éxito la caza del pelícano; despues la astucia nos ha favorecido para matar dos casobares que añadiremos á nuestra coleccion. Cuando divisamos un grupo de estos hermosos pájaros, especie de avestruces de un color gris que trotan como caballos, cogemos una rama verde para ocultar tras ella nuestra cabeza, y nos vestimos unas túnicas ó sábanas de tela de un color rojo-escarlata, que nos cubren hasta los piés, segun la moda del tiempo de Poncio Pilátos. De cierto que si yo no me hubiese encontrado entónces cuando avanzaba majestuosamente con ese disfraz por en medio de las praderas, tan conmovido por mi sincera aficion á la caza, habría podido reirme de la figura que hacía.—El avestruz es como el toro; le atrae el color rojo; así, al vernos aparecer, el escuadron de casobares se dirigió hácia nosotros, tomando un trote largo, con el cuello extendido y uno tras otro, como en una verdadera carga marcial. El que iba delante de todos se detuvo á unos cien metros del príncipe; todos le imitaron en seguida. Habían descubierto el engaño y se apoderó de ellos un pánico terrible; pero el príncipe tuvo tiempo para disparar con tanto acierto sobre el mayor de todos, que cayó al suelo muerto. Ayer fué mi carabina la que tuvo á su vez la honra de matar uno de estos velocísimos pájaros: los huesos de sus muslos son tan fuertes y resistentes como el puño de un hombre; sus patas tienen más de tres piés de largas; su gran plumaje gris es tan tupido y abundante, que cae alrededor del cuerpo del casobar como un quitasol. En cuanto á sus alas, yo las he buscado cuidadosamente sin encontrar más que

un pequeñísimo muñon de cinco ó seis pulgadas de largo, y sin una sola pluma. Estos avestruces grises son los únicos que hay en Australia; los que tenían las bellas plumas para sombreros que se usaban bajo el antiguo régimen, no existen más que en África.

Hemos encontrado en la llanura muchos huevos de estos animales; son más pequeños que los del avestruz; pero de un soberbio color verde esmeralda, oscuro, pulido y brillante. Nuestro huésped nos afirmó despues una extraña singularidad de estos pájaros. Entre ellos es el macho (1), quien empolla asiduamente el huevo, y miéntras que permanece inmóvil durante muchas semanas amparando el desarrollo de sus hijos, *madama Casobar* recorre alegremente las pampas.

Por fin hemos visto algunos negros. Hoy persiguiendo un cisne por una torrentera, hemos venido á caer en medio de una tribu de indígenas. Algunas pieles de didelfo puestas de cualquier modo preservan sus cuerpos del frio. El aduar en que entramos se compone de varias cabañas construidas de hojas secas; son tan bajas de techo que no es posible entrar sino á cuatro piés. Tanto las cabañas como las personas que las habitan, exhalan un olor nauseabundo, despréndese de ellos una fetidez insoportable; tienen un aspecto de éticos que espanta. ¡Pobres séres! A pesar de esto, tienen la eterna alegría del negro; rien de un modo grotesco, pero cándido, sin malicia, y mueven sus ojos blancos inyectados en sangre. Los rega-

(1) Los naturalistas de la Academia de Melbourne nos han confirmado esta noticia.

lamos algunos patos que acabamos de matar y toda la tribu danzó alegremente en nuestra presencia. Un viejo negro como el orozuz y adornado con una cabellera y una barba blanca como la nieve, dirigía esta orquesta de ranas negras que cantaban á orillas del agua; el viejo se quitó el pedazo de piel que le cubría, el único vestido que llevaba, ántes de la danza, tendió la mano en señal de autoridad; toda la tribu le imitó, y nos hallamos á bien pequeña costa siendo testigos de una fiesta fantástica: hombres y mujeres, vestidos como lo están los ángeles, daban vueltas y saltaban á nuestra vista, haciéndonos retorcer de risa, porque parecían locos. El viejo jefe de la tribu se llama el rey Tatambo: nuestro huésped sacó de él un retrato fotográfico el año pasado, retrato que os envío con el de la menor y más linda de sus hijas.

Esta tarde era la antepenúltima que debíamos pasar en Gorm, y hemos disputado como verdaderos niños, porque en el momento en que entramos á almorzar con nuestro huésped nos ha dicho que creyendo buena esta época para enviar ochocientos bueyes á Melbourne, desde donde los llevarán á las diferentes centros de minas, iba desde luégo á montar á caballo para escogerlos. Esto es lo que los australianos llaman «*un cattle humting*,» una caza de bueyes á la carrera. Nos incorporamos á la partida, que iba á ser de las más divertidas. Kapel reunió para ella la mayor parte de los hombres diseminados por los terrenos de su propiedad; eran ocho ó nueve montados y armados con látigos de mango muy corto y de tralla de más de tres metros de larga. Partimos todos á galope en diferentes direcciones para descubrir los re-

baños diseminados por las llanuras; era este modo de cazar como una pequeña guerra de escaramuceadores en que cada uno opera á su antojo. En cuanto veíamos un rebaño de treinta ó cuarenta bueyes cargábamos sobre ellos rápidamente, les hacíamos, por decirlo así, galopar delante de nosotros y hostigándoles unas veces por la izquierda y otras por la derecha los llevábamos hasta una colina arenisca que domina la llanura y que es el punto general de cita. Este es un *sport* encantador. Estas cargas al galope nos divierten sobre manera, y yo os aseguro que nuestro rebaño de caza huye gallardamente con los cuernos bajos y la cola enhiesta hasta llegar á la colina, á pesar de los arroyos y de las torrenteras. El príncipe y yo hemos llevado con seguridad más de cuatrocientos de una ó dos leguas á la redonda, á pesar de los extravíos que nos obligaba á hacer nuestra pesada caza con sus juguetones galopes. Unas cinco horas despues de comenzada esta tarea había sobre la colina diez mil vacas y bueyes ahogados y fatigados por su involuntaria y rápida carrera. Los hombres empezaron entónces á hacer el apartado; los bueyes más grandes eran llevados por el mismo procedimiento á una colina inmediata. Pero de lo que jamás podeis tener una idea es del desórden que reinaba alrededor de nosotros, y que constituía el mayor encanto de esta fiesta. Los bueyes coceando y berreando, las vacas jugueteando y saltando; todo ese brillante conjunto ofrecía el más singular de los golpes de vista. Al caer la noche despedimos en masa á todos los que habían de permanecer en las praderas, y encendimos como un gran cordon de hogueras en torno á los ochocien-

tos elegidos entre los diez mil llamados. La mitad de los hombres quedaron allí para hacer la guardia, tarea que no es tan fácil. La noche era oscurísima cuando volvimos á nuestra cabaña. La luz de las hogueras dibujaba sobre el fondo negruzco del cielo el perfil de los bueyes y de los hombres que los custodiaban; los lúgubres mugidos de tanto animal prisionero y aturdido por lo extraño de su cautividad, á los que respondían mugiendo tambien los rebaños que libremente hollaban entónces al césped de las praderas, daban un aspecto extraño á la llanura que hasta entónces nos había parecido tan tranquila y silenciosa.

12 de Agosto.—El rebaño partió por la mañana á Melbourne; tenía que andar á pié más de cien leguas. Lo escoltaban cuatro hombres. El primer obstáculo de este largo camino era el Murray, que tiene sin duda sobre ciento sesenta metros de anchura. Los hombres que lo conducen obligan al rebaño á que recorra á galope el espacio comprendido entre las dos grandes barreras que desembocan sobre el rio. Los animales van con tanta precipitacion, que al llegar á su márgen no les es posible detenerse. Los primeros son arrojados al rio por el empuje de los que van detras; á éstos, que no lo han visto, les empujan á su vez las filas siguientes, y á éstos los que van más á la zaga; el impulso es inmenso y general; muy pronto todos cruzan las aguas á nado, cayendo unos sobre otros, y arribando en el más espantoso desórden á la orilla opuesta.

Tambien nosotros vamos á marchar; mañana es absolutamente necesario abandonar este lugar delicioso en que hemos hecho tan bellas partidas de caza y en que hemos corrido tan alegremente; vamos á pedir hospitalidad á una *station* de carneros que está situada á veinticinco leguas de aquí. El estado normal de todo hombre en Australia es el de viaje, y yo no he visto en parte alguna de la tierra que se reciba más cordialmente á los que viajan. Aquí á doscientos pasos de nuestra cabaña está la cabaña hospitalaria que existe en toda *station* del interior.

Por la tarde, despues de la comida, íbamos con Kapel á ver si había venido á ella á buscar refugio algun pastor errante. Tres veces nos guiaron en estas excursiones las llamas de las grandes hogueras encendidas por los nuevos huéspedes. Kapel les daba inmediatamente raciones de buey y de galletas. Los huéspedes nuevos eran generalmente aventureros, pastores y esquiladores ó tundidores, que venían á buscar trabajo, á ayudar para las *cattle hunting* ó para las cortas y limpias de los bosques. Estas gentes viven todo un año errantes por las praderas, sin cama y sin descanso, y aman apasionadamente la vida nómada. ¡Seguramente es indudable que las condiciones físicas de un país influyen en las cualidades morales de los que le habitan! ¡Cuántos hombres he visto en la Australia amantes de lo aventurero y de lo desconocido, nada cuidadosos, olvidados quizá del porvenir! Nosotros mismos ¿no hemos cambiado en un mes? Todavía quisiéramos vivir mucho tiempo como nómadas y salvajes, acostarnos envueltos en nuestras mantas, galopar montados en caballos casi libres

y recorrer las praderas y las pampas diciéndonos en nuestras locas expediciones: «Acaso no haya puesto todavía el pié en esta torrentera ningun hombre blanco.» Esta vida tiene encantos que no conoceis en Europa; pero nuestro buen amigo Fauvel nos espera impaciente en Melbourne y vosotros nos esperais tambien á seis mil leguas de aquí. Marchemos, pues, á pesar de todo; si me he divertido mucho en estas llanuras, mucho he aprendido tambien; ahora conozco de un modo exacto lo que es una *station* de *squatter*, una *cattle-station*, y para daros una idea de ello no necesito más que referiros lo que hace y lo que ha hecho nuestro huésped Mr. Kapel.

En 1846 vinieron tres hombres resueltos á establecerse á orillas del Murray para apacentar sus ganados en estas praderas hasta entónces inexploradas, donde á menudo tendrían que rechazar los ataques de los negros que tratarían de quemar sus cabañas y que harían una guerra encarnizada á sus rebaños. Estos hombres se trazaron un *run*, espacio inmenso de praderas que declararon querer ocupar á su costa y riesgo contra los aborígenes, asegurándolo por un tiempo determinado contra las intrusiones de los europeos que vinieran despues de ellos á establecerse. Una vez trazados los límites del *run*, presentaron su declaracion al gobierno, que es el propietario del suelo de la colonia; en ciertos lugares ha vendido parte de ese suelo, en otras lo ha arrendado á su capricho. Aquí tenemos, pues, á los propietarios que una vez siéndolo, no tienen que pagar impuesto alguno al Estado, y los *squatters*. Estos últimos no son otra cosa que colonos ó arrendadores de las tierras del

Estado al que pagan un tanto por año y que miéntras dura el plazo de su arrendamiento disfrutan de todo lo que se encuentra en su *run*, de las praderas y de los bosques, lo cual constituye un valioso aprovechamiento. En New-South-Walles, que es donde nos encontramos ahora, el Estado aprecia las buenas ó malas condiciones del *run*, le hace examinar por una comision de peritos nombrada por el gobierno y por el *squatter* y exige de éste una cantidad determinada por año, que le libra del pago de todo nuevo impuesto. Ya tendré ocasion de hablaros del sistema establecido en la provincia de Victoria donde el *squatter* paga un tanto por ciento por cabeza de ganado y nada por la tierra; pero creo de todas suertes preferible el sistema de New-South-Walles.

Volvamos á nuestros bueyes. Los hombres de quien os hablaba escogieron un soberbio terreno entre las dos orillas del Murray y del Walkool, dos admirables barreras naturales, fuentes de fecundidad, tesoros de riego, con los que podian contar de un modo seguro para abrevar sus rebaños. El Murray les servía de barrera en un espacio de treinta kilómetros: los dos *runs* de Gorm y de Moorgatta comprendían un espacio de 257 kilómetros cuadrados ó sea más de 30.350 hectáreas; el de Noo-rong 458 kilómetros cuadrados ó 50.584 hectáreas; en junto 715 kilómetros cuadrados.—Hicieron un contrato de arrendamiento por catorce años, obligándose á pagar en cada año la módica suma de 7.500 francos. Su contrato espiraba en 1860. Tal es la historia sucinta de los fundadores del *run*. Veamos ahora qué ha hecho nuestro amigo Kapel.

Llegó aquí en 1852, y concertándose con los *squatters* que en seis años habían realizado una fortuna, subarrendó los tres *runs;* por la cesion de los *runs* de Gorm y Moorgatta y las existencias de ambos,—unas 1.500 vacas,—dió 250.000 francos. Por la cesion de Noo-rong con 500 animales entre vacas y bueyes y una línea de sólidas barreras de madera construidas para retenerlos aprisionados en el *run* y que se extienden unos 27 kilómetros, pagó la suma de 450.000 francos. El Walkool al Norte y el Murray al Sur corren casi paralelamente á una distancia variable, de 25 á 35 kilómetros. Una barrera de bosques perpendicular á ambos rios cierra completamente ese espacio por el Este. Hácia el Oeste, Kapel la cerró asimismo levantando una barrera de alambre de 35 kilómetros. Añadid á esto varias barreras que entre todas suman una extension de 34 kilómetros y que sirven para las divisiones interiores del *run*, y el precio de todas se eleva á 80.625 francos, 1.225,50 por kilómetro. De este modo los gastos de establecimiento importaron á nuestro amigo 715.000 francos.

En cuanto á las cargas regulares continuó pagando al Estado los 7.500 francos convenidos con sus antecesores hasta 1860. En esta fecha, y ya en su nombre, hizo un contrato de arrendamiento del mismo terreno por diez años, obligándose á pagar en cada uno al gobierno 17.375 francos. Organizó despues el personal necesario para sus trabajos. Componíase éste de quince hombres empleados en este inmenso espacio en reparar y componer las barreras durante todo el año, en custodiar los ganados, reunirlos y llevarlos á Melbourne en ciertas estaciones. A cada uno de estos

hombres da Kapel de sueldo 25 francos por semana, lo que constituye un presupuesto anual de 19.500 francos. Su manutencion cuesta casi otro tanto, de manera que el sostenimiento completo de todo su mundo viene á elevarse á 37.500 francos.

No parece mucho, sobre todo al primer golpe de vista, tener un hombre para cada mil bueyes; pero las grandes líneas de barreras trazadas á la americana sobre el suelo de las praderas, simplifica mucho la custodia de los rebaños. Para construirlas, si no se tienen cerca los bosques, se emplea con ventaja el alambre.

Los gastos de conservacion de las barreras ascienden cada año á 3.000 francos, los de alquiler de depósitos para los animales de las inmediaciones de Melbourne, de Ballarat y de Bendigo 10.000; para gastos varios hay que presuponer otro tanto, de forma que los gastos anuales ascienden en conjunto á 77.875 francos.

Hé aquí ahora una nota de los ingresos. Nuestro huésped envía á recorrer la colonia todos los años, de Mayo á Setiembre, diez hombres de los que están á su servicio; éstos van con preferencia á las localidades que han sufrido más por la sequía, á las que habitan los cultivadores en pequeña escala y les compran, por 50 ó 60 francos cada cabeza, todo el ganado escuálido ó jóven que pueden encontrar. Así compró Kapel hace tres años 15.000 bestias de tres á siete años de edad, á razon de 50 francos cabeza. El año pasado las vendió robustas y en excelente estado por unos 175 francos cabeza en los diversos mercados de Victoria; le habían costado 750.000 francos y las re-

BIBLIOTECA PROVINCIAL Y REGIONAL DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALPARAÍSO

vendió en 2.625.000 francos. ¡Qué ganancia en veinticuatro meses!

Las lluvias de primavera son las que deciden de la fortuna del *run*. Quisiera que pudiéseis ver con cuánta alegría contempla nuestro huésped todas las mañanas el crecimiento y desarrollo del mar de verdura que se extiende alrededor de nosotros sin que alcance la mirada á ver su término y sus límites. Estamos en Agosto, que es nuestro mes de Abril. Los tupidos tallos de hierba no tienen apénas más de dos pulgadas de alto; pero son tan verdes y lozanos que se creería hollar el césped de Inglaterra. Si el sol no seca con sus ardientes rayos esta vegetacion exuberante que tantas riquezas promete, no necesitará Kapel dos años para cebar á las más escuálidas de todas las bestias que posee.

Como base de sus rebaños tiene uno de mil vacas escogidas para la reproduccion y cien yeguas de vientre que galopan alegremente por estas inmediaciones. He admirado muchas veces en estos bellos animales la pureza de líneas de sus formas, sus espaldas rectas, la anchura de su pecho, la esbeltez y energía de su cuello, la conformacion de sus cabezas. ¿Cómo conseguis tener tantos animales modelo, decía entónces á Kapel, entre vuestros millares de bueyes? En balde he buscado un buey con el lomo hundido, una vaca agobiada y encorvada como los que con tanta frecuencia se ven en nuestros campos. Aquí todas las espinas dorsales parecen tiradas á cordel y todas las cabezas están como si hubieran sido vaciadas en un molde.

—Esto sucede, me respondía Kapel, por efecto de

la única medida anti-liberal que ha adoptado nuestro gobierno democrático. No puede introducirse en la colonia ningun caballo padre, carnero padre, ni toro destinado á la reproduccion, si en Inglaterra ó en las colonias vecinas no se ha avalorado su precio con una prima. Todos los caballos que tenemos aquí son *pur sang*; su padre ha costado 35.000 francos en Melbourne; los carneros que habeis visto correr por las praderas desde Bendigo hasta aquí son merinos alemanes de los más puros; en Sajonia se han comprado dos garañones á 12.000 francos cada uno puestos en la colonia; todos mis bueyes que son Durham descienden de aquel toro magnífico que habeis visto el otro dia galopando cerca de Walkool; me ha costado 20.000 francos y procede del *cattle-show* de Lóndres, donde consiguió un gran precio.

¡Quince mil piezas de una raza tan pura! ¿No son verdaderamente admirables estas cifras? ¿No es necesario para prestarles fe completa, ver, como veo yo en este momento, esos hermosos rebaños vagar y pastar por este inmenso espacio cerrado? Pregunté á mi huésped cuántos bueyes y vacas pensaba tener este año. «Me es imposible contestaros, amigo mio, dijo; no puedo saberlo sino con una diferencia probable de mil ó dos mil cabezas, porque muchas veces mueren en los bosques gran número y nacen más ó ménos sin que aquí se sepa; allá para Noche-Buena pasaré diez dias recorriendo el *run* desde la mañana hasta la noche; llevaremos nuestros ganados á la pradera de dos kilómetros cuadrados que está cerca de la casa; á todo el que esté bien grueso, en buenas condiciones, lo llevarémos á otro lugar cerrado. Creo que

de éstos no habrá más que siete mil este año, porque he perdido mucho, el valor de unos 500.000 francos en la sequía de hace cuatro años. Los siete mil animales escogidos que, segun creo, tendré, los enviaré en rebaños de quinientos ó seiscientos á los depósitos de Melbourne, Ballarat y Bendigo, donde espero venderlos á 250 francos por cabeza. Si lo consigo cederé mis derechos á otro explotador y volveré á Inglaterra. Por la cesion me han ofrecido el año pasado 2.250.000 francos y rehusé admitir esta proposicion. Gracias al Murray, miéntras que en otros *runs* se sufre escasez y miseria, el mio prospera diariamente; esta humedad del rio hace mi fortuna, y yo pienso ceder este año mis derechos por 750.000 francos más que los que me ofrecían el pasado.»

Hé ahí cosas que sólo se ven en este país y cuyo estudio es bien interesante. Durante todo el tiempo de mi estancia no he dejado de aprender algo nuevo, y todas las tardes, despues de las agradables conversaciones alrededor del fuego de la cabaña, he apuntado en un pedazo de papel, temiendo olvidarlas, todas las cifras que Kapel me enumeraba con su habitual agrado. Una *cattle station* es para mí cosa conocida. Condensar en una cifra los beneficios que en ella se obtienen cada año, sin embargo, me sería imposible. Nuestro *squatter* no lo ha sabido tampoco nunca de una manera exacta, porque ajusta sus cuentas calculando sobre cada 1.000 ó 1.500 vacas. En pocas palabras, si todavía continúa aquí un año, cediendo un poco á los encantos de esta existencia salvaje, si no se decide á traspasar su arrendamiento por los 2.250.000 francos que le proponen ó los 3.000.000 que espera,

tendrá lo que él llama un año ordinario. Para hacer frente á los 77.875 francos de gasto venderá 4.000 bueyes por 700.000 francos y 80 potros por 24.000, realizando un beneficio de 640.000 francos.

Durante este año le nacerán por lo ménos 5.000 becerros de su rebaño escogido y de sus vacas de paso y calculando en mil la parte del diablo, los que pierda por enfermedades y otros accidentes, tendrá de nuevo en 1867 en su *run* 15.000 animales. Despues de haber hecho producir á su capital desde 1852 unos 400 ó 500.000 francos de beneficio líquido, lo recogerá el dia que quiera, elevado á la suma de 3.000.000 de francos. ¡Quince años de trabajo le habrán asegurado un regreso dichosísimo á Europa!

Temo que estas cifras os fatiguen y me detengo aquí: acordaos solamente de un propietario de 15.000 bueyes, de un arrendador de 715 kilómetros cuadrados (superficie doble á la del departamento del Sena) y tened en cuenta que hay en este país extrordinario gentes que poseen tres ó cuatro veces más que Kapel.

IX.

UN PROPIETARIO DE SESENTA MIL CARNEROS.

Thulé.—Pesca con antorchas.—Un corrolori, danza guerrera de los negros.—Presupuestos de una estacion de carneros.—El ornitorinquio.— Contrastes de la naturaleza australiana.—Echuca y su camino de hierro.

13 de Agosto.—¡A caballo otra vez! Vamos seguidos de nuestras bestias de carga que llevan las pieles de kanguroo, cusous y cisne y los pájaros disecados. En la orilla Norte del rio tomamos la direccion ESE.: seis arroyuelos nos cierran el paso, la inundacion hace peligroso el terreno, pero con espuelas se pasa por todas partes. Por la noche se nos aparece á lo léjos un lindo grupo de cabañas: es la *estacion de F. Thulé*, donde Mr. Woolselley nos recibe perfectamente. Alrededor de nosotros *hay 4.000 bueyes y 60.000 carneros.* Un infinito de lagunas se extiende hasta perderse de vista por el Norte. Bosques profundos rodeados de agua, lagos á derecha é izquierda, islotes de cañas y lianas, todo nos promete soberbias cacerías.

14 de Agosto.—Una tribu de negros está acampada cerca de nosotros, se distingue de los que hemos visto el otro dia por rayas blancas marcadas en la frente y en el pecho: nuestra aparicion les alegra; mientras que sus horribles mujeres, medio desnudas con los chiquillos á cuestas, se veían en las puertas de sus chozas infectadas, algunos hombres nos siguen mostrándose ardorosos y entusiastas por la caza. En verdad nos sirvieron de perros: apénas caia una grulla ó un cisne herido en medio de la laguna, los negros se arrojaban al agua, nadaban durante un cuarto de hora y nos traían nuestros animales. A lo mejor se tiraban al suelo boca abajo y con gestos enérgicos nos indicaban que hiciéramos lo mismo: era que veían una bandada de pelícanos. Estos pobres hombres con palitos atravesados en las narices, anillos de madera en los labios, parecen nuestros esclavos, y con algunas colillas de cigarros por donativo, nos hacemos fácilmente reyes de toda la *negrada*. Los gestos son nuestro único lenguaje: nada de política, nada de discusiones.

Lo insoportable fué la primera parte de la noche. El tabaco y algunas gotas de aguardiente se subieron á la cabeza de nuestros negros acólitos, que desaparecieron miéntras nosotros perseguíamos á una bandada de íris. Nos habíamos apartado mucho de las cabañas; aquellos lugares estaban enteramente desiertos y nos eran desconocidos: nos perdimos metiéndonos en lodo, prisioneros entre las lianas, sin brújula y sin una estrella en el cielo que pudiera guiarnos. Despues de tres mortales horas notamos de repente, bajo los bosques, un olor espantoso.

—¡Lo conozco! exclamé; ¡son los negros!

En efecto, á doscientos pasos de allí encontramos toda nuestra tribu durmiendo profundamente al pié de un árbol. Se mostraron verdaderamente amables, pues apénas despiertos cargaron con nuestra caza, tomaron sus lanzas, que estaban clavadas en el suelo alrededor de ellos y nos condujeron á paso de carga á la cabaña.

Decididamente hoy es dia de negros, pues miéntras comíamos con el hambre que se puede suponer despues de semejante correría, oimos gritos extraños y señales de la agitacion de toda la tribu. Llegamos; el lago está iluminado por humeantes antorchas; formas humanas, negras como la noche, lo recorren blandiendo una especie de jabalinas. Alborotados por la llegada de nuevos blancos han organizado, segun parece, una pesca con antorchas; tendidos ó arrodillados en troncos de árboles huecos, teniendo en una mano una antorcha resinosa y en la otra un harpon formado de espinas, los jefes recorren el lago y atraviesan á los grandes peces atraidos por la luz; los peces se revuelven furiosamente y tres veces naufraga uno de los negros. Muy pronto tienen en la orilla diez hermosas merluzas de agua dulce, el *Mustag-codd;* algunas tienen cuatro piés de largo. Toda la tribu se agita y lanza alaridos increibles; las damas negras, que parecían tímidas al principio, se aproximan poco á poco riéndose siempre y armadas de pequeñas jabalinas. Son armas terribles: en la punta tienen un gancho de anzuelo, y una vez en el cuerpo enemigo no se puede sacar como no sea atravesándole de parte á parte; ¡linda perspectiva! Pero la única cosa que á

nosotros nos atraviesa es un olor horrible y pútrido que esta raza exhala de sus pulmones. Muy pronto colocan todos los pescados formando trofeo sobre un montecillo ; cada negro agita su antorcha y su pesca; empieza la danza de guerra, el *corrobori*. Simulacro de combates, saltos de carneros, gritos inhumanos, vueltas y medias vueltas sobre un pié, luchas cuerpo á cuerpo, nada falta de lo que Cook y Perouse refirieron hace tiempo. Aquella fiesta duró hasta muy tarde; el espectáculo era tan extraño que las horas pasaban inadvertidas para nosotros. Nada tan increible como aquella danza macabra, en que los miembros flaquísimos de tantos cuerpos de ébano se destacaban entre rojos resplandores. Gritos agudos de una cadencia monótona daban no sé qué de fantástico á aquellos séres negros apénas tapados con una piel de animal salvaje, brincando frenéticamente y armados alrededor de su presa. El *corrobori* termina con una rueda general y una gran fogata de hierbas secas que iluminan todo el campo. Entónces nos retiramos tan estupefactos como contentos de haber visto aquel espectáculo.

Una cosa me ha sorprendido despues de la fantasmagoría salvaje, y es la armonía de las lenguas de estos negros cuando no están enloquecidos por la danza, y el manejo de las armas. Muchos jefes y algunas mujeres vinieron á mirarnos de cerca y decirnos multitud de palabras que eran puro hebreo para nosotros. De ese dialecto, poco enseñado en nuestros liceos, no he conservado más que algunas frases útiles:

Narra-narraggarah.	Dáte prisa.
Jattaveattah-ongannia.	Condúceme.
Pussamuntah	Un casoar.
Loah-maggalantah.	Agua.
Luggahnah olaï bahna. . . .	A la derecha.
Luggahnah ahuïota.	A la izquierda.

Conservo de la tribu muy buen recuerdo. Nadadores como perros de Terranova, charlatanes como loros, aquellos negros me hacían reir de continuo. Pero esta noche teníamos acurrucado á nuestros piés un negro, que desde la edad de once años es el niño mimado de nuestro huésped, y ha aprendido una especie de jerga anglo-salvaje, que algunas veces se entiende: *moiself*, *moiself* (yo, yo) es su comienzo para todo:

—Yo venerar hombres blancos, pero nunca visto mujer *blanca*.

Luégo, mostrándonos cinco figuras tatuadas de azul en su brazo derecho:

—Esto, mi padre hacer á mí todas las veces que el matar hombres blancos. ¡Oh! mi padre haber matado veinticinco hombres blancos ántes de él morir; pero yo muy bueno.

15 de Agosto. — Los negros nos han paseado por montes y valles; poco á poco los hemos cargado con unas 60 aves acuáticas y 10 pavos silvestres. Ya no debo hablaros de caza: quisiera describir nuestras veladas en la cabaña, cuando, llena la pipa de tabaco delicioso, cada uno cuenta al amor del fuego algo de

su vida, algo de Europa, algo de Australia. Ayer no se hablaba más que del *corrotori*, ese cancan nacional y militar de los salvajes; hoy sabemos, por nuestro huésped, todo lo que es una *sheep station*.

Cuando en 1855 desembarcó en Australia, vino á caballo por estas praderas, y este sitio le agradó; era salvaje y fértil; quería crear sin trabas, reinar el solo sobre espacios inmensos, y por todas partes no ver en el horizonte más que carneros de su ducado. Vivió como ermitaño, como hombre de los bosques; pero ha triunfado, es feliz. Tiene 60.000 mil cabezas de ganado lanar, que pastan en un *run* de 101.000 hectáreas. Nada de cercas; lo cual representa una enorme economía sobre los *runs* de bueyes. Los carneros que hemos visto estos dias miéntras cazábamos, vagan por rebaños de 1.000 cabezas, y cada rebaño, durmiendo al aire libre en invierno como en verano, y recorriendo de uno en otro los valles donde hay hierba fresca, no tiene más que un solo pastor que lo sigue á caballo. Parece que hay *runs* donde el término medio de una hectárea basta para alimentar á dos carneros por un año; pero aquí, segun nos dice nuestro huésped, se necesitan *cuatro* hectáreas para tres carneros, á causa de la sequía de algunas mesetas y de los bosques y lagunas; por consiguiente, hoy necesita 80.000 hectáreas para todo su ganado. Queda, pues, un sobrante de praderas que le permite elevar hasta 75.000 el número de cabezas de ganado.

Como primeros gastos tuvo que construir cabañas y almacenes de víveres, comprar carros, y, en una palabra, proveerse de todo el material necesario para él y sus pastores en una instalacion rústica. Eso costó

unos 10.000 francos. Luego cien buenos caballos para el transporte de sus lanas y el servicio de sus pastores le costaron 40.000 francos. En fin, compró á los *squatters* establecidos en 30 ó 40 leguas á la redonda 8.000 ovejas (al término medio de 11 francos cada una) que debían ser muchos de esos inmensos rebaños que hoy vemos; las diseminó por sus 101.000 hectáreas en ocho grupos abandonados á la ventura; 88.000 francos para las ovejas y 10.000 para cien machos: 98.000, total de gastos de compras.

Hé aquí ahora los gastos anuales: la comision pastoral del Gobierno despues de examinar las buenas y malas condiciones del terreno, evaluó la posesion en 18.750 francos anuales, más 25 francos por cada 1.000 carneros, ó sea 20.250 francos.

Hay actualmente 60 hombres en servicio permanente para la guarda y vigilancia de los rebaños y 20 para los transportes, todos pagados á razon de 25 francos por semana y alimentados por un precio igual; cuestan, pues, 104.000 francos.

En los meses favorables á la esquila, partidas de pastores esquiladores recorren las praderas, se detienen en cada *run* y hacen su oficio con asombrosa rapidez. Por término medio cada uno de esos cien esquiladores esquila 25 carneros cada dia; total, 2.500. En 24 ó 25 dias caen bajo sus tijeras los vellones de los 60.000 animales, y al punto se recoge toda la lana. Además de la alimentacion de los hombres (7.875 francos) la esquila, que es de 20 francos por cada 100 carneros, sale por unos 19.875 francos. Es un espectáculo curioso, segun parece, pues del mismo modo que en nuestro país las partidas de segadores van de

cortijo en cortijo y hacen caer bajo sus hoces todos los trigos que cubren el suelo, del mismo modo aquí, cuando las bandadas de esquiladores se esparcen por las praderas, en muy pocos dias quedan trasquilados miles de carneros, y los felices *squatters* forman á toda prisa pirámides de *balas* de lana. Los *squatters* sienten por la esquila las mismas angustias que nuestros labradores por la siega. Una vez seca la lana es menester darse prisa, enviarla á Melbourne y expedirla para el mercado de Lóndres, á fin de que aproveche las primeras demandas. La dificultad de alimentar á tantos animales reunidos en un mismo sitio les aguijonea tambien para que no escaseen el número de esquiladores, y si el buen tiempo parece fijo no deben desaprovechar tan buena ocasion. En efecto, las tempestades han causado muchas ruinas en la esquila, y los que anduvieron lentamente en la buena estacion han visto á los primeros frios del invierno miles de carneros muertos por las terribles heladas de Australia y á las ovejas morir por centenares cada dia bajo las lluvias que duran dos ó tres meses. ¡Qué gran cosa sería para los *squatters* el invento de una máquina de vapor para trasquilar carneros!

La esquila es la transicion entre los gastos y los beneficios.

Cada carnero da un término medio de cinco libras de lana, bien lavada. Los 60.000 animales de nuestro huésped le han producido este año 300.000 libras de lana que, vendidas inmediatamente para el mercado de Lóndres á razon de 1 franco 87 céntimos la libra, dan un total de 561.000 francos. Actualmente el *run* de Thulé no tiene más que 60.000 cabezas de

ganado, pero hace tres meses tenía más de 68.000. En ese tiempo el rebaño de 8.000 carneros cebados se vendió para carnicería en Melbourne y Ballarat á 15 francos la pieza, ó sean 120.000 francos.

Este año, pues, ha sido magnífico para el *run* de Thulé; con diferencia de mil francos más ó ménos, resulta el siguiente balance:

Gastos anuales.

Arriendo.....	20.250 francos.
Pastores.....	104.000
Esquila.....	19.875
Transporte.....	15.000
	159.125

Ingresos.

Venta de lana.....	561.000 francos.
Id. de carneros.....	120.000
	681.000

Beneficio neto: 521.875 francos.

Nótese que al entrar en la empresa había puesto un capital de 140.000 francos, pero que si saliese actualmente, sus 60.000 carneros representan un capital de 1.625.000 francos.

Hé aquí lo qué es un *run* de carneros en Australia.

Sólo tengo una rectificacion que hacer: ese *run* está administrado por Mr. Woolselley, pero pertenece á Mr. Caldwell, su cuñado, que posee y dirige en per-

sona otro *run* de 50.000 carneros á unas cien leguas al Oeste de aquí.

Sin embargo, tomar estos magníficos resultados por término medio de todos los años, sería caer en un gran error. Así como se necesita un cuerpo de hierro para vivir desterrado en las praderas, siempre á caballo, bajo los rayos abrasadores del sol ó bajo lluvias de dos meses, así tambien se necesita un alma fuerte para no perder el valor ante los desastres. Aquí, hace tres años fueron muertos en un dia 3.000 carneros por una tromba de granizo: en 1861, 15.000 perecieron de sed; en 1863, 4.500 fueron ahogados por la inundacion. La inconstancia es la ley del tiempo en Australia. Al lado de un *run* floreciente hay otro inundado. Una provincia es devastada por una tromba; otra ve las praderas que estaban más lozanas agostadas de repente por el sol, cuyos rayos son tan fuertes que incendian la hierba y forman en la superficie una costra negra y calcinada, donde miles de carneros vagan hambrientos y moribundos. Hace cinco años se secó de ese modo una parte del *run* de Thulé. Mr. Woolselley hizo entónces lo que ya habían hecho otras muchas víctimas del mismo desastre, apeló al *Boiling-down*.

En las 60.000 hectáreas que quedaban verdes conservó 35.000 carneros: á los 20.000 restantes los hizo entrar uno á uno, no en un abismo de agua salada, como los de Panurgo, sino en un abismo de fuego. Tres enormes calderas por el estilo de los gasómetros estaban colocadas en la llanura, y durante tres meses los pastores, convertidos en cocineros, echaban carnero tras carnero que el fuego convertía en grasa.

¡Triste resultado de tantos trabajos! ¡Qué hermosos rebaños convertidos en unas pocas barricas de ese vulgar producto animal! De todos modos era un expediente contra la desgracia, y aquel año se exportaron de la provincia de Victoria 18.179 toneladas de grasa por valor de 1.875.000 francos.

En cuanto á los 4.000 bueyes de nuestro huésped, ocupan un *run* distinto y son objeto de una contabilidad aparte; de ellos no diré nada; los ejemplos y relaciones de nuestro amigo Kapel son suficientes.

Confieso que estoy muy satisfecho de haber podido ver de cerca esos dos géneros de explotaciones que forman la prosperidad de Australia y son la cosa más característica de esta tierra. Como veis, ya no es tiempo de desembarcar aquí sin un cuarto para *hacer fortuna*. Esas cosas extraordinarias sólo suceden en los veinte años primeros de una colonia: aquí la colonia pastoral lleva ya treinta de vida. Ahora se necesitan capitales, y mientras que nosotros no encontramos dinero que enviar á Argelia, que está á las puertas de casa, los ingleses tienen eso de admirable, que envían sin vacilar millones y millones á los antípodas. El *squatter* de quien acabo de hablar tuvo que poner desde el principio sobre el tapete 140.000 francos y arriesgar el juego. Si el primer año hubiera sido malo habría tenido que aprontar otro tanto para ponerse á flote. No os cito más que lo que he *visto*, pero podeis imaginar lo que serán en punto á gastos los *runs* excepcionales de que nos hablan, por ejemplo, el de Mr. Collins que posee 210.000 carneros y otro que tiene 170.000.

Todo esto es el punto de vista material del *squatta-*

ge. Aquí se quejan mucho de la oposicion que se hace á los *squatters* en la lid política, de su influencia social combatida en Melbourne, de las nuevas leyes que los atacan y cuya consecuencia es el fraccionamiento de los *runs*. Pero no os hablaré de esas leyes hasta que haya oido á los que las hacen, ni de las cifras generales hasta que haya podido consultar los *Bhie-Bosks* y estadísticas del Gobierno.

16 de Agosto.—Esta mañana hemos dado muerte á uno de los más curiosos animales que sea posible ver, un *ornitorinquio*. Costeábamos un *creek*, pequeño barranco inundado, cuando se nos apareció de repente un *ornitorinquio*, corriendo como un castor bajo angostas bóvedas formadas en la orilla. Lo perseguimos; se echó á nado; de un tiro quedó muerto. Extraño animal, especie de nutria aplastada, de pié y medio de largo, que corre sobre sus cuatro patas palmípedas, cubierto con una piel como la del castor, y provisto de un verdadero pico de pato: *¡pone* huevos y *da de mamar* á sus hijuelos; hé ahí lo raro del fenómeno! Despues de tan buen golpe cesa el servicio de nuestras escopetas: nuestra cacería última es á caballo.

Partimos tres jinetes en tres direcciones distintas contra un grupo de casoares que habíamos visto á distancia de un kilómetro en la llanura. Despues de hora y media de desenfrenado galope, el casoar rueda á los piés de nuestros caballos. Aparte del peligro, es una cacería tan interesante como la del gran kanguru; y aunque nuestros caballos eran *pur sang* y galo-

BIBLIOTECA PROVINCIAL Y REGIONAL DE LA PROVINCIA

paban á maravilla, he creido durante una hora que no alcanzaríamos á esa ave corredora, que daba saltos de cuatro metros, siempre en la misma direccion.

Ha terminado nuestra excursion por lo interior: en ella hemos visto cosas admirables.

Extraña tierra es esta.

Un animal semi-pato, semi-cuadrúpedo, que empolla y da de mamar.

Se coge una rama de arbusto, se tira al agua y va derecha al fondo; es una especie de ébano.

Por el contrario, cogeis á orillas del agua una piedra, la tirais y flota: es una especie de piedra pomez.

Las cerezas tienen el hueso por fuera.

La hembra del casoar pone los huevos, el macho los empolla. Además son aves que tienen alas sin plumas.

Estais en un bosque; en vano buscais la sombra: todas las hojas se presentan de perfil al sol.

Dais tres cigarros á un indígena; como está desnudo, sólo puede guardarlos bajo el sobaco ó en su crespa cabellera.

Los kangurus, más felices, tienen una bolsa donde caben sus pequeñuelos, áun los ya destetados. Tienen cuatro patas; pero de tantos miles como he visto correr, ninguno empleaba más que las dos traseras. En cuanto á la cola, sírveles del modo más curioso: en cuanto se paran se sientan encima de ella, como un vendedor ambulante en su silla de tijera.

Hemos andado más de cien leguas á caballo sin ver más que un solo árbol, el de la goma, bueno para los resfriados, pero fastidioso.

Sólo hay piedras (y pocas) en los arroyos: hay lla-

nuras de césped de veinte leguas sin un guijarro. En cambio Burke y Sturt encontraron á doscientas leguas de aquí desiertos de piedra tan grandes, que sus animales se murieron en ellos de hambre.

¿No nos da todo eso el sentimiento de lo extraordinario? La creacion de Australia parece depender del capricho; ¿quién sabe? quizas no está acabada todavía; allí hay elementos para formar una tierra como cualquiera otra, pero están separados; en un sitio, doscientas leguas cuadradas de piedra; en otro, trescientas de césped; más allá, mucha agua.

«La dificultad no consiste en encontrar un terreno donde haya oro, sino uno donde no lo haya.» Hay oro en todas partes; con más ó ménos abundancia, pero en todas partes.

Rica en oro, pero pobre en tierra vegetal, Australia es por excelencia la tierra de los mineros y de los rebaños nómadas. Nunca podrá ser una tierra de agricultores. Mi opinion es que los nuevos *squatters* deben aventurarse por lo interior y lanzar sus rebaños en los miles de leguas cuadradas de pradera que los exploradores han descubierto; si se aproximan unos á otros, se perjudicarán. La fortuna de esta colonia no está en la calidad del suelo, sino en el espacio.

18 de Agosto.—En catorce horas á caballo llegamos hoy á las orillas del Murray, á unas 60 leguas más abajo de Gonn, donde le vimos por primera vez. El rio corre por aquí muy apretado é impetuoso entre las orillas que son de una lozanía encantadora; el césped es siempre nuestro único camino. Continua-

mos la direccion ESE. que tomamos al partir de Gonn, y por la noche dormimos sobre nuestras capas en la pradera.

19 de Agosto.—Veintinueve leguas más de marcha á lo largo del Murray, y ya no vemos rebaños de mil cabezas en sus orillas: á la tarde se nos aparecen algunas cabañas; es *Echuca*, ciudad de madera, que tiene tres años. Una docena de tabernas, una máquina de vapor para aserrar madera, una lancha para pasar el rio, calles de césped donde se hunde uno hasta la cintura, almacenes de lana, una estacion, que es un campo adornado de rails, y una locomotora forman el conjunto de Echuca, puerto avanzado de la civilizacion en Australia. Esa línea de ferro-carril no es más que la continuacion de la que dejamos en Bendigo. En resúmen, hemos descrito á caballo un delta de ciento cuarenta y cinco leguas. Bendigo está en el ángulo Sur, Gonn en el ángulo Oeste, Echuca en el ángulo Este. Cuando se han recorrido tantas leguas á caballo y no se han visto más que kangurus, bueyes y carneros, el ferro-carril causa una impresion muy nueva. Me dicen que esta línea es la mas larga de Australia, pues Echuca está en las fronteras de Victoria y Nueva-Gales del Sur. La colonia está, pues, atravesada de parte á parte en una distancia de 250 kilómetros por una vía férrea. Me dicen tambien que la ciudad, si así puede llamarse, no se fundó hasta despues de construido el ferro-carril. Así, miéntras que en nuestros países un ferro-carril es la consecuencia de las necesidades de una poblacion establecida,

aquí es preludio y causa de establecimientos nuevos.

Aquí teneis un espacio inmenso de praderas fértiles ; en ellas podeis facilitar los progresos de los colonos; trazais una línea recta que parte de Melbourne y va hácia el Norte hasta la frontera de la colonia vecina; al punto se escalonan los colonos á lo largo de esa vía que satisface sus necesidades y abre una salida á sus productos. Las *estaciones*, las granjas y ciudades nacen de ese trazado; la prosperidad pastoral, engendrada y activada por los beneficios del vapor, se extiende entónces súbitamente á derecha é izquierda por tierras que la dificultad de las comunicaciones hacía permanecer improductivas. La audacia hace maravillas. Una colonia marcha á pasos de gigante, sin tanto papel timbrado, tantas trabas y decretos como necesita en Francia una ciudad de 3.000 almas al solicitar un ferro-carril por la voz de un candidato oficial.

Echuca nos detiene una hora. A la tarde tomamos el tren de Melbourne, y en una noche somos transportados á la gran ciudad. No acomodándonos á dejar tan pronto al bueno de Kapel, á quien debemos tanta gratitud, le llevamos con nosotros. Aquí nos encuentran tostados y salvajes; traemos de la vida de las selvas los más deliciosos recuerdos. Pero hay una cosa que yo no traigo, y son mis cabellos que la humedad de las noches pasadas bajo el cielo estrellado de las praderas ha hecho caer totalmente. Esas noches han hecho de mí, si no un sabio, por lo ménos un calvo como Hipócrates.

X.

ÚLTIMOS DIAS EN VICTORIA.

La Africana en Australia.—Clubs y reuniones.—El pájaro lira.—El clero.—Estanques de Zean-Zean.—Jardin botánico.—Resúmen estadístico.

21 de Agosto.—Desde nuestro regreso á Melbourne las funciones de ópera y los banquetes de etiqueta han reemplazado á las danzas fantásticas de negros y á los guisados de kanguru en la cabaña. *Los Hugonotes*, *La Africana* y *Roberto el Diablo* se representan en Melbourne en un teatro soberbio, en donde los trajes de las damas, elegantes como en Lóndres, recuerdan de todo punto á Europa; las decoraciones son perfectísimas; sólo la *prima donna* canta de manera que nos recuerda que estamos en los antípodas.

Sir Redmundo Barry, fundador del Museo y de la Biblioteca, primer juez del Tribunal Supremo, gran canciller de la Universidad, y, en una palabra, el hombre importante de Victoria, reunió un dia á todos los ministros y á todos los personajes de la colonia en un gran banquete en obsequio del Príncipe.

Os menciono ese banquete para deciros lo increible que es aquí el lujo: el anfitrion tiene los grandes modales de otros tiempos, realzados por su traje á la usanza de nuestros padres, desde la chorrera hasta el calzon corto ceñido y los zapatos con hebillas. Los lacayos empolvados, los esplendores del comedor, los platos exquisitos de un cocinero frances nos dan despues de cuatro meses una nueva imágen de la vieja Inglaterra. Sir Redmundo nos refiere cómo trazó á cordel sobre las praderas las calles de la ciudad actual, y cómo las tiendas sucedieron á las altas hierbas en dos ó tres semanas, y las casas de piedra á las tiendas en ménos de un año: desde 1851 á 1852 los terrenos de Melbourne ganaron 1.000 por 100. Dícenos los rápidos progresos de la Universidad que de algunos años á esta parte confiere títulos tan válidos como los de Oxford y Cambridge. Igualmente versado en las ciencias y en las artes, Sir Redmundo parece haber traido aquí consigo todas las instituciones inglesas. Ha traido tambien su bodega y ofrece él mismo á sus convidados una enorme botella de Oporto que contiene cinco litros, adornada de las clásicas telarañas y de una clásica oda de Horacio escrita en un pergamino que ha envejecido con la botella : el vino es tan bueno que hace recordar á uno de nosotros los versos borrados por el tiempo, y bebemos á la salud de los *amigos amantes*. Tal es la costumbre, al fin, de toda comida en Australia, y ese recuerdo de la lejana patria, repetido todos los dias, es muy conforme con la divisa de los habitantes de esta tierra: *Cœlum, non animum muto.*

Al siguiente dia el Melbourne-Club dió un ban-

quete al Príncipe, asistiendo 120 socios. Aquí se bebe Champagne como agua clara, y los círculos son tan hermosos como en Lóndres. ¡Qué léjos estamos de los salvajes!

23 de Agosto.—Dandinong. Por no perder la costumbre corremos de nuevo las praderas. Un pájaro desconocido salta de un matorral; luégo otro, y otro. Son pájaros-liras, los más preciosos de Australia: el cuerpo es negro y del tamaño de una gallina pequeña; las patas son cortas, pero la cola tiene dos piés de largo. Cuando corre la deja arrastrar por el suelo como un flexible y ondeante manto de córte; cuando está encaramado en una rama hace el abanico como un pavo real, y su cola forma entónces una verdadera lira antigua, graciosísima y ligera; las dos grandes plumas de los lados, blancas y color de fuego, naturalmente arqueadas hacia dentro y luégo retorcidas hácia fuera, forman los dos brazos; las plumas de en medio, afiladas y rígidas, figuran las cuerdas. Quisiera uno oir melodías, gorjeos, escapándose como una quejumbrosa elegía de esas cuerdas que parecen vibrar; pero el pájaro-lira, el pájaro emblema de la música es mudo de nacimiento. ¡Así lo ha querido la naturaleza australiana, paradoxal é ilógica! Yo maté uno, y fallé el tiro apuntado contra otro: una gran carcajada se oye bajo la selva. En seguida tiré contra un *opossum* que saltaba en una rama alta; la masa cae, corro á cogerla y se divide en dos; la madre *opossum* muerta queda entre mis manos, el pequeñuelo se escapa de la bolsa, y ya estaba en las prime-

ras ramas cuando comprendí aquel juego de prestidigitacion. Resuena una nueva y más larga carcajada, como alejándose de mí. *Rira bien qui rira le dernier*, murmuro cargando mi escopeta, y corro al bosque, no comprendiendo quién podía manifestar tanta hilaridad á cada uno de mis fracasos en aquel bosque salvaje. Mi sorpresa fué grande cuando recomenzaron las risotadas. ¡Era un pájaro! Le maté en medio de su risa, que no es posible distinguir de la voz humana. Estaba avergonzado de mi equivocacion y de mi cólera. Esta tarde me han dicho que ese pájaro se llama *Langhing Jackass*, el asno riente; es una especie de grajo grande, de largo pico. El nombre antedicho se lo dieron los primeros colonos, asombrados como yo de ser recibidos en los bosques vírgenes con atronadoras carcajadas. Algunas urracas son nuestras últimas víctimas; sólo las matamos por curiosidad: los colores negro y blanco están sistemáticamente dispuestos en sus plumas, al reves de lo que vemos en Europa.

Por la noche, miéntras hacíamos una cola de kanguru, la cual da una sopa exquisita, y asábamos en la punta de un bramante dos ó tres gruesas cotorras, el ruido del galope de un caballo nos llamó á la puerta de nuestra casa de madera. El jinete se pára, apéase y nos interpela por nuestros nombres. Es un honrado *clergyman*, católico irlandés, rechoncho y risueño, que ha sabido, no sé cómo, nuestra excursion de caza, y viene á saber si nos morimos de hambre. Con un irlandés no hay muchos cumplimientos, y su visita, al amor del fuego que chisporrotea, me enseña muchas cosas que yo ignoraba acerca del clero austra-

liano. Es un cura campesino, cuyo distrito tenía hace seis años cinco ó seis leguas cuadradas de extension, y su asignacion era entónces de 5.000 francos anuales. Hoy, habiendo aumentado mucho la poblacion, el curato ha sido dividido en dos, y ha quedado reducido á 2.500 francos. Como veis, el Gobierno colonial parece tener buenas rentas. Al contrario de las antiguas reglas de la metrópoli, las Cámaras victorianas no han admitido religion del Estado, y han establecido ante la ley y ante el presupuesto la igualdad de cultos.

No existen, pues, los privilegios de la iglesia anglicana en esta tierra inglesa, donde la jóven democracia, libre de toda traba antigua, ha trabajado maravillosamente para poner todas las cosas bajo el pié de igualdad completa. Por consiguiente, las sectas religiosas no están sometidas á ninguna jurisdiccion particular, fuera de la que los mismos fieles se imponen voluntariamente. El gran problema que agita el Reino-Unido se ha resuelto aquí por los beneficios de la libertad con calma y buen éxito.

La colonia ha votado 1.250.000 francos de subvencion anual al clero diseminado por su territorio: esa suma figura en un acta adicional de la Constitucion fundamental y se reparte entre los diversos cultos en proporcion del número de individuos de cada creencia.

En Victoria hay próximamente 425.000 protestantes, 140.000 católicos, 3.000 judíos y 58.000 extranjeros de varios cultos.

Además de la asignacion anual de los 430 clérigos, la subvencion se emplea proporcionalmente en cons-

truir iglesias; hay ya más de 1.350 en la colonia. Se necesitaba ese apoyo material del Gobierno para que los cultos pudieran establecerse, á pesar de las pruebas sociales de la fiebre del oro y la constitucion laboriosa de la colonia pastoral. Ahora que Australia ha encontrado su estado normal, el sentimiento público tiende á pronunciarse contra la subvencion. Algunas de las sectas menores han renunciado al socorro que recibían: la Cámara baja ha tomado varias veces en consideracion una proposicion para abrir el acta adicional. Hasta ahora la Cámara alta la ha rechazado; pero es evidente que la colonia Victoria tendrá dentro de algunos años su Iglesia-libre en su Estado libre.

El bueno del cura permaneció hasta muy tarde con nosotros, y luégo montó á caballo y desapareció á galope en los bosques. Dos dias despues fuimos al camino de Melbourne á esperar el coche correo de Cobb-Cobb and C.ª, especie de breck pintado de encarnado y tirado por siete caballos, que llega de lo interior, habiendo recorrido 40 leguas. En él viajan mineros, esquiladores, pastores y cuentan las historias más extraordinarias de su vida nómada.

3o de Agosto.—Nuestra última semana en Melbourne ha sido una semana de negocios. Habíamos sido colmados de tantas atenciones y amabilidades durante mes y medio en Victoria, que nuestras visitas de despedida no podían hacerse á la ligera. Quiero, sin embargo, hablaros todavía de dos establecimientos importantes: los estanques de Zean-Zean, cuyos

beneficios gozan los 13.000 moradores de Victoria, y el Jardin Botánico, que es una especie de Providencia para toda Australia.

El Zean-Zean es un lago artificial, formado á 19 millas de Melbourne y á 600 piés sobre el nivel de la ciudad. Un contrafuerte de más de 900 metros de largo y 7 de alto detiene las aguas de un valle en una superficie de más de 5 kilómetros cuadrados; ese estanque, que contiene próximamente 23 millones de metros cúbicos de agua, suministra á la ciudad 618 litros de agua al dia *por cada persona*, y con tal presion, que no sólo en caso de incendio las cañerías, admirablemente distribuidas, detienen en seguida el progreso de las llamas, sino que en muchas manufacturas el agua ha reemplazado al vapor como fuerza motriz.

El rio Plenty (Abundancia), surte el improvisado lago. Ese inmenso trabajo ha costado 20.500.000 francos: se hizo gracias á un empréstito colonial, pero produce ya 1.500.000 francos al año y promete una renta más considerable todavía cuando se distribuya el agua por los arrabales circunvecinos.

Hé ahí los trabajos de la ciudad que nació en 1851. *Ab uno disce omnes.*

Además de los jardines públicos, que son preciosos, hay en Melbourne en una colina, toda cubierta de verdura, un soberbio jardin botánico: es el pequeño reino del doctor Muller. Allí pasamos con él horas demasiado breves. Individuo de las sociedades sábias de todo el mundo, cubierto de condecoraciones, el excelente doctor es el más liberal de los soberanos: todas las mañanas da la libertad á centenares de sus

súbditos: son simples gorriones que recibe de Alemania en cajas de á 300, y cada buque que arriba á Port-Philipp le trae millones de esos pajarillos que maldecimos en Europa, pero que en Australia destruyen á miriadas los insectos nocivos. Por lo demas, esos gorriones viajeros, mal de su grado, al remontar el vuelo sobre una nueva tierra no pierden en el cambio: la temperatura media es para todo el año de 15° centígrados como en Roma. En invierno es de 10°, en la primavera de 14°, en el verano de 21° y en el otoño de 16°.

El doctor ha arriesgado varias veces su vida en servicio de la ciencia. Había recorrido partes no exploradas de lo interior para recoger ejemplares de historia natural y botánica, desconocidas hasta entónces; había tambien redactado toda la flora de Australia, obra inmensa, fruto de penosas labores, cuando hace dos años, en 1864, promovió una expedicion destinada á buscar al desgraciado explorador Leichhardt. Leichhardt es otro de los mártires de los descubrimientos, cuya memoria tanto nos conmueve en Australia.

Desde 1844 á 1846, Leichhardt había hecho magníficos viajes por el interior, donde se suponían minas de oro, pero donde encontró praderas sin fin; en 1847 partió de Moseton-Bay para explorar toda la parte Nordeste: ¡pasaron diez y siete años sin que se recibiesen noticias suyas ni se descubriesen sus huellas! El doctor Muller agitó la opinion pública; reunió por donativo de todos fondos considerables; lanzó á Maca Intyre siguiendo nuevos indicios dados por los indígenas, y él mismo, recorriendo sin cesar las comarcas

salvajes del golfo de Carpentaria (á 1.200 millas de Melbourne), buscando febrilmente á un compatriota, á quien de un momento á otro esperaba descubrir, permaneciendo ocho y diez dias sin agua, perdiendo luégo sus provisiones y obligado, sin embargo, á hacer fuego de cañon á las tribus que le atacaban con sus flechas envenenadas, regresó al cabo rendido sin haber hallado nada. Él mismo nos refería sus emociones cuando descubría alguna apariencia de indicio; extenuado y desfallecido, no renunció á sus investigaciones hasta pasados muchos meses, vacilando entre los relatos de los naturales que suponían al explorador ahogado, y las relaciones de los que se presentaban adornados de algun despojo europeo, asegurando haber comido un *poquito* del sabio Leichhardt.

Hombre perseverante y osado el doctor Muller, ha plantado jalones para los espíritus aventureros de la nueva generacion: todo noble objeto le inflama; anima á los nuevos *squatters:* «Despues de los desiertos de piedras blancas, de granito y de arena, les dice, encontrareis praderas para miles de rebaños.» Pero la desgracia de Australia es la falta de agua: él quiere remediarla; consagra á ese fin casi todos los fondos del jardin botánico, y consigue buenos resultados. Reparte por el interior de las tierras millones de arbustos nacidos en sus viveros, bajo esos jóvenes bosques se forman en seguida arroyuelos: de año en año se han ido notando progresos magníficos. En tierras desnudas ha conseguido crear bosques y arroyos.

Pero lo que ahora excita su entusiasmo, es que ha podido ponerse á la cabeza de un gran movimiento, para que todas las colonias australianas y la metrópoli

construyan por cuenta comun un ferro-carril desde Melbourne al golfo de Carpentaria. Así se atravesaría la Australia de parte á parte; se abriría lo interior á la colonizacion; se crearía un camino infinitamente más corto para todas las comunicaciones con Europa y la China. ¡Qué hermoso proyecto! ¡Este pueblo es tan osado, se inflama tanto por las grandes ideas, que personas importantes de Melbourne esperan ver realizados ántes de diez años esos sueños gigantescos!

Lo que ya vemos realizado es el telégrafo, cuyos hilos funcionan en la colonia en unos 4.000 kilómetros, y en toda la Australia en unos 16.000. Siguen las costas del Océano austral primero, y luégo del Pacífico desde Adelaida al Sudoeste, hasta Port-Denisson al Nordeste: esos son los dos puntos extremos de la colonizacion en la costa. Añadid los faros en todos los puntos peligrosos de la línea, y pensad que hace treinta años no había ni un blanco en el suelo de Victoria.

Antes de abandonar la colonia que hemos recorrido bastante bien en todas direcciones, he recibido, de uno de los individuos del Gobierno, una cosa que yo ambicionaba mucho: el libro azul de las *Estadísticas de Victoria*. Un repaso de esas compilaciones anuales ha completado la admiracion que yo sentía desde un principio; y de esos miles de cifras he tratado de extraer las más salientes.

En una extension algo menor que la de la Gran Bretaña, es decir, en 22 millones y medio de hectáreas, más de 15.300.000 están ocupadas por los rebaños, 205.000 están dedicadas á la agricultura, 1.400 á las viñas, y 188.000 á las minas de oro.

La poblacion, que era de 8 personas en 1835, de 31.000 en 1845, de 364.000 en 1855, llegó el año pasado á 626.000.

La inmigracion, cuyo término medio era de 2.000 almas en los cinco primeros años, subió en 1852 á 94.000, se mantuvo algunos años en esas cifras elevadas, y bajó á 27.000 por cada uno de los cinco años últimos.

La emigracion, por el contrario, nula en 1852, es hoy, á consecuencia del descubrimiento de las minas de oro en Nueva-Zelanda, de 21.000 personas cada año.

De diez en diez años, desde 1835, el número de caballos se ha elevado de 15 á 9.000, 32.000, 121.000.

El de ganado vacuno, desde 50 á 238.000, 568.000, 621.000.

Y, en fin, el de ganado lanar desde 400 á 2.400.000, 5.000.000, 8.835.380.

Esta jóven colonia ha exportado, en lo que lleva de vida, 203.688.000 kilogramos de lana, por valor de 769.591.000 frs., y 380.000 barras de oro, por valor de 3.800.000.000 de francos.

¿No veis ahí aquellas hadas del comercio de Australia de que os hablaba el otro dia? ¡Estupefacto estoy al sumar todo lo que sus varitas mágicas han hecho salir del fondo y de la superficie de la tierra!

Extractando y resumiendo ahora esos laberintos bien ordenados que se llaman estadísticas, os daré cuenta, á vista de pájaro, de algunos estados del año anterior, 1865.

Los 8.835.380 carneros han dado 19.193.000 kilogramos de lana, por valor de 82.878.000 francos.

Las minas de oro han producido 214.709.425 francos.

Además, el ganado vivo, los cueros, las carnes saladas, etc., etc., exportados de la colonia suben á una suma de 88.656.500 francos, lo que forma un total de 328.768.700 francos para las *exportaciones*.

Las *importaciones*, que en 1851 eran de 26.400.000 francos, y que hace diez años se elevaban tan alto que la balanza era de 147.000.000 de francos á su favor, han bajado, felizmente para la colonia, á su equilibrio, miéntras que las *exportaciones* aumentaban con rapidez. Las primeras bajaron al principio, gracias á las correcciones saludables y á la moderacion en las necesidades que se produjeron al terminar la fiebre del oro, y gracias despues á los progresos de la industria local, que se perfeccionaba y que les oponía los productos de 2.000 máquinas, 65 manufacturas, 74 cervecerías, etc., etc. Las segundas han subido, sobre todo, por el desarrollo de los rebaños de carneros, que elevó de 10.089.000 kilogramos á 19.193.000 kilogramos las lanas exportadas.

Los artículos de importacion, bebidas, harinas, especerías, calzado, telas, hierros, máquinas y carbones, suman 331.438.000 francos.

Más de 1.700 buques, con 600.000 toneladas, han traido este año todo lo que corresponde á tantas necesidades nuevamente creadas, y se han llevado hácia el antiguo mundo, hácia la India, ó hácia las colonias vecinas, riquezas en bruto de un valor igual. Entre esos pormenores me ha parecido curioso notar que por falta de brazos para ordeñar, existe una importacion de más de 7.500.000 francos de manteca y queso, en

PALENCIA · BIBLIOTECA PROVINCIAL Y REGISTRO DE

una colonia donde hay casi tantas cabezas de ganado vacuno como habitantes, y por falta de máquinas, una devolucion de 47.500.000 francos en telas de lana, cuya primera materia ha dado la vuelta al mundo, por los Cabos de Hornos y Buena Esperanza, para ser tejida en Europa. Pero esas son las consecuencias de una sociedad naciente: al ver sus rápidos progresos en treinta años, estoy convencido de que si dentro de otros pocos volviera yo á ella, la encontraría provista de manufacturas que bastasen para sus necesidades, y exportando sólo el inmenso exceso de sus riquezas indígenas.

Un comercio de 660.207.000 francos; tal es el conjunto de las fortunas privadas. Muy otro es el aspecto de la Hacienda pública, que ha tenido que efectuar inmensas creaciones sin recoger en seguida los beneficios, y que *sin haber recibido nunca para nada ni un penny del Gobierno de la metrópoli*, paga el viaje de los inmigrantes y mantiene una marina colonial además de todos los servicios públicos admirablemente organizados en todos los ramos y bien distribuidos. El empréstito ha sido consecuencia forzosa de la creacion, y la deuda pública es ya de 225.000.000 de francos: es negociable á 6 por 100 y reembolsable hasta 1891. El ardor con que fué suscrita en el mercado de Lóndres la mayor parte, el empréstito de 175.000.000 de francos para los ferro-carriles prueba la confianza que aquí como allá se tiene de que «el tiempo futuro será dinero» para el Estado, á semejanza de lo sucedido con las creaciones privadas.

Dicho esto, los gastos públicos anuales, comprendiendo la amortizacion de la deuda, están en equili-

brio con los ingresos. Estos fueron el año último de 73.330.000 francos procedentes de los principales orígenes; las aduanas por casi una mitad; la venta y arriendo de las tierras, los productos de ferro-carriles y los impuestos por la otra.

Desde los comienzos se han vendido 2.496.000 hectáreas que han producido más de 305.317.000 francos. En 1865 estaban arrendadas 12.898.000 hectáreas á 1.156 *squatters*, que pagaban un arriendo total de 5.628.000 francos.

Esa ha sido la piedra de escándalo entre *squatters* y labradores. Si éstos se quejaban de no labrar más que 205.000 hectáreas y de no proveer más que la mitad del trigo consumido en la colonia (1), si los miles de inmigrantes que vienen á tomar su parte bajo el sol de Australia se veían obligados para poseer tierras á caminar doscientas leguas hácia el Norte, léjos de toda comunicacion, todo era, segun decían, por culpa de los arrendatarios del Estado que, habiéndose instalado los primeros, habían monopolizado el suelo en provecho de sus ganados. Ante esa lucha, que ha sido muy grave entre rebaños y arados, y sobre todo, entre las primeras compañías legales y los recien llegados, los legisladores se han preguntado si era justo dejar 12.898.000 hectáreas en manos del número mínimo de 1.156 *squatters* en una colonia que cuenta 626.000 habitantes, y si sería preciso, por causa de utilidad pública, favorecer el vuelo de una inmigracion de labradores y de pequeños arrendatarios que habitando la misma tierra reclamaban las mismas venta-

(1) Diez y siete hectólitros por hectárea.

jas. Fraccionar gradualmente los grandes *runs* y dejarlos invadir poco á poco por los pequeños arrendatarios es el espíritu de la nueva ley. Ha sido aprobada y en lo sucesivo cada pequeño cultivador puede morder *una milla cuadrada* por año á un *run*: es como una sanguijuela puesta á la gran explotacion de los rebaños. ¿Será saludable? Así lo esperan. Y si un cinturon de cereales que haría bajar el precio de los alimentos en toda la colonia y cinturon de habitantes que facilitaría el despacho de los productos rodease cada *run*, quizás el *squater*, cuyas quejas comprendo hoy, se consuele de haber perdido su vasto imperio de praderas, que parecía ilimitado, al ver la prosperidad de miles de inmigrantes, á los que ha mostrado el camino de la fortuna y que la han seguido.

Vengan, pues, valientemente los que la colonia llama de nuevo á los campos y á los pequeños oficios. Desde Liverpool hasta aquí la colonia paga todo ó parte del pasaje á los cultivadores y obreros y á sus familias.

Ganando los obreros de 18 á 23 francos diarios encontrarán carne de vaca ó de carnero á seis *sous* la libra y pan á tres *sous*, y pagarán 9 francos 50 céntimos por un *cottage* con dos habitaciones, que en 1854 se alquilaba por 70 francos.

Los agricultores irán al Ternó, allí encontrarán un gran mapa de la colonia, que es su verdadero tesoro: todo lo que está pintado de rojo en ese mapa está vendido; todo lo pintado de verde está alquilado, todo lo que está pintado de blanco es á *elegir* para establecerse y cultivar; durante *siete años* sólo pagarán por el arriendo de cada hectárea 2 francos 50 céntimos

anuales, á condicion de comprar al fin de ese período la misma hectárea por 25 ó 30 francos.

Pero lo que tiene más demanda en el mercado de la inmigracion es... la mujer. La proporcion, que era de 14 por 100 en 1838, es ahora de 64 por 100; las cotizaciones son elevadas y el artículo se disputa con furor.

Por lo demas, los inmigrantes encontrarán para sus hijos escuelas fundadas por el Gobierno con asombrosa prodigalidad; he notado que en eso ponen los victorianos su punto de honor. La enseñanza es libre y los ministros de todos los cultos tienen sus escuelas particulares de derecho y de hecho. Pero la enseñanza nacional y puramente lega se da á expensas del Estado: admite en sus bancos niños de todas creencias y deja á cada culto el tiempo y el cuidado de la instruccion religiosa. Cerca de 1.000 escuelas, que frecuentan más de 50.000 niños, están abiertas y las estadísticas consignan que entre los niños de más de cinco años, los cuatro quintos saben leer y escribir y los diez undécimos saben leer.

Nada de servicio militar. No hay más que 350 soldados en Victoria, enviados por la metrópoli, pero pagados por la colonia.

En fin, en el momento de embarcarnos, despues de siete semanas pasadas en este suelo, quiero deciros una impresion, que es el resúmen de toda mi estancia: en toda esta poblacion blanca ni una sola mano, ni una sola, se ha alargado para pedirme limosna.

XI.

TIERRA DE VAN-DIEMEN

Estrecho de Bass.—Encuentro interesante en Launceston.—Hobart-Town.—Bailes en los antípodas.—Ruinas de tumbas francesas.—Piscicultura.—El árbol de Cook.—La despedida.—Huracan.—Recuerdos políticos.—Refugio en Eden.

1.° *de Setiembre de 1866.*—Hoy partimos para la isla de *Van-Diemen*. Todo lo que sé de ella es que Van-Diemen no la descubrió, sino *Tasman*, un jóven lleno de valor que suspiraba tiernamente por la señorita Van-Diemen, en 1642, y á quien se la negaba un padre harto cruel, reteniéndola cautiva en los esplendores de los palacios de Batavia. El jóven resolvió entónces encontrar tierras nuevas: la existencia de un gran continente en el Océano Austral había sido notada por Quirós y Torres en 1606 y confirmada desde 1618 á 1627 por los holandeses Hertoge, Zeachen, Lewin, Nuitz y Witt. Unicamente habían reconocido algunos puntos de la costa apartados unos de otros por cientos de leguas y de donde los salvajes los echaron. Tasman desde su pri-

mer viaje dió la vuelta á ese continente sin verlo en realidad, mas volvió convencido de que la tierra á que había dado nombre formaba parte de él. Pero tambien había dado á los islotes de los mares australes los nombres y apellidos de su amada y fué á llevar al célebre gobernador de Java el relato de sus descubrimientos, los mapas y las curiosidades de todas las tierras donde había puesto el pabellon holandés, y sólo entónces obtuvo la mano de la señorita María por recompensa. ¿Sería indiscrecion preguntar si los padres de familia son tan recalcitrantes hoy... en Holanda?

A las tres y media levamos anclas; un vapor de hélice construido en Glasgow, el *Derwent*, nos lleva en compañía de cincuenta pasajeros. Bajamos el Yarra-Yarra durante una hora; nos lanzamos rápidamente por la bahía de Port-Philipp, que la primera vez surcamos con tanta lentitud; los fuertes disparan cañonazos, y la brisa arrastra con nosotros casi á flor de agua sus nubes de humo teñidas de púrpura por los últimos rayos del sol poniente.

2 *de Setiembre.*—Atravesamos el estrecho de Bass y á medio dia se nos aparecen las costas de la isla. Hasta ciento cincuenta años despues del descubrimiento de Tasman no se supo que Van-Diemen era una isla y separada del continente por un profundo estrecho de 271 millas, lo cual se debió á dos jóvenes, Flinders y Bass, que siguieron en 1797 las costas desde Sydney en una barca de tres metros de largo.

Al medio dia estamos en la embocadura del Ta-

mar: es un rio estrecho y pintoresco: primero, rocas basálticas cortadas á pico y montañas cuyas cimas están cubiertas de nieve lo estrechan en mil rodeos; de vez en cuando afluyentes y cascadas nos permiten hermosas vistas sobre los valles donde brillan los manzanos en flor, los pinos marinos y multitud de plantas que la primavera despierta; luégo á cada momento se cree uno en un lago cerrado por todas partes, y es en efecto más bien una serie de pequeños lagos que un rio; se pregunta uno cómo podrá salir, y á lo mejor ve entre dos rocas una especie de garganta sombría, gira el buque y al punto aparece un nuevo lago á lo léjos. Esto es correr de sorpresa en sorpresa.

Al caer la noche desembarcamos en la pequeña ciudad de Launceston, que tiene 10.000 habitantes, pero despues de la animacion un poco americana de Melbourne, esto nos parece frio y muerto, y luégo esta es la tierra clásica de los deportados de Inglaterra: no hace más de quince años que han cesado esos envíos: ya en los muelles nos ha parecido ver rostros sombríos y feroces marcados en la frente con el sello de su orígen demasiado ilustre. ¡Que no pudiéramos volver á Melbourne, pensábamos!

Pero de súbito se interrumpió el silencio de la noche, que no empezaba alegremente, porque nos encontrábamos tan solos y tan léjos en aquella tranquilidad. Entró un hombre de edad muy avanzada: desde luégo nos sorprendimos de su figura venerable, sus enérgicas facciones, sus largos cabellos blancos, y ese no sé qué de grandeza y sencillez patriarcal. Apoyándose en un rústico baston y andando lenta-

mente, nos habló en seguida de Francia, «por la cual palpitaba fuertemente su corazon,» luégo señalando al Norte nos preguntó con mucha sencillez si habíamos sido felices en nuestro largo viaje por Victoria.

—Es una maravilla, le dijimos, cuando se piensa que en tan pocos años...

—Sí, prosiguió, cuando se piensa que Batman ha muerto, y que yo con Batman fuí el primero que desembarcó en 1835 en Port-Philipp para fundar una colonia...

¡Era Sams!... ¡el único sobreviviente de aquellos hombres enérgicos!

Sentóse al amor del fuego, y viendo toda nuestra simpatía, toda nuestra emocion, cedió á nuestras instancias y nos refirió su historia. Salió de Inglaterra en 1814, llevando consigo su pequeño patrimonio y esperando hacer fortuna, pero hizo principalmente la de los demas. Estableciόse en Van-Diemen con sus rebaños: «Entónces, nos dijo, no se conocía de esas vastas tierras que hoy se llaman Victoria, nada más que las costas descubiertas por Bass. Una sola vez quiso abordar un grupo de osados marinos, pero los indígenas los rechazaron en seguida y hasta el 1.° de Enero de 1835 ningun blanco se atrevió á poner allí los piés. Entónces éramos varias familias de honrados labradores en lo alto de las colinas que actualmente dominan la ciudad, empleando á los *penados* en los trabajos diarios; todas esas familias no formaban más que una sola. Celebramos la noche del primero del año de un modo singular: se encendió una gran fogata en la montaña que alumbraba nuestra bandera nacional, y reunidos todos alrededor pensá-

bamos en la patria ausente. Allí, delante de los nuestros, juramos Batman y yo que en el año nuevo probaríamos algo extraordinario y llevaríamos una parte de nuestros rebaños al otro lado del estrecho, aunque hubiéramos de abandonarlo en seguida, esperando, si prosperaba, poblar una parte del continente para nuestros nietos. Lo dicho fué hecho; en Junio desembarcamos á orilla del Yarra-Yarra; los indígenas, hostiles al principio, nos dispararon flechas y luégo huyeron. ¡Ya sabeis cómo han prosperado nuestros carneros! Despues de diez años mis hijos me reemplazaron en Victoria. El año pasado quise ver lo que se había hecho en esas costas tan desiertas y esas praderas inmensas: palacios allí donde yo con mis manos construí una cabaña de cortezas de árbol; caminos de hierro allí donde yo tracé un sendero; millones de carneros en aquella tierra que nosotros conquistamos y abrimos para nuestros semejantes, ¡todo eso encontré!»

En seguida aquel buen anciano nos habló con lágrimas en los ojos del capitan Laplace, que en su viaje de descubrimientos á bordo de *La Favorita*, tocó en Van-Diemen y se llevó consigo uno de los hijos de Sams, para hacerle dar en Francia una buena educacion. Este recuerdo había ganado el corazon del anciano para el nombre frances. Su hijo ha vuelto y ha seguido el ejemplo de sus hermanos. Cada uno está al frente de una *estacion* en las colonias australes y todos hacen fortuna.

4 de Setiembre.—La isla está atravesada de parte á parte, de Norte á Sur, y en el espacio de 200 kilómetros, por una carretera que los penados construyeron hace tiempo. Seguímosla para ir á Hobart-Town, la capital, y, ¿creereis que en esta tierra, la más próxima al polo Sur, despues de Patagonia y Tawai-Punammurs, hace el servicio diario de comunicaciones un clásico *mail-coach* inglés? Partimos á las cinco de la mañana; desde el amanecer se dibujan á nuestra izquierda el Ben-Lomond y el Ben-Nevis (1); el paisaje es muy risueño; ora presenta campos cercados de setos, como en Inglaterra, ora bosques salvajes llenos de rebaños; la carretera, bien trazada á traves de las rocas y torrentes, es tan buena como las nuestras. En tres puntos tenemos soberbios panoramas que nos muestran la mayor parte de la isla, á saber: en las tres gargantas que es preciso atravesar, y despues de quince horas de camino, despues de haber pasado en puentes de piedra el Jourdains y el Derwent, entramos en la silenciosa Hobart-Town.

15 de Setiembre.—Han pasado diez dias muy distintos de lo que podíamos imaginar. En esta ciudad, que á primera vista se nos pareció como la más triste y más puritana de las ciudades de Escocia, hemos sido agasajados á todas horas del modo más cordial y amable. El gobernador, coronel Gore Brocon, los ministros, todo un núcleo de poblacion instruido, feliz y alegre, ha recibido al príncipe con perfecta ama-

(1) 5.000 piés de altura.

bilidad; era un insólito acontecimiento para la colonia. Van-Diemen, que sus habitantes, más justos que los geógrafos, llaman Tasmania, es famosa por sus bellas *misses* y sus hermosas manzanas, las hijas de Eva y lo que nos ha hecho perder el Paraíso. Ambas cosas son muy de nuestro gusto en este oasis de los mares, risueño y fecundado por un clima delicioso, apacible y apartado de la fiebre de las especulaciones y de las minas, entregado á las costumbres de una gran familia y á una felicidad de campanario.

Hemos visto, pues, organizarse en seguida una serie de fiestas y todas las noches hemos bailado. Unas veces era en las grandes salas de armas y en las hermosas galerías llenas de flores del palacio del Gobierno, otras en los salones del Presidente de la Cámara alta y de los grandes propietarios del país, que tienen en la ciudad una instalacion lujosa. Los banquetes de etiqueta de ochenta cubiertos, los conciertos, las funciones de teatro, las partidas de *crichet* y las carreras á caballo, siempre con las amables *misses*, nos han hecho olvidar cada dia que estábamos en los antípodas.

Sólo nos dejaron libre todo el dia del domingo, que se ocupó en un piadoso deber. Subimos con el obispo católico á una colina que domina á Hobart-Town; en la cumbre, en medio de los árboles y las rocas, buscamos los vestigios de las tumbas donde están enterrados, en número de unos cuarenta, los marinos muertos aquí durante la expedicion de Dumont-D'Urville, con las corbetas *El Astrolabio* y *La Zelea* en 1840.

Un pedazo de piedra se ha derrumbado; las cruces

de madera están derribadas por el suelo en desórden; las tablas que contenían inscripciones se vuelven polvo carcomidas por el tiempo; sobre ellas se han levantado las espesas ramas de un bosque de geranios que brotan aquí en estado salvaje. Escarbando el espeso musgo, reuniendo los pedazos esparcidos de esas modestas cruces, buscando los límites hechos de tierra de esas fosas, encontramos, no sin trabajo, casi todos los nombres de los que reposan en ellas, víctimas desgraciadas de la epidemia que reinaba á bordo desde los hielos del polo Sur, y que había causado terribles estragos. Estábamos muy conmovidos al ver así abandonadas, ocultas por una vegetacion creciente y casi perdidas las últimas huellas de aquellos franceses muertos en lejana tierra. El príncipe ha querido que se tracen de nuevo los límites invadidos de esas tumbas, y aquella misma noche encargó una gran piedra fúnebre, donde se inscribirán todos los nombres que hemos logrado descubrir en medio de las ruinas. He cogido algunas flores del bosque que les da sombra, esperando llevarlas como recuerdo á las familias de esos desgraciados. ¡Figuraos cómo conmueve la vista de esas tumbas á quien está tan léjos de todo lo que ama! Hé aquí lo que están grabando en la lápida:

EXPEDICION ALREDEDOR DEL MUMDO

DE LAS CORBETAS

EL ASTROLABIO Y LA ZELEA

Á LA MEMORIA DE

.....

.....

.....

.....

Y DE LOS DEMAS MARINEROS FALLECIDOS

EN HOBART-TOWN.

EN 1840

HOMENAJE DE UN PRINCIPE FRANCÉS, MARINO COMO ELLOS,
QUE HA QUERIDO SALVAR DEL OLVIDO LOS NOMBRES
DE SUS COMPATRIOTAS

MUERTOS EN EL CUMPLIMIENTO

DE UNA MISION GLORIOSA PARA FRANCIA

9 DE SETIEMBRE DE 1866.

Un dia subimos al monte Nelson, desde donde la vista es soberbia: al Oeste la sucesion de los lagos formados por el Derwent, escalonados entre grupos de colinas cubiertas de árboles y de grandes rocas de aspecto salvaje; en el fondo la bahía, la ciudad de Hobart con sus fortificaciones, su palacio del Gobierno, verdadero castillo gótico de decoracion de ópera, y el monte Wellington de 4.500 piés de alto, lleno de nieve. Victoria parece un inmenso césped inglés; Tasmania es una pequeña Suiza. Al Sur, en fin, un cinturon de penínsulas numerosas y escarpadas, de formas extravagantes, cierran la bahía como un gran lago, y contra ellas se rompen con furor las olas del Océano Austral. No léjos del monte Nelson hay una cañada, quizas única en el mundo, el *Fern Tree Valley*. Corre allí un torrente bajo miles de helechos, árboles que se elevan en medio de las rocas como columnas, ó que, inclinando sus espesas ramas sobre el agua, pasan las cascadas como puentes. Esos helechos tienen más de 30 piés de altura, y desde lo alto se extienden formando bóveda sus grandes penachos, graciosos y verdes.

Otro dia, en compañía de amazonas, hemos visitado á cinco leguas de la ciudad en un sitio precioso, un asilo donde 600 huérfanos son educados á expensas del Estado; eso cuesta 300.000 francos anuales. Todos aquellos pequeñuelos, de caras coloradas y frescas, se pusieron los vestidos nuevos por honrarnos, y se comieron 600 pastelillos de un golpe y á la voz de mando. Ménos alegre fué la visita que en seguida hicimos á los sombríos fuertes de las prisiones: el guardian nos hizo pasar por el fatal puente levadi-

zo, y mostrándonos la negra trampa de la báscula que sirve para enviar á los sentenciados á un mundo evidentemente mejor, nos dijo con una flema británica: «Podríamos ahorcar aquí *confortablemente* á siete personas á la vez.»

Recuperamos la alegría en un baile magnífico que duró hasta las cinco de la mañana en casa del Canciller de la Universidad, donde no faltaban caras bonitas ni lindos trajes. No hago como el *Examiner* y el *Mercury*, diarios que todas las mañanas dan cuenta circunstanciadísima de nuestras visitas oficiales y de todas las fiestas dadas al príncipe, y os perdono el relato de nuestra vida mundana.

Una cosa me ha sorprendido aquí vivamente y creo que es un raro ejemplo; no podeis figuraros la gran armonía, la verdadera fraternidad que reina entre los fieles y los sacerdotes de las dos religiones de Tasmania. Católicos y protestantes quieren olvidar lo que los divide para no ver más que los grandes intereses que los unen en una tierra cuyo orígen está manchado por los *penados;* pero donde una sociedad nueva y pura ha luchado, se forma y domina. Por regla general, en los países donde hay dos religiones frente á frente, cada una se mantiene en la brecha, exagerando, por decirlo así, deberes y ahondando el foso que la separa de la otra; aquí esa oposicion, llevada al extremo (por lo cual les felicito), no es religiosa sino social: es la lucha entre los hombres libres y los penados, y tanto más se encierran aquellas en una casta honrada é intacta, cuanto más forman éstas una casta distinta é impura. En esa sociedad sana de Hobart-Town tan orgullosa, tan ofendida de que en Europa la igno-

rancia pueda confundirla con los que han construido sus puentes y ahondado su puerto, todos se quieren y no se lo ocultan. ¡Cuántas veces hemos visto en las recepciones del gobernador conversar largamente juntos los dos obispos, cogidos del brazo como antiguos amigos, y á los individuos de los dos cleros unirse y fundirse en una dulce intimidad.

Una vez hubo sesion musical en el palacio: ejecutóse con gran pompa por las beldades tasmanianas una misa de Mozart en no sé que bemol, con órgano y coros virginales de más de sesenta voces. Me desperté en el *Credo* y ví en el mismo canapé á los dos obispos sumidos en profundo sueño. Felizmente la música sagrada se convirtió despues del *Ite missa est*, en walses y cuadrillas; toda la turba de *pretty girls* se puso á valsar sin sermon, y tanto que el dia nos sorprendió cenando alegremente.

Para descansarnos, gran galopada pasando el dia en New-Norfolk, en medio de las rocas más salvajes, viendo, además de la hermosa naturaleza, un establecimiento de piscicultura. Los tasmanianos lo enseñan con orgullo: hay allí todo un personal de administracion, y las gravísimas cuestiones de la incubacion y la fecundacion tenían palpitantes á los señores directores. Seguimos un camino que no dejaba de ofrecer peligro para las amazonas: costea el borde de rocas cortadas á pico á la altura de más de 300 piés; en el fondo del precipicio un torrente ancho, rápido y espumoso salta en cascadas y con estrépito. En fin, hétenos aquí en los arroyos del criadero y en el laboratorio donde, segun los libros de los Sres. Coste y Milne Edwards, se fabrican los animalillos nadado-

res. El Gobierno pone en esto todo su cuidado: hace un año trajo de Inglaterra cien mil huevos de salmon. Ha sido menester tenerlos en cajas rodeadas de hielo, durante toda la travesía, lo cual representa un gasto enorme; todo ha costado unos 150.000 francos. En cuanto á nosotros, despues de ese largo paseo y de muchas pesquisas, logramos ver *dos* pececillos del tamaño de sardinas, y aún no estoy seguro de que no fuese uno solo visto dos veces, pues tomamos el segundo cinco minutos despues de haber soltado el primero. Era cosa muy interesante, y aquel producto de un huevo que había pasado el Ecuador y viajado seis mil leguas para venir, sin duda, á dejarse comer por los filocrócoros que estaban de acecho, me parecía semejante á esos efímeros que permanecen tres ó cuatro años en larva para nacer un dia á la puesta del sol y morir ántes que salga el sol siguiente, sin haber hecho ni una sola comida. Pero nos explicaron que de los 100.000 huevos habían nacido 14.000 salmones y 6.000 habían terminado felizmente su primera educacion. Acababan de soltarlos y lanzarlos hácia el Océano, de donde se *espera* que volverán (1).

Dejando aparte las bromas, ese ensayo puede hacer la fortuna de Tasmania: es la única de las colonias australianas que tiene rios favorables para los salmones; una vez poblados darán pescas que, vendidas en los mercados de ciudades ricas, como Melbourne,

(1) Un diario y una carta de Australia me han noticiado despues de mi regreso que en efecto habían vuelto todos al aprisco y que la colonia estaba poseida de júbilo.

Adelaida y Sidney, producirán millones á la modesta isla de Van-Diemen.

17 *de Setiembre.* — El coronel Chesney y unos veinte jóvenes de la ciudad han fletado un bonito vapor para hacernos ver todas las pintorescas ensenadas de la gran bahía; el buque está empavesado con los colores de Francia y nos lleva á prisa por un dédalo de islas y canales formados por rocas. Hé aquí á nuestra derecha el canal de *Entrecasteaux* con sus profundas gargantas, á la izquierda el cabo de *Raoul*, con sus espumosos arrecifes cubiertos de una nube de pájaros. Luégo, mecidos por grandes olas del Sur, llegamos al cabo de la *Aventura;* echamos los botes al agua, y desembarcamos: un árbol centenario muestra en su corteza letras marcadas con un cuchillo

COOK 22 ENERO 1777

; tal es la inscripcion que puso el célebre capitan cuando descubrió este promontorio y lo bautizó con el nombre de su buque.

Muy luégo nos ponemos todos á pescar alrededor de la isla de Franklin; tres tiburones y unos 50 pescados extraños, cubiertos algunos de puntas como las del erizo, fueron nuestra presa, con gran júbilo de un archidiácono á quien la corbata blanca y el chaleco de tela de silicio, no impedían darnos las bromas más alegres del mundo.

19 de Setiembre.—Ha sonado la hora de la partida; á pesar de una espantosa tempestad de equinoccio, cuyas ráfagas blanquean con una sábana de espuma toda la bahía, la *Tasmania*, pequeña cáscara de nuez de 250 toneladas, enciende sus fuegos para llevarnos á Sydney. Por la mañana nos habíamos despedido de todo el mundo; una última hora, muy triste, en el palacio del Gobierno, nos permitió dar las gracias á tantos amables huéspedes por una estancia deliciosa.

Al llegar al muelle lo encontramos lleno de gente: toda la poblacion ha venido para decir adios al príncipe. Una verdadera y gran multitud se ha reunido para darnos el más *tearty farewell* y pedirnos que nos acordemos y volvamos. Tambien están aquí nuestras amables parejas de baile, cerca del barco, con sus lindos trajes, como para causarnos mayor *pena*. Ministros y *squatters*, obispos y amazonas, todos habían tenido esa delicada atencion que nos conmovió profundamente. Apénas estuvimos á bordo, los jóvenes tomaron por asalto la escala y hétenos entre tanta gente, que no nos podíamos mover en la cubierta. ¡Así, con todo ese pasaje, debía ponerse en marcha la *Tasmania*! Pero la tercera campana nos arranca á los *shake hands* de tantas amables personas que durante quince dias y hasta el último instante han agasajado cordialmente á los viajeros.

El *hélice* da sus primeras vueltas y la *Tasmania*, tomando su aire, costea el muelle que las furiosas olas barren, y donde, sin embargo, permanece toda esa multitud cuyas casas nos son conocidas. El grupo jóven invade corriendo el barco-ponton del extremo

del muelle y nos saluda con tres *cheers!* tres *¡vivas!* ruidosos que de seguro nos darán buena suerte. En fin, agítanse al viento sombreros y pañuelos: durante largo tiempo los vemos moverse por cima de una multitud que poco á poco se vuelve confusa, y ya podeis imaginar si responderíamos. Luégo aquella orilla tan animada se convierte para nuestros ojos en un horizonte. Un ligero carruaje, siguiendo un promontorio que resguarda el puerto, aparece por última vez y desde allí nos dirige señales... ¿Podríamos pensar cuando llegamos una noche de improviso á esta tierra desconocida que saldríamos de ella tan conmovidos y agradecidos? La *Tasmania* nos ha dado una hospitalidad como quizas no la tenga nunca viajero alguno: quisiéramos decirle, no *adios*, sino *hasta la vuelta* desde el fondo del corazon, y si ha esperado no ser nunca olvidada, sus esperanzas se verán cumplidas.

Entre tanto, la tempestad es cada vez más fuerte; solos en la cubierta nos aferramos con trabajo contra las ráfagas; la bahía tan tranquila y risueña ayer, está oscurecida por nubarrones negros que el viento empuja hácia las nevadas cimas, y bajo esos sombríos colores, han tomado un aspecto fantástico las profundas gargantas que nos rodean. ¡Hobart-Town desaparece! Nosotros tambien vamos quizás á desaparecer en las olas enormes que el Sudoeste nos envía: la *Tasmania* lucha y vacila; todo cruge, todo se rompe á bordo: el choque de las olas contra las rocas, una resaca dura y espantosa nos hacen contar los minutos en este paso, donde todo el furor del Océano Austral y de las corrientes, se estrellan contra un islote.

Esta noche el viento salta al Sur, y trayendo con-

sigo la atmósfera glacial del Polo, disipa las nubes y deja á la luna llena iluminar el espectáculo en todo su esplendor. El viento es de tempestad, las olas que se extienden barren la cubierta de un extremo á otro, y el poco trapo que llevamos para *apoyar* el buque, no resiste. En esas condiciones, con un buque que tiene una inclinacion horrible y que á veces amenaza sumergirse; apretando la costa á pesar nuestro, llegamos á doblar el cabo Pillar, que es uno de los sitios más hermosos de Van-Diemen. Es la extremidad Sudeste de la isla, una serie de altas agujas de rocas basálticas de 360 piés de altura se adelanta como los pilares de una construccion druídica más de una legua por dentro del mar. Empujados por las olas que van á estrellarse allí, pasamos á distancia de media milla del cabo: el efecto es extraordinario y da escalofrío. Cuando la ola choca con esos grupos de columnas que vienen en disminucion hasta cerca de nosotros, salta la espuma á una altura inmensa; en seguida la ola se retira y la luna, alternativamente eclipsada ó brillante, aparece entre los aéreos pilares, cuyos intervalos unas veces se muestran tapados por la espuma, otras calados al aire. Pero el astro está todavía muy bajo en el horizonte y como sale por el Oriente detras de los pilares, proyecta la sombra de éstos hasta nosotros, miéntras que sus siluetas cortadas verticalmente, se dibujan con grandeza; el peligro da á ese conjunto un no sé qué más extraño é imponente. Bajo la impresion de esas rocas majestuosas y de los esfuerzos de nuestro frágil barco pasamos la noche sobre cubierta. Pero una vez montado el cabo, la *Tasmania*, se dejó llevar y corrió viento en popa: nos-

otros dejamos de hablar de las olas inmensas que posaban sobre cubierta y hablamos de los recuerdos de Hobart-Town.

20 *de Setiembre.*—Ha vuelto la calma; pero el balance lo ha roto todo y reunido en una misma ruina, nuestros barómetros, nuestros termómetros y nuestras palanganas. De ese mismo desórden participan las impresiones que me ha inspirado Tasmania al tratar de reunirlas ahora. Todo lo que hemos visto en esa isla, las personas que nos han rodeado, las campiñas risueñas y los pacíficos pueblos que hemos recorrido, casi nos habrían hecho creer que un mundo separa á este país del Melbourne, lleno de fábricas, del Ballarat, lleno de oro—un mundo y un siglo podría decirse. En un dia hemos pasado de la efervescencia de una ciudad avanzada del progreso á una *countg-towns* de hace cien años. Despues de seis semanas del espectáculo, de una vida caldeada á todo vapor, una estancia en Van-Diemen, refresca como un idilio y es un verdadero descanso. Pero uno no puede dormir allí siempre, salimos de ella como de un sueño, y recordamos todos las fases por que ha pasado.

Ante todo hay un sentimiento que nos apena; al seguir de cerca esta hermosa costa hemos notado sucesivamente los cabos Raoul, Surville, Péron, Mauronard, Bougainville, Taillefer, Tourville, Lodi y del Naturaliste; las bahías de Dolomieu, Fleurien, Monge y del Géographe. Cada punto de estas tierras, como asimismo del continente australiano, ha sido afamado por nuestros marinos; ¿por qué el pabellon de Fran-

cia que estuvo en los *trabajos*, no está en los *honores* y sólo brilló en la época peligrosa de los descubrimientos, para dejar en seguida el campo libre á otros y no ganarnos ninguna posesion? De Marion en el *Castries*, que fué el primero, despues de Tasman y vió correr sangre francesa, de d'Entrecasteaux en *La Recherche* y *La Espérance*, de Bandirs y Hamelin en *El Géographe* y *El Naturaliste* sólo quedan *grandes nombres*, miéntras que Inglaterra tiene una *gran colonia*.

Pero ántes de ser la colonia de Tasmania fué el *establecimiento penitenciario de Van-Diemen*. Esa es una lúgubre historia. Hasta 1803 sólo se conocían las inhospitalarias costas, defendidas por tribus numerosas y feroces. El gobernador de Sydney envió á ellas á los más turbulentos de sus penados; esta isla pasaba á ser el Botany-Bay de Botany-Bay para los que la primera ciudad, fundada por los penados, expulsaba de su seno. Luégo la misma metrópoli lanzó á ella directamente buques cargados de presos; los primeros que partieron lloraban, como si les diesen, no la libertad, sino la muerte; pensaban que no llegarían nunca á tan lejano país; y en efecto hubo más de un naufragio. Un individuo del Gobierno, el Dr. Officer, hombre muy interesante, me daba detalles conmovedores de esos viajes. *El Amphitrite* se fué á pique apénas salió, y 103 mujeres con sus hijos perecieron ahogadas en las bodegas, donde el capitan las había encadenado; *El Jorge III* y *El Neva* se partieron casi en el puerto; *El Gouverneur-Philipp* naufragó lentamente en el canal de Entrecasteaux, donde estábamos el otro dia; pero allí hubo un bello rasgo: el capitan Griffith, durante el salvamento, dió su pa-

labra de honor á los penados, que no podían caber en los botes, de no abandonar el buque hasta que los mismos volviesen; pero ántes que volvieran se ahogó con ellos. Luégo, cuando se supo en los calabozos de Lóndres lo fértiles que eran las tierras australes, todos, á porfía, deseaban partir para dar *buena caza á los kanguroos*.

El primer período fué el de la fundacion y los crímenes. Cuando estuvieron abiertos los caminos, construidos los puentes, importados los rebaños y puestos en huida los aborígenes, la prosperidad de los establecimientos penitenciarios atrajo inmigrantes libres á Tasmania y los hombres de Estado de Inglaterra que enviaron penados á un país sano y fertil, habían pensado justamente que en una colonia naciente sus trabajos serían más provechosos que nocivos sus vicios. Parece que al principio, admirados de no tener ricos á quien robar y débiles á quien pegar, sorprendidos de encontrarse todos iguales y responsables en una sociedad compuesta de ellos solos, aquellos criminales adquirieron alguna energía para el bien en estas tierras apartados del teatro de sus primeros delitos y pusieron empeño en hacer prosperar un país donde tenían que crearlo todo, y que defender sus vidas, y donde la riqueza sólo dependía del trabajo, se sintieron hombres; muy luégo tuvieron familia y cultivaron el suelo é hicieron pastar los rebaños que los recompensaban sobradamente de sus fatigas.

Los inmigrantes empezaron á llegar hácia 1815 y afluyeron en proporcion de la riqueza de los pastos y de las cortas dimensiones de la isla. Pero no faltaron

dificultades. Los naturales que habían sido dispersados por los penados volvieron á la carga en número de más de 7.000, y durante largos años los blancos lucharon con ellos por las armas: era una guerra espantosa. Despues de mucha sangre vertida, terminó de un modo muy extraño. Un tal John Robinson, de quien nos han hecho en Hobart Town el más simpático retrato, se concilió en una vida nómada el cariño de los negros: siempre sin armas, pasando por medio de los mayores peligros de una tribu á otra, y haciéndose amigo de todos, aquel hombre de fuerte temple, filántropo y medio salvaje, tomó á pechos la pesada tarea de traer la raza negra á un acuerdo con los invasores. Otros, ántes que él, con todas las fuerzas de la guarnicion y el concurso de todos los penados habían hecho un gran ojeo, una inmensa batida desde el Norte de la isla para rechazar á los aborígenes hácia el Sur, al territorio bastante extenso de la península de Tasman, unido al núcleo de la isla por una lengua de tierra de una legua apénas de anchura. La batida duró muchos meses: una línea de fogatas de noche, y de soldados de dia en la extension de unos 300 kilómetros, avanzó gradualmente hasta la extremidad Sur: no se vió ni un solo negro. Todos burlaron á los ojeadores, gracias á la oscuridad y á los barrancos. Habían salido victoriosos de la lucha y robaban y mataban á más y mejor. John Robinson obtuvo entónces la victoria por la dulzura: era el ídolo de los salvajes y los llevó consigo á la Península. Enfrente de la injusticia que hay en venir con suprema jactancia á conquistar las tierras más fértiles contra una raza que las heredó de sus antepasados: ¡qué

noble parece el carácter de un hombre que salva la vida á más de 6.000 indígenas!

Pero así como que los albatros necesitan un Océano Austral, así tambien los aborígenes necesitan espacio. Estos no han podido soportar largo tiempo la medianería con los nuevos ocupantes; habían escapado á la persecucion de los penados, quisieron escapar lo mismo á los beneficios y á la commiseracion de una raza de colonos libres que trataba de evangelizarlos y vestirlos; prefirieron el destierro á una lucha imposible ó á una vida sin espacio. Unos murieron de enfermedad en proporcion espantosa, como peces de agua viva encerrados en agua estancada; los otros poco á poco, sin guerra y sin ruido, se dispersaron de isla en isla por las tierras de Flinders, de Furneaux y acabaron por llegar al continente australiano, en el interior del cual buscaron el desierto... y la libertad. Eran siete mil en 1816, no hay más que... ¡cinco en toda la isla, tres hombres y dos mujeres! Hace cuatro dias los hemos visto, los guardaban como reliquias y los fotografiaban...

Por consiguiente, de las tres sociedades que allí había, una fué aniquilada. Quedaban los inmigrantes y los penados. No he tenido ocasion de oir las quejas de éstos; pero los primeros, aunque libres y señores, no han cesado desde el principio de maldecir al *Colonial Offices* que les enviaba la escoria de sus cárceles. Cada vez que un buque de presos anclaba delante de Hobart-Town firmábase una protesta por toda la poblacion sana de la isla que quería, con razon, evitar su contacto inmoral y guardar para sí el desarrollo de sus pastos y de su agricultura en vez

de ver una parte fatalmente enajenada en provecho de los criminales implantados en el suelo y destinados á ganar su licenciamiento, ya por cumplir la condena, ya por buena conducta.

Para que el núcleo de hombres libres se haya conservado puro ¡cuántas luchas se han necesitado! El cuadro de la poblacion que he visto en el ministerio de lo Interior, da las cifras que determinan cada elemento: 17.500 hombres de orígen libre y 7.000 penados en 1825; 23.000 y 18.000, en 1835; 43.000 y 24.000, en 1847, tal era la composicion de los habitantes. En fin, en 1857, los hombres libres eran en número de 77.700 y los deportados en número de sólo 3.000. Era la segunda vez que una sociedad nociva desaparecía. Aquel brusco y dichoso cambio en el equilibrio se debió primero á la cesacion de los *envíos* de la metrópoli, que data de 1850; pero, sobre todo, á la deportacion en segundo grado que hizo la misma colonia á la península de Tasman, donde ántes quiso internar á los salvajes y que no considera como territorio suyo. Hay allí una administracion aparte en el suelo casi totalmente separado del de Tasmania, donde un sistema de coercion dulcificada, obrando sobre una masa homogénea, influye más por la esperanza que por el temor. Esa enérgica medida que pinta de un rasgo el fondo honrado de Tasmania, fué adoptada cuando Victoria, inaugurando valientemente su independencia, dictó como una de sus primeras leyes la de prohibir absolutamente su territorio á los penados tránsfugos que los establecimientos penitenciarios le hubieran, sin duda, fatalmente enviado. Pero gracias á los desórdenes de los primeros

años en la sociedad libre, nunca se han marcado más claramente las castas entre gobernantes y gobernados, y éste es el secreto de las notables diferencias entre la vida política de Tasmania y la de Victoria. Contraste tan curioso que comparando esas dos poblaciones parece imposible admitir que pertenecen á la misma sangre. Son, sin embargo, hombres de la misma raza anglo-sajona, emigrados de la misma Inglaterra, en relaciones constantes entre ellos y la misma metrópoli. Esa diferencia en dos puntos tan cercanos ¿no prueba las influencias radicales que pueden tener sobre las ideas y carácter de un pueblo las instituciones que lo rigen?

En Victoria el sufragio universal en toda la línea, democracia avanzada, espíritu de iniciativa y de aventura, ideas de igualdad y progreso, animacion americana.—Al otro lado del estrecho, sufragio restringido á tal punto, que la mayor parte de la poblacion libre está excluida de toda participacion en los negocios públicos ; una minoría elige la Cámara baja, y apénas la cuarta parte elige la Cámara alta : ideas estrechas en general, espíritu de casta llevado al extremo, negocios lentos y desgraciados, situacion positivamente atrasada.

Hé ahí las consecuencias del elemento *privado* predominante por mucho tiempo: los inmigrantes que no han sufrido la gran crísis de nivelacion social, causada en Victoria por el descubrimiento del oro, constituyen una aristocracia de la tierra y de la riqueza que relega en la industria á los descendientes de los primeros penados. Cuando digo inmigrantes, no ha de entenderse esta palabra con la misma significacion

que le damos en Francia, pues significa buen número de *gentlemen farmers* y de *cadets* de las principales familias inglesas. Casi todos los habitantes que vemos han nacido aquí, han recibido una buena educacion y há tiempo ocupan una posicion distinguida; no han venido formados, hechos y derechos y todos iguales como las melbournenses que aparecieron en Victoria con una sola fecha de nacimiento civil, la del descubrimiento del oro en 1851. No hay, pues, que maravillarse de que exista aquí una verdadera sociedad con sus grados y sus instintos, que se da aires aristocráticos, tanto más cuanto más ínfimo es el orígen de la clase baja. Y como es natural, todo se enlaza; la vida social es imágen de la vida política. Cuando las colonias fueron invitadas á formular ellas mismas los artículos de sus constituciones, Victoria, donde el sirviente había dejado á sus amos y *el clergyman* á sus feligreses para adquirir fortuna en las minas de oro, Victoria no tuvo dificultad en establecer los derechos del hombre y la más pura y razonable democracia. En Van-Diemen, donde el propietario de carneros y el labrador despreciaban al pobre inmigrante irlandés y al penado, marcado todavía en la frente con las letras ignominiosas de las *galeras de la reina*, la clase acomodada quiso elevarse sobre un pedestal inaccesible y defender por el sufragio restringido sobre el censo el gobierno de los ménos.

La pobreza excluía de todos los derechos políticos. Pero ¿qué ha sucedido? Despues de haber obtenido enérgicamente la abolicion de las deportaciones, Tasmania no ha ejecutado con el mismo espíritu los sacrificios que le imponía su independencia. Cierto

dia, con la suspension del envío de penados, cesó la subvencion de la metrópoli, que caía sobre la colonia cual lluvia de oro, á razon de 170.000 francos por semana. Con ellos tambien desapareció la guarnicion numerosa que los custodiaba y que gastaba sus sueldos en el país; pero se habían acostumbrado tan bien á ese maná que venía de fuera, y á la direccion de los gobernadores responsables solamente ante la metrópoli, que Tasmania ha estado mucho tiempo sin conocer la libertad y ha permanecido en ese estado de infamia, propio de los pueblos gobernados en demasía, donde el pueblo mira sin cesar al poder, para pedirle proteccion y ayuda.

Esa costumbre antigua ha contribuido no poco á entumecer á la poblacion y privarla poco á poco de aquella energía viril que se templa en las dificultades y es tan necesaria al desarrollo de una colonia.

En manos poderosas y en un gran país el despotismo puede dar por algun tiempo las exterioridades de la gloria y la preponderancia; pero siempre mata con la libertad el espíritu de iniciativa y la especulacion emprendedora. Tal ha hecho aquí en el primer período de la colonia la administracion militar y penitenciaria; la industria no ha nacido; la suma de las importaciones excede en mucho á la de las exportaciones; la tierra que dió los primeros rebaños á Victoria se ve obligada á importar hoy de Melbourne, no sólo rebaños, sino carnes muertas por más de 2.360.000 francos. El presupuesto de gastos de este año ha excedido en un millon al de ingresos, y sin embargo, á pesar de esos hechos, á pesar de no haber subvencion, se han seguido construyendo edificios públi-

cos y un palacio del gobierno que cuesta 2.500.000 francos; cada ministro cobra 22.000 francos anuales y se mantiene una turba de empleados que cuesta cerca de 3 millones anuales. El resultado es que un país de 95.000 habitantes, habiendo vendido más de 1.176.000 hectáreas de terreno, tiene una deuda de 13 millones de francos sin que haya ferro-carriles, ni fábricas á vapor y sin otra esperanza que la venta de tierras á inmigrantes futuros que no parecen, ó bien, nos decían sonriendo, «algunos cosechas maravillosas de manzanas» (1).

Pero Tasmania ha empezado ahora su aprendizaje de libertad, me decía en la hora de la partida el coronel Gore Brown, de quien he recibido muchos informes, y que, bajo su título militar, es un gobernador civil que ayuda con todas sus fuerzas al movimiento liberal. Una chispa ha producido el incendio; queriendo los ministros sacar los ingresos, no de las aduanas sino de un impuesto sobre la propiedad, chocaron con la opinion pública muy exaltada: el país entero durante nuestra estancia se hallaba muy agitado; fué necesaria la disolucion de las Cámaras y verificóse por mensaje del gobernador en la mañana misma de nuestra partida. Por ese sacudimiento general, por las nuevas elecciones, esperan los prudentes que triunfen la idea de economías radicales en los gastos, y ese partido, cuyos más celosos campeones hemos conocido contando con el fácil juego de las institucio-

(1) El año pasado exportó Tasmania manzanas por valor de 1.500.000 francos.

nes políticas quiere hacer salir de la rutina á un país que seguramente merece la prosperidad.

El fondo es bueno, con recursos preciosos en maderas de todas clases, con el desarrollo de los pastos que despues de todo, cuentan 1.752.000 carneros y 110.000 cabezas de ganado mayor, con riquísimas minas de hierro todavía no explotadas y la certidumbre de filones de oro, ese oro que es la panacea universal de Australia, puesto que atrae siempre la inmigracion y desarrolla todos los recursos; con tierras para cereales harto más fértiles que las del vecino continente y que producen cosecha de 32.700.000 francos; en una palabra, con un conjunto de terrenos ocupados, rebaños innumerables, buques, bancos y productos exportados cuyo valor total sube á 475 millones de francos, quieren, libre ya de los aborígenes y de los penados, abolir el sistema de reglamentacion y de trabas que los ha tenido tan bajos hasta hoy, y que contrario al gran principio liberal de las colonias vecinas maravillosamente prósperas, ha transformado de un modo opuesto elementos de riqueza casi idénticos; uno es fuerza motriz, el otro lo es de inercia!

Hay además otro partido, el de las clases bajas. La palabra *anexion* ha llegado hasta los antípodas, y ellos quieren la anexion á Victoria. Los excelentes tasmanios lo harían de buena gana, pero los victorianos no quieren, pues juzgan á sus vecinos muy atrasados y los tratan de beocios.

Beocios serán si se quiere, pero esa buena gente posee una facultad que falta á sus satíricos vecinos, la modestia. Miéntras que en Melbourne nos decían, con razon sin duda, pero con demasiada frecuencia:

OFICINA PROVINCIAL Y REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL

«Contemplad nuestra obra; hace catorce años no había aquí más que el desierto; ¿no hemos hecho una nueva Europa? Los tasmanios excusan la sencillez de su oasis, que enseñan humildemente; lisonjéales que vengan extranjeros de tan léjos á verlos; continúan pacíficamente su camino sin haber registrado una tierra donde hay oro, sin buscar con febriles esfuerzos otra felicidad que la de vivir en familia, suavemente y sin ruido, con un no sé qué patriarcal que se encuentra en esta isla tan prodigiosamente dotada por la naturaleza.

Podríase, sin embargo, llevar vida aventurera en estos sitios. Un espíritu intrépido y ardiente, una excepcion á la quietud general, el coronel Chesnay, consiguió fácilmente entusiasmarme por una tentativa de descubrimientos que va á emprender en la parte Noroeste de la isla. Un solo hombre, un pastor pudo penetrar en ella el año pasado y trajo varias muestras de oro sumamente ricas. Hay allí una serie de montañas situadas precisamente bajo el meridiano de Ballarat y que no son otra cosa que la prolongacion de los mismos filones de oro.

Pero hay una barrera de torrentes, rocas escarpadas y despeñaderos rodeando el nuevo Eldorado. El coronel me ha enseñado sus preparativos, escalas de cuerda con garfios, canoas portátiles de cautchouc, etc., todo recien llegado de Lóndres. Marchará con dos amigos y un criado.—«Venid, pues, conmigo me decía; os gustan las aventuras, y es cosa bella descubrir tierras á la edad de 20 años. ¡Y luégo si encontramos oro volveremos millonarios y entónces las lindas *misses* de Europa!...» Pero la expedicion no se pon-

dría en marcha hasta el mes de Enero, fecha en que debemos hallarnos en la China, y la cuestion se resolvió con gran sentimiento mio de un modo categórico.

21 de Setiembre.—Al abrigo del cabo Umuru-mun. —Empiezo por prometer mi difunta peluca al dignatario de la Facultad de Paris que encuentre ese lindo nombre entre sus conocimientos geográficos. Es una pequeña ensenada de la bahía de Twofold, perdida entre los promontorios de la costa oriental de Australia, y encajonada entre rocas de granito rojo y montañas cubiertas de grandes bosques de pinos que bajan hasta la playa, sitio pintoresco y salvaje, pero á la hora presente entristecido y oscurecido por los negros nubarrones que las rachas traen de alta mar. Aquí nos ha arrojado un golpe de viento de equinoccio. La *Tasmania* perdía el rumbo, á pesar de los esfuerzos convulsivos de una máquina impotente; las olas la empujaban á tierra balanceándola sin misericordia y amenazando partirla y sin posibilidad de resistir.

Cuando nos asaltaba un temporal entre el Cabo de Buena Esperanza y Australia mirábamos con sangre fría las olas inmensas de que éramos juguete; el espacio era nuestra salvacion. Pero esta vez nos hallamos cerca de la costa y la costa es el naufragio, si no se encuentra un refugio en la más próxima ensenada.

A las tres anclamos á cubierto del cabo juntamente con un tres palos tan desarbolado que da pena verlo. Es tan ronco el fragor de la tempestad en los bosques de pinos, se estrella el mar tan furiosamente contra el

cabo y hacen los truenos tan terrible estrépito, que la redonda cara del capitan de nuestro barco no se ha recobrado todavía de su repentina palidez. Ese buen hombre redondo como una bola, cuyo *sudoeste* (1) no consigue tapar su papada, estaba ayer carmesí y hoy está blanco como la nieve. Me divierte mucho gesticulando, pero conoce bien su oficio, y nos dice que ha hecho 248 viajes entre Hobart-Town y Sydney, y que este es *uno de los más peligrosos*, lo cual sin que nos lo dijera lo sabíamos.

Ahora que estamos seguros y que la *Tasmania*, aunque muy balanceada, duerme sobre sus tres anclas, pedimos un bote y cuatro hombres al capitan y desembarcamos los dos para ver á una tribu de indígenas cuyos fuegos se distinguen entre los pinos: son semejantes á los del Murray, tan inofensivos, tan negros y á primera vista me parecieron más feos, pero olvidaba que eso era imposible.

Esta bahía es famosa para la pesca de la ballena: acá y acullá sobre la arena de la playa están arrojados los colosales esqueletos, y al aspecto lúgubre y sombrío de aquellos parajes se añade el del cementerio de los cetáceos oceánicos. Lo extraño es que en este lugar tan aislado del mundo hay, sin embargo, en una colina siete cabañas de madera habitadas por algunos blancos. Por una dulce ironía han dado el bello nombre de Eden al conjunto de sus míseras chozas. Segun van las cosas en Australia, quizá dentro de quince años habrá en el mismo sitio un teatro

(1) Especie de capucha impermeable que sólo se pone para el mal tiempo.

de la Opera y un Parlamento. Ahora me parece haber visto á Melbourne naciente. Un centenar de carneros medio perdidos, algunos agujeros en tierra, donde tres hombres buscan oro, y el bosque de pinos, vírgen todavía, componen el Eden que hemos visto. Esperemos que el buen tiempo sacará á la *Tasmania* de aquí, donde seguramente no colocará su cargamento de manzanas.

XII.

SYDNEY.

Mágica bahía.—Los misioneros franceses.—Encanto y distincion de la sociedad.—Botany-Bay y recuerdos de La Perouse.—Penados é inmigrantes.—Escuelas.—Las Montañas azules.—Los hijos del ilustre Mac-Arthur.—Relaciones con Nueva-Caledonia.—Instituciones y riquezas de Nueva-Gales del Sur.

Sydney 23 de Setiembre.—Pudimos, por fin, escaparnos del paraíso de Oomooroomoon y volver á la mar. Hemos pasado entre la isla Montagu y la costa. A la puesta del sol el cabo perpendicular que cierra la bahía Jerwis se destacaba en el horizonte. Es una roca de 280 piés de altura cortada á pico sobre el mar y que se adelanta audazmente entre éste y la bahía, cual majestuoso dique, haciendo un hermoso efecto. Por la noche llegamos á Sydney, guiados desde muy léjos por luces de gas y por los faroles de colores de todos los buques que hay en la rada.

24 de Setiembre.—Muy de mañana viene por nosotros lord Jhon-Taylour y nos lleva á una gran excursion á caballo organizada para el príncipe por su excelencia sir Jhon Young, gobernador de Nueva-

Gales del Sur. La cita es en palacio; hállanse reunidos nueve amazonas y algunos caballeros, y nos presentan á escoger los más hermosos caballos. El paseo empieza... por una navegacion á vapor; al pié del jardin nos espera un pequeño *steamer*; se embarcan á toda prisa los caballos y atravesamos la bahía. Entónces damos una preciosa galopada por lo alto de las montañas que dominan esa sábana de agua tan pura y risueña. La bahía tiene entrada por un canal de 500 metros de ancho entre dos rocas que se levantan á más de 350 piés, semejando una puerta druídica, y en seguida penetra profundamente en las tierras, siguiendo las formas más caprichosas, avanzando á la ventura como un gran rio de incierto curso, primero al Noroeste, despues al Sudoeste, y por último al Oeste, de tal modo que una vez pasada la susodicha gigantesca puerta se encuentra uno como encerrado en un lago de Suiza, y la ilusion sería completa si las largas entenas de los buques anclados no recordasen el mar.

Port-Jackson cuenta treinta y seis bahías abiertas en la bahía general y varias de ellas penetran hasta 12 leguas tierra adentro; las costas son muy pintorescas, ora con buques, ora con rocas, mostrando alternativamente una naturaleza salvaje ó hermosos jardines con elegantes quintas y con infinidad de flores naturales que formando praderas se extienden hasta la misma espuma de las olas; en el fondo de ese hermoso lago, en la ribera meridional, está construida la ciudad de Sydney. Su emplazamiento es una especie de península que pudiera compararse á una mano avanzando por medio de la bahía, pues,

en efecto, cinco grandes promontorios que tienen exactamente la forma de dedos algo separados constituyen la parte principal de la ciudad, y por esto mismo es tan original; las calles, que tienen la direccion de Este á Oeste, terminan por cada punta en un puerto; desde el sitio más elevado de una calle se ve un puerto al pié, y al otro lado nuevas casas, y por detras de esas casas los mástiles de buques anclados en un segundo puerto; es la situacion más bonita que pueda imaginarse. Cerca de nosotros, ¡qué quintas tan hermosas rodeadas de naranjas y avellanos en flor! Seguimos siempre la cresta de las montañas; esto nos aleja de los caminos y de los *cottages*; nuestra vista abarca más espacio y juzgamos muy bien el conjunto. ¡Qué agua tan azul, allá abajo, en el fondo! ¡Qué de sombríos desfiladeros y qué promontorios cubiertos de verdura! Aquí en lo alto, bajo un sol de primavera, las flores están abiertas y brillan con matutina frescura y asombrosa abundancia entre las altas hierbas á traves de las cuales corren muchos lagartos; hierbas y flores suben hasta el pecho de nuestros caballos y nada más encantador que ver galopar por este sitio á nuestras parejas de caballeros y amazonas; éstas visten trajes gris, perla ó celeste claro, con largos velos azules y blancos.

Despues de atravesar un espeso bosque de alcanforeros, bambús y palmeras, llegamos á un peñon, debajo del cual se extiende un brazo de mar; bajamos por entre las rocas, y avanzando hasta una punta vemos á la derecha Port-Jackson y á la izquierda la entrada de otra bahía que parece tambien muy grande; es Middle-Harbour. El gobernador había enviado por

delante dos chalupas y una balsa, y en tres viajes toda la cabalgata pasó á la otra orilla; dos horas despues llegamos á la playa del mar libre, en el sitio llamado Long-Reef, donde una fuerte racha Sudeste estrella las olas contra los arrecifes.

Entrada ya la noche tomamos la vuelta de la ciudad; pero la noche es tan clara, las montañas cubiertas de flores exhalan un perfume tan delicioso, ábrense á traves de los árboles tan poéticas perspectivas sobre las aguas de la bahía, reflejan como un espejo las brillantes constelaciones del hemisferio austral, tienen tanto encanto las peripecias de nuestra cabalgata al atravesar una pradera llena de flores, que cuando me apeé en Sydney, á hora muy avanzada, creía estar soñando.

13 de Octubre de 1866.—Durante tres semanas de actividad devorante en una tierra donde todo nos era fácil, donde todo nos encantaba, hemos bendecido á todas horas á la fortuna que nos trajo por aquí. Al dia siguiente de nuestra cabalgata nos embarcamos en un vaporcito para remontar el rio Paramatta. Planteles de naranjos y magníficos sembrados entre escarpadas peñas y verdes bosques, alegran las pintorescas orillas y las límpidas aguas de su curso sinuoso. Solamente el sol, que, sin duda, es muy bueno para los naranjos, empieza á parecernos demasiado ardoroso; ¡pero da tanta vida al paisaje!

Muy luégo, en el punto donde el rio se estrecha entre rocas, pasamos á un bote conducido por ocho jóvenes insulares de *Samoa*, de color amarillento, que reman vigorosamente, y nos desembarcan en el fondo

de una bahía retirada en que ondea el pabellon tricolor.

Allí es la *Montaña de los cazadores,* morada de los misioneros Maristas, rincon frances donde se han agrupado algunos colonos compatriotas nuestros. Grande es la animacion y el recibimiento cordial. El obispo de las islas de los Navegadores, de paso en la Mision, nos recibe con los brazos abiertos y nos proporciona un extraño espectáculo. Es la hora de la puesta del sol; en la alta explanada natural, desde donde la vista se extiende á un lado por la lejana bahía de formas caprichosas, y al otro sobre las purpúreas siluetas de las *Montañas azules*, se adelantan unos jóvenes oceánicos con los trajes de sus islas, tocado de plumas y cinturon á bandas de variados colores, ejecutan un lánguido baile de rara cadencia, y luégo se agrupan y ponen en cuclillas formando rueda alrededor de una gran vasija sostenida por un trípode de fantástico dibujo, y preparan el *kaava*, licor nacional.

El *kaava* es una raíz blanca, nudosa, de gusto fuerte y picante; la cortan en pedacitos, la mascan y la trituran, llenándose la boca hasta no poder más; diríase que tienen una naranja en cada carrillo; con toda formalidad siguen mascando hasta formar una bola bien compacta, que escupen *elegantemente* á la mano derecha, y en seguida la echan en la vasija que contiene un poco de agua. Hay entónces un momento de gran júbilo para los marmitones de Upolu y Tongatabu; baten rápidamente todas las bolitas en el agua como se baten los huevos en un plato; en pocos momentos el licor hace espuma y toma un lindo color dorado; terminada la confeccion, los indígenas nos

presentan copas de coco labrado bien llenas del brebaje, y... ¡y lo bebemos! Yo creía que iba á tomar una medicina; pero me quedé admirado de encontrar un gusto picante y más bien agradable al primer trago; al segundo me causó un sacudimiento capaz de hacer nacer los cabellos á un calvo, y ¡ojalá que me aproveche! Nos dicen que el *kaava* emborracha, y que ese brebaje trastorna todas las cabezas en Tongatabu. Bueno; por mi parte aconsejaría al establecimiento que enseñe la cocina francesa á los jóvenes catecúmenos, exhortándolos á no emplear preferentemente la masticacion preliminar y la salsa salivosa. He recogido una raíz de *kaava*, útil para una docena lo ménos de grogs.

Los misioneros nos dan pormenores asombrosos de su vida en estas islas salvajes donde una hoja es traje completo y un pez sirve de calendario. En efecto, el año no tiene para ellos más que seis meses y el dia en que empieza está marcado por la aparicion de un pececillo de forma extraordinaria que llaman *Palolo* y que ofrece la particularidad de presentarse solamente á intervalos regulares. Ese pez cronómetro me inspira cierta duda... pero me ha contado su historia el mismísimo monseñor Elloy, del archipiélago de la Sociedad.

Vivir en cabañas de hojas, alimentarse de cocos, maíz y gallinas chiquitas, evangelizar á los indígenas más brutos de tribus que andan en cueros, todo eso hacen los misioneros cuyos continuos sustos nos refirió el Padre Saage: cuando una tribu les cobra cariño corren peligro de ser degollados por la tribu vecina. ¡Pero qué almas tan deliciosamente cándidas

las de esos insulares! Ejemplo la famosa historia ocurrida entre ellos, de un misionero que quería abolir la poligamia: al separarse de un jefe hízole prometer que despediría á todas sus mujeres, exceptuando á una sola. Seis meses despues vuelve y encuentra al jefe solo con su mujer legítima; el misionero está contentísimo de haber logrado tal triunfo, y en su conversacion con el neófito pregunta incidentalmente qué se ha hecho de las otras mujeres... «¡Pues me las he comido!» contesta ingenuamente el jefe. ¡Triste fin de las tiernas esposas!

Pero la vida de Sydney nos recordó muy luégo la imágen de Europa, y á tantos miles de leguas de Paris, una recepcion tan elegante y espléndida como pudiera serlo en Francia, me maravilló en gran manera. Hermoso es el dia de la semana que hay *córte* en *Government House* y en que toda la sociedad de Sydney acude en riquísimos trenes, carruajes de gran lujo, con lacayos de empolvada peluca á los jardines del palacio.

Ocupan esos jardines un lindo promontorio bañado por el mar, resplandeciente con las flores de los trópicos, que contrastan con algunos árboles de Europa. El palacio mismo, edificado á estilo gótico, domina la bahía como una ciudadela y sus salones de recepcion son dignos de un rey. Apénas llegados, habíamos ido á expresar nuestra gratitud y respeto á lady Young, que recibió tambien regiamente al infortunado príncipe de Condé y le asistió como una madre hasta su muerte.

Casi todos los dias, por la mañana ó por la noche, hemos sido agasajados en ese palacio, cuya dueña

cuidaba de reunir todo lo que podía interesar á los tres viajeros franceses. Encantadoras fueron, sobre todo, las grandes recepciones de dia, que prolongó en honor del príncipe, aunque la *season* había terminado.

La música militar alegraba los jardines, donde se reunían doscientas ó trescientas personas.

Las jóvenes iban y venían de los salones á la *pelouse*, como en las *mañanas* de la *high life* de Lóndres, ostentando trajes procedentes de Mmes Soinard y Barenne, de Paris (y áun creo haber oido pronunciar el nombre de Worth), y formando la unidad más amable, alegre y graciosa que se pueda imaginar.

Melbourne es la ciudad del oro, de los *clubs*, de la democracia y de los grandes negocios; Hobart, una hospitalaria *county-town*; Sydney, con todo el sello *gentleman* de Inglaterra, con la amable expansion criolla, con un cielo casi tropical y una vegetacion casi toda de flores, es la ciudad de la *high life*, de la sociedad aristocrática que goza sus riquezas y todos los encantos del mundo elegante.

¡Qué contraste entre esta ciudad de 100.000 habitantes, con teatros, bibliotecas, calles animadas y algunas de ellas como Pitt-street y George-street llenas de tiendas de un extremo al otro, con multitud de ómnibus y coches elegantes; qué contraste entre todos los efectos de una civilizacion asombrosa y el salvaje aspecto de *Botany-Bay*, donde desembarcaron los fundadores de Sydney!

Hemos ido á ver esa célebre bahía. Hicimos el camino en dos horas á caballo: está separada de Port-Jackson por colinas de arena que parecen una len-

BIBLIOTECA PROVINCIAL Y REGISTRO DE LA PROPIEDAD

güeta de desierto entre dos oasis de flores. Cuando el capitan Cook descubrió en 1770 las costas orientales de Nueva Holanda, marcó su asombro al ver una flora tan exuberante dando á la bahía el nombre de Botany. En efecto, nunca podreis imaginar un parterre natural mejor esmaltado por los más delicados y vivos colores; y esto en el espacio de muchas leguas. Nuestros caballos al galopar rompen ramas con penachos de escarlata; el perfume es tan fuerte que nos trastorna la cabeza y oprime las sienes; atravesamos un bosque magnífico, vicioso, todo de flores. En un promontorio está erigido el monumento de La Perouse; una columna de 20 piés de alto sostiene una esfera de bronce y tiene en el zócalo esta inscripcion:

ESTE LUGAR VISITADO EN 1788, POR M. DE LA PEROUSE, ES EL POSTRERO DE DONDE ENVIÓ NOTICIAS SUYAS.

Y más abajo:

Monumento elevado en nombre de Francia por MM. de Bougainville y du Camper, capitanes de la fragata Tétis y de la corbeta Esperanza, ancladas en Port-Jackson en 1825.

A unos 200 metros en direccion á la playa, bajo hermosos árboles, hállase la tumba del Padre Receveur, físico de la expedicion de La Perouse, muerto en la bahía durante la permanencia de los buques franceses; sobre su piedra tumular han grabado la inscripcion siguiente:

HIC JACET LE RECEVEUR. EX FF. MINORIBUS,
GALLAE SACERDOS.
PHISICUS IN CIRCUNNAVIGATIONE MUNDI,
DUCE DE LA PEROUSE, OBIIT DIE 17 FEB. 1788.

Parece que la primera tumba construida por la tripulacion del *Astrolabio* fué destruida por los indígenas; el gobernador Philipp hizo gravar sobre una plancha de bronce la inscripcion que acabo de reproducir y la mandó clavar en un árbol vecino de donde salió luego para reconstruir el monumento.

Por una curiosa coincidencia, los dos buques de La Perouse entraban en la bahía precisamente cuando la division del gobernador Philipp salía de allí para pasar á establecerse en Port-Jackson. Esa es la primera página de las colonias australianas. En Mayo de 1787 partió de Inglaterra la escuadra de 11 buques que conducía á una tierra cuyos contornos solamente habían sido descubiertos por los navegantes, á una tierra habitada todavía por antropófagos, el primer núcleo de colonizacion que tan brillantes frutos ha dado y que debía formar un poderoso imperio. De las 1.118 personas que transportaba bajo el mando del gobernador Philipp, 850 eran penados, á saber 600 hombres y 250 mujeres; el resto se componía de los oficiales y soldados encargados de guardarlos. El 18 de Enero de 1788, al cabo de ocho meses, ancló la escuadra en Botany-Bay; siete dias despues, habiendo descubierto el gobernador la magnífica bahía de Port-Jackson, trasladó á ella la naciente colonia.

En ménos de ochenta años, aquellas primeras cabañas han sido reemplazadas por una ciudad verdaderamente magnífica, y aquel sitio de deportacion se ha transformado en una colonia de 411.000 habitantes, que ha sido la cuna de las colonias vecinas, sus satélites por largo tiempo. ¡Juntos todos forman hoy un total de 1.500.000 blancos, cuyo comercio se eleva á más de 150 millones de francos! La miseria y la condicion impura de los primeros *pionniers* han desaparecido bajo la marca invasora de una emigracion pura, laboriosa y honrada, como lo es la inmigracion inglesa, que lleva consigo sus instituciones, religion, costumbres y toda la patria moral. Si mi buena fortuna quiere que yo vuelva á Europa, pondré empeño en una cosa: contribuir á lavar á Nueva Gales del Sur de la mancha que á los ojos de Europa tiene por su orígen impuro, mancha debida á que la historia sólo ha narrado los años de la deportacion. Pero la ignorancia pública, engañada por tales recuerdos, no ha levantado el antiguo velo del *convictism* que hoy le oculta una sociedad sana que vive de nuestra vida y que tan luego como se encontró fuerte, rechazó fuera de sus aguas á los buques de deportados, y conquistó el terreno para el triunfo de su comercio, para la seguridad de su vida privada, y para el fondo de honradez por el que se iguala á cualquier ciudad de Inglaterra, siendo tanto más celosa de guardar su honor cuanto mayor es la inclinacion á dudar de él.

En las recepciones del palacio y de todas estas casas elegantes, donde familias respetabilísimas y á menudo pertenecientes á la nobleza inglesa, nos da-

ban fiestas como no las he visto sino en los renombrados *chateaux* de Inglaterra, amables personas, nacidas y educadas aquí, solían decirme en correcto frances: «Nuestros compatriotas de Europa nos creen alojados en cabañas y servidos por negros y penados; os suponen armados rewolvers, llenos de temor por vuestro dinero, y tan poco enterados están de lo que son nuestras ciudades que escriben á menudo en el sobre de una carta: *Tasmania in New-Zealand* ó *Melbourne in New-South-Wales.*» Comprendo que todo eso los exaspere.

Mucho he corrido en tres semanas, procurando darme cuenta de todo y creyendo, á pesar de tantos encantos, que en la sucesion de espectáculos que presentan una ciudad activa y sus alrededores; en la lectura de los numerosos periódicos que aquí se publican; surgiría al cabo alguna reminiscencia de las deportaciones. Pues bien, siempre he hallado los caractéres distintivos de una sociedad que quiere á toda costa permanecer pura de toda mancha y cuya enérgica marcha ha rechazado los penados á las islas vecinas y á los bosques del interior donde viven ocultos y aislados, desmontando y cultivando tierras y enriqueciéndose.

Un solo recuerdo de los orígenes se me presentó. Me han referido que en uno de los pilares que sostienen el escenario del gran teatro de Victoria, estuvo hasta poco há grabado el prólogo de la primera comedia que se representó en Australia. Era en 1796, ocho años despues del desembarco: no había allí entónces más que los penados y la guarnicion. El gobernador permitió á los primeros que abriesen un

REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL - BUENOS AIRES

teatro en recuerdo de la madre patria, y el 16 de Enero hubo un *estreno* en Sydney. Lo curioso del caso es que la entrada costaba un *shelling*, pagadero en metálico, *harina*, *carne* ó *vino*.

Esto sólo pintaría á la concurrencia si el prólogo, compuesto por un improvisado poeta, antiguo *pick-pocket* de Lóndres, no fuese además de un carácter único en el mundo. «Sin mucho brillo ni redobles de tambores, franqueando los inmensos mares, llegamos de climas lejanos. Como verdaderos patriotas, entiéndase bien, por el bien de nuestra patria hemos abandonado su suelo... y nadie dudará que nuestra emigracion ha sido estimada muy provechosa al pueblo inglés (1)...»

---

(1) From distant climes o'er wide spread seas we come
Though not with much eclat or beat of drum;
True patriots all, for be it understood,
We left our country fort our country's good:
No private views disgraced our generous zeal,
What urged our travels, was our country's weal;
And none will doubt but our emigration
Has proved most useful to the british nation.
But, you inquire, what could our breasts inflame
With this new passion for theatric fame;
What in the practice of our former days,
Could shape our talents to exhibit plays?
Your patience, Sirs, some observations made,
You'll grant us equal to the scenic trade.
He, who to midnight ladders is no stranger,
You'll own will make an admirable Ranger.
... And sure in Filch I shall be quite at home.
... Some true bred Falstaff we may hope to start.
The scene to vary, we shall try in time
To treat you with a little pantomime.

Ese *memento* del año 1796, única huella encontrada en un sótano de un tiempo que pasó, huella tan contraria á todo el aspecto amable y puro de la sociedad actual de Sydney, me ha sorprendido como un contraste que ensancha el pensamiento: es una fiel reproduccion de la verdad. Lo que queda de las deportaciones está en el sótano, en la oscuridad, oculto á las miradas de todos, en sitios adonde nadie va; no sólo está debajo del escenario, sino que además ha caido el telon.

Pero ya vuelve á levantarse, y todas las butacas, todos los palcos están ocupados, bajo la luz de una brillantísima araña, por esa sociedad inglesa, elegante, rica, instruida y dichosa. Oficiales, segundones de familias nobles, lores, magistrados, grandes propietarios que aman esta tierra, que han establecido en ella

---

Here light and easy Columbines are found,
And welt-tried Harlequins with us abound
From durance vile, our precious selves to keep,
We often had recourse to th'flying leap:
To a black face have sometimes owed escape,
And Hounslow Heath has proved the worth of crape.
But how, you ask, con we e'er hope to soar
Above these scenes, and rise to tragic lore?
Too; oft, alas! we've forced th'unwilling tear,
And petrified the heart with real fear!
Macbeth, a harvest of applausse will reap,
For some of us, I fear, have murdered sleep.
His lady too, with grace will sleep and talk,
Our females have been used at night to walk.
Grant us your favor, put us to the test
To gain your emiles we'll do our very best;
And without dread of future Turnkey Lockets,
Thus, in an honest way, still *pick* your *pockets!*

su *home* y hecho su posicion política, que prefieren su vida campestre y el espacio de sus vastas posesiones á la vida más estrecha de Inglaterra, pero que han venido todos aquí con un nombre tan puro como lo exige el honor británico: tal es la concurrencia, tal es la Sydney de hoy. Pues bien, muchos espíritus de Europa, limitados por el velo de la ignorancia, sólo conocen los datos de la deportacion; yo mismo, ántes de mi viaje, sólo he oido hablar de la oscuridad del sótano. Ahora he visto por mis propios ojos cómo ha desaparecido bajo tierra el corto número de la emigracion primitiva, cómo han bajado las heces al fondo del agua limpia, dejando plaza á 400.000 personas honradas que han traido aquí, con su honradez, su fortuna ó la energía suficiente para crearla; ¡de ahí el gran espectáculo que para nosotros se desarrolla en toda su belleza, en plena luz y en plena libertad! No estaré contento si no he cumplido mi deber, rindiendo homenaje á la sociedad de Sydney, que no es conocida, y para la cual somos involuntariamente injustos.

De los beneficios de ese órden moral brota naturalmente la prosperidad material de la colonia: en ella el movimiento es inmenso. Cada dia entran y salen en la bahía ocho ó diez vapores : de media en media hora los *ferry-boats* de vapor cruzan las pequeñas ensenadas que separan la ciudad de los arrabales; los muelles están guarnecidos de una doble fila de buques, y muchos de 1.500 y 1.800 toneladas; los bancos, los hospitales, las escuelas, las iglesias (una de ellas catedral verdaderamente magnífica), se han multiplicado con esa prodigalidad de la raza sajona, que no retrocede ante ningun sacrificio. Cuatro millones

se reunieron, mitad por las *voluntary contributions* de la munificencia privada, y mitad por el Estado para la construccion del colegio católico de San Juan, que es grandiosa, y la de la Universidad anglicana, cuya *Hall* recuerda la de Westminster. Más de 34.000 niños reciben en las escuelas primarias nacionales y en los establecimientos superiores de la colonia una instruccion que cuesta al Estado 1.600.000 francos anuales. Esto no es más que un ejemplo: los principales personajes nos han hecho ver cada dia varios de esos establecimientos, y cuando salíamos entristecidos por la vista de algunas amputaciones en los hospitales, y entrábamos en algun colegio, cuyos gastados bancos y anfiteatros me recordaban mi vida de hace dos años, los alegres *cheers* de 700 alumnos, para los cuales obtenía el príncipe un dia de asueto, dábanme ganas de brincar con ellos...

Por un momento quisimos desempaquetar nuestras escopetas y hacer una nueva correría por el interior, pero como precisamente nos aconsejaban que recorriésemos el Sur hácia el Murray, donde ya habíamos estado, cuando atravesamos toda la colonia Victoria, y por consiguiente sólo hubiéramos visto los mismos carneros, las mismas estaciones y los mismos kanguroos, hemos renunciado sin pena á ese propósito prefiriendo tomarnos una buena racion de vida civilizada á cuenta de la vida seguramente aventurera que llevaremos en Java, China y Japon.

Cierto dia, despues de un baile precioso en la ciudad, á las cuatro y media de la mañana nos lleva el primer ministro, Mr. Martin, al *State wagon* de un tren especial en la línea que sube hasta las montañas

Azules. Durante la primera hora los sembrados llenos se extienden hasta perderse de vista por el paisaje. «Se necesitarían dos veces más brazos para la agricultura, nos decía todo el mundo, pues en resumidas cuentas importamos cereales por valor de siete millones y medio de francos; la colonia produce 163 litros y medio de trigo por habitante, y el consumo es de 254 litros y medio.» Pero como esta tierra alimenta rebaños de carneros, cuya sola lana exportada produce más de 28 millones de francos por año, todavía deben tenerse por muy felices. Apénas nacidas las colonias de Australia sólo sueñan en producir para exportar miles de millones; miéntras que nuestras colonias sólo deben producir lo bastante para sus propias necesidades. Las locomotoras, recorriendo diversas líneas, no tardaron en expulsar á las tribus aborígenes, pero les quedaban como refugio las Montañas Azules; hétenos aquí delante de ellas y vamos á franquearlas. Al pié de esta cordillera serpentea el Warragamba ó Nepean, profundo y ancho rio. Mr. Martin había enviado anticipadamente un bote con seis hombres de la marina real; remontamos con rapidez el rio. Primero pudimos creernos en el Escalda, por lo bajas que son las riberas y llano el país; luégo una gran plantacion de naranjos distrae la vista y nos recuerda á Italia; en seguida, sin transicion, pasamos de la llanura á una profunda garganta de 220 metros de ancho, en las primeras ramificaciones de las Montañas Azules; esto semeja un valle del Rhin, sitio sombrío y austero.

La montaña ha sido partida en dos pedazos por alguna revolucion subterránea; la cortadura tiene 500

piés de alto, y las inflexiones de la antigua cúspide se corresponden en las alturas que nos dominan á derecha é izquierda; hay rocas que parecen colgadas de un hilo y da miedo mirarlas. Desprendimientos recientes han arrancado los árboles en ciertos sitios y sus troncos enlazados por plantas trepadoras, suspendidos por las raíces, cuelgan como racimos de las rocas, cuyos intersticios son verdaderos paraísos de orquídeas; nunca he visto tantas variedades de ellas, casándose unas con otras desde lo alto de la montaña hasta la superficie de esta agua azul, cubriendo las orillas como una colgadura natural de lianas.

Este es un sitio raro, y tanto más sorprendente cuanto que el carácter general de Australia es la pradera llana y sin límites. A eso de medio dia, despues de cuatro horas de navegacion pintoresca, en que algunas veces los troncos arrastrados por la corriente venían á chocar con nuestro bote, aderezamos el almuerzo en una roca, y por fortuna teníamos que comer algo más que orquídeas; los marineros no encuentran dificultad en hacer de leñadores y cocineros; ¡por un poco más hubieran prendido fuego al bosque! La corriente nos hizo volver muy de prisa á nuestro punto de partida, Penrith, que era hasta hoy el *terminus* del ferro-carril.

Allí un segundo tren especial llega con el gobernador y con unas cuarenta señoras y señoritas de Sidney; vamos á inaugurar el puente de hierro (200 metros y tres pilares) construido sobre el rio y la línea que trepa por las Montañas Azules para unir á Bathurst con Sydney. Trepar es la palabra, pues vemos una serie de viaductos en zig-zag hechos de sólida

mampostería, y de terraplenes abiertos en la escarpadura y elevándose por grados hasta el punto culminante de la primera montaña que nos hace cara, es decir, hasta 3.775 piés por cima de nosotros. La pendiente es de tres metros por 100 (1), y el término medio del coste 187.500 francos por kilómetro. Nada más agradable que subir así hasta una cumbre, en trayecto de 112 kilómetros, con muy alegre y elegante compañía en un principio y luego de un modo muy extraño. La línea férrea no puede rodear las peñas ni aprovechar los desfiladeros; ataca el flanco de la montaña por medio de terraplenes y curvas, aplicándose á él como una escala; subimos máquina avante por espacio de un kilómetro, nos detuvimos un minuto en una curva; gracias á un cambio de agujas, y llevando máquina atras subimos igual distancia en sentido inverso, y así sucesivamente. Muy luégo vemos la serie de terraplenes superpuestos por los cuales hemos pasado y que se cortan todos oblicuamente en ángulo de cuarto. Nos habíamos elevado por viaductos paralelos de dos en dos, estando el punto extremo del tercero, por ejemplo, 90 metros más alto que el nacimiento del primero. Estábamos en la cumbre dominando en una extension inmensa la llanura toda cultivada que se perdía en un lejano horizonte. Dentro de algunos meses la línea estará concluida hasta Bathurst; ya el trabajo es más fácil.

¡Pero qué pueblo éste! A pesar de una cadena de montañas que presentan una abrupta pendiente de 3.775 piés de alto, quieren unir con Sydney una ciu-

(1) Y á veces de una trigésima parte.

dad de 4.000 habitantes, y al punto hacen un ferrocarril, trabajos de arte, grandes gastos; ¡ nunca vacilan! A tal precio esa ciudad de 4.000 almas será dentro de diez años un centro de 20.000 habitantes y toda una comarca nueva, improductiva hasta hoy, se abrirá para muchos miles de carneros. ¡Y sin embargo tienen que traer el hierro de Inglaterra!

Al caer la noche volvemos á Sydney, muy contentos de haber visto tantas cosas en veinticuatro horas y habiendo recorrido unos 200 kilómetros y tomado parte en los *lunchs* y bailes inseparables de toda inauguracion inglesa.

El sábado y el domingo siguiente fuimos á Manley-Beach y Watson's Bay: aquí tenemos el faro de la entrada de Port-Jackson, el mar libre ruge al pié de la negra roca que lo domina y desde cuya cumbre alcanza muy léjos la vista: tiene 350 piés de altura y forma sobre el mar una bóveda que nos impide ver su base y da vértigo. Un horroroso naufragio ocurrió há poco en ese sitio, el del *Dunbar* que erró la entrada y partiéndose se fué á pique; 340 personas perecieron; dos de los oficiales que nos acompañaban habían sido testigos, por desgracia impotentes, del siniestro y habían visto á tantos infelices que acababan de hacer una navegacion de tres meses, ahogarse luchando con las olas que los estrellaban contra las rocas y los hundían en el abismo.

Manley-Beach, por el contrario, es una bahía situada en la costa Norte de la entrada y separada del Océano por una angosta lengua de tierra. Nada más risueño que sus pintorescos bosques y sus jardines naturales de flores. Allá van todos los domingos diez

ó doce vapores, cargados hasta no poder más, conduciendo á toda la poblacion de Sydney: entónces son los *pique*, *nique*, los juegos y bailes sobre la hierba. Ya veis que aquí saben sacudirse el rígido fastidio que en semejante dia ordena la costumbre de Inglaterra; hora y media emplean los alegres domingueros en volver á la ciudad.

Un *brick-fielder*, huracan del Sudoeste distrae nuestro regreso. Espesas nubes de arena amarilla oscurecen el cielo y caen sobre nosotros; tenemos una pulgada de polvo en la cubierta y más de un grano en los ojos. Luégo empieza el granizo y la brisa bate la superficie del agua de manera que se cubre con una sábana de blanca espuma ántes que hayan tenido tiempo de formarse las olas. Si no arriásemos á toda prisa, pronto caerían los palos.

Una vez, algunos jóvenes fletaron un *steamer* para mostrarnos todos los preciosos rincones de esta bahía, que no puede ser visitada toda en un año entero que se le consagre, saltamos al agua por cima de las bordas, echamos redes que primero salieron sin pesca alguna y luégo con 200 pescados de un golpe, y hubo risas y bromas en grande.

Otra vez un lindo *yacht*, en que íbamos 17 entre muchachas y muchachos, nos llevó con la brisa de la bahía de Woolloo-moolloo á uno de los más salvajes recodos del rio Paramatta. El bote remontó un canal cubierto de lianas; allí había una oscura gruta cuya entrada cierran unas cuantas tablas. Ante esa puerta primitiva, dos viejos irlandeses, un octogenario y su mujer, fumaban en pipa, rodeados de puercos. ¡Oh, Filemon, oh, Baucis! Cuarenta años hace que viven

allí, ocultos como verdaderos salvajes, léjos de todo sendero, de toda habitacion. ¿Debíamos esperar tal espectáculo en el país de las minas de oro?

Iba con nosotros el buen Dalley, narrador por excelencia, dibujante y bromista del *Punch and Charivari* de Sydney. Porque tambien tiene Sydney su *Punch* tan ingenioso como el de Lóndres. La conversacion fué chispeante á pesar de una ráfaga que inclinaba y balanceaba el *yacht* terriblemente, de lo cual no se espantaron las *misses*. Pero bailar en tierra las divertía más y así no se cansaban de festejarnos; pues lo que refiero no es sino la vida de excursiones que nos arrancaba de vez en cuando á las delicias de la vida mundana de Sydney. Dábannos prisa á que volviésemos y no cesaban los agasajos. Cada noche baile en que hallábamos la sociedad más brillante; hasta tuve el honor de dirigir un *cotillon*. ¡No todos los dias tiene un parisiense ocasion de dirigir cotillones en los antípodas!

De dia, muchas amables personas nos convidaban á los juegos campestres en los hermosos jardines que dominan la bahía y que son maravillosos. En la posesion de lady Manning una serie de terrados puestos por escalones, como las casas en el anfiteatro que forma Génova, daba vista desde lo alto sobre las risueñas bahías de Sydney-bove, Tarm-bove y Woolloomoolloo. Las olas venían á morir en los parterres del jardin botánico cuyas enramadas y deliciosos paseos no olvidará seguramente ninguno de nuestros oficiales de marina.

Más léjos, toda una encarnada, Slizabeth-Bay, forma casi un lago, y todas sus orillas son un solo jar-

din. Allí se encuentra en una posicion única por su belleza la quinta de lady Susannah Macleay; bambús y palmeras mézclanse con los helechos arborescentes y con los bosques naturales de azucenas, ¡es el más mágico jardin de la más encantadora y graciosa castellana!

Luégo había tambien un *cottage* frances donde transcurrían las horas muy dulces para nosotros hablando con personas de corazon y talento...

15 de Octubre.—Pero, ántes de abandonar la colonia empleamos un dia en una excursion histórica y curiosa. Fuimos con el gobernador á 20 leguas de Sydney, á Camden, posesion de los Sres. Mac-Arthur. El padre de éstos fué el primero en adivinar que Australia, léjos de limitarse á ser una penitenciaría para los escapados del patíbulo, debía convertirse en una sociedad inglesa y libre, llamada á representar gran papel en el equilibrio del mundo por sus riquezas naturales y por un comercio de que el mismo Mac-Arthur fué iniciador.

Las praderas de Camden están llenas de rebaños y sus colinas de viñedos que, entre paréntesis, producen el mejor vino *de Borgoña* australiano. Desde un punto de vista mostráronnos el valle donde fueron hallados despues de cinco años los primeros animales que llegaron á Australia en 1788 con los penados. Parece que en el momento del desembarco fueron comidos todos los animales que la expedicion llevaba vivos. Unos veinte se escaparon, y hasta 1793 nadie

volvió á verlos. Mac-Arthur descubrió en este sitio al rebaño que había nacido de aquellos, y que en estado salvaje recorría los prados y desafiaba las flechas de los indígenas, los cuales, habiendo comido muchas veces carne humana, querían comparar con ella las chuletas de carnero.

Estaba yo ávido por oir el relato de los hijos del que los australianos llaman *fundador de la prosperidad de Australia.* A la edad de veinte años, el capitan Mac-Arthur formaba parte del cuerpo de oficiales encargados en 1788 de mandar las tropas del *Penal settlement* de Botany Bay. Desembarcado con los penados, testigo de todas las peripecias del primer establecimiento y de las primeras labores que han abierto estas lejanas playas á la civilizacion, pensó desde luégo en la cria de ganados y en la exportacion de lanas. El pensamiento era atrevido, cuando veía á las tribus negras vivir de asesinatos y pillaje, y cuando no se contaba con más apoyo que el de criminales deportados, los cuales desembarcaban sin recursos. La distancia que les separaba del país donde había que buscar los animales productores, la falta casi absoluta de comunicaciones para exportar los productos anuales, parecían obstáculos invencibles. Pero desde 1797 pudo adquirir en el Cabo de Buena-Esperanza *cinco ovejas* y *tres carneros* de la raza de merinos; cruzólos con *diez ovejas* de Bengala que obtuvo al mismo tiempo, y resultó una raza cuyo vellon era abundante y que se avenía muy bien al clima australiano. Los rápidos progresos, la maravillosa prosperidad de ese modesto rebaño animaron á Mac-Arthur. En 1803 fué á Inglaterra: su fin era convertir la *tierra*

del suicidio, como llamaban entónces á Australia, en una colonia mercantil.

«Hablais de suministrar los medios para tener una miserable existencia de penados, decía á los lores del Consejo privado; creedme, yo os pondré en el mercado de Lóndres más lana de la necesaria para todo el consumo de Inglaterra.» Y como los lores le tratasen de utopista... «Digo más, añadía, Australia, con su océano de praderas, os enviará más lanas que todos los rebaños de Europa y Asia.» Y para asegurar tan hermoso porvenir, sólo pedía al Gobierno cuatro ó cinco buques enteramente cargados de ovejas. Pero como todos los grandes innovadores, fué recibido con sonrisas de desden. Sólo lord Camden le dió alguna esperanza, y obtuvo para él de Jorge III, como cortés regalo, *una* oveja y *nueve* carneros de su rebaño-modelo de Kew. Parece que á la sazon los soberanos tenían el gusto de las granjas modelos, y que, por otra parte, los consejeros privados no eran muy previsores. Rechazado por el Gobierno, el jóven oficial fletó el solo un buque y llevó á Sydney, además del regalo de la munificencia regia, 400 ovejas sajonas de la más pura raza, compradas á sus expensas. «En estos prados que nos rodean hasta perderse la vista, nos decían los señores Mac-Arthur, vió nuestro padre prosperar los rebaños que él solo había importado y en los que fundaba tan grandes esperanzas: si hubiera vivido hasta la edad de 97 años, hubiera visto el desarrollo, único en el mundo, de una riqueza, cuyos modestos cimientos fueron creacion suya; hubiese visto lo que veis, no sólo en nuestra colonia, sino en todas las que han nacido de ella y le han pedido sucesivamente,

como á una segunda madre patria, los primeros rebaños.»

Lo que vemos, en efecto, son ocho millones de carneros en Nueva Gales del Sur, cerca de nueve millones en Victoria, millon y medio en Tasmania, seis millones en la Australia meridional y otros tantos en Tierra de la Reina. Esto forma un total de *treinta millones y medio de carneros*, representando un valor de 457.500.000 francos y dando una exportacion anual de 152.500.000 libras de lana por valor de 290.000.000 de francos.

¿No es asombroso recordar á presencia de esas cifras que en 1823 se vendieron en el mercado de Lóndres por 2.200 francos 12 balas de lana, como primera exportacion de Australia? ¡Hé ahí una obra inglesa, obra de muy pocos años, que dentro de diez se habrá duplicado! ¿Qué será dentro de un siglo, pues que los *squatters* sólo ocupan todavía el litoral de un continente casi tan grande como Europa?

El Gobierno de la colonia se ha mostrado agradecido para con el hombre enérgico que tanto hizo por ella. Concedióse en propiedad un territorio en que bailaría de gusto todo un departamento frances.

El más jóven de sus hijos nos ha hecho recorrer la posesion: á un lado corrían y jugaban caballos y yeguas *pur sang*, á otro pacían bueyes por millares y carneros por decenas de millar. Pero en medio de esa verdadera exposicion de animales de raza europea, un ejemplar indígena hizo su aparicion entre la hierba. Era una horrorosa serpiente gris y marron de dos metros de largo; matámosla con entusiasmo y en seguida un negro la enroscó en un palo y la llevó en triunfo.

Segun parece, pertenecia á una de las especies más venenosas de estos parajes. Hace un mes murió uno de los pastores de la *estacion* por la mordedura de una semejante. Otro pastor acaba de ser mordido en la cintura; nuestro huésped lo ve y no vacila: con su cuchillo le abre en carne viva un hueco en que cabe el puño, en seguida le cauteriza con un hierro ardiendo, y aplica por fin un líquido hecho con hierbas del país. Pienso que podía dar diez vueltas al mundo sin hallar persona que no tenga el horror innato á las serpientes.

Es como el horror á los penados; todo el mundo lo tiene; los detestan. Y sin embargo, decíanos nuestro huésped, los hemos visto en el trabajo cuando no había en la colonia más hombres libres que los oficiales y soldados de la guarnicion. Nunca estaban cerradas nuestras puertas (es verdad que las cerraduras eran cosa desconocida) y nunca fuimos robados. Desmontar bosques, construir muelles y trazar caminos, tales eran sus trabajos. Cuando los inmigrantes libres llegaron en tropel, dímoslos los penados como obreros y servidores, y muchos por su buena conducta ganaron perdon y libertad. El término medio de los crímenes aquí no ha igualado nunca al de Inglaterra. Tal ha sido la grande é incontestable ventaja de las deportaciones: los deportados fueron los trabajadores involuntarios cuyos primeros azadonazos abrieron una mina llena de tesoros. Nunca se hubiera podido hallar un millar de hombres libres para desembarcar en los escollos de Botany-Bay; pero se encontraron 300.000 para desembarcar en los muelles de Sydney.

El elemento penal fué necesario en la fundacion, cuando el horror público á estos países igualaba á la pública ignorancia; pero pasado aquel tiempo, su perniciosa influencia sólo podía ser combatida por la transformacion gradual de la forma de gobierno, á medida que la inmigracion libre transformaba la condicion moral de los gobernados. Lo que ha hecho la admirable fortuna de Nueva Gales del Sur es la dósis de libertad en la administracion de sus negocios, que aumentaba con la llegada de cada buque de inmigrantes; es el *self-government*, la eleccion libre, la participacion de todos en la vida política. Si se hubiera mantenido *para la colonia* el sistema autoritario de la *penitenciaría* no tendríamos en Australia el múltiple espectáculo de ciudades populosas, Parlamentos elegidos por sufragio popular, fuerza libre, ferro-carriles, comercio importantísimo, y en una palabra, civilizacion europea y liberal. Hubiéramos encontrado en el suelo de Nueva Holanda cuarteles y prisiones, decretos indiscutibles de un gobernador omnipotente, silencio aprobador de un consejo *pro forma*, expediciones heroicas sin resultado, monopolio en todo, reglamentos para todo y un gendarme para cada dos colonos.

Semejante espectáculo sería sobre poco más ó ménos nuestro sistema colonial como se empieza á practicar en Nueva Caledonia. Hubiera querido visitar este último país, pero durante mi estancia en Australía ningun buque partió para allá; pero hay una cosa de nuestra colonia de que puedo hablar *de visu*: es el cuadro de sus relaciones mercantiles con Sydney publicado en las estadísticas del Ministerio. Las

REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL VALENCIA

exportaciones de Sydney para Noumea en 1865 fueron de 983.000 francos, miéntras que Noumea sólo ha enviado á Sydney 49.000 francos de mercancías. La diferencia es de 934.000 francos á favor de Nueva Gales del Sur.

Y sin embargo, por sus inmensos recursos naturales, por su naturaleza tropical, por su posicion mercantil, pudiera esa hermosa isla convertirse en una magnífica colonia, nos dicen los que la han visitado. Situada bajo la misma latitud que Borbon, dotada de un suelo prodigiosamente fértil, produce tambien, como Borbon, azúcar, café, especias; no necesita para hacer fortuna enviar sus productos por el Cabo de Hornos á Europa, distante 6.000 leguas; está á cuatro dias de Sydney, á diez de Melbourne; goza la felicidad única para una colonia tropical de tener *su Europa* á la puerta y en ella encontrarían fácil salida todos sus productos.

La naturaleza, demasiado seca, del suelo australiano se niega al cultivo del azúcar y el café; esta poblacion de millon y medio de blancos, establecida y opulenta, en vez de adquirir en Mauricio ó Java los productos tropicales que necesita, los obtendría de nuestra isla, admirablemente situada para la estrategia mercantil, dejándonos cada año muchos millones. Quisiera poder esperar tan próspero porvenir.

Mas por ahora parece que Nueva Caledonia es como un buque de tres puentes gobernado por el pito del contramaestre; los colonos son allí tratados como pasajeros que molestan la maniobra de los *obreros de la transportacion.* Cuando ocurrió la reciente desgracia de Borbon doce colonos de esta isla vinieron

en diputacion á Nueva Caledonia buscando medios de establecerse en ella, pues les tentaba la riqueza del suelo. El despotismo militar, junto con una centralizacion de presidio, les hizo ver que estarían allí demas, y se volvieron á su isla natal.

Oficialmente se ha preferido á todo la excelencia de la posicion para una penitenciaría. Si los deportados tratan de escaparse por mar, sus frágiles canoas se romperán contra los arrecifes de coral. Si por tierra logran forzar el cordon de tropas que los guardan, caen en manos de los canaques que en seguida los asan y se los comen... Y luégo la ocasion magnífica para hacer tres ensayos sucesivos de *falansterio*, sorprendiendo al mundo con la práctica de esa original teoría. Por desgracia, despues de escenas altamente cómicas y aunque llegaban más numerosos de lo que era menester los cargamentos de *virtuosas huérfanas*, el soñado *falansterio* ha ido de mal en peor. Lo más claro de las importaciones francesas es el ajenjo, y lo más saliente de las exportaciones es el papel timbrado de los informes judiciales y militares. Pero si no tenemos más que 1.700 hombres libres en una tierra donde los ingleses tendrían ya 17.000, y si la subvencion de 300.000 francos excede en dos terceras partes á los recursos naturales de la colonia, cuyo suelo es, sin embargo, tan rico, si en vez de colonizar sólo sabemos ocupar, fortificar, acotar, reglamentar é inspeccionar, nos queda la gloria de las armas. En Sydney se hacen grandes elogios de los 900 hombres de nuestra guarnicion caledoniana, y ese merecido elogio hace siempre palpitar nuestros corazones.

Nacidas en épocas diferentes, no bajo la misma

estrella sino bajo la misma oscuridad, Nueva Gales del Sur y Nueva Caledonia, parecen colocadas frente á frente para que resalte el estado de infancia en que se halla en la una y el magnífico desarrollo que alcanza la otra.

El cuadro de 1865 es brillante para la colonia inglesa: 411.388 habitantes poseen 8.132.511 carneros, 1.961.905 cabezas de ganado vacuno y 282.587 caballos; los gastos del Estado se elevan á 43.912.275 francos, y los ingresos á 53.930.825, sirviendo el excedente para amortizar con rapidez la deuda, que es todavía de 143.725.000 francos, y 1.912 buques con capacidad de 635.888 toneladas entran en sus puertos; su comercio general es de 304.980.600 francos; la carne cuesta á 30 céntimos de franco la libra, y el precio medio de los salarios es 12 francos y 50 céntimos diarios.

La Constitucion de Nueva-Gales del Sur no se parece á la de Victoria ni á la de Tasmania. La *Assembly*, compuesta de 70 individuos, es nombrada periódicamente por el *Residential suffrage*, es decir, por todos los ciudadanos inscritos como residentes: esa es la Cámara de los Diputados. La *Legislative* es nombrada vitaliciamente por el gobernador, en consejo de ministros responsables: es la Cámara de los Jueces. En ese gobierno constitucional la mano hábil y amada de sir Jhon Young ha sabido mantener tendida y sin romperse la cuerda entre el elemento conservador y el elemento liberal, vencidos ó triunfadores alternativamente en el juego de las instituciones parlamentarias. Los negocios están siempre en manos de hombres superiores, y cuando no es Mr. Martins,

es Mr. Cowper quien dirige, siguiendo las corrientes de la opinion pública que juzga y del sufragio que sanciona.

Aunque la sociedad de Sydney, capital de una colonia principalmente pastoril, donde una aristocracia poderosa se mantiene fuera del comercio, sea una sociedad antigua en comparacion con la de Melbourne, nivelada por su nacimiento en la fiebre del oro y por el carácter eminentemente mercantil de sus moradores, la vida política es en aquélla no ménos activa y apasionada que en ésta.

Para todos los hombres que hemos visto la patria está aquí y de ella están enamorados como el escultor de la estatua que ejecuta, aquí está el palenque en que luchan por sus principios, se elevan por las elecciones y aumentan su prosperidad por sus propias manos. Más firme que Victoria, pero ménos liberal; más lenta, pero ménos febril; más semejante á Inglaterra miéntras que su vecina se acerca á los Estados-Unidos; la Nueva-Gales del Sur me ha parecido el floron mejor montado y más sólido en la brillante corona de las colonias inglesas; en setenta y siete años ha mostrado lo que pueden, á pesar de los mayores obstáculos, la autonomía, la energía y el liberalismo.

XIII.

COSTA ORIENTAL DE AUSTRALIA.

Una ocasion única para franquear el Estrecho de Torres.—El *Hero*.—Newcastle y sus carbones.—Brisbane y las zorras volantes.—La Tierra de la Reina, colonia naciente.—Un relato de los sacrificios humanos de Dahomey.—Una ciudad de dos años.—Las hogueras de los caníbales.—Las islas de coral, en que el *Hero* por poco se va á pique.

17 de Octubre.—¡Ha llegado el momento de la partida! Contábamos permanecer seis semanas en Australia y hemos pasado catorce, retenidos en todas partes por un interes siempre creciente y una hospitalidad incansable. En vez de seguir el camino trillado de la mala inglesa para Melbourne, Puerto del Rey Jorge y Ceilan, se nos ha presentado una ocasion magnífica; el Gobierno envía un vapor á Batavia, por el Estrecho de Torres, para tratar de establecer comunicaciones mercantiles entre las colonias australianas y las posesiones holandesas.

El *Hero* ha sido designado á esa peligrosa mision. El atractivo de navegar por espacio de 1.200 millas entre los arrecifes del mar de Coral y franquear el

paso reputado más peligroso del mundo, no nos deja vacilar un momento, no obstante los temores é instancias de cuantos se interesan por nosotros.

Al amanecer estamos á bordo; no conozco nada comparable al desórden, animacion y alboroto que preceden la partida de un vapor para una travesía que se presume debe durar un mes. Todos los marineros están borrachos, esto es de regla; los proveedores de víveres se retrasan, esto es comun á todos los países. Las gruas de vapor balancean sobre nuestras cabezas toneles de puerco salado, carneros vivos, vacas que mugen, caballos que patalean describiendo una gran parábola á la altura de las gavias y caen en el puente, empezando en seguida á piafar y encabritarse entre los marineros más asustados todavía; piaras de puercos espantados corren desde la duneta al castillo de popa, atravesándonos los oidos con sus penetrantes gritos. Caen el carbon y las legumbres, todo junto, sobre la pintura reciente del buque. Todo el mundo se desgañita y una coleccion de papagayos viene á dar la nota más aguda... Luégo largamos todas las amarras, la hélice nos empuja avante y nos lanzamos, rápidos como una flecha, á traves de esta bahía que nos parece hoy más bella que nunca...

Los ruidos de la orilla no llegaban ya á mis oidos; inclinado sobre la duneta hallábame en tierra por el pensamiento, y sentía partir de esa ciudad amable, donde tantas veces nos han dicho: «Ya volvereis algun dia.» Nuevamente se desplegaban á nuestros ojos los lugares que tanto nos han cautivado; Macquarie's Chair, Woolloomoolloo, Elizabeth-bay, y yo pensaba que el verdadero Eden de Australia no

está en Twofold ni bajo el cabo Umurumun, sino aquí:

...Le bonheur reste au gite,
Le souvenir part avec moi.

Y poco á poco las últimas casas, iluminadas por el sol saliente, se borran entre las colinas de flores y desaparecen de repente tras las rocas en que se perdió el *Dunbar*.

Al anochecer costeamos á poca distancia de tierra, que es arenosa y monótona, y entramos en Newcastle. La entrada está llena de bancos y agitada por rápidas corrientes, en una palabra, muy peligrosa. En medio de los arrecifes vemos los palos del vapor *Cowarra*, que se perdió allí á 500 metros de tierra, despues de nuestra llegada á Australia. ¡Cosa horrible: de 275 pasajeros, uno sólo, un jóven de veinte años, logró salvarse aferrándose á una boya!

Hemos venido aquí en busca de las 1.100 toneladas de carbon que deben tragarse las hornillas del *Hero* durante el viaje. Newcastle es el grande, pero único mercado colonial de carbon en Australia; importábanos mucho visitar las minas que para tan gran movimiento mercantil valen más que minas de oro.

18 de Octubre.—Los directores nos conducen á caballo á la mina Waratah; dos galerías, cada una de 800 metros, penetran horizontalmente en el costado de la montaña que es toda ella una enorme masa

de carbon; nace allí una vena cuyo término no puede precisarse y que con varios kilómetros de largo y cuatro metros de profundidad se hunde en direccion Sur, siguiendo una pendiente de 5 metros por 300. La Waratah emplea 250 obreros pagados á razon de cuatro francos 40 céntimos por tonelada; extraen por término medio 3.500 toneladas por semana, que cuestan cada una en la plaza 10 francos 35 céntimos. Esta mina, que no necesita abrir pozos ni emplear máquinas, pues encuentra el carbon en la superficie, es la más privilegiada. Perjudica mucho á las demas que explotan ya cimientos profundos y que, sin embargo, deben vender al mismo precio. Más léjos visitamos el *Bore-Hole*, donde descendemos á 300 piés de profundidad; es un medio como otro cualquiera de acercarnos á Europa, y tambien de ver cuánto más limpia es una mina de carbon que una mina de oro. El *Bore-Hole* pertenece á una gran compañía, la *Australian agricultural* que produce de todo, carbon, caballos, coles, bueyes y carneros. El gobierno le ha dado gratuitamente dos millones de hectáreas; despues ha comprado 800.000 más por 20 millones de francos; tiene cerca de 200.000 carneros, 20.000 bueyes y 500 hombres asalariados, pastores y mineros, á los que paga 1.750.000 francos. Este es un ejemplo del *squattage* por asociacion bastante comun en Australia. Los accionistas no venderían por un imperio; cada uno espera ganarse su milloncejo, y nos dicen que no le esperarán mucho tiempo: ¡felices accionistas cuya suerte debe hacer envidiosos á los harto confiados suscritores del empréstito mejicano!

19 de Octubre.—El barrigon del *Hero* ha absorbido sus 1.100 toneladas de carbon; figuraremos por una 25.ª parte en la exportacion semanal de Newcastle, ciudad que por su aspecto sombrío contrasta particularmente con Sydney; despues del palacio de una hada hemos visto la casa del deshollinador. Nuestro buque es un antiguo *blockade runner* construido en Glasgow durante la guerra de América para forzar el bloqueo de los puertos confederados, lo cual quiere decir que es todo de hierro, afilado como una piragua, y levanta muy poco sobre el agua. Tiene 235 piés de eslora, máquina de 250 caballos, 42 hombres de tripulacion y 1.200 toneladas de capacidad, de suerte que, como veis, le queda desde hoy muy poco sitio para las mercancías. Es como un *ballon d'essay* que Australia lanza para abrir camino; si lo consigue, le seguirán buques mercantes bien cargados.

22 de Octubre.—Hemos salido de las aguas de Nueva-Gales del Sur para entrar en las de *Tierra de la Reina.* En cuanto á las aguas del cielo diríase que quieren ahogarnos á bordo; una verdadera trómba nos ha causado gran destrozo. La tempestad, procedente del Sur y cargada de nubes frias, ha chocado bruscamente con la brisa baja y cálida del Norte; por un momento hubo equilibrio y lucha encima de nuestras cabezas, luégo las dos electricidades se combinaron y todo se rompió; precipitáronse los vapores condensados en forma de granizos grandes como huevos de paloma y en minuto y medio subió el barómetro un cuarto de pulgada; por el mismo estilo

giraban y variaban nuestros instrumentos. Todo el mundo se refugió en el entrepuente; varios papagayos fueron muertos por los granizos que rompían sus jaulas cubiertas; los perros heridos aullaban de dolor.

El pánico fué corto, pero inaudito. Además de los truenos tuvimos golpe de mar, el cual nos sacudió tan lindamente que todo el cobertizo y resguardo hecho para los caballos en la proa fué destruido en un instante, y los pobres animales cayeron derribados como una fila de naipes, unos de costado, otros con las patas al aire, sacudidos por las olas, y cuantos más esfuerzos hacían por levantarse, más resbalaban y caían. Buen temple se necesita para conservar sangre fria en tales confusiones; nuestro capitan Logan, con su voz tonante y su brazo de hierro, estaba admirable. Habituados tambien nosotros al peligro, procuramos ayudarle como pudimos. La cubierta presentaba el aspecto de esas cacerías africanas en que los animales son empujados por dos filas de jinetes al galope hasta caer en un foso donde se amontonan como codornices en un pastel. Un caballo ha muerto y lo arrojamos al mar; otro se prepara á tomar el mismo baño.

¡Ay de mí! Nada de eso ha podido lavar la más espantosa cloaca que he visto nunca, á saber, nuestra cocina, donde dos carniceros mulatos, grasientos y aceitosos manejan á puñados la pimienta encarnada y los clavos. ¡Y qué agua para beber! Pero de tales cosas debe uno reir en viaje para sostener la moral cuando la parte física sufre.

Hétenos aquí á cubierto de la isla de Moreton; sol-

tamos nuestras pesadas anclas en la bahía y un vaporcito procedente de Brisbane nos aborda. El edecan del gobernador, sir Jorge Bowen, trae al príncipe una amable carta invitándole á desembarcar; durante dos horas remnotamos el Brisbane-River, de orillas bajas y pantanosas; nos detenemos un momento para coger tres grandes tortugas amarillas, de metro y medio de largo; una vez á bordo y tendidos boca arriba, los pobres animales agitan en vano sus patas, enseñan su calva cabeza y mueven los ojos con una expresion evidente de fastidio. ¡Qué buena sopa nos van á dar!

Pasamos toda la tarde en *Government House*; estamos cerca del Trópico y hace mucho calor, los jardines son raros. La aparicion de un animal nuevo interrumpe nuestra conversacion; es el *flying fox*, especie de ardilla pequeña color marron, cuyas patas al extenderse, despliegan entre sí un tejido transparente y membranoso que les sirve de para-caidas y áun de alas para salvar de un árbol á otro distancias de 100 y 150 metros. No sé qué nombre latino ó griego le ha dado la ciencia, pero le llamaría ardilla murciélago. Es un gusto verlos lanzarse de lo alto de un pino y sostenerse en el aire ó descender diagonalmente con la rapidez de una flecha; cuando la brisa los empuja van muy léjos, semejantes á las hojas de otoño que voltean inanimadas á grandes distancias de un árbol elevado.

Hay aquí algunos *Buñas*, árbol sagrado de los negros de estas comarcas. Es un pino vigoroso, de estructura rara, pero regular, como el araucaria, y alcanza pronto imponente altura. Su fruto, del género de las ananas, madura solamente de tres en tres años;

los salvajes se reunen por tribus para ir á cogerlo en ciertos bosques que veneran. Cosa curiosa: desde el establecimiento de los blancos, el olor de los rebaños y la vecindad de las casas matan rápidamente á esos árboles, y ya los negros, cuando van á recoger sus frutos, cantan con triste cadencia que, «cuando madure la última buñana en el último sobreviviente del bosque de los buñas, y caiga al suelo, el último negro dará su alma á las estrellas.»

Es, en efecto, un triste espectáculo ver cuán pronto se extingue esta raza; una gran melancolía se ha apoderado de todas las tribus del Sur; de dia en dia van muriendo. ¡Pobre raza salvaje que sólo ha tomado de la civilizacion lo que podía perjudicarla! Los excesos de bebida y las enfermedades, que la destruyen como el granizo mata á las moscas. En ochenta años que lleva de contacto con la industria de los blancos, ni una sola vez ha tenido la energía de ponerse á trabajar á ejemplo de los invasores y obtener de la misma tierra las mismas ganancias que ellos. No, revolcarse en la arena dia y noche, cazar al *opossum* con picas de espinas de pescado, comer de una vez para cuatro dias y luégo dormir al sol con la pereza del boa, tal es la vida de esa raza que parece maldita. Por más que se educa á los hijos de los negros y se les enseñan oficios y se les da á ganar un elevado salario, cuando llegan á tener veinte ó veinticinco años se escapan de las ciudades á los bosques para volver á su antigua miserable existencia. Más aún: hubo uno de notable entendimiento que fué educado en Melbourne y se apasionó por las máquinas y la industria; tenía casi los modales de un euro-

peo; sabía un poco de matemáticas y podía resolver una ecuacion de segundo grado; lo enviaron á pasar dos años en Inglaterra y lo presentaron á la Reina, que lo colmó de amabilidades. Pues bien, recorred hoy las salvajes orillas del Murrumbidge ó del Ulla-Dulla, y le encontrareis en cueros, en medio de tribus repugnantes, viviendo de *opossum*, incapaz de trabajar, tan bruto y miserable como sus hermanos. Diríase en verdad que un mal genio quiere tenerlos de espectadores ignorantes é impasibles de todas las maravillas que los blancos ejecutan en su país.

23 de Octubre.—Por la mañana volvemos á nuestro *Hero*; ántes de llegar al muelle he mirado á mí alrededor notando algo extraño. No conozco nada tan singular como una ciudad naciente: hay aquí edificios públicos que son verdaderos palacios, y sin embargo esto no es más que una aldea grande; las calles están trazadas, pero en medio de un bosque de cedros rojos, tulíperas y árboles del hierro. Al cabo de una calle que ostenta tres ó cuatro lindas tiendas de novedades, hay un precipicio y un torrente; más léjos he visto en un poste: *Tesoro público* y alrededor no hay más que tiendas de inmigrantes que llegaron há pocos dias.

Brisbane es, en efecto, una colonia que surge del suelo; su territorio el *Queen's Land* comprende toda la parte Nordeste del continente austral en extension dos veces mayor que la de Francia. Hace cuarenta y dos años que entró el primer europeo en Moreton-Bay; pero pronto se formó allí uno de los distritos

pastorales de la Nueva Gales del Sur: en 1859 había poco más de 20.000 habitantes y les perjudicaba el apartamiento de la sede de gobierno; entónces el distrito se convirtió en colonia independiente. Singular cosa es esa innata necesidad de independencia, de iniciativa y aventura, en estas reuniones de hombres que no temen arruinarse perdiendo la proteccion de un Estado instituido de antiguo y que aspiran á sobrepujar por la autonomía la prosperidad de sus vecinos. Es que para medir bien los remedios al mal, los verdaderos estímulos del trabjo, las fuentes naturales de prosperidad de que posee un país, es menester hallarse sobre el terreno. Han querido tener y tienen ya una Cámara nombrada por sufragio universal, y ministros responsables. Han querido marchar á pasos de gigante y estrenarse con los beneficios y gastos de la inmigracion.

Y hé aquí que suben hoy á 90.000 los miembros de esta colonia nacida en 1859; en sus pastos cuentan 6.000.000 de carneros, 900.000 cabezas de ganado vacuno, 50.000 caballos; exportan 37.500.000 francos al año; poseen minas de cobre, acaban de descubrir minas de oro y los *Darling-Downs* tienen una tierra vegetal que se compara á la de Inglaterra. Así es que una marejada de capitalistas y *squatter* de las otras colonias ha inundado este país semi-salvaje. Ciertos señores dueños de 150.000 carneros, encontráBanse estrechos en los *runs* del Sur, y movidos por el espíritu aventurero, se han lanzado atrevidamente por el interior para tener mayores dominios.

Los inmigrantes reciben al desembarcar una *non transferable land order* que les da derecho á elegir

un rectángulo de terreno de 60 hectáreas. Además el Gobierno les arrienda tanto como quieren á razon de 12 francos 50 céntimos por hectárea, y si el arriendo es de catorce años, por el mismo precio da una milla cuadrada. Decididamente las minas y los carneros son el alfa y omega de Australia.

Bien es verdad que las arcas del Tesoro se distinguen por su ligereza. Así ha tenido que ser por los muchos excesos, por los abusos de energía, por los transportes gratuitos de inmigrantes, por las creaciones de ferro-carriles, puertos y telégrafos. Pero en un país cuya deuda dentro de diez años no pesará sobre 90.000 sino sobre 500.000 habitantes y en que el valor de miles de kilómetros cuadrados pasa en dos años desde cero á 600 francos, nadie se espanta de una deuda de 20.775.000 francos contraida en los comienzos de la colonia.

Ese primer apuro que sufre hoy la Tierra de la Reina se vió igualmente y no há mucho en Victoria y Nueva Zelanda que, sin embargo, han prosperado maravillosamente. Brisbane ha tenido como Melbourne sus motines; pero si no ha corrido sangre no se debe al aparato de fuerza armada; si en Tasmania no hay más que *siete soldados*, en Brisbane no hay más que *diez y seis*. Ahora todo está en órden y si esta colonia sale de su crísis rentística, si no sucumbe en la guerra de tarifas que empiezan á hacerse las colonias australianas, será ejemplo notable de las dificultades en que tropieza una creacion lejana, pero tambien de la rapidez y confianza con que puede vencerlas y elevarse de la noche á la mañana desde la nada á la prosperidad.

Dentro de diez años quizas sea este país un gran

Estado. Entónces me alegraré yo de haber visto su capital en condicion de aldea, á sus habitantes morando en tiendas, y su infancia en peligro. Habré visto los cimientos de un imperio y todo lo que bajo las alas de la libertad puede intentar y ejecutar en una tierra salvaje el poder humano. Pero yo no he visto más que el conjunto de una ciudad que se forma, los pormenores no se me han presentado en tan corto tiempo. Sólo la conversacion del gobernador y de algunos *squatters* me ha enseñado lo que os transmito, y miéntras escribo, el *Hero* corre ya sus diez nudos por hora hácia el Norte, siguiendo la costa que no debemos perder de vista en algunos dias.

25 *de Octubre.*—Una navegacion despues de tres meses de vida agitada es una verdadera felicidad, un reposo necesario. Ahora nos parecen deliciosos nuestros paseos por la cubierta, respirando libremente la fresca brisa y recogiendo todos nuestros recuerdos. A veces rio de ganas oyendo los relatos del médico de á bordo, embarcado en el *Hero* al dia siguiente de su llegada á Australia desde Irlanda en un buque donde tenía á su cargo la grata vigilancia de 550 vírgenes de la verde *Erin*, remitidas á Tierra de la Reina por una sociedad de estímulo á la mejora de la raza... El viaje duró 114 dias; ¡imagínese si las tales doncellas bailarán ahora en tierra!

Tenemos un compañero muy amable en el Sr. Van Delden, presidente del Tribunal de Comercio de Batavia, que vino á estudiar las colonias australianas y á tratar de establecer esas mismas relaciones mercantiles de que es el *Hero* explorador.

INSTITUTO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL

Por la noche los cocineros toman sus armónicas y al ruido de una melodía irlandesa que incomoda á las mismas gaviotas, toda la tripulacion baila alegremente la *jiga* en la proa. Las horas de una noche estrellada sobre un mar tranquilo son horas de dulces coloquios, y yo me paseo largos ratos por la cubierta interrogando con avidez á uno de los hombres más interesantes que he conocido, y que por desgracia sólo será compañero nuestro durante cinco dias más. Este es M. Haran, cirujano de la marina real, que se dirige á la *estacion de salvamento* del estrecho de Torres, donde vive con algunos soldados, en medio de caníbales: en semejante sitio su mujer se ha vuelto loca y sus dos hijos han perecido de insolacion...

M. Haran ha estado en todas partes y viajado por todos los países desconocidos. En veintiocho años que lleva recorriendo los mares ha tenido la fortuna de visitar todas las costas orientales y occidentales de América y Africa, y las dos terceras partes de Oceania. Él acompañó en 1862 al comodoro inglés Eardley-Wilmot en el *Rattlesnake*, cuando éste fué encargado por la reina Victoria de llevar regalos al rey de Dahomey (costa occidental de Africa, 3° latitud N.) y suplicarle que renunciara á sus famosos sacrificios humanos y á la venta de sus súbditos como esclavos. El comodoro, el doctor Haran y otro oficial de marina desembarcaron solos, sin armas, y adelantaron valientemente por medio de poblaciones caníbales hácia el palacio de Dahomey, tan famoso por sus columnas construidas de cráneos humanos. El rey salió á recibirlos seguido de un ejército de 5.000 amazonas bizarramente armadas. Recibiólos con pompa, pre-

sentólos al pueblo congregado y les dió hospitalidad durante siete semanas. Pero hubieron de sufrir los espectáculos más extraños: durante el primer mes se repitió tres ó cuatro veces cuando salía el rey la operacion de cortar cinco cabezas á su paso para llamar las bendiciones del cielo sobre la suya. Un dia hubo sacrificio solemne; larga procesion entró en una torre y sobre la plataforma fueron decapitados primeramente 100 pollos, despues cochinos, pavos, carneros, bueyes, y por último 60 hombres y 60 mujeres. Aquello era un gran regocijo para el pueblo que celebraba su victoria sobre una tribu vencida, siempre para mayor gloria de la Divinidad y esplendor de la dinastía. El rey quiso convencer á los enviados británicos de la legalidad de tales sacrificios humanos, mostrándoles el regocijo de la multitud y diciéndoles «que un soberano que no hiciere cortar las cabezas de los enemigos á quienes ha vencido, sería destronado, porque el pueblo de Dahomey quiere que su príncipe sea fiel á la religion de sus mayores y sacrifique varias veces al mes.» Agotadas todas las razones de humanidad, el comodoro propuso una indemnizacion en dinero muy crecida. «¡Dinero; nunca! repuso el rey: vuestra reina no podía darme bastante. Considerad que vendo cada negro prisionero por 300 francos á los piratas portugueses que son mis buenos amigos. Seámoslo en buen hora, pero cada cual segun su religion y costumbres. «Y tras esto los llevó al festin en que sus chambelanes de negra piel bebían alegremente en copas blancas y pulidas, que eran ni más ni ménos que cráneos humanos. Luégo los convidados se disputaban buenas tajadas de jamones hu-

manos aderezados con hierbas aromáticas. Nunca en toda mi vida he sentido tanto miedo, me decía el doctor, pues rehusamos enérgicamente tocar bocado é iba en ello nuestra vida: felizmente habíamos reservado para aquel momento una distribucion de sombreros galoneados y con plumas, de fusiles y de relojes, lo cual hizo que nos perdonasen el no haber comido carne humana. Los plumeros hicieron furor y los señores negros desnudos y empenachados con sus tricornios de Estado Mayor, presentaban el aspecto más cómico del mundo. Los adivinos, tirando al aire unos cubitos de madera, dicen al rey cada mañana lo que debe hacer durante el dia. Los ingleses hubieron de volver á su fragata sin haber obtenido nada de lo que pedían. El rey los despidió cortesmente, alegando siempre *motivos de un órden superior*, y creyó consolarlos dando á cada uno hermosos colmillos de elefante, cuernos de rinoceronte y dos mujeres de su harem. Admiro el valor de esos hombres y hubiera dado todo lo del mundo por hallarme en esa expedicion.

Este relato es rigurosamente exacto, pues Fauvel se encontró el año pasado en Rio-Janeiro con el ilustre Burton, encargado dos años más tarde de idéntica mision, y palabra por palabra le dijo lo mismo que M. Haran á nosotros.

26 de Octubre.—La niebla ha venido á detener la rapidez de nuestro viaje; hemos pasado todo el dia esforzándonos por descubrir *Lady-Elliot-Island* que debía determinar nuestra posicion, pues el punto de

estima era demasiado incierto, con corrientes de una impetuosidad increible; por fin la hemos hallado. Ayer pasamos el Trópico de Capricornio al amanecer; la mar se ha calmado; las innumerables islas de coral nos ponen al abrigo; nubes de pájaros blancos las anuncian desde léjos. Pasamos Peak-Island, elevada roca perforada en medio por un agujero ovalado en direccion NO.-SE. Es una cosa rara é inverosímil, y sirve de refugio á pelícanos y tortugas. Desde allí seguimos un ancho canal entre la costa del continente y las islas desiertas K. 11, 12 y 13 y M. tan salvajes como pintorescos son sus nombres, y hétenos en la rada de Bowen. El *Hero* tiene de bueno que se para donde se quiere; lo hermoso del dia y lo risueño de la bahía, cercada de pinos, nos convidan á desembarcar, y saltando en la ballenera, vamos de visita á la postrera aldea de la Australia oriental.

La llegada de nuestro buque, que anunciamos con el estampido del cañon, es un acontecimiento para una poblacion que apénas de año en año es visitada por algun vapor. Estamos admirados de caer en medio de una república alemana; prusianos ménos brillantes que los de Sadowa y entusiasmados por la noticia que les damos de los triunfos del fusil de aguja; badeneses á quienes ya no agitan las emociones de la ruleta, construyen sus cabañas de madera en esta ciudad tropical, nacida hace dos años, cuyos puntos de reunion son una iglesia y siete tabernas, y en donde mil habitantes recien desembarcados luchan contra las serpientes y los indígenas, contra un sol de fuego y unos bosques vírgenes.

Hé ahí la Australia tal como la imaginan en Europa ; hé ahí colonos trabajando é inmigrantes pobres acampando en tiendas; hé ahí muchos infelices de nuestras tierras que han venido en busca de pan á desterrarse en estos lejanos países. La miseria y la desesperacion les impulsaron á partir y todavía están asombrados de encontrarse solos en un mundo donde todo es nuevo para ellos, donde el colono no tiene nada que esperar sino de su energía y debe probarlo y crearlo todo. Un honrado campesino prusiano, que lloraba de alegría oyéndonos hablar su lengua, cercaba el campo vecino á su cabaña y no quitaba la vista de un flaco rebaño de 40 ovejas. Decíamosle que habíamos visto en el Sur ganaderías de hasta 60.000 carneros pastando sin barreras. Entónces dió un hachazo más enérgico al bambú que cortaba y respondió : «¡Puedo, pues, esperar que ántes de morir veré contenta y bien hallada á toda esta porcion de niños! Los mayores nacieron en mi querida Alemania, al otro lado de los mares; éste en el mar y casi entre hielos, esotro bajo el Trópico... Están pálidos y desarrapados. Ganaré para ellos un *run* floreciente, con miles de bueyes y carneros; serán ricos y felices, *Oh Gott sei dank*. Y para tener ánimo que imiten á sus predecesores de Victoria y Nueva Gales del Sur y á sus contemporáneos de Nueva Zelanda.

Hemos recorrido el campo inmediato al *settlement*; todo lo que hemos visto se reduce á unas cuantas serpientes que huyen por entre las hierbas y á unos cuantos indígenas que sólo se muestran de léjos, pero que saben muy bien plantar sus flechas en los rebaños: aquí es bueno andar armados. Todo Bowen está en

emocion porque dos náufragos fueron cogidos por los indígenas en una playa no lejana, y cuando se acudió á socorrerlos, la tribu estaba ocupada en comérselos.

Nos hallamos bajo los Trópicos, es decir que nos atormentan los mosquitos más tenaces y molestos; al propio tiempo una sed horrible nos haría dar un año de vida por un vaso de agua fresca. Comprendo ahora, despues de nuestra excursion por entre las lianas, que los buenos habitantes de Bowen consuman 250.000 francos de bebidas al año...

Creereis que es una ilusion, pero positivamente he olido á *choucroute* y escuchado una deliciosa sinfonía en Bowen. Cada pueblo lleva siempre consigo los rasgos característicos de su vida material y de su vida moral. Los alemanes emigran generalmente casados y sin propósito de regreso, llevándose toda una cuadrilla de hijos que arrancan á la mendicidad y á los dolores de la miseria; la política les importa poco, y en cuanto su colonia prospera, fundan un orfeon con muchos instrumentos de viento, y esa institucion basta para hacerlos felices; los ecos del bosque vírgen repiten los acentos de Beethoven y Meyerbeer.

El frances emigra por lo comun despues de alguna calaverada; desempeña con inaudita facilidad todos los oficios; le hemos visto maestro de baile, actor, confitero y sobre todo pastelero. No tiene más que una idea, hacer fortuna á prisa, demasiado á prisa en algunas ocasiones, y volverse al boulevard para gastarla alegremente. Está tan encariñado con el suelo, y sobre todo con el empedrado natal, ama tanto á su patria, que es como una abeja volteando de flor en

flor para tomar á cada una su átomo de nuevo jugo y volver á la colmenera; ¡es tan ligero y tan amante del zumbido de Paris!

Mas para la raza británica emigrar es crear un *home* nuevo; su primera institucion es un parlamento; los campanarios de sus iglesias, símbolos de una instalacion duradera, elévanse rapidamente sobre la tierra que un momento ántes hollaban razas paganas; entre los colonos que desembarcan los hay de la madera de que se hacen los *speakers*; los ministros y los publicistas vestidos segun la *fashion* de Lóndres, viven en el *comfort* del *club* y del *cottage*, y la colonia se convierte pronto en una próspera y liberal Inglaterra.

Cuando pasamos desde la arena de la playa á nuestra barca ballenera, el *Hero* no se halla á la vista; el viento le ha hecho salir de la rada y un promontorio nos oculta sus luces; la noche es fresca y hermosa, la brisa del Este nos balancea en medio de olas fosforescentes, agitadas por los remos que al levantarse sueltan gotas de luz; da gusto de respirar. Todos remamos para franquear las ocho millas (14 kilómetros) que nos separan del buque. ¡Ni un ruido! Llaman nuestra atencion las grandes fogatas de los caníbales acudidos á la costa al estampido del cañon; un resplandor rojizo dibuja la cresta de los acantilados.

28 de Octubre.—Nuestro brazo de mar se angosta cada vez más entre los arrecifes de corales y el continente. A la izquierda la costa está abrasada y parece desierta; á la derecha desarróllase á nuestra vista un

eterno rosario de islotes bajos y verdes. ¡Qué curiosa é interesante es la formacion de todas esas islas de coral!

Las ramas del animal-árbol, arrancando del fondo del mar, se entrelazan y retuercen como las lianas de un bosque; de un tronco único salen mil ramas preñadas de moléculas pétreas y vivientes; ese bosque submarino se eleva y muy luégo alcanzan sus múltiples ramas la superficie de las olas; el sol y el aire detienen allí su crecimiento; las algas marinas que flotan á flor de agua se enredan en la cúspide moribunda del árbol vivo y se forma un tejido; sobre esa barrera se acumulan las hierbas y leños errantes; prodúcese un suelo mitad de arena, mitad de tierra y la isla cubierta de verdes arbustos parece un grande oasis flotante que reposa sobre el tronco de un solo árbol de piedra; se nos pasan las horas en observacion siguiendo todos los rodeos de este peligroso dédalo; miéntras que las tales islas son visibles, la navegacion no es más que palpitante y animada por hábiles maniobras; pero esos grupos de corales, ántes de tomar la forma de una isla, están ocultos y á menudo se hallan á un metro bajo la superficie del agua. ¡Qué de peligros!

Siempre tenemos dos hombres en los topes con ojo avizor á los arrecifes; muchos están marcados en los mapas, los otros se adivinan por el color del mar que los cubre, pues ponen el agua más clara, pero ¡ya se necesita *look out!*

Desde nuestra partida de Newcastle, Logan no se ha movido ni un instante de su puesto; allí come y sus ojos tienen una animacion febril. A eso de las seis

y media de la tarde corríamos nuestros once nudos á todo trapo con fresca brisa del SE. y debíamos pasar á babor de las islas de *Howick*. Pero el sol poniéndose en el horizonte de una mar de mármol la volvía como un espejo que refleja luz vívisima; era imposible fijar la vista avante y esto nos ha causado una emocioncita; ¡famosa ocasion para beber un trago de agua salada! Quiso la desgracia que en el deslumbramiento general, el timonel gobernó un cuarto de más al Norte. De repente el vigía encaramado en el tope del palo mayor lanza un grito de espanto.—«¡Los escollos avante!» Ya estamos á la altura de la isla núm. 1 y entónces vemos, no sin trabajo, dos bancos de coral á flor de agua, distantes 400 metros de nuestra proa; ¡y marchábamos á ellos! Con nuestra rapidez y empuje, en tres minutos más hubiera sido cosa hecha, nos hubiéramos estrellado impetuosamente contra la roca y nuestro casco de hierro se hubiera abierto para irse á pique. Ya es demasiado tarde para ganar la izquierda por un brusco golpe de timon; viramos á la derecha, *rasamos á pocos metros el borde del arrecife*, volvemos atras á lo largo de las islas números 2 y 3, y en una palabra, describimos un círculo completo que al cabo nos pone en el buen rumbo, á la izquierda del grupo Howick. El momento de angustia había durado dos minutos y toda la maniobra una media hora. Como sucede siempre, algunos cobardes palidecieron y perdieron la cabeza cuando hacía falta energía. En esa súbita virada que nos puso la brisa de frente, el pequeño mastelero se quebró como una cerilla, y todo el velámen se agitó con estrépito contra los palos; la sacudida fué espantosa; pero es-

tamos sanos y salvos. ¡Bogue la galera, *petit bonhomme vit encore!*

Aquí la navegacion sería demasiado peligrosa de noche; al caer el dia anclamos al abrigo de una gigantesca media luna de arrecifes que forman estacada como de un metro de alto. En seguida nos ponemos á pescar; un enorme tiburon se deja coger en nuestras redes; durante una hora forcejea bajo los portañales de popa como una chalupa viviente á remolque de un buque. Ese diablo de los mares, de 16 piés de largo, gordo y redondo, vigoroso y feroz, tiene el aspecto más terrible que pueda imaginarse. Una cosa curiosa es ver cómo nadan á su alrededor esos pececitos listados de blanco y negro que se llaman *pilotos;* dos de ellos se pegan á sus inmensas mandíbulas provistas de cuatro filas de dientes y los demas se plantan al dorso; parece que cual verdaderos *perros de ciego*, guían las maniobras del monstruo y no le abandonan nunca. ¡Singular asociacion entre lo muy grande y lo pequeñísimo! En fin, despues de una vigorosa lucha lo izamos á bordo, reparte á diestro y siniestro espantosas coletadas, lo matan y lo abren; dentro hay tres tiburoncillos. Esos monstruosos animales se tragan un pez como una píldora, pues uno de los tiburoncillos comidos está todavía vivo y coleando; echámoslo en la gran sarten de freir bautizándolo con el nombre de Jonás; ¡su carne es detestable!

XIV.

LOS CANÍBALES Y EL ESTRECHO DE TORRES.

Navegacion peligrosa.—Desembarco en una isla desierta.—El pájaro constructor.—La estacion de salvamento.—Cambios curiosos con una tribu.—Los restos de una comida de caníbales.—Un matador de negros.—Los buques naufragados en el coral.—Una roca buzon de cartas.—Adios á la Australia.—Fuego á bordo.—Los calores del mar Arafura y la espléndida naturaleza del archipiélago malayo.

29 de Octubre.—Doblamos el cabo Melville, y nos deslizamos como una salamandra entre los corales rojos y blancos. A menudo, á cinco metros de profundidad, muy cerca de nosotros, distinguimos la selva acuática; cada cinco minutos echamos la sonda, una corriente de 12 millas por hora nos arrastra. El cabo es curioso, es una pirámide de bolas de piedra redondas y brillantes que un capricho de la naturaleza ha amontonado del modo más extraordinario. Lenguas de coral blanco que apénas se levantan algunos centímetros sobre el agua, están cubiertas de pelícanos y de las aves llamadas fragatas. Levántase un fuerte viento y escuchamos el rodar sordo y pe-

riódico de las olas del Océano Pacífico, estrellándose sobre la costa oriental de la barrera de corales de 400 leguas de largo que nos separa de él. Al anochecer encontramos un buen abrigo bajo las islas Claremont, marcadas núm. 10 en la carta; la noche es negra y tempestuosa.

Como todas las noches desde nuestra partida de Bowen, las crestas de las montañas del continente están iluminadas por las hogueras de los caníbales; nos hallamos bastante cerca para distinguir cinco fogatas en cada colina; es una señal que se transmite de promontorio en promontorio hácia el Norte; las costas que dejamos atras quedan á oscuras; así se anuncian las tribus indígenas el paso del *Demonio de fuego* y de la carne fresca que contiene. Es un espectáculo que tiene algo de feroz é imponente; el viento atiza los torbellinos de llamas y proyecta en la oscuridad resplandores rojizos que se dibujan sobre las rocas. Por un momento entrevemos las siluetas de un grupo de hombres que llevan á la hoguera hierbas cuyas llamas duplican y triplican instantáneamente la lumbre. El doctor Haran me dice que en su solitaria estacion del cabo York sabe en ménos de tres noches por las fogatas de los indígenas la aparicion de cualquier buque en las aguas de Bowen, aunque entre ambos puntos hay 350 leguas de distancia. Tal es el telégrafo nocturno de los negros para comunicarse la esperanza de un buen almuerzo.

Miéntras que no se rompa nuestro hélice contra una roca ni reviente nuestra máquina, no tememos á los antropófagos: hoy, con sólo un pitido de la máquina, hemos puesto en fuga á unas veinte piraguas

que se dirigían hácia nosotros. Pero si nuestra máquina se averiase, y sobreviniendo una calma chicha nos arrastrasen las corrientes, nuestra situacion no sería envidiable. Todo está previsto: nuestros marineros han afilado las hachas y sables de abordaje; los botes de salvamento están prevenidos y en cada uno hay ocho escopetas, un barril de aguardiente, mapas, instrumentos, salazones, galleta y agua dulce para diez dias. Logan ha designado á los que deberían colocarse en su chalupa; un segundo capitan, nombrado por el gobierno para el caso de enfermedad ó muerte del primero, tomaría el mando del segundo bote; los dos oficiales subalternos dirigirían los otros dos.

30 *de Octubre.*—Paso de las islas de la Pimienta.—Aquí está el *canal providencial*, estrecho paso entre dos bancos y multitud de rocas, donde Cook (1770) tuvo la suerte de entrar, como por milagro, viniendo de alta mar. En los mapas, á derecha é izquierda de este sitio, hallamos consoladoras inscripciones: arrecifes del naufragio del *Sir Campbell*, de la *Aurora*, del *Fergusson*, de la *Martha Ridgway*, ó bien «corales de incierta posicion, rocas á un metro bajo el agua, bancos movedizos de arena.» Nuestras anotaciones, nuevas á cada instante, daban á esta navegacion un interes inmenso.

A las cuatro anclamos por no estar seguros de encontrar más léjos un surtidero conveniente. Estamos bajo el viento de la isla Cairncross. Aunque el mar se halla muy agitado, tomamos un bote para explorar

la isla, que parece desierta: provistos de botas de montar contra las serpientes, de perdigones para los pájaros y de balas para los caníbales, si los hay y nos atacan, desembarcamos saltando en medio de los arrecifes con agua hasta la cintura. En un instante se levantó sobre nuestras cabezas una bandada como de 2.000 palomas, y esos pobres animales, que nunca habían sido cazados, daban vueltas en redondo como en un picadero á unos 20 metros de altura. No hacíamos sino tirar y cargar; caían por docenas, y cuando hubimos apurado nuestra provision de pólvora, recogimos 80 en la chalupa, con los cuales había carne fresca para todo el mundo; otros tantos se quedaron perdidos en un impenetrable laberinto de ronzales. Luégo tuvimos mucho gusto en recorrer las ensenadas de esta isla desierta, cogiendo tortugas, conchas, esponjas y ramas coralinas. Desgraciadamente la noche nos detuvo demasiado pronto en nuestras exploraciones, y volvimos al *Hero*, no sin dificultad, nadando en sudor, cargados de cosas curiosas y encantados de nuestra expedicion. Al abandonar la isla habíamos querido prender fuego á las negras espesuras que la cubren. ¡Qué hermosa hoguera hubieran hecho todos esos árboles, lianas y hierbas secas! Pero á tiempo pensamos que el temporal hubiera empujado las chispas á nuestro buque, y en verdad sería hacer demasiado favor á los antropófagos, que nos acechan desde la orilla opuesta, el caer en sus manos asados y todo.

Tambien es verdad que el fuego hubiera destruido las más minuciosas construcciones que puedan verse: el palacio de un pájaro. Los naturalistas de

Australia nos habían hablado mucho de *bower-bird* (pájaro edificador): hoy hemos visto una aldea construida por ese extraño volátil. Figuraos que cada casa forma un repecho de cuatro piés de alto; el piso es de barro amasado, unido y terraplenado; ramitas de coral ó de pino son las vigas, que sostienen bóvedas regulares, y largas hierbas secas componen el tejado. Es en la superficie de la tierra una casa exactamente igual á la que el castor construye bajo tierra; se conoce bien que el pájaro ha traido poquito á poco con su pico todos los materiales de su morada, y es tan sólida que necesitamos hacer verdaderos esfuerzos para ponerla al descubierto: las bóvedas son corredores que conducen á celditas cuadradas: hay cinco ó seis en cada nido, con pequeños laberintos y casi diré con *boudoirs*.

Las patas del pájaro habían dejado su huella solamente en dos ó tres sitios de una escalera de suave pendiente. Hé ahí lo que he visto y me ha llenado de admiracion; sólo afirmo lo que han registrado mis ojos y demolido mis manos; más hé aquí tambien lo que nos habían referido los sabios: parece que ese pájaro esconde sus huevos en un repecho de arena de cuatro á cinco piés de alto, y el calor del sol se encarga de empollarlos. (Tambien hemos hallado señales de esos nidos con huellas de patas chicas y grandes; por lo visto, aquella familia de arquitectos se había mudado de casa.) Pero lo más curioso es que habiendo pasado largos meses en construir su palacio, el *bower-bird* convida, dicen, á todos sus iguales á la apertura de sus salones ¡y da un baile! Este relato, lo confieso, me había divertido como un cuento de hadas; mas

ahora que he explorado los preciosos edificios del pájaro australiano, verdadero juguete de niño, trabajo asombroso, me parece que veo una *quadrille de bower-birds*, y en todo caso, parejas muy felices en los campestres gabinetes...

31 de Octubre.—A las cinco de la mañana levamos ancla y continuamos nuestro rápido viaje á lo largo de la costa. Montamos el cabo Cabeza de Tortuga, y á las nueve entramos como en un rio en el estrecho de ménos de un kilómetro de ancho que separa la isla de Albany de la punta septentrional del continente australiano: la costa de arena es alta, salvaje y sombría, cubierta de bosques de pinos; tiramos cañonazos para anunciar nuestra llegada á la estacion naval del cabo York. Despues de tres horas de verdadera navegacion de agua dulce echamos anclas; cuatro chozas de tablas se distinguen en la playa en medio de los bosques, y desembarcamos. El *commander* Simpson y algunos soldados de los *Royal-Marines*, flacos y pálidos, nos reciben con indecible alegría. ¡Pobres gentes, admirables esclavos del deber! ¡Allí están perdidos en medio de los bosques y de los caníbales, á 350 leguas de la más próxima aldea de blancos! El Gobierno los envió hace dos años solamente para plantar el pabellon británico sobre esta costa, para tomar posesion de este puerto, muy importante bajo el punto de vista militar, porque domina el estrecho de Torres y cierra el largo canal de los corales hasta Bowen, y en fin para socorrer á los buques que franquean por este sitio el paso entre el Océano In-

REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL PALENCIA

dico y el Océano Pacífico, y que, segun nos dice el *commander*, naufragan de diez veces cinco.

Hay trece *Royal-Marines*: ¡son los que quedan de veinte! Siete fueron muertos y comidos por los negros. Hace ocho meses que recibieron aquí la última remesa de víveres y las últimas noticias de Australia y Europa: ¡ocho meses sin ver á un hombre blanco! El *Hero* les trae tres cajones de periódicos y unos sesenta toneles de víveres; ya tienen para un año.

El Dr. Haran desembarca para volver á su destierro «más espantoso, murmura, que las columnas de cráneos humanos del palacio de Dahomey.» Subimos á su cabaña, situada en la cumbre de una roca ferruginosa, especie de garita de centinela entre dos Océanos, y nos da las fotografías, hechas por él, de algunos prisioneros y prisioneras que tomaron en cierta ocasion á una tribu de antropófagos. «Hay una tribu que no está léjos, en el bosque, nos dicen los soldados; si vais allá cinco ó seis bien armados podreis verlos; pero estaos siempre juntos y no temais nada. Si os separais unos de otros estais perdidos.» Esto era poner fuego á la pólvora. Al momento partimos con los bolsillos llenos de tabaco, clavos y cuentas de cristal, y nos metimos, el príncipe, el Dr. Haran, el doctor Cannon y yo en el bosque vírgen. Seguíamos primero una especie de vereda de fieras por entre espesas lianas, en una espesura de plantas entrelazadas y bajo un cielo de fuego. Nuestros compañeros lanzan á intervalos el grito de *Coo-hoo-hoo-e*, que es la señal de llamada de los negros en toda la Australia. Una muchacha de quince años, negra como la tinta, sale de la espesura: es una cautiva, *jardinera* de la esta-

cion. Enseña sus grandes dientes blancos y vocifera un galimatías indescriptible, acompañado del contoneo y la risa eternos en la raza negra. En cuanto á su traje,

> Ce que c'etait, je pourrais vous le dire,
> Mais je me tais par respect pour les mœurs,

era por junto un cestillo de mimbres lleno de frutas y echado á la espalda, un brazalete de hierbas trenzadas en el brazo derecho y una pluma de papagayo en los cabellos. No por eso parece más confusa, y andando muy ligera se nos adelanta y se desliza con inaudita agilidad á traves de las altas hierbas y lianas. Despues de media hora de marcha divisamos hogueras humeantes en el bosque; estamos en el campamento de la tribu. ¡Cuál no sería nuestra sorpresa de no encontrar á nadie! Algunas brasas y leños encendidos, habichuelas de una pulgada de largo y unos granos encarnados eran las únicas señales que quedaban. La verdad es que la tribu, habiendo oido el cañon esta mañana, se ha figurado que veníamos á atacarla. La doncella que nos sirve de guía señala un brazo de mar en el fondo de un barranco y un grupo de paletuveros, de esos árboles espesos que brotan á la orilla del mar y cuyas innumerables raíces al aire forman como una bóveda de la altura de un hombre por cima del agua en una parte, y por encima del suelo en otra. Allí está oculta la tribu; enviamos la mozuela á los negros para llevarles palabras de conciliacion y llegamos á su segundo campamento donde nos esperan agrupados é inmóviles. ¡Hélos ahí! ¡enteramente en cueros, negros y fétidos! ¡Algunos son tan indecen-

tes que ni siquiera llevan brazalete! He contado 60 hombres, 30 niños y 10 mujeres; los primeros nos rodean en cuanto ven nuestros gestos de amistad y que nuestros rewolvers no están en la mano sino en la cintura. Se nos acercan mucho, tientan nuestros vestidos, nos dan golpecitos en el vientre y nos disparan torrentes de palabras con asombrosa volubilidad. Habían soltado en parte sus armas y se mostraron bonachones al ver los regalos que les preparábamos, pero oliendo como un matadero en verano. Entre tanto, las damas vestidas con un rayo de sol y con sus hijos á cuestas se mantienen un poco atras con púdica reserva. Nos apresuramos á ofrecerles nuestros respetos; evidentemente es la mujer del jefe la que lleva un cinturon de una pulgada de ancho hecho de hierbas encarnadas; las otras no tienen más que brazaletes y collares que nos enseñan con una gracia de orang-utang. Pero hé aquí una vieja pellejosa y cana que lleva al cuello un collar de cinco huesos humanos, los cuales parecen haber pasado por el fuego. Haran llamó á la jardinera para que preguntase en jerga de antropófago qué significaba aquella reliquia.—« ¡ Es la mano de mi madre ! » nos respondió la vieja.— ¡Gran Dios, qué piedad filial! Pero la mozuela dice, que segun ella los huesos eran de hombre blanco. Yo tambien había pensado desde el primer momento en esa prueba de canibalismo, y confieso que, devorado de curiosidad, quise obtener á cualquier precio aquel fantástico collar; ofrecí 30, 40, 60 clavos, cinco cristales de reloj, mi americana y hasta un cortaplumas inglés de 18 piezas, que había sido siempre mi fiel compañero, y del cual me costaba

desprenderme; pues nada pudo vencerla, nada pudo cautivarla. Acércome entónces á sus compañeras y empiezan los cambios: ellas nos rodean, nos aprietan, nos palmotean y nos infestan. Queremos adquirir sus picas, flechas envenenadas con puntas de espinas de pescado, collares y brazaletes, pero las damas que quieren algo en cambio y se burlan en grande, no sueltan de una mano si no reciben en la otra.

Ante todo les distribuimos el tabaco y en seguida se ponen á fumar todos en una pipa de bambú de un metro de largo. Ya tenemos un haz de treinta armas rarísimas, pero nuestras provisiones de cambio se han acabado y áun no hemos conseguido los mejores rompe-cabezas de ébano. Por fortuna yo me había puesto por la mañana una corbata llamativa que databa del último Derby inglés: me la quito para hacer la corte á las damas, que se vuelven locas por ella y logro en cambio el rompe-cabezas y el cinturon de la mujer del jefe, la cual se viste entónces con mi corbata y paséase muy orgullosa. Tiene cuatro hijas vestidas con una pluma en los cabellos y armadas del *boomerang*; dando mi cuello postizo de camisa, mi pañuelo y las hojas de mi libro de memorias adquiero el equipo completo de todas ellas. Nos moríamos de risa viéndolas pavonearse, cuál con el cuello blanco sobre su piel negra, y cuál con una hoja de papel colgada como medallon de una hierba trenzada. Muy luégo no me quedó nada en los bolsillos ni en las manos; pero tuve una idea luminosa: cortando todos los botones de mi americana, chaleco, etc., pude trocarlos por los trajes completos de 22 señoritas de la

tribu, los cuales juntos me cabían en el bolsillo. Un boton de camisa valía tanto como un luis para esos niños grandes de los bosques.

Los hemos visto encender fuego frotando leños, y no vuelvo de mi asombro. Un negro viejo cogió dos leños de madera blanca con reflejo verdoso, desbarató la superficie del uno con una piedra afilada, sólidamente sujeta á la punta de un palo formando hacha; en seguida afiló el otro leño por una punta. Sujetando el primero entre su pecho y un árbol, hizo girar la punta del segundo sobre la parte de madera lisa, y girar tan rápidamente que penetró en ella como una lezna; en el agujero así formado el rozamiento levantó un ligero humo; dibujóse un color negruzco de combustion como cuando se aplica un hierro candente á una tabla, y la incandescencia se propagó bajo la accion de aquella grosera lezna, de aquel eslabon primitivo.

Pasó luégo un pájaro y detúvose en una rama. Uno de los negros tomó uno de los *boomerangs* que nos habían dado y lo tiró. Es un arma increible: especie de plancha de madera de hierro, de un centímetro de espesor en el medio, encorvada naturalmente como un arco armado y afilada como hoja de cuchillo en su borde exterior y convexo: por junto tiene dos piés de largo. Nuestro hombre lo tiró horizontalmente como una piedra que se desea hacer rasar el agua, apuntando á la enramada donde estaba el pájaro. Este levantó el vuelo demasiado pronto, cuando el arma, girando sobre sí misma y volando como un dardo, alcanzaba el punto señalado; pero lo curioso es que el *boomerang*, sin pasar mucho más allá de

dicho punto, levantóse en una gran curva por el aire y volvió á caer casi á nuestros piés.

Es como la pelota, á la que se imprime un movimiento retrógrado y que vuelve apénas ha tocado en el punto de mira, pensé yo en el primer momento; pero no, hay algun secreto de habilidad y de fuerza en el uso del *boomerang*, porque éste, sin tocar en ninguna parte, ha vuelto por el aire. Algunos minutos despues pasó un gran martin-pescador azul; el arma le alcanzó y le trajo al suelo montada sobre el pájaro moribundo, como un halcon sobre una perdiz que coge al vuelo.

Entre tanto, nuestras primeras sonrisas cuando el negro no acertó al primer pájaro y el acaparamiento de la mayor parte de las armas de la tribu, avinagraron algunas de aquellas caras poco ántes tan risueñas.

Muchos dardos de color escarlata que estaban al pié de un árbol pasaron á manos de los negros; el doctor Haran se puso sombrío, y al punto comprendimos. Lanzamos, pues, estrepitosos ¡oh! ¡oh! ¡ah! ¡ah! en señal de despedida, dejándolos vestidos con nuestros cuellos postizos, corbatas y botones, pero deseosos de no dejarles nuestros pellejos. Separámonos con la expansion de gentes amistosas y sonrisas afables propias de personas que tienen mucha prisa por verse léjos unas de otras. Y al partir con aire decidido cuidábamos de volver á menudo la cabeza, no tanto para hacerles señales de despedida, como para velar por la seguridad de nuestra retirada.

Nuestra jardinera, evitando las espinas, contoneando las caderas y señalando en todo su cuerpo de ébano las menores inflexiones de sus movimientos, abre

la marcha. Durante media legua caminamos bajo el bosque, y llegamos, por fin, á orillas del mar. Una piragua montada por seis negros se prepara á abordar; pero apénas nos ven, la retiran á toda prisa. Está hecha con la corteza de un grueso árbol de goma, desprendida del tronco y anudada por las extremidades. Nada más ligero que esas canoas: un golpe de *pagaya* (remo), las hace correr prodigiosamente: semejando á un pato que extendiera las alas para sostenerse mejor en el agua, llevan, á unos dos metros de distancia de cada borda, unas paletas de corteza que las apoyan y establecen su equilibrio sobre las olas. De repente aparece toda una flotilla de caníbales y nos observa á distancia respetuosa, pero con hostilidad visible. Este es el caso de tener ojo avizor y marchar bien unidos.

Hétenos ya de regreso en la cabaña del *commander Simpsom;* nuestras manos están infestadas por el contacto de los indígenas y de sus armas grasientas, y nuestros vestidos en completo desórden por la carencia de botones y tambien por el exceso de calor. Los refrescos de la señora de Simpsom nos hicieron mucho bien. Figuraos que el *commander* ha traido su esposa á este destierro: es una rubia inglesa, servida por una escocesa; no hay más mujeres blancas en la colonia. La criada nos dió un espectáculo cómico: algunos negros enteramente desnudos que nos habían seguido, la vieron cogiendo legumbres á 200 pasos de la cabaña y corrieron á ella con un entusiasmo indescriptible; ella á su vez escapó por los piés sin tomarse tiempo para exclamar: *¡Shocking!*

La señora de Simpson nos refiere su vida, ora pa-

cífica, ora llena de emociones; todavía está impresionada por el salvamento de 37 náufragos de la *Luisiana* en el estrecho de Torres. Todos convinimos en que si estos negros son descendientes de Cam, este hijo de Noé debió ser horrorosamente feo. Y más aún que la piel de cocodrilo, la cara de mono y el aspecto repugnante de esos séres humanos, me ha sorprendido el verlos vivir con mayor salvajismo que las mismas fieras. El leon y el tigre tienen sus cuevas; estos caníbales no tienen ni una choza de hojas, y eso que hay aquí hojas de árboles tales, que bastarían ocho ó diez para formar un cobertizo. Pues nada; bajo este ardiente clima duermen un dia á la sombra de un árbol y otro en cueros sobre la tierra pelada, sin otra señal de domicilio que las hogueras que encienden acá y acullá para tostar el *nardu*, esa planta de que se alimentó King, el compañero de Burke; ¡el *nardu* destinado á aderezar el primer banquete de carne humana que les suministre algun naufragio, y en que lucharán 500 negros contra un solo blanco desarmado!...

En el momento en que nos metemos en el agua hasta los hombros para llegar á nuestro bote, apartado 20 metros de la playa por un arrecife de coral, llega á galope un caballo: su jinete es un hombron de 24 años, una de las figuras más enérgicas que yo he visto, verdadera figura de bandido hermoso... Nos habían hablado mucho de él y viene á bordo, donde hace mucho efecto su traje, que se compone de camisa de franela abierta, albornoz de lienzo blanco y cinturon con cartuchos y pistolas.—Y... es un aventurero de imaginacion viva y corazon de hierro, el

héroe del cabo York. Hace cuatro años partió de Rockampton (entre Brisbane y Bowen) con tres servidores blancos, y orientándose por la brújula en esas tierras desconocidas, condujo 300 vacas y 100 caballos para fundar un *run* en el Norte y tomar él solo posesion de casi toda la península del cabo York. Durante nueve meses ese hombre enérgico anduvo sin saber si tendría agua que beber al dia siguiente, en medio de caníbales que le atacaban de noche y arrebataban su rebaño. Así recorrió 450 leguas y llegó al cabo York, siendo el primero que ha explotado toda esa parte de la Australia Septentrional; ha construido su choza y establecido su cría de ganados. Doscientas vacas y 30 caballos solamente llegaron con él; mas hoy tiene 700 cabezas de ganado y espera que su *run* prosperará, pues ahora se halla protegido por el puesto militar, que cuando es necesario ayuda al aventurero *squatter*. No se pasa mes en que no sea atacado y en que los dardos de los indígenas no atraviesen á algunos de sus animales; pero él se mantiene firme, mata á esos pobres negros como perros, y nos enseña su carabina favorita, en la que ha hecho *treinta y ocho rayas*: —«Las dos armas que tengo en mi cabaña, añade, tienen la una *doce* y la otra *quince* señales semejantes, y cada una de estas quiere decir *hombre muerto*.» Dia y noche está en acecho. Tal es el hombre de hierro, explorador osado, bandido implacable, loco de 24 años que ha comido á bordo ántes de nuestra partida. Su mirada hacía temblar, sus actos causan horror, y sin embargo, hay en su conversacion algo extraordinario que fascina. Cuando nos dejó para volver á tierra yo estaba pro-

fundamente impresionado. El puesto militar salva á los náufragos y sólo mata á los caníbales cuando éstos atacan; pero este hombre quiere evidentemente barrér de tribus indígenas la península de que ha tomado posesion. «Caen como conejos, nos decía, ¡es un *delightful sport!*» Mucha distancia va de esto á la legítima defensa, y quien á la edad de 24 años ha matado 65 séres humanos, es más que caníbal. Por nosotros mismos hemos visto que cuando hay voluntad se puede muchas veces evitar el conflicto, y por mi parte, juzgo que nada es tan contrario al valor como la crueldad. Ese hombre que arrebata á los negros, no sólo la tierra, sino tambien la vida, y todo por pasion del *sport*, es una mancha para Australia. Sin embargo, bueno es decir que es el único de su especie y que forma un singular contraste con los *Comités de socorros para los aborígenes*, que dan 300.000 francos en Melbourne, 500.000 en Sydney, y con esos *squatters* paternales que quieren evangelizar y sacar de la miseria á los negros que los rodean.

A la una y media de la tarde, despues de ocho horas que no olvidaré nunca, levantamos anclas, y el humo negro de nuestra chimenea, extendiéndose á lo léjos por las inexploradas bahías, ahuyentaba á centenares de canoas, las cuales, luégo que pasábamos, nos seguían y espiaban. Entrábamos en la última y la más difícil parte de nuestra navegacion por entre los corales, es decir, en el propio *estrecho de Torres*. Tiene 30 millas de ancho y en él se hallan diseminados más de 900 traidores escollos. Más allá del continente hay un primer grupo de unas 20 grandes islas rodeadas de ocultos cinturones de estacadas coralinas

que harían pedazos el buque que las tocase. Luégo hay un grupo de seis arrecifes de unas 10 millas de largo y dos ó tres de ancho, escalonados uno tras otro, separados entre sí por canales de 200 metros en algunos sitios; esos arrecifes apénas llegan á la superficie del agua con marea alta. En seguida vienen las impenetrables barreras de los bancos de Mulgrave y Jervis y 36 millas de corales hasta Nueva-Guinea. A traves de todo eso hemos de hallar paso. Si hubiera querido la desgracia que aquel dia hiciera niebla, nos habríamos ido á pique en una hora, pues en los estrechos canales, costeados de arrecifes muy próximos y á menudo invisibles, sólo avanzamos orientándonos continuamente por las rocas altas de dos metros. Nuestro plan es gobernar, segun la carta, derechamente á cualquier escollo hasta que lo veamos; y entónces, seguros de nuestra posicion, ponemos la proa á otro.

Al pasar por delante de las rocas *Mártes* vemos un tres palos encallado y sumergido, debe ser la *Luisiana*. Más allá, á la altura de la isla *Miércoles*, aparecen por cima del agua dos arboladuras; esos buques se fueron á pique, uno en los arrecifes *Torres-Sur* y el otro en el arrecife *Noroeste*. Uno de los buques es el *Záfiro*, que en tiempo de calma fué arrastrado por una corriente violenta; ¡de 29 hombres, 18 fueron muertos y comidos! En estos mismos parajes, nos dice Fauvel, fueron echados el *Astrolabio* y la *Zelea* por un golpe de marea á la playa; durante ocho dias, el mar, que se había retirado súbitamente, los dejó en seco, hasta que una mañana volvieron las olas á retirarlos. En cuanto á nosotros, tenemos mucha prisa,

porque se acaba el dia; tomamos el canal de ménos de una milla de ancho que pasa entre la isla Hammond y el arrecife Noroeste; pasamos á 100 metros de la roca Hammond, costeamos las dentaduras de coral á nuestra derecha, donde las olas forman un poco de rompiente, hacemos rumbo derecho á las *Ipili*, que son siete agujas de coral de la altura de un hombre, por las cuales pasa una corriente rapidísima, y ganamos la última isla de este dédalo de dientes, puntas, bancos y arrecifes, *Booby-Island*. En cinco horas, durante las cuales un solo minuto de vacilacion nos hubiera perdido, se ha franqueado el estrecho, y Logan, rendido, calenturiento, tanto como tranquilo estaba en la hora del peligro, alegrándose de haber salido del mal paso, no quiere detenerse en Booby, sobre la cual extiende el sol poniente sus tintas sonrosadas.

Esa isla es una roca de 10 metros de altura, sobre la cual anidan miles de aves marítimas. Al acercarnos, sus bandadas forman como una nube movediza; toda la meseta superior aparece blanca como el cisne de Europa, miéntras que en su base se dibujan cavernas tan negras como el cisne de Australia; de generacion en generacion las aves han dejado allí en capas espesas las huellas de su paso.

En ese punto hay un *buzon de cartas* lo mismo que en el estrecho de Magallanes; los buques que pasan dejan sus paquetes y toman los que están dirigidos al hemisferio á donde se encaminan. Es un *buzon de correos* fundado por la confianza pública entre el Océano Pacífico y el Océano Indico: vemos las cavernas en que se halla el cajon de las cartas, y que

tambien contiene víveres, vestidos y tablas para los náufragos.

En esta roca ningun sér humano respira, pero muchos buques dejaron en ella sus noticias ántes de ir á perecer en el laberinto de escollos.

El purpúreo globo del sol desaparece y las postreras fogatas de caníbales iluminan para nosotros las postreras siluetas del continente australiano.

Há tres meses y medio que por primera vez divisamos las costas meridionales de esta tierra, iluminadas por la luz eléctrica de un faro y por las luces de gas de una gran ciudad. Despues de haber visto la Australia en sus ciudades y praderas, en su política y comercio, en sus salones y en sus bosques de caníbales, dejámosla por un punto del Norte, donde los antropófagos encienden siniestras hogueras. Este es un mundo de contrastes que trastorna las ideas de los pueblos antiguos. Una sola cosa no cambia aquí, y es el coloso inglés en toda su riqueza y poderío.

Inglaterra había perdido la América y vino á crear la Australia. Aquí he hallado en todas partes el nombre de Collins, que tomó parte en la batalla de Bunkers'-Hill, que señala la destruccion del poder británico en el nuevo mundo y á quien fué dado proclamar por las palabras sacramentales la dominacion de la Gran Bretaña sobre este inmenso continente cuando Phillipp desembarcó en Port-Jackson. ¿No hay en eso un grande ejemplo?—Allá los fundadores fueron puritanos que huían de la metrópoli por honradez política y religiosa, inspirándose en la *Biblia* para formar una sociedad.—Aquí los fundadores fueron

penados, incluidos por sus vicios en las deportaciones y que quemaron su primera iglesia para que no los llevaran á ella por fuerza. Pero la mancha del *criminalismo* no ha durado aquí más que un momento y ha existido fuera de la ley, miéntras que allí la mancha legal de la esclavitud ha durado siglos con espantosas proporciones.—En otro tiempo en América, bajo la dominacion inglesa, el hecho de una oposicion política en la administracion de la colonia, se castigaba como crímen de Estado, y por eso perdió Inglaterra sus magníficas posesiones.—En Australia, por el contrario, invitándolas á constituirse federalmente, aflojando los lazos que las sujetaban á la metrópoli y dándoles autonomía y libertad, la reina Victoria se ha captado tanto más la firme adhesion de esos *Estados coloniales*, cuanto más favorecía su desarrollo.

Como frances, siempre preocupado por la historia de la guerra de la independencia, yo pensaba al abordar en Melbourne, que encontraría muy luégo síntomas enderezados á la emancipacion de una nueva América: en vez de esto, parto con la conviccion de que Australia, á quien la metrópoli no impone ninguna carga, sino solamente beneficios, ofreciéndole un manantial inagotable y gran mercado para alimento de su comercio, permanecerá inglesa con el *Union-Jack* por pabellon, como una hija mayor de la madre patria, orgullosa de poseer sus mismas costumbres, instituciones y responsabilidad.—Hace setenta y siete años que se levantó aquí la primera tienda; esos años en la vida de una nacion son los de la infancia. Ahora acaban de tirar á cordel las líneas rectas de una

especie de casillero gigantesco que determinan las jurisdicciones de *seis Parlamentos políticos*, *tres* de los cuales cuentan ménos de quince años. Y, sin embargo, hé aquí ya en esas colonias el espectáculo de 1.500.000 sajones que hacen un comercio anual de 1.500.000.000 de francos, que poseen 36.000.000 de cabezas de ganado, el cual puede centuplicarse en en los espacios de praderas todavía libres, que han extraido 5.000.000.000 de oro, cuyas minas guardan todavía, segun los sabios. ¡¡664.000.000.000!!

Apénas nacida Australia, ocupa un gran lugar en el mundo y empieza su existencia fortalecida por un conjunto de instituciones, ciencias, máquinas, progresos materiales y morales que aplica á todo lo que nace en ella, sin las trabas de lo pasado; miéntras que muchos pueblos del hemisferio Norte difícilmente alcanzan, al término de una larga carrera, el punto de donde Australia parte. Una sola cosa podría suspender el prodigioso progreso de sus minas, rebaños, ciudades y ferro-carriles, y es precisamente un rompimiento con la madre patria.

No veo más que un caso en que ese triste suceso pudiera verificarse, no por una serie de conflictos políticos, sino de repente, y es el caso de una guerra europea. Entónces las colonias australianas, que la metrópoli no podría defender, no tendrían más remedio que enarbolar pabellon neutral para impedir que las escuadras enemigas fuesen á bombardear sus ciudades florecientes, á saquear sus tesoros y arruinar á sus habitantes. Lo primero de todo para ellas es conservar el precioso patrimonio de la libertad, que hace circular rápidamente la sangre por todas sus venas,

alimenta su espíritu aventurero, atrevido y enérgico y que, en fin, reuniendo una inaudita riqueza generadora, destinada á contrapesar los productos estacionarios del antiguo mundo, muestra la prosperidad inmensa de una *colonia liberal* en oposicion al penoso estancamiento de los gobiernos dictatoriales.

No he podido abandonar este gran país sin daros parte de la impresion general, corroborada por todo lo que he visto en los diversos puntos que hemos visitado; pronto se borra todo en nuestro horizonte como há poco se borraban las costas australianas y otros muchos países que dejaremos tras la estela de algun buque en nuestro viaje alrededor del mundo; pero olvidar la prosperidad y los encantos de Australia... *¡eso nunca!*

7 de Noviembre de 1866.—Hace ocho dias que bogamos por las aguas pacíficas y encalmadas del mar de Arafura: ya no hay corales ni arrecifes; un viento del Sur nos mece lánguidamente sobre un mar de limpio azul; nuestros amiguitos los peces volantes vienen por miriadas á cruzar sus vuelos y caidas con nosotros; bandadas de aves blancas no se asustan de vernos y permanecen en la superficie del agua mostrándose ú ocultándose segun el movimiento de la ola que los sostiene. Nuestra proa hiende grandes bancos de peces, de más de un pié de espesor, especie de engrudo aceitoso y amarillento que causa el movimiento del oleaje en toda la extension que ocupa. Más léjos corrientes opuestas chocan unas con otras, tanto que

REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL BIBLIOTECA PROVINCIAL

semejan arrecifes. Tales son los accidentes que distraen el reposo de que gozamos sobre cubierta. Fauvel, que ha navegado veinticinco años, posee esa instruccion agradabilísima de los oficiales de marina; vive tan contento en el mar que todo el mundo se alegra con él, y así pasa el tiempo á prisa.

Hemos visto de cerca la naturaleza montañosa y lozana de Timor, donde holandeses y portugueses luchan todavía con los salvajes; los islotes de Rotti y Samba, célebres por sus *ponies* del tamaño de perros de Terranova; los espesos bosques de Sombawa y, en fin, el pico de Bali, de más de 12.000 piés de alto y más escarpado que el de Tenerife, dominando majestuosamente con su cresta volcánica el estrecho paso de Lombock. Por éste entramos al mar de Java, franqueando la larga cadena de islas que enlaza el Asia con el continente australiano.

El vapor se ha concentrado de un modo deplorable en nuestro hornillo de hierro: la temperatura de sobre cubierta varía á la sombra de 38 á 40 grados y no baja durante la noche; ¡y en los camarotes la máquina da unos 12 grados más! Duermo sobre cubierta al aire libre, aunque se corre el peligro de las oftalmías. A las cuatro de la mañana, miéntras que los marineros hacen el baldeo, nos dejamos refrescar por treinta ó cuarenta baldes de agua. Es la única hora en que goza uno de todas sus facultades.

Para elevar al colmo los placeres de este achicharradero, hemos tenido dos veces un nuevo incidente: la primera me despierto sobresaltado; un marinero, al pasar coriendo, había tropezado en mis brazos y rodaba encima de mí vaciando dos baldes de agua;

iba al fuego que se había presentado en la popa del buque. Las llamas salían como si se hubiera echado un barril de espíritu de vino sobre cubierta. Hubo un poco de confusion al principio... luégo todo se apagó en media hora, pero fué media hora desagradable, pues las llamas corrían y adelantaban empujadas por el viento.

10 de Noviembre.—Hace dos dias que navegamos á todo vapor á lo largo de las costas de Java. El señor Van Delden nos promete que tendremos recepciones de un lujo asiático en los palacios de los príncipes indígenas, que veremos sus harenes y asistiremos á la caza de cocodrilos y rinocerontes. A la salida del sol la brisa de tierra nos trae ligeras flotillas de piraguas malayas que despliegan sus grandes velas de colores, hechas de juncos trenzados, flexibles como lona; en la punta de sus entenas juguetean monos negros de larga cola. Por la noche es un gusto ver sus rápidos movimientos cuando vuelven de la pesca.—Las bahías cubiertas de bananos y palmeras están dominadas por altas montañas volcánicas, cuyas cimas se destacan por la tarde negras sobre un cielo de fuego.

Echamos ancla: un centenar de piraguas y *sampangs* nos rodea trayendo legumbres, carnes, frutas magníficas que veo por la primera vez de mi vida; los monos nos las tiran haciendo gestos; asáltanos una turba de malayos gritando, aullando, disputándose nuestras personas y equipajes. Tienen sombreros en figura de quitasol, dorados ó de colorines chillones: escarlata, amarillo, verde, tal es la moda; un

cinturon azul sujeta una blusa de percal color de rosa y sujeta unas enaguas ceñidas... que llevan áun los hombres. Otros se ponen turbante con listas doradas que figuran una aureola alrededor de sus caras color de chocolate. Al mismo tiempo que nos empujan y aprietan, prostérnanse ante nosotros, se encolerizan, gritan, luégo se humillan. En el muelle, atestado de gente guarecida por la sombra de hermosos árboles tropicales, se confunden todas las especies de trajes. Los grandes cocoteros extienden sus penachos dorados sobre la espesura de los mangueros, bananos y flamboyantes ostentan el color escarlata de sus flores... ¡Esto es una verdadera decoracion de ópera! ¡esto es el esplendor indio, el brillo oriental!

Estamos en Batavia.

PALENCIA

ÍNDICE

Páginas.

PREFACIO..... v

AUSTRALIA.—I. PARTIDA..... 11

II. NUESTRA TRAVESÍA HASTA LAS INMEDIACIONES DE AUSTRALIA.—En el mar Océano-Austral, 5 de Julio de 1866, 39° 15′ latitud Sur 137° longitud Este..... 13

III. DESEMBARCO EN MELBOURNE.—Primera vista de tierra.—Entrada en la bahía de Port-Philipp.—Noticia de la muerte del príncipe de Condé.—¡Desembarco.—Camino de hierro.—La ciudad.—Aborígenes ante la ópera.—El Museo.—Las cárceles..... 27

IV. MONUMENTO ELEVADO Á BURKE.—Un bronce fundido en la colonia.—Hojas autógrafas del *diario* del explorador Burke.—Atraviesa la Australia de Sur á Norte.—Fatal equivocacion de sus compañeros.—A la vuelta muere de hambre.—Se descubren sus restos..... 59

V. MELBOURNE Y SUS ALREDEDORES.—Barrio europeo.—Barrio chino.—Caza de ciervo.—Cotorras y guacamayos.—Relatos de la Nueva Zelanda.—Un ex-zuavo nos socorre..... 78

VI. LAS MINAS DE ORO.—Extraño aspecto de Ballarat.—Un lingote de 184.000 francos.—Un teatro en las minas.—Explotacion de los filones de cuarzo aurífero.—Pozos abiertos en las arenas de aluvion.—Pajitas de oro en la superficie.—Puerto de Geelong.—Devastaciones de los conejos importados..... 95

Páginas.

VII. Juicio de las instituciones políticas y sociales.—Elementos de la colonia.—Self-Government.—Sufragio universal.—Parlamentos y ministros..... 121

VIII. Viaje al interior.—Bendigo.—Marcha con brújula por las praderas.—El Murray.—Caza de cisnes, de pelícanos y de pavos salvajes.—Duelo con un viejo kanguroo.—El avestruz de Australia.—Los negros.—Una *station* de bueyes..... 134

IX. Un propietario de sesenta mil carneros.—Thulé.—Pesca con antorchas.—Un corrolori, danza guerrera de los negros.—Presupuestos de una estacion de carneros.—El ornitorinquio.—Contrastes de la naturaleza australiana.—Echuca y su camino de hierro..... 166

X. Últimos dias en Victoria.—*La Africana* en Australia.—Clubs y reuniones.—El pájaro lira.—El clero.—Estanques de Zean-Zean.—Jardin botánico.—Resúmen estadístico..... 182

XI. Tierra de Van-Diemen.—Estrecho de Bass.—Encuentro interesante en Launceston.—Hobart-Town.—Bailes en los antípodas.—Ruinas de tumbas francesas.—Piscicultura.—El árbol de Cook.—La despedida.—Huracan.—Recuerdos políticos.—Refugio en Eden..... 198

XII. Sydney.—Mágica bahía.—Los misioneros franceses.—Encanto y distincion de la sociedad.—Botany-Bay y recuerdos de La Perouse.—Penados é inmigrantes.—Escuelas.—Las Montañas azules.—Los hijos del ilustre Mac-Arthur.—Relaciones con Nueva-Caledonia.—Instituciones y riquezas de Nueva-Gales del Sur..... 230

XIII. Costa oriental de Australia.—Una ocasion única para franquear el Estrecho de Torres.—El *Hero*.—Newcastle y sus carbones.—Brisbane y las zorras volantes.—La Tierra de la Reina, colonia naciente.—Un relato de los sacrificios humanos de Dahomey.—Una ciudad de dos años.—Las hogueras de los caníbales.—Las islas de coral, en que el *Hero* por poco se va á pique..... 262

Páginas.

XIV. Los caníbales y el estrecho de Torres.—Navegacion peligrosa.—Desembarco en una isla desierta.—El pájaro constructor.—La estacion de salvamento.—Cambios curiosos con una tribu.—Los restos de una comida de caníbales.—Un matador de negros.—Los buques naufragados en el coral.—Una roca buzon de cartas.—Adios á la Australia.—Fuego á bordo.—Los calores del mar Arafura y la espléndida naturaleza del archipiélago Malayo..... 284

BIBLIOTECA PROVINCIAL
PATRIMONIO INTELECTUAL

DIPUTACIÓN PROVINCIAL - BIBLIOTECA - PALENCIA

CATÁLOGO DE LA BIBLIOTECA PEROJO.

Coleccion de filósofos modernos. Bajo este título está publicando las obras todas de los grandes filósofos modernos desde Descartes y Bacon hasta los últimos contemporáneos.—Van publicadas:

Descartes.—Traduccion de *D. M. de la Revilla;* dos tomos en 4.°—24 rs. Madrid, 26 provincias.
Spinoza.—Tomo I.—Traduccion é intr duccion de *D. E. Reus Bahamonde.*—Un tomo en 4.° de 368-CXVI páginas.—24 rs. Madrid, 26 provincias.

Seguirá á este:

Kant.—Crítica de la razon pura.—Traduccion de *D. José del Perojo.*
Herbert Spencer.—Traduccion de *D. Pedro Estassen.*
Voltaire.—Traduccion de *D. Luis Simarro.*
Littré.—Traduccion de *D. Pompeyo Gener.*

OBRAS PUBLICADAS POR DICHA BIBLIOTECA.

Ch. Darwin.—Orígen de las especies.—Traduccion de la última edicion inglesa. Un volúmen en 8.° encuadernado con lujo —8 pesetas.
W. Bagehot.—Orígen de las Naciones ó leyes del desarrollo científico de los pueblos segun la ley de seleccion —Un tomo. —3 pesetas.
J. W. Drapper.—Conflictos entre la Ciencia y la Religion.—Un tomo.—3,50 pesetas.
L. Jacolliot.—Viaje al país de las Bayaderas.—Narracion de las costumbres y mujeres del extremo Oriente.—Un tomo.—2 pesetas.
J. Valera.—Pepita Jiménez.—5.ª edicion.—8 rs. Madrid, 10 provincias.
El mismo.—Pasarse de listo, novela; un tomo en 8.°—14 rs.
El mismo.—Disertaciones y juicios literarios.—24 rs.
Salvatore Farina.—Amor vendado, novela italiana; traduccion de *M. de la Peña* —4 rs.
Erckmann-Chatrian.—Historia de un quinto de 1813; edicion ilustrada.—4 rs Madrid, 5 provincias.
Idem.—El Amigo Fritz.—5 rs. Madrid, 6 provincias.
Idem.—Historia de la Revolucion francesa contada por un aldeano.—6 rs.
El P. Curci.—El moderno disentimiento entre la Iglesia y la Italia; única traduccion completa.—8 rs. Madrid, 10 provincias.
Ros de Olano.—Galatea; un folleto —8 rs.
P. Heyse.—Lottka; novela alemana.—6 rs.
F. Lastres.—La Cárcel de Madrid; un folleto —5 rs.
Perez de Guzman.—Un Matrimonio de Estado.—20 rs

AUSTRAL
TRADUCIDA
POR
GALVET
PRECIO
12 RVN
BIBLIOTECA
4.521